
LEIA MORLAN
EL INVENTOR DE SUEÑOS
Un experimento creado tras los muros de Auschwitz

EL INVENTOR DE SUEÑOS

Un experimento creado tras los muros de Auschwitz

LEIA MORLAN

Derechos de autor © 2025 Leia Morlan

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Diseño de la portada: Leia Morlan
Corrección: Sonia Martinez Gimeno
Maquetación: Leia Morlan

A mi pequeño Lucifer
allá donde estés
te voy a querer siempre.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
CAPÍTULO 6
Capítulo 7
CAPÍTULO 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Agradecimientos
Acerca del autor
Los crímenes de Magnolia Lake



Día 1

Lunes, 21 de octubre de 2024



El secuestro

Capítulo 1
Aria Parker
Casa de la familia Parker
Magnolia Lake

«Lo único necesario para el triunfo del mal
es que los hombres buenos no hagan nada».
Edmund Burk

Victoria se metió en la cama disgustada, enfadada. Lloraba desconsolada. Agarrada a su peluche preferido, gimoteaba sin cesar. El drama no era otro que el mismo de la mayoría de las noches: su negativa a dormir. Sus palabras repicaban en mi cabeza; no quería perder el tiempo durmiendo mientras el mundo se le escapaba.

Chilló y protestó. Se negaba a caer en un sueño profundo y sin ningún significado más allá del de perder horas de vida, clamó chillando. Mi hija, dramática como ella sola. Lo habitual es que se despierte la primera y se duerma la última, por eso me extraña que esté amaneciendo y no se la escuche todavía.

No sé de dónde saca la energía desbordante que tiene a pesar de su enfermedad. Si prosigue con esta actitud, no sé qué voy a hacer. Leer se ha convertido en una obsesión que prioriza ante cualquier cosa. Todo lo quiere saber, nada es suficiente, para ella solo existe, aprender, aprender, aprender…

Magnus sigue dormido, abrazado a la almohada. Ayer volvimos a discutir; parece que no nos ponemos de acuerdo en ningún tema relacionado con la educación de nuestra hija. Como cada día, hago de tripas corazón, me levanto a regañadientes y, arrastro los pies,

me dirijo al baño mientras refunfuño sola, en silencio, para mí, sumergida en mis pensamientos.

Antes de que mi familia se despierte, cuando la casa está sumida en un mutismo abrumador, en ese ínfimo instante de intimidad, solo soy yo. No soy esposa ni madre de nadie. Lo único que quiebra esa paz imaginaria, porque no nos engañemos, la paz no existe, es al recordar que siempre hay un precio que pagar.

Miro el reflejo de mi cara en el espejo y pienso que algo malo va a suceder. Mi psiquiatra me explicó que padecía niebla mental y que desfallezco en cuanto la cosa se tuerce. Hoy es un día de esos en que me asfixio y me cuesta respirar. Me digo a mí misma que es mi mente la que me juega malas pasadas cuando intento controlarla, que fantaseo con escenarios que no son reales y que no van a ocurrir jamás. Sin embargo, la alarma de mi cerebro no se apaga nunca, es un tic tac que no enmudece por mucho que intente conservar la calma.

En los últimos meses, la situación se ha complicado con Victoria; ahora prefiere castigarnos con un desaire tras otro en vez de ser la hija dulce y cariñosa que era antes. Sigue enfurecida y llena de ira hacia nosotros. Siento terror de que llegue el día en que no podamos contralarla, ya que nos demuestra con una superioridad cerebral que nos encoge el alma que es mucho más lista de lo que nos habíamos imaginado. Lo que más temo es que haya podido descubrir algo y ese sea el fin de nuestra familia.

Meto la cabeza bajo el agua helada, intento calmar el dolor de cabeza. Tengo los ojos tan hinchados y las ojeras tan marcadas que parecen do pozos negros que me van a engullir. Por mucho que me harte de pastillas para dormir, ahí siguen, aguantando imperturbables el temporal. Ya no soy la misma que era hace unos años, ahora solo cargo con la culpa.

Me siento cansada, fatigada por fingir que todo va bien. Ha sido así estos últimos años: disimular, aunque se haga cuesta arriba, seguir adelante sin mirar atrás, sin echar raíces. Extraño mi antigua vida, mi casa y mis amigos, pero allí ya no nos podíamos quedar, no después de lo que hicimos. Ahora existen reglas, y tenemos que cumplirlas si queremos seguir viviendo aquí.

Tres años llevamos dando tumbos por diferentes lugares, hasta que encontramos este pueblo en el que se respira cierta tranquilidad. Por primera vez, he comenzado a sentir que somos una verdadera familia y que nada ni nadie nos lo va a arrebatar, aun así, me cuesta adaptarme; lo de vivir en paz por el momento está siendo más un objetivo a cumplir que una realidad. Me parece ver fantasmas que creía olvidados en el pasado y que acuden a mí cada noche cuando cierro los ojos. Me arrastran a la oscuridad que llevo dentro, y entre gritos y lamentos, despierto horrorizada, de igual modo que si estuviera abrasándome en el mismísimo infierno.

En cambio, mi marido es como si siempre hubiese vivido aquí. Para él ningún reto es complicado; quizás la única complicación sea yo, ya que por mucho que me esfuerzo, no encajo. Es ese constante miedo a que me descubran, lo que me adormece. Me duele el pecho al notar los pinchazos que, como agujas afiladas, se clavan en lo más hondo de mi ser como si me arrancaran el corazón y lo estrujaran.

Se llama ansiedad: falta de aire, mareos, sudores, palpitaciones, insomnio… Un sinfín de síntomas con los que lidio para no sentirme un bicho raro de cara al exterior. Intento controlarlo, pero solo es eso, un intento frustrado de tantos, puesto que jamás lo consigo. Cuando eso ocurre, me meto en la ducha y abro el grifo; el agua helada es lo único que calma mis pensamientos y que me vuelve a un estado de ligera normalidad.

Todo comenzó a torcerse hace unos meses, Victoria insiste en no dirigirnos la palabra y en estar encerrada en sí misma, lo que se ha vuelto insoportable. Sospecho que sabe mucho más de lo que quiere hacernos creer y que nos castiga por ello. Pero no seré yo la que saque el tema y le pregunte. Si por casualidad no ha descubierto nada, no quiero que ponga en alerta esa mente detectivesca que tiene y nuestra ya de por sí deteriorada relación se rompa más.

Mi marido opina que irritar a los padres es algo normal en los niños de su edad. ¡En niños de su edad! Como si fuese fácil tener la sensación continua de que te esconde algo con solo cinco años, pero claro, nadie nos dijo que iba a ser fácil criar a una niña superdotada. Se me hace un nudo en la garganta pensar que ha podido descubrir

nuestro secreto. Es intuitiva, inteligente, tenaz y una sagaz observadora. A pesar de ser tan pequeña, sabe disimular y mentir mejor que un adulto, y eso nos asusta.

Aunque la convivencia parece complicada, ella es mi mundo. Desde el primer momento en que la vi, mi respiración se paralizó. Me encanta enredar los dedos en su cabello rojizo como el fuego. Muy pronto cumplirá su sexto cumpleaños y espero poder hacerle una gran fiesta. Mi pobre Vicky también ha sufrido lo suyo. No ha sido fácil lidiar con una enfermedad que te acapara la mayor parte del tiempo, y tener una mente tan prodigiosa como la suya, en la que se hace mil preguntas antes del desayuno, lo vuelve complicado.

Entreabro la puerta de su habitación a la vez que oigo un ruido en el jardín. Corro hacia las escaleras. La llamo, aunque sé que nadie me va a responder. La casa se alimenta de un desasosiego tétrico que odio, porque espero el momento en que me va a engullir y llevarme de vuelta al caos más absoluto.

Me asomo por la puerta trasera de la cocina y veo a un felino husmear en el cubo de la basura. Es Lucifer, un gato callejero que mi hija alimenta cuando viene del colegio. El animal de color negro azabache, es traicionero y travieso, pero muy cariñoso. Reconozco que es adorable y que a Victoria la tiene enamorada. Mientras bostezo le pongo un cuenco con agua y otro con comida y los saco al jardín. Al verme, se acerca a rozarse conmigo y se pone a ronronear, dando vueltas alrededor de mis piernas. Lo acaricio mientras miro el reloj; son las siete y media, tenemos que ponernos en marcha o llegaremos tarde, sin esperar un segundo más subo las escaleras tiritando.

—Vicky, es hora de levantarse. No te hagas la remolona, tienes que ir a clase —grito desde la planta baja con la esperanza de que me escuche.

Un escalofrío me estremece el cuerpo. Sé que algo no va bien, es una sensación amarga en el estómago. Veo pasar a mi marido camino del baño; me sonríe con dulzura mientras acabo de llegar a la planta de arriba.

—Seguro que se quedó leyendo hasta tarde. Es incorregible. ¿A quién habrá salido? —pregunta a la vez que me saca la lengua.

Me besa, noto la calidez de su lengua y su fría piel al rozarme. Creo que nuestra disputa de anoche ha quedado en el olvido. Comienzo a relajarme. Seguro que hoy será un buen día.

—No he escuchado la alarma del sensor esta noche. ¿Y tú? —pregunta somnoliento.

Mi hija es diabética desde hace dos años. Veinticuatro meses de puro calvario. Incontables visitas al médico cada seis meses, analíticas cada tres y controles constantes con su nueva máquina. Ahora lleva en el brazo un sensor que le monitoriza el azúcar cada sesenta segundos. Es un alivio a la hora de sobrellevar los picos nocturnos.

—No, cariño. Ya sabes que me despierto enseguida. Voy a llamarla. Será lo que tú dices, se habrá quedado hasta tarde con el dichoso libro.

Magnus pone los ojos en blanco; está harto de repetirme que todo está bien y que me relaje.

—¡Deja de preocuparte! —insiste.

Acaricio su pelo y lo beso en la nuca. Aspiro el dulce olor familiar de su piel que, me trasporta a Nueva York, a nuestra luna de miel en Japón, a tantos lugares ya olvidados. Asiento con la cabeza y dibujo una gran sonrisa. Siempre es mejor fingir.

—Ya sabes que, si se encuentra mal, nos avisa. Relájate, llevas con esta tensión demasiado tiempo. Aquí somos una familia; nadie nos va a separar.

Y quiero creer lo que me dice, aunque no sea verdad. No sé por qué remoloneo y evito ir a su habitación. ¿Tanto miedo me da enfrentarme a lo que pueda encontrar? Vuelvo a abrir la puerta y suspiro. Comienza el circo. La mejor madre, la mejor esposa.

Un olor que con anterioridad no había percibido me tira hacia atrás. Mi corazón se revoluciona, galopa aterrado de miedo. Me pregunto por qué no he ido antes, porque no lo he visto venir. Enciendo la luz en vano; golpeo el interruptor incansable. No funciona. ¿Acaso no encendí la luz antes cuando fui al baño?

Bajo las escaleras, dándome respuestas posibles a preguntas imposibles que bombardean mi cabeza. Esa desazón que aletea en el estómago, y que no me deja respirar, no me abandona nunca.

Subo el interruptor del cuadro de luces de la entrada y me fijo en que la alarma está desconectada. Me sobresalto. ¿No la conecté anoche? Las dudas comienzan a invadirme. ¿Y si se me olvidó porque bebí demasiado? Es la primera vez que ocurre algo así desde que nos mudamos, pero siempre hay una primera vez, sobre todo para lo malo.

Grito a mi marido, al borde de la escalera, que hay que encontrar a un electricista, que no me fío de que pueda haber un cortocircuito mientras dormimos, y que podamos acabar muertos pasto de las llamas. Él no me hace ni caso; ya conoce mis neuras por todo. Me callo lo de la alarma. Si es un error mío, tendría un motivo más para enfadarse conmigo y eso sería romper las normas.

—¡Victoria, vamos a llegar tarde y Lucifer está abajo! ¡No lo hagas esperar!

Me anudo la bata; jamás había sentido tan helada la casa. Con el corte de luz, seguro que la calefacción también ha estado desconectada. Suspiro al poner la mano en el manillar de la puerta por segunda vez. El olor pestilente de antes me echa para atrás. Entre náuseas, las preguntas vuelven a invadirme. ¿Pero a qué narices huele? Mira que sí se ha traído un animal de la calle. El aroma es nauseabundo y cuesta respirar.

¿Cómo ha podido dormir con este tufo toda la noche? Al encender la luz, mi mundo, hasta ahora casi perfecto, cae al vacío más espeluznante. Gruño su nombre, desesperada, entre alaridos inconexos, porque no consigo que las palabras salgan de mi boca en un orden lógico. Magnus corre al escuchar mis gritos. Al llegar a la puerta, yo ya no me siento las piernas. Caigo en sus brazos, horrorizada por lo que veo. Creo que ni el agua fría va a poder calmar el terror que se ha apoderado de mí.

La cama se encuentra vacía. El edredón con la cara de Albert Einstein y una fórmula matemática que mi hija adora está en el suelo, arrugado y manchado de sangre. Mi respiración se entrecorta, es una pesadilla, me digo sin creerlo, seguro que me despierto en segundos.

Las paredes, que hace un año empapelamos con los siete problemas matemáticos del milenio, ahora gotea la sangre, pegajosa

y viscosa, hasta el suelo en un gran charco. Intento que las palabras salgan de mi boca, pero la saliva se ha vuelto una pasta densa que me ahoga. Caigo arrodillada y mi piel se embadurna del líquido rojo, de la sangre de mi hija.

¿Dónde está Victoria? ¿De quién es esa sangre? Mi corazón se acelera, me golpea el pecho hasta casi el infarto. No podemos escapar, no hay dónde huir. Él nos ha encontrado. Me desvanezco mientras oigo a mi marido llamar a la policía. Tarde o temprano se acaba por pagar lo que se ha hecho. Escucho la voz de Magnus en mi oído:

—Respira, respira, respira…

Capítulo 2
Liam Cohen
Plaza del Ayuntamiento
Canandaigua

Un sudor frío me cae desde la espalda hasta la cintura, cierro los ojos para tranquilizarme, en vano puesto que siento que mi cuerpo no es mío. A pesar de que hoy hace un calor sofocante que no es propio del mes de octubre, yo siento el helor inexistente a través de la ropa. Cojo el arma y, después de comprobar que está cargada, la escondo detrás, entre el pantalón y la espalda, al igual que un mafioso. Hoy no va a ser un día tranquilo en el acogedor pueblo de Canandaigua. Sé que mi cara abrirá los telediarios a la hora de comer, y más de uno se quedará con la boca abierta cuando vea lo que he hecho. Dirán que soy un vulgar asesino, la realidad es que no lo soy, pero él tiene que pagar y, hoy es tan buen día como otro cualquiera.

Diez largos años en los que he imaginado cómo sería encontrarme con él y plantarle cara. El muy indeseable desapareció tras el juicio de igual modo que el humo lo hace después de un incendio. Lo ganó, por supuesto; la gente con dinero siempre se sale con la suya. Impune de dos asesinatos gracias a un buen abogado igual de podrido que él. Sé lo que hizo, por mucho que el juez no viera indicios de ello, a mí no me engaña.

Mató a mi mujer y a mi hija. Hundió mi vida hasta destruirme. ¿Quién me iba a decir que en un día de trabajo aburrido en un pueblo adorable a 295 *millas* de Nueva York me iba a encontrar con su cara en la portada del periódico local? Sonreía a la cámara, no podía ser de otra forma, ya que se sentía libre, poderoso y feliz con su nuevo cargo. Ya había olvidado lo que había hecho. Yo no lo haré

jamás. «Benjamin Rookwood elegido alcalde de la majestuosa ciudad de Canandaigua». Así rezaba el titular. ¿Cómo podían los electores confiar en alguien que tenía un pasado tan turbio? ¿Por qué el juicio donde se le acusó de asesinato no había salido a la luz? ¿Quién subvencionó la campaña? Alguien con mucho poder y dinero.

Parece que ha pasado una vida entera desde que nuestros caminos se cruzaron, aunque yo siento como si hoy fuese el día en que todo cambió por completo. Ese maldito día en el que vi salir a mi mujer, con mi hija de un año en brazos, por la puerta de la que hasta ese momento era nuestra casa. Aunque lo intenté y supliqué, jamás regresaron; al menos mi mujer no volvió a poner un pie allí y a mi pequeña solo la pude ver dos veces antes de que todo se precipitase a la oscuridad más absoluta.

Mi esposa se llamaba Charlotte Cohen, o Baumann si recurría a su apellido de soltera. Estuvimos casados más de diez años, compartimos una complicidad absoluta en la que nos desvivíamos el uno por el otro. Su trabajo era lo más importante después de mí, y no era para menos ya que era una reputada genetista, la mejor de su campo. Desde que nos casamos ella quiso ser madre, tener un bebé correteando por casa, sentir ese amor incondicional hacia alguien de tu misma sangre. Así que jamás entendí qué la llevó a probar su investigación con nuestra hija. Eso es algo que no he conseguido comprender por muchos años que hayan pasado. No sé si la llegada de Benjamin Rookwood propició o desencadenó esa locura que ya tenía latente dentro de ella, pero desde que él apareció en los laboratorios, mi mundo se desquebrajó. Él me quitó lo que más quería y yo haré lo mismo con lo que él más quiere: su propia vida, lo único que de verdad le interesa.

Salgo del coche aturdido por los recuerdos y los primeros pasos hacia el Ayuntamiento son torpes y vacilantes. Me sudan y me tiemblan las manos ante lo que voy a hacer, en el monstruo en que me voy a convertir. Me pongo la capucha del jersey; no quiero que vea mi cara antes de acercarme. Sigo en dirección a la plaza, que a estas horas está llena de personas ignorantes ante lo que va a suceder.

Miro de reojo a varias madres que juegan con sus hijos. A gente desconocida hablar por teléfono, reír al creer que nada malo les puede ocurrir. Adolescentes sentados en el césped, leyendo o escribiendo con el móvil, saltándose las clases. Nadie se detiene a mirarme, ya que soy indiferente para el mundo que me rodea. En realidad, nada importa, los bloqueo en mi mente y hago como si no estuvieran ahí. Sigo mi camino en dirección al Ayuntamiento sin detenerme, no debo dudar ahora que todo está a punto de acabar.

No lamento nada de lo que voy a hacer, para qué engañarnos. Llevo preparándome muchos meses, horas de vigilancia, noches sin dormir y de recordar su cara omnipotente a la salida del juicio. No siento pena ni dolor, sino paz, porque por fin llegará su fin. Estoy a tres metros de la entrada.

Observo a sus dos guardaespaldas que esperan en la puerta. Ellos no me han visto a mí; se creen intocables, él se cree i-n-t-o-c-a-b-l-e. Pero ¿qué alcalde se protege con dos matones para cubrir su espalda si no tiene nada que esconder? Yo te lo voy a decir, el que teme por su vida porque sabe que alguien le puede hacer pagar por su pasado.

A través de las cristalera le veo saludar sonriente a sus empleados, desconocedor de lo que le va a ocurrir en minutos, convencido de que tiene el poder no solo de su vida, sino de la de todos los que orbitan a su alrededor lamiéndole el culo. Saco la pistola y la observo como si la empuñara otra persona diferente a mí. Estoy mareado, el corazón se me sale del pecho. Intento tranquilizarme, aunque es imposible dada la gravedad. La ansiedad regresó palpitante a mi estómago el día que lo volví a ver.

Los matones se dirigen al coche y él enfila el camino hacia su destino. Lo tengo frente a mí. Reculo vacilante en un principio por miedo. Sin embargo, el odio puede más y me acerco, empuño el arma entre sollozos y rabia contenida de años de injusticia.

Pienso en mi mujer, en mi hija, en cómo será ahora después de tanto tiempo, en dónde estará y con quién. Porque si algo tengo claro es que Laia sigue viva. Mi corazón me dicta que así es, que no puede ser de otra manera.

Él se la llevó, por mucho que lo niegue, y aunque no sé cuál fue su propósito, en estos años de investigación he conseguido averiguar parte del engranaje que comenzó y acabó con mi esposa.

Sé que su intención siempre fue secuestrar a mi hija, pero por qué lo hizo sigue siendo una pregunta para la que no logro tener respuesta, o por lo menos no una que me satisfaga.

Con el arma en la mano grito su nombre, tan flojo que ni me escucha, ni me ve. Solo soy una incisión dentro de su universo de lujo y placer.

—¡Benjamin! —consigo repetir con firmeza.

Se detiene en seco al reconocer mi voz; se gira y me mira, con esa aura condescendiente de quien se cree superior y de que yo no soy nadie para pronunciar su nombre y perturbar su paz. Se sorprende al ver el arma, pero acto seguido, estalla en una risa bobalicona ante la situación que hace que me enerve.

—¡¿No sabes que no se debe jugar con fuego si no estás preparado para quemarte?! —dice burlándose de mí.

—Tú mataste a mi mujer y secuestraste a mi hija. ¿Cómo puedes vivir con ello? Eres un asesino.

—Estás loco. Charlotte se suicidó con la niña. Estaba desequilibrada. Sabes lo que le hizo a vuestra hija. Perdió la cabeza, yo no tuve nada que ver.

—¡¡Cállate!! Fue tu culpa. Tú te las llevaste. No finjas ahora que no la influenciaste para que hiciera lo que hizo —grito con una voz que ni yo mismo reconozco sacada de las entrañas.

Le apunto con el arma a la cabeza. Me acerco a él, salvando la escasa distancia que nos separa.

—¿Qué te crees que estás haciendo? ¿Ves a esos dos hombres? —dice señalando a sus dos gorilas—. ¿A quién quieres engañar? No eres más que un inútil que no supo mantener a su familia a su lado.

—Y tú un asesino. El mundo descubrirá qué clase de persona es el nuevo alcalde de Canandaigua en unas horas, aunque lo que más pena me da es que no vas a estar vivo para verlo. Por fin voy a destruirte.

—No seas ridículo, márchate y olvídate de mí —me empuja con valentía, cree que tiene el control—. No entiendes nada de lo que

sucedió. Tú no tenías ni idea de quién era Charlotte.

La ira y la impotencia se apoderan de mí. Con lágrimas que me nublan la vista, hago el primer disparo. Me sorprendo tanto como él al escuchar la detonación. La bala le roza la mejilla y le abre una brecha en la cara. Asustado, se retuerce de dolor, se tapa los oídos con las manos mientras se gira buscando a sus guardaespaldas, con un gesto de terror, los llama; por fin se siente acobardado. Los veo caminar hacia mí al igual que en una película a cámara lenta. Desenfundan sus armas mientras disparo la segunda bala. Esta le alcanza en el estómago. Entretanto, observo impasible cómo ruge de dolor. Jamás pensé que disfrutaría tanto verlo morir.

La gente corre despavorida, no creen lo que ven; algunos, aunque sorprendidos, se mantienen expectantes a la espera de los acontecimientos, graban con sus móviles la noticia del año. A otros los oigo llamar por teléfono al *sheriff* entre gritos de pavor. No me queda tiempo. Me acerco y pongo el arma sobre su frente.

Los dos guardaespaldas están a cinco metros de mí. Tengo que acabar con esto de inmediato.

Cuatro y seré carne de cañón para ellos.

Tres y una bala me roza el hombro y otra estalla en las cristaleras que reflejan lo que estoy a punto de hacer.

Dos metros.

Un metro.

Benjamin Rookwood me sentencia con sus últimas palabras pronunciadas entre burbujeos de sangre que suben hasta su boca.

—Jamás encontrarás a Laia. Vas a morir en la cárcel sabiendo que tu hija sigue viva y no puedes hacer nada por descubrir la verdad. No tienes ni idea de lo que tu mujer desencadenó. Jamás la volverás a ver…

Aprieto el gatillo envuelto en sombras oscuras que emanan de mi alma y me atormentan. Los demonios nunca se van. El tercer disparo le atraviesa la frente, su cuerpo cae hacia atrás, el cráneo golpea contra el suelo al mismo tiempo que uno de los guardaespaldas se abalanza sobre mí y me quita el arma.

Me hace gracia ver la mueca de sorpresa que se le ha quedado en la cara desfigurada. De verdad había creído que iba a salir con

vida de esta plaza. Mi padre siempre decía que no había que subestimar el poder del odio y la venganza.

Escucho las sirenas, las del *sheriff* y las ambulancias acercarse hasta la calle principal. Los empleados que hace unos minutos sonreían ahora se ocultan agazapados entre las mesas. Miran aterrados mi crimen.

Caigo de rodillas con las manos en la nuca a la vez que dos agentes llegan hasta mí y me apuntan con sus armas. Los gorilas, incrédulos, examinan el cuerpo de Benjamin, que está muerto a mi lado. Yo solo observo la sangre salir de su cabeza a borbotones y resbalar por la acera, roja, fresca y metálica, que inunda mi boca en cada bocanada de aire. Respiro con intensidad. Me impregno de la deliciosa muerte de Benjamin Rookwood.

No puedo evitar contener las lágrimas, cierro los ojos, cansado y abatido. Me evado en el recuerdo de mi pequeña Laia, cómo me miraba aguantándose la risa, para luego estallar en carcajadas mientras me acercaba a ella y la devoraba a besos. Su olor a bebé.

La imagen de su mano, aferrada a mi dedo, el día en que mi mujer se la llevó, sigue latente en mi memoria. Su llanto cuando la arrancó de mis brazos… No consigo dejar de pensar que la última vez que la vi era un bebé de un año, y que aunque hoy me cruzara con ella, no la reconocería. No he olvidado la curiosidad que tenía por la vida que se abría ante sí, su enorme inteligencia o la primera palabra que pronunció con solo cuatro meses.

Siempre supe que era diferente, que mi mujer la había hecho distinta, pero no me di cuenta de la magnitud de lo que ese acto provocaría en nuestras vidas hasta que ya fue muy tarde. Sé que mi esposa no asesinó a nuestra hija, puesto que la amaba más que a nada en este mundo. Aunque no consigo entender cómo fue capaz de acabar con su vida y darse por vencida, abandonar lo que más deseaba: a nuestra hija Laia.

«Jamás encontrarás a Laia».

«Jamás encontrarás a Laia».

Capítulo 3

Amanda Miller
Casa de la familia Miller
Magnolia Lake

El monstruo ha regresado, aunque sé que está muerto porque yo acabé con él. Hay días en que no puedo pasear por Magnolia Lake sin que me dé un vuelco el corazón y sienta que estoy encerrada en una prisión, de la que no puedo escapar, todavía percibo su olor, sus manos…

El primer mensaje llegó hace unos meses. Estaba sobre la lápida de mi amiga Vera Moore. Buscándome, al igual que un cuervo busca la carroña, solo que en esta ocasión la carne que desea devorar es la mía. Me recuerda que yo sigo viva, pero que muy pronto quizás también descansaré en ese mismo lugar como ella.

Fue un viernes a primera hora de la mañana cuando el miedo se hizo palpable de nuevo. Jamás se había marchado, pero ahora regresaba, con la certeza de que me vigila al igual que lo hizo veinte años atrás. Desde entonces, se han ido sucediendo notas amenazantes donde deja patente que no estoy a salvo.

Al principio eran mensajes sin importancia: «Disfruta de tu nueva vida». «Te veo feliz». En cambio, en los últimos hay un giro en sus palabras, creo que pretende desestabilizarme y que pierda la cordura. No quiero preocupar a mi familia y prefiero mantenerlo en secreto, y más con todo lo que tienen encima ahora. El de hoy me ha hecho sentir pequeña, temerosa, como si tuviera que sentirme culpable por no estar muerta. «Bienvenida al caos». «Tu hora está a punto de llegar».

La verdad es que me consuela ir a su tumba y contarle que mi vida está cambiando y ya no es un agujero oscuro. No quiero callar

lo que nos sucedió y disimular ante el mundo que lo he olvidado. Me niego a hacer como si ella nunca hubiese existido por no incomodar al pueblo. No la culpo de nada, lo que ocurrió tenía que ser así; era nuestro destino. Lo que más me entristece es que no esté a mi lado, que su vida acabara de aquella manera y que no pudiera cumplir su sueño de tener a su bebé. Mi hermana dice que siento añoranza, tal vez sea eso, solo sé que cuando regreso del cementerio, mi alma consigue encontrar algo de paz, a pesar de que nuestros encuentros siempre me lleven al borde de las lágrimas. Y más las últimas semanas en que un desconocido vuelve a intimidarme.

Intento ahuyentar al miedo y no poner más nerviosa a mi sobrina Emma, que está inquieta y no ha dejado de llorar en toda la mañana. Imagino que echará de menos a la obsesiva de mi hermana y al resignado de mi cuñado, que están de luna de miel. Abro la puerta despacio y entro de puntillas en casa, sin mover ni un músculo para que no se despierte. Hace unos minutos cayó en un sueño profundo después de que su tía Rosario le diera el biberón, a veces me pone de los nervios el espectáculo que monta cada vez que me ve aparecer con ella.

Emma es adorable, para qué lo vamos a negar. A sus cuatro meses, la miro y me tiembla el corazón. Me ablanda el alma cuando me sonríe. Aunque hoy hace bastante sol, la cubro con una fina manta al acostarla en la cuna. No quiero imaginar cómo se pondría mi hermana si, por un casual, su hija se resfría por mi culpa. La entiendo; la sobreprotege. Ve en ella el recuerdo de cuando yo era un bebé y siente miedo de que algo malo le suceda.

Me cuesta no quedarme en la habitación y sentarme en el suelo a verla dormir durante horas. Cora me anima, me dice que muy pronto yo tendré mi propio bebé. Es verdad que siempre quise ser madre, aunque, en cierto modo, no sé si estoy preparada para ello. Hay días en que mi carácter se vuelve triste y sombrío, es entonces cuando descargo toda la rabia con mi hermana y me da pánico pensar que pueda hacer daño a mi propio hijo.

Todavía sufro el horror en mi cuerpo, no lo he olvidado y no sé si algún día lo haré. Finjo que no pasa nada para que nadie descubra el desasosiego que padezco. Aparento ser normal, pero a Cora no

puedo engañarla, mi hermana me conoce tan bien que hay veces que su mirada me dice que sabe lo que oculto.

Rozo la punta de los dedos de la pequeña mano de mi sobrina, me embriago de su aroma y calor, que es de lo poco que me tranquiliza. Cierro la puerta esperando que me deje unas horas de calma.

Bajo al salón y la ansiada tranquilidad dura menos que un helado en verano al encender la televisión y toparme con la noticia del secuestro de Victoria Parker esta madrugada. Me sobresalto con el sonido del teléfono, que me saca de mis pensamientos. El corazón se acelera con un latigazo que me parte por la mitad al escuchar la voz de mi interlocutor.

—¡Jefe adjunto Delgado! ¿En qué puedo ayudarte? —pregunto algo extrañada dadas las circunstancias. Por lo que debe de estar pasando ahora mismo no se lo deseo a nadie.

—Siento molestarte, pero ha ocurrido algo y no conseguimos ponernos en contacto con el *sheriff* Castillo y la verdad es que es bastante urgente.

—Lo sé, acabo de ver las noticias. Intentaré localizarlo lo antes posible.

Suspiro, horrorizada por lo que escucho de fondo en la televisión. Las pesadillas siempre regresan por mucho que corras para ignorarlas.

—Gracias, Amanda, necesitamos que vuelva cuanto antes, esto es un caos.

—Tranquilo… —contesto a la vez que alguien toca el timbre de la entrada—. Tengo que dejarte. Espero que todo se solucione rápido. No quiero imaginar lo que estará sufriendo esa pobre criatura.

—Cuídate, Amanda, me alegra escuchar que estás bien. Se te ve feliz —se despide.

Yo también me alegro de oír su voz, tal y como la recordaba, grave, penetrante y ligeramente ronca. La verdad es que cada día sé mentir mejor. Suelto el móvil y, al abrir la puerta, un mensajero atolondrado me entrega un sobre. Es fino, alargado y no lleva remitente, tan solo dos palabras escritas a mano en la parte

delantera: Cora Miller. Lo abro asustada y, al comprobar lo que hay dentro, pongo los ojos en blanco. El día se pone interesante.

Después de tres llamadas, exasperada porque no contesta la pareja de enamorados, la voz de mi hermana hace acto de presencia a seiscientas *millas* de distancia cuando estoy a punto de colgar. Suena relajada, somnolienta, perezosa; el viaje parece marchar bien. Me da pena ser la portadora de malas noticias que van a acabar con su fugaz luna de miel de un plumazo.

—¿Se puede saber por qué no coges el teléfono? —pregunto, enojada por la tardanza.

—¡Hola, hermanita! ¿Tú qué crees? Si quieres, te hago un resumen de lo que estábamos haciendo —responde Cora entre risas pícaras.

—Tengo una ligera idea, par de tortolitos. ¿Cómo os está yendo la luna de miel? ¿Habéis visto algo más aparte de la habitación, o estáis encerrados todo el día en la cama? —digo socarrona.

—Soy feliz, Maddy. ¿Está bien Emma? —pregunta preocupada.

—Sí, tranquila, tu niña es una alborotadora, creo que me tiene cogida la medida y se aprovecha de mí.

—¡Con cuatro meses! Eres tú quien se deja engañar con cualquier mueca que te hace. En fin, ha salido a su madre, con carácter y cierta predisposición a molestar.

—¡Déjate de gilipolleces! Ha ocurrido algo. Lucas tiene que regresar. Ni te imaginas la que se ha armado. Las noticias están que echan humo.

—En serio, Maddy, ¿tan urgente es? —refunfuña.

—Han secuestrado a Victoria, la hija de Aria y Magnus.

—¡Dios mío! ¿Se sabe algo? ¿Has hablado con Delgado? ¿Se ha pedido rescate? ¡Por Dios, Amanda, no te quedes callada!

—No, sí y no lo sé, ¿te vale o vas a seguir con el interrogatorio? Te puedes hacer una idea de la que se ha vuelto a montar por aquí. Todas las cadenas de televisión están sacando jugo, que si es un pueblo maldito, que si Magnolia Lake es el epicentro del mal. Disparates, Cora.

—¿Qué sabes entonces? —curiosea algo más calmada; me da la risa porque hay cosas que nunca cambian.

—No mucho. En la televisión dicen que la habitación de Victoria estaba llena de sangre, las paredes, el suelo… Desde luego que si querían infundir miedo a los padres, lo han conseguido.

—Toda una puesta en escena. Cogeremos el primer vuelo. Nos vemos mañana.

—No tan rápido —ahora es cuando me toca soltar la bomba—, tú te vas a Nueva York.

—Ni de coña, yo no vuelvo allí ni aunque me entreguen el Pulitzer. ¿Se puede saber de qué hablas?

—Hace media hora un mensajero trajo un sobre a tu nombre, sin remitente. Dentro hay una copia de un billete desde Nueva Orleans a Nueva York. Está claro que quien te lo envió sabía dónde estabas. El original lo tienes en tu *email.* Por lo que he podido ver, tu vuelo está abierto para que puedas viajar en los próximos quince días.

—No voy a ir y entrar en ese juego —recalca, obstinada y decidida.

—Hay más, dentro había un papel con un nombre: Liam Cohen. ¿Lo conoces?

—Mierda —responde al escucharlo—. Viaje al pasado. Ya te contaré. Cuida de Emma unos días más, por favor. Te llamo en cuanto sepa algo, una cosa más…

—¡No! ¡Ni se te ocurra!

—Pero si todavía no te he dicho lo que te quiero pedir. Anda, Amanda, hazlo por mí.

—Te conozco y sé lo que pretendes, y la respuesta es no. No voy a ir a meter las narices en la investigación.

—Por favor, solo será un momento. Vas, hablas con los Parker y me cuentas qué te han dicho, qué has visto, si están… Ya sabes a lo que me refiero —suplica mi hermana.

—Tú entiendes que la casa estará llena de agentes, policías que son los compañeros de tu marido. Dime tú qué pinto yo allí. Y no me vengas con que voy a ayudar a tu marido. Eres lo peor, Cora.

—Estoy segura de que te apetece cocinar un rico bizcocho de manzana. Sería un detalle que se lo llevaras.

—Está bien —bufo a través del móvil—, pero si Lucas se enfada, le diré que ha sido idea tuya.

Es increíble que Cora me pida inmiscuirme en el caso de su marido cuando ella va a coger un avión con destino a Nueva York. No entiendo qué pretende, pero no puedo negarme. Mi hermana tiene un sexto sentido para estas cosas, y si quiere que vaya, estoy segura de que es por algo importante.

Más allá de todo esto, me pregunto: ¿Quién es Liam Cohen? ¿Y por qué mi hermana decide coger un vuelo a Nueva York nada más oír su nombre? Apago la televisión. Escuchar lo del secuestro ha removido en la memoria el mío. Necesito mantener la mente ocupada, en calma, y no pensar en mi torturador. Seguro que Taylor y Nora agradecen una tarta de manzana para el postre. Enciendo el horno con un ligero temblor en la mano. Respiro pausadamente en un intento de tranquilizarme y que las ganas de vomitar desaparezcan.

Presa de los nervios subo las escaleras y abrazo a mi sobrina, que sigue dormida. Su diminuto cuerpo y el olor a talco me calman. Aun así, no sé por qué comienzo a llorar.

Me viene a la mente Victoria, lo sorprendida que me quedé la primera vez que hablamos. Yo estaba en la caja, esperaba a que Aurora saliese del almacén para pagar unos libros y, de pronto, una niña se puso a mi lado y me cogió la mano mirándome muy seria. Recuerdo que no pude evitar sonreír, era encantadora. Con una voz cautivadora me dijo que ella ya se había leído los libros que yo llevaba y que, al parecer, teníamos los mismos gustos. No supe ni qué responder, porque la verdad es que la lectura que iba a comprar no era muy infantil que digamos. La miré sorprendida y, con un adiós jubiloso, me dejó con la palabra en la boca.

—Ya veo que has conocido a Victoria —afirmó Aurora risueña.

—Sí, eso parece. Oye, ¿no es muy pequeña…? Yo no digo nada, pero ¿qué puñetas les das tú de leer a los niños? —dije en voz baja para que no me escuchase su madre, que hablaba con otra madre del colegio.

—Ay, si yo te contara. Haríais muy buenas migas las dos, sois tal para cual.

Asombrada por la niña, cogí mi bolsa con los libros y regresé a casa sin dejar de pensar en ella. Ahora ese recuerdo se mezcla junto

con los de mi cautiverio y, por alguna extraña razón, tengo la misma sensación que tuve cuando la vi por primera vez. Supe que estaba ante alguien muy especial.

Capítulo 4
Liam Cohen
Oficina del sheriff
Canandaigua

Mi camino a la oficina del *sheriff* dentro del coche patrulla no es precisamente un remanso de paz. De los dos policías que me han detenido, uno de ellos, el que parece el de mayor rango, no deja de insultarme y acosarme a preguntas por asesinar al alcalde. Su hostigamiento me resulta mucho más placentero que ver cómo el otro agente se compadece de mí, siendo agradable. El joven, que parece recién salido de la academia, con un corte de pelo a lo militar, no me reprocha ninguna palabra; al contrario, su mirada es más bien de admiración. Quién sabe si pudo ver su verdadera cara o tuvo algún encontronazo con Benjamin antes de que yo lo asesinara.

—Hay que ser gilipollas para cargarse al alcalde y dejarse coger. ¿En qué coño pensabas? Menudos huevos tienes de plantarte en el Ayuntamiento y armar el circo que has liado.

No presto atención y aun así no deja de murmurar insultos hirientes contra mí. Parece que saque placer al meterse conmigo. Si bien por su mirada de rabia creo que le jode más que esté callado y no entre al trapo ante sus insinuaciones a que me envalentone y le siga el juego. Aun así, prosigue con su charlatanería inútil.

—Imbécil es lo que eres. ¿No tienes nada que decir?

—¡Déjale en paz! No es a nosotros a quien debe dar explicaciones. Ya hablará con el detective Grossman.

Se calla unos segundos y, perplejo, gira la cabeza hacia su compañero. Ese enfrentamiento le va a salir caro. Se nota que no está acostumbrado a que nadie le hable en ese tono, y menos un novato. Estoy seguro de que le hará pagar su insolencia. Aparto la

mirada al notar un ligero rubor en sus mejillas, quizás avergonzado. Me da la impresión de que ese carácter rudo solo es una pose para amedrentar a los nuevos policías. Su aspecto parece sacado de una serie de los años noventa: bigote tupido, cejas pobladas y ceño fruncido. Curtido en la calle, pero con un perfil claramente racista y xenófobo. Ni su experiencia, ni sus supuestos ideales serán suficientes para convertirse en detective de homicidios, ya sea por falta de neuronas o porque las pocas que parece tener las malgasta en creerse por encima de los demás.

A través del espejo del retrovisor cruzo la mirada con el agente insubordinado. Conduce con calma, sin importarle lo más mínimo la queja de su superior. Demuestra tener buen temple ante las situaciones complicadas y un carácter afable con los detenidos, y eso no es común. La verdad es que en estos momentos agradezco que me defienda, aunque sé lo que he hecho, que no tengo perdón posible y que voy a acabar mis días entre rejas. En cualquier caso, asesinar a Benjamin Rookwood solo es el comienzo de un plan que lleva en mi mente meses y que acaba de ponerse en marcha.

Al entrar en la oficina del *sheriff*, el silencio se vuelve ensordecedor. El bullicio de los teléfonos y las conversaciones a gritos de los policías se detienen de golpe al verme pasar esposado. Todos giran la cabeza, ansiosos por ver el rostro del asesino del alcalde. Sin demora, me conducen hasta los calabozos. Para mí es un puro trámite. No voy a volver a ver amanecer en la playa nunca más, ni a pasear por la Quinta Avenida, ni a recorrer Central Park para disfrutar de un pícnic en una de sus zonas boscosas. En realidad, nada importa, ni siquiera los comentarios y cuchicheos maliciosos que dejo atrás. Ya han sentenciado mi destino, y la condena es pudrirme en la cárcel.

—Creo que hoy no vas a hacer muchos amigos por aquí. Todavía no nos has dicho tu nombre. Quizás seas más comunicativo con el detective de homicidios. Tienes derecho a una llamada. Te recomiendo que la gastes en un buen abogado. Lo vas a necesitar.

Me mantengo en silencio, al igual que una piedra dura e irrompible, inalterable ante cualquier condición. No hablaré con nadie. No preciso que un picapleitos me defienda, puesto que no

hay nada que defender. Llegado el momento, solo declararé ante una persona.

—Muy pronto te subirán para interrogarte, yo que tú me mostraría más pragmático —me aconseja.

La forma en que me habla es risueña, no me tiene miedo. Su voz cantarina y rítmica captura mi atención sin proponerlo. Hay algo en ese chico que hace que te caiga bien desde el minuto uno.

—Mi nombre es Anthony Ann Harrington, pero todos me llaman Tony, o el novato, según el día —bromea y le quita hierro al asunto de estar encerrado con un asesino—. Pareces un buen hombre. No sé qué ha pasado por tu cabeza para cometer tal acto, tus motivos tendrás.

—Así es, motivos no me faltan.

—Puedo ayudarte, tan solo tienes que decirme cómo te llamas. Tampoco es tan difícil.

Lo miro y le sonrío; creo que hace muchos años que nadie muestra cierta gratitud por mí, y menos la esperaba de parte del policía que horas antes me apuntaba con su arma y me detenía.

Abro la mano derecha y dejo caer un papel, Tony se hace el disimulado, pone cara de *póker* y lo recoge del suelo. Con curiosidad, lo desdobla y lo lee, mientras lo hace, una media sonrisa se le dibuja en la cara.

—¿Ahora tengo que hacerte de niñera? Que así sea, la traeré hasta aquí. Intenta dormir algo, mañana va a ser un día muy duro para ti.

—Menudo nombre más rimbombante tienes —exclamo mientras lo veo marchar. Tony no se detiene, sigue su camino y desde la escalera me repite que descanse.

Está en lo cierto, comienzo a notar el cansancio. Después de todo, acabo de matar a un hombre, y el subidón de adrenalina parece que ha desaparecido. Los ojos me pesan y ni siquiera pensar en mi hija me mantiene despierto. Quiero soñar con ella, poder sentirla a mi lado. Ha pasado una década y me pregunto si seguirá teniendo el mismo color castaño de pelo o si se le habrá oscurecido. No sé si sus ojos verdes como esmeraldas observarán la vida bajo el mismo prisma de curiosidad que cuando era pequeña, o si su mirada

penetrante será tan enigmática como la de su madre. Si su inteligencia le hará destacar por encima de la media o, al contrario, se ocultará entre los demás niños, al igual que hacía Charlotte. No tengo la menor idea de lo que le gusta, o le disgusta, sus aficiones, sus deseos, a qué jugaba de pequeña y con quién reía. Mi hija es una completa desconocida para mí. Lloro en silencio, siento rabia porque me duele no saber nada de ella.

La última vez que la vi tenía poco más de un año y lo que resguardé en mi memoria a buen recaudo y nunca olvidaré fue su diminuto cuerpo aferrándose a mí el día en que mi mujer se la llevó. Su llanto incontrolable al arrancarla de mis brazos. El vacío y el odio que sentí cuando, seis meses después, Charlotte decidió acabar con su vida tirándose desde un puente, me destrozó.

Mi existencia se paralizó en seco cuando la policía se presentó en mi puerta aquel 12 de agosto para comunicarme que mi esposa se había suicidado con nuestro bebé en brazos. Se había lanzado desde el puente John Harris. Hubo una testigo, una mujer que la vio subirse a la barandilla con un bebé en los brazos y saltar al vacío.

Desde entonces mi vida fue una pesadilla, caí en una aborigen de drogas y alcohol que me llevó a perder lo único que me quedaba: mi trabajo y mi casa. Pasé los siguientes tres años después del juicio deambulando por las calles como un mendigo, sobreviviendo de la caridad humana y durmiendo en albergues o en parques según la estación del año. Intenté olvidarlas y seguir adelante, sin embargo, no lo conseguí; por lo menos nunca lo hice con mi hija.

En mis oídos resuena el disparo, el cráneo al romperse tras golpear la acera. No voy a proclamar que me arrepiento, al contrario, siento alivio de que él ya no esté, aunque todo se desmorone a mi alrededor otra vez. Sollozo impotente al revivir sus últimas palabras que no voy a olvidar nunca: «¡Jamás la volverás a ver!».

¿De veras mi hija sigue con vida? ¿O acaso lo ha dicho para alargar mi sufrimiento al saber que iba a morir? Solo quiero dormir y soñar con ella, en cómo será ahora, e imaginar que, allá donde esté, no me ha olvidado.

Capítulo 5
Cora Miller
Hotel Les Meridien
Nueva Orleans

No me entusiasma demasiado coger un vuelo a Nueva York y menos todavía tener que dar por finalizada nuestra luna de miel en este paraíso. Siento un dolor de cabeza intenso que tengo claro que me va a durar días, gracias a la resaca con la que he amanecido; y olerme donde me voy a meter no ayuda a calmarla.

Cómo pueden cambiar las cosas en un año. Antes, me subía en un avión y estar en el aire, sin que nadie me molestara, era uno de mis momentos favoritos. Lograba pensar y reorganizar las ideas cuando me enfrentaba a un nuevo caso. Lo que más me gustaba era esa chispa de investigar las pruebas y encontrar las piezas, volver a recomponer el puzle. Ahora, entre los llantos de un bebé de meses y cinco adultos en casa, es imposible concentrarse, y aun así no lo cambiaría por nada del mundo.

Tal como afirmó mi hermana, el billete de avión está en mi *email* junto con una reserva de hotel y la dirección de la Oficina del *Sheriff* de Canandaigua. Aunque me parece una locura, la verdad es que conociendo a Liam, ya no me sorprende nada. ¿Qué estaría haciendo el maltrecho Liam Cohen allí?

Por otro lado, no dejo de pensar qué ha podido ocurrir en casa de los Parker y quién ha secuestrado a Victoria. Espero que mi hermana obtenga información, porque tengo un mal presentimiento.

—Será mejor que salgas de la ducha —grito a Lucas—. ¡Nuestra luna de miel acaba de saltar por los aires!

—¿Qué dices? —responde asomándose por la puerta del baño, desnudo.

—Ha llamado mi hermana. Han secuestrado a la hija de los Parker. Hora de volver.

Lucas sale con una toalla que le rodea la cintura. Está increíblemente *sexy* con el pelo mojado, las gotas de agua que resbalan por su cuerpo tonificado… ¡Ay, qué pena que tengamos que volver a la realidad! No es que no me guste nuestra vida, me encanta, pero parece que, desde que liberamos a Amanda, se abrió la veda para los asesinos y secuestradores que hasta entonces estaban ocultos.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta mientras se pone unos vaqueros, y, embobada, admiro sus abdominales duros y tersos.

—No sé mucho, aparte de que esta madrugada, Victoria ha sido secuestrada en su casa. Han dejado la habitación hecha un cristo llena de sangre, lo demás es un misterio —contesto encogiendo los hombros.

—Llamaré a Delgado. Ve buscando vuelos de regreso. Siento mucho que tengamos que volver, cariño.

Lucas me acaricia el pelo y me besa. Le respondo con un abrazo antes de confirmarle que yo no regreso con él a Magnolia.

—Yo no voy —le suelto a bocajarro—. Me marcho a Nueva York.

Su mirada refleja desilusión, sé que piensa que regresar a mi antigua vida de periodista es meterse en la boca del lobo. La crueldad de sus palabras es lo que más me duele.

—¿Algo que quieras contarme? Periodista —dice esto último en un tono sarcástico que no me gusta.

Le cuento lo del billete de avión, el hotel, el viaje que tengo que hacer hasta Canandaigua, el asesinato y, por supuesto, quién es Liam Cohen y por qué tengo que ir con tanta rapidez.

Lucas me mira de reojo mientras habla con Delgado y lo pone al día del secuestro. Comienza a gritarme nada más colgar y, por su tono, sé que está enfadado y que una pelea se cierne sobre nosotros.

—Creía que tu pasado de periodista era eso, pasado. ¿Qué demonios vas a hacer?

—Ya te lo he dicho, voy a ayudar a Liam.

Mi respuesta no parece convencerle. Saco la ropa del armario y comienzo a amontonarla dentro de las maletas. Lucas se cruza de brazos a la espera de que recapacite.

—No te entiendo, un loco te manda un billete de avión y tú vas a correr a su encuentro. ¿Y por qué vas a Nueva York cuando tienes un aeropuerto a veinte minutos de Canandaigua? —me grita y lanza el móvil encima de la cama—. Eres increíble.

—No es ningún loco, es un hombre triste y dolorido que lo perdió todo hace diez años. Fue el primer caso que investigué. Si necesita mi ayuda, no lo voy a dejar tirado.

Cojo dos botellas de agua y le doy una. Anoche nos pasamos bebiendo vino y la resaca de esta mañana está siendo monumental. Tengo la boca pastosa y un dolor palpitante en la frente como si tuviera un taladro en el cerebro.

—Claro que no —me responde enfadado. Aunque él se encuentra mejor, se bebe la botella de agua de un trago—, te encanta correr hacia el peligro. Ya no eres periodista. No tienes por qué ir.

—Cariño, no voy a discutir contigo, ese hombre me necesita y no voy a salir huyendo —insisto en un tono más pacificador—. Y sí, es verdad, ya no soy periodista, pero sigo siendo una buena investigadora. No todo en mi vida puede ser cambiar pañales y dar biberones —mascullo en voz baja esto último. No quiero que piense que estoy harta de ser madre.

—Eres una cabezota —protesta en un intento de disuadirme—. Prométeme que tendrás cuidado, no quiero perderte ahora que te he recuperado.

Me abraza y me besa sin importarle el olor que desprendo a alcohol fruto de las dos botellas de vino que nos bebimos anoche. Me refugio en su pecho y escuchar su latido me tranquiliza.

—Serán un par de días y volveré contigo y con Emma. Además, vas a estar entretenido. Parece que no ganamos para sustos. ¿Qué te ha contado Delgado?

—Un disparate, ya te digo yo. Creo que este caso me va a producir más de un quebradero de cabeza.

—Tranquilo, no te adelantes antes de tiempo.

—Créeme, tiempo es lo que no tenemos. Victoria morirá en cuestión de días si no se le administra su insulina. No quiero imaginar ese final para una niña tan pequeña. Pienso en nuestra hija y se me revuelve el estómago.

Abrazo a mi marido, le susurro que todo va a salir bien, pero sé que, si pasan demasiados días y el secuestrador no le suministra el medicamento, Victoria está sentenciada a una muerte segura. Y si los secuestradores están al corriente de ese dato, ¿qué otras cosas sabrá de ella? ¿Hasta dónde conocen a Victoria y a su familia? ¿Y por qué narices Liam me manda un billete a Nueva York y tengo que esperar a que un desconocido me dé instrucciones para llegar hasta Canandaigua? ¿Qué se le ha perdido en ese pueblo? ¿Será que tiene nuevas pistas sobre su hija y quiere que yo lo investigue?

Me tumbo en la cama, hundo la cabeza en la almohada y trato de ordenar las ideas y los pensamientos que van a mil por hora. Jamás imaginé que mi luna de miel iba a ser tan corta y que en vez de volver a casa, acabaría subida en un avión camino del lugar al que prometí no regresar jamás ni en mis peores pesadillas. Demasiados interrogantes por contestar con lo mal que me encuentro ahora mismo.

—Bueno, quizás deberíamos aprovechar las últimas horas antes de volver —me dice sonriente.

—Quizás… ¿Tiene algo pensado *sheriff*?

Con cara de bobo se acerca, me aparta el pelo de la cara y me besa el cuello…



CAPÍTULO 6

Victoria Parker

La casa roja
En algún lugar cerca de Magnolia Lake

«Mentir, mentir, mentir…
algo siempre queda».
Joseph Goebbels

La casa se halla en un estado ruinoso y deplorable. No hace falta más que darte un paseo para apreciar el deterioro que el barrio sufre desde décadas inmemorables. Es la última casa de la avenida Monroe, escondida entre la maleza indeseable y los árboles centenarios que ocultan el horror que allí se cierne. La más alejada y solitaria, desahuciada incluso para vivir en ella. La urbanización refleja el abandono, ya sea porque los propietarios de avanzada edad han descuidado las casas o porque se han marchado en busca de un lugar que no parezca un campo de minas.

La mayoría de las farolas están apagadas o rotas. Caminar por las aceras es casi imposible debido a los agujeros y a las baldosas agrietadas, dispersas en montones a lo largo y ancho de la carretera.

La llaman la casa roja por el color de sus ladrillos rojizos que al sol del mediodía parecen teñirse de sangre. La puerta, en otra época blanca, ahora sombrea en un tono parduzco, ocre oscuro, a causa de los orines de los gatos y los perros que campan por el barrio a sus anchas. El olor es insoportable al acercarte.

De las cuatro ventanas de la casa, tan solo por la más pequeña del lado norte entra algo de luz, a pesar de estar tapiada con tablones de madera podrida y carcomida por el tiempo y el agua. Años de dejadez en que nadie le ha prestado el más mínimo cuidado. Por una pequeña rendija entra el aire fresco de la mañana. Sin embargo, ese aire fresco solo es una sutil mentira, engañosa, ya

que unas rejas grises la mantienen atrapada, lo mismo que una cárcel a los delincuentes, pero en esta ocasión es a una pequeña huésped.

Entre esa imaginaria libertad, adormecida de medicamentos y al mismo tiempo escasa de los que más necesita, se encuentra Victoria, la adorable hija de los Parker, secuestrada hace unas horas. Si bien en un principio hubo más miedo que esperanza de escapar, en esos determinantes minutos iniciales, pasadas las horas, su mente detectivesca adquirió el poder de desdibujar y separar el orden natural de las cosas. En definitiva, nada era lo que parecía para un espectador que lo mirase desde fuera. Cualquier otro niño sucumbiría al terror, pero Victoria lo asume con una tranquilidad aterradora hasta para sus secuestradores. Están convencidos de que este trabajo les traerá más de un problema, y no andan equivocados.

El jefe les había advertido que la niña era especial. Lo que no imaginaban era hasta qué punto. El hombre llevaba meses observándola. Nunca se alejaba de ella demasiado. No era como los otros niños. Victoria era extraordinaria. La perfección dentro del experimento. Él se había encargado de inocular el suero a su joven madre durante el embarazo. Lo hizo más potente si cabe, abriendo una nueva vía en la investigación de la alteración genética en niños. Los resultados no solo se limitaban al aspecto físico con el que los padres podían jugar y elegir, sino que el proyecto iba mucho más allá de lo imaginable. Aunque a su pesar tuvo que abandonarlo tras el juicio y no llamar la atención, tenía la certeza de que Victoria era la demostración viva de que el suero podía ayudar al ser humano a convertirse en un ser sobrenatural.

Desde su nacimiento, la niña había mostrado habilidades que desafiaban las leyes de la naturaleza. No solo por una agudeza mental incomparable, sino que también se había despertado en ella una conciencia y una intuición que estaban muy por encima de la comprensión humana. Con cada nuevo hallazgo se hacía evidente que su propia existencia era un milagro de la ciencia, pero también un enigma por descifrar. El laboratorio en el que trabajó durante años seguía lleno de documentos y equipo especializado, en su

intento de entender lo incomprensible. Esas cuatro paredes llegaron a ser su segundo hogar. Allí, rodeado de muestras y análisis, trabajaba incansable, consciente de que cada paso lo acercaba más a revelar los secretos de su creación y, quizás, a redefinir el futuro de la humanidad, como antaño ya lo hizo su padre.

Unos meses atrás, en una de las visitas rutinarias que hacía a los niños, descubrió que aquella pequeña de ojos pardos poseía el arma más mortífera de la tierra: su cerebro. Le hizo gracia descubrir que la niña falló adrede varias de las preguntas en la prueba de CI (cociente de inteligencia) que le habían hecho en un colegio privado al que su padre pretendía llevarla internada. Era tan rematadamente lista como para no sobrepasar dichas fronteras y que descubriesen que en realidad podía llegar a ser un arma de destrucción masiva si caía en malas manos.

Victoria lleva veinticuatro horas sin pincharse su medicación. Su mente, aunque nublada por la falta de insulina, se mantiene altiva y resolutiva; al fin y al cabo, está donde quiere estar. No olvida cómo la noche anterior se dejó secuestrar por su captor sin oponer resistencia. Estaba preparada. Llevaba demasiado tiempo esperando. La niña rememora la época en que su perfecto mundo se fue derrumbando al tiempo que pasaba las horas enjaulada como un pájaro en un rebaño de médicos que intentaban desangrarla con tanto pinchazo. Su curiosidad trajo consigo preguntas que llevaba tiempo haciéndose, y todo surgido a raíz de un trozo de papel arrugado y medio roto que había encontrado tirado en la papelera del aula de su padre.

Aquel día se sintió indispuesta y fue en busca de su progenitor para que la llevase a casa. No era el desayuno lo que le había sentado mal, ni siquiera su diabetes, que se descontrolaba cada vez que hacía ejercicio, sino el hombre apoyado en la valla del colegio y que distinguió desde el patio mientras jugaba. No era la única vez que lo veía, hubo otras, y en todas las ocasiones sus miradas se buscaban.

La primera fue un año antes. Estaba sentada en la biblioteca ojeando un libro, sin prestar mucha atención a sus páginas, cuando sus ojos se encontraron durante un segundo. Ese gesto

insignificante para la gente que había alrededor, pero no para Victoria, fue más que suficiente a fin de saber que ese hombre estaba allí por ella.

Advirtió el miedo en su madre, su mirada aterradora cuando lo vio sentado en la mesa contigua, tanto que la sacó a rastras a pesar de sus protestas. En ese preciso instante en el que pasó por delante de él, este alargó su mano y le entregó un trozo de papel, descubrió por primera vez las mismas cuatro palabras que llevaban martirizándola desde entonces y que estaban escritas en el papel arrugado de la papelera de su padre.

La segunda vez fue seis meses, veinticuatro días y doce horas después de aquella primera aproximación. En esta ocasión, estaba al volante de un coche aparcado en el camino de la pista de patinaje. En ese encuentro, él se atrevió a sonreírle, a lo que ella le devolvió el gesto levantando el mentón, por supuesto, a escondidas de su madre, que se encontraba hablando con una vecina y no se dio cuenta de lo ocurrido. Cuando regresaron de patinar, ni él ni el coche estaban ya, pero sí otro trozo de papel hecho una bola en el asfalto, con el mismo mensaje escrito en una letra armoniosa y clara. Durante esos meses, nunca olvidó cada una de las fechas en que ese desconocido se cruzaba en su vida. El miedo, los nervios, las discusiones de sus padres, el descubrir que nada era lo que parecía, solo fue un aliciente más para intentar destapar la verdad.

Siempre supo el nexo en común de todas esas visitas con el papel encontrado esa mañana en el despacho de su padre. Palabras que se repetían una y otra vez cuando él regresaba. Cuatro palabras sin ningún sentido que parecían jugar con ella en una adivinanza imposible de resolver.

Era un juego macabro, y ella su personaje principal. De mala leche, se arranca el sensor, ahora mismo no le hace falta, sin la otra parte del receptor que recoge las lecturas, es inútil. Suspira al pensar en las palabras escritas en simples papeles blancos y que siempre son las mismas: «El inventor de sueños».

Capítulo 7

Amanda Miller
Casa de la familia Parker
Magnolia Lake

Si hay un momento en la vida de toda persona en el que se pueda sentir mezquina, el mío es este en concreto. Mientras mi cuñado Lucas regresa de su luna de miel en un vuelo que en estos momentos no tardará en aterrizar, yo estoy a punto de meterme en la vida de un matrimonio hundido y desesperado por el secuestro de su hija. ¿Me siento culpable? Pues no. ¿Me arrepiento de lo que voy a hacer? Ni de coña.

Llevo una hora convenciéndome de que la culpa es de mi hermana, puesto que la idea ha sido suya, pero claro, la que está a punto de tocar a la puerta de la familia Parker soy yo. Eso sí, con un bizcocho en una mano y una lasaña en la otra, que inmiscuida soy, aunque educada también. Repaso mentalmente lo poco que sé sobre el matrimonio antes de estrellarme de cabeza contra el suelo. En eso soy especialista.

Magnus Parker, el padre, de sangre venezolana por parte materna e inglesa por la paterna; es profesor de matemáticas en el mismo colegio que mi pareja, Taylor, él se encarga de llevarla y recogerla a diario.

Su mujer, Aria Parker, es poco más que un enigma; dicen que es solitaria, calculadora y cortante. Algunas madres se quejan de que no suele relacionarse con ellas ni ayudar en las actividades del colegio. A mí, las pocas veces que la he visto, me ha dado la impresión de que tiene cierto aire de superioridad, contraído desde su más tierna infancia y quizás impuesto por una familia rígida y autoritaria que le exigía ser la mejor en todo.

De origen germánico y con una belleza europea que me recuerda a Vera, suele ser la envidia de muchas de las mujeres del pueblo, a las que, según Taylor, ya les gustaría tener su cuerpo y a su irresistible marido.

El jefe adjunto Delgado mira el bizcocho y la bandeja de lasaña y no puede evitar regocijarse en una sonrisa.

—Me preguntaba en qué momento del día te ibas a presentar aquí. Tu hermana tiene huevos, eso no lo dudo, mira que mandarte a ti a investigar… Sois incorregibles.

Con cierta parsimonia, se hace a un lado y abre la puerta para que pase dentro. Le sonrío, al fin y al cabo, ¿qué otra cosa puedo hacer si ya ha calado mis intenciones de tal inusual visita?

—Aria acaba de llegar del hospital —argumenta—. Está descansando —dice con un cambio de semblante, visiblemente mosqueado por mi presencia, y, haciendo gala de la placa que luce en su uniforme, me reprocha nuevamente mi descaro.

—No la molestaré mucho, te lo prometo, solo quiero darle un poco de apoyo —miento.

—No sé si es buena idea. No deberías estar aquí.

—Lo sé, no te enfades. Seguro que la lasaña y el bizcocho le sientan bien.

—Sí, quizás la comida y la compañía le hagan hablar. Espero que tengas más suerte y te cuente algo más de lo que ocurrió ayer. A nosotros nos ha respondido a las preguntas con monosílabos, se niega a hablar del tema.

—Me conformo con que coma.

Miento otra vez en menos de diez segundos. Me estoy volviendo experta en el arte del engaño y en esconder cosas.

—Estaré fuera, en el porche. Tienes quince minutos, ni uno más, así que aprovéchalos bien.

En efecto, la madre se encuentra recostada en un sofá de color gris oscuro tapada con una manta y con los ojos cerrados. Aprieta contra su pecho una fotografía; imagino que será de su hija. Percibo el cansancio y la desesperación en sus rostro. Seguro que ahora no es la envidia de nadie. Me acerco despacio; si está dormida, no

quiero molestarla. Dejaré la comida en la cocina y volveré en otra ocasión.

—No he entendido nunca por qué la gente lleva provisiones para una semana a la familia de un difunto o de un secuestro. Lo último que nos importa en estos momentos es comer.

Con parsimonia abre los ojos y me traspasa con su mirada azul, gélida y etérea. Me deja tan cortada que no sé si pararme en seco y no articular palabra o, echar a correr y volver a casa con el rabo entre las piernas. Más que compasión por ella, siento miedo. Con un ligero bostezo aparta la mirada y vuelve a su lucha interna.

—Perdón por presentarme así, no es mi intención molestarla, tan solo pensé que tienen que comer y no creo que les apetezca cocinar. He traído un bizcocho, ¿quiere un café?

—Puede que tengas razón… Hay recién hecho. Siento ser tan mal educada.

—No digas tonterías. También hay lasaña por si quiere algo más contundente.

—Te llamas Amanda, ¿verdad? ¿A qué has venido?

Dejo la comida sobre la encimera y dispongo en una bandeja dos tazas de café y dos porciones de bizcocho. Aria ha vuelto a cerrar los ojos y las lágrimas le caen por las mejillas, a pesar de ello, es imposible no fijarse en lo hermosa que es.

Al escuchar cómo me siento a su lado, suelta la fotografía encima de la mesa y puedo ver que, en efecto, es un retrato de su hija. Su seriedad me perturba, pero quizás lo que más me impresiona es lo que se parece a mi amiga fallecida Vera Moore; su cabello rubio es brillante y sedoso al tacto, los ojos son como dos zafiros azules, fríos e impenetrables y la opacidad de su piel, tan blanca que parece transparente, me turba.

Por un instante siento un escalofrío aterrador y pienso en si ¿Vera siguiera con vida se parecería a Aria? ¿Hubiesen reconocido las similitudes al estar una frente a la otra?

—Mi pequeña solo tiene cinco añitos, está enferma. ¿Y si no le dan la medicación? ¿Y si quieren dejarla morir? —me pregunta sacándome de mis pensamientos.

—Debe ser fuerte por ella, para poder ayudar y contarle todo lo que sepa a la policía.

—Ya no sé qué más puedo decir, solo quiero que regrese y tenerla entre mis brazos —responde con un gemido profundo.

—Háble me de Victoria, es una niña preciosa. —Cojo la fotografía que minutos antes abrazaba.

Aria me mira con desconfianza. Sus ojos trasmiten tristeza, angustia, temor, y también cierta alarma. Aunque no es lo que le pueda pasar a Victoria lo que la tiene recelosa, sino lo que pueda descubrir de ella. Respiro, no es momento de pensar en mi pasado, ni en Emma, ni en el loco que me secuestró. La oigo suspirar y, con voz entrecortada, comienza a contarme cómo es su hija.

—Vicky es… un ángel. Es buena niña y una magnífica estudiante. Simpática, vivaracha, tierna y mimosa. Hace unos años descubrimos que era superdotada. Es mucho más inteligente que la media.

—En estas circunstancias, quizás sea la mejor cualidad que puede tener para salvar su vida.

—Mi hija es diabética, imagínese mi temor si no le suministran la medicación —confiesa asustada—. Morirá en días. El *sheriff* tiene que encontrarla. Mi hija se muere. Cada minuto sin su insulina es devastador para su organismo.

—Dará con ella. Si alguien puede, ese es mi cuñado. Es igual de terco que mi hermana.

—Te agradezco tu apoyo. Solo pienso que todo va a salir mal y que mi hija va a morir. La imagino en un lugar oscuro, frío y lúgubre, asustada y llorando. No puedo vivir sin ella, es todo mi mundo.

Se tapa la cara con las manos ansiando esconder su propia debilidad. ¿Así se sintió mi hermana cuando desaparecí?

—¿Cómo es su día a día? Imagino que habrá sido difícil para ella acostumbrarse a batallar con una enfermedad de la que tienes que estar pendiente constantemente.

—Es duro, no lo voy a negar. Creo que ha sido mucho peor para nosotros hacernos a la idea que para ella. Es una niña muy resuelta. Me acuerdo del primer día que salimos del médico camino de la farmacia. Me agarró la mano y con voz decidida me dijo: «No llores,

mamá, la mejor forma de hacer frente a un enemigo es conocerlo y yo voy a saberlo todo sobre este».

—Enfrentarse a ello seguro que le dio el poder que necesitaba para asimilarlo.

—Es muy fuerte. Desde ese día se pasaba las horas leyendo infinidad de libros sobre diabetes. Comenzó a entrar sola a la consulta del médico por petición suya. Aprendió con una habilidad pasmosa a cambiarse el sensor del brazo y a administrarse la insulina. Victoria es una guerrera, no te quepa duda, aunque ahora mismo tiene que estar muerta de miedo.

—Todo va a salir bien. Confía en el *sheriff* Castillo. Me encontró a mí —revelo con cierto orgullo hacia mi familia.

Mientras me acabo el café, observo la casa. Es muy parecida a la nuestra, aunque algo más sofisticada. Detrás del sofá donde estamos sentadas hay un gran mueble que hace de separación entre el salón y la isla de la cocina. Cuento cinco fotografías del matrimonio junto a su hija.

Un hueco en una de las esquinas revela que la que descansa encima de la mesita es la que falta. La cojo y la observo con detenimiento. En ella, Victoria posa con un rictus serio. Su mirada se pierde más allá de la cámara, más allá del bosque. ¿Qué estaría observando con tanto detenimiento?

—Es una fotografía preciosa. ¿Está hecha aquí, en Magnolia? Me suena la zona boscosa de detrás. —Miento deliberadamente. Claro que conozco la zona boscosa. Conozco el maldito bosque de Los Suicidas como la palma de mi mano.

—Sí, se la hizo mi marido hace menos de un mes. Están en la carretera del viejo molino. Iban de camino a la librería de Aurora. A Vicky le encanta ir allí. Vamos una vez al mes a recoger los libros que encarga.

—Vaya, yo a su edad también era una adicta a la lectura. Mi madre siempre me regalaba libros para mi cumpleaños y en verano. Me alegra saber que aún hoy se fomenta ese vicio tan sano. —No quiero contarle que ya me he cruzado con su hija en el pasado y que sé de su afán lector.

—Estoy segura de que os llevaréis muy bien.

Su tono de voz no concuerda para nada con sus palabras, su incomodidad a que pueda acercarme a su hija y tener algo en común que compartir no parece hacerla muy feliz.

Miro la hora en el móvil de reojo. El vuelo de Lucas acaba de aterrizar y no sé si la agente Sue lo va a traer directo a la casa o no. Tengo que darme prisa.

—Menudo color de pelo tiene Victoria, rojizo, y los ojos verdes. Me pregunto a quién habrá salido de su familia —digo con una sonrisa como el que no quiere la cosa.

—Se parece a mi hermana. Ella también es pelirroja con ojos verdes —responde con voz trémula—. Agradezco tu visita, pero estoy cansada. Antes de que llegaras, me dieron una pastilla para dormir en el hospital y creo que comienza a hacer efecto.

—Por supuesto, qué desconsiderada soy, me pasaré otro día. Descansa, y espero que todo se resuelva rápido —digo ante su cambio de actitud tan repentino que no hace más que confirmarme lo que ya sospecho desde hace rato.

Me levanto y me marcho igual de silenciosa que cómo he llegado. Me despido de Delgado con excesiva gratitud, no sé si porque recuerdo nuestro pasado siendo niños y le tengo demasiado cariño, o porque sé que, quizás en un futuro no muy lejano, pueda necesitar su ayuda.

Regreso a casa con una sensación de malestar en el estómago. Mi hermana tenía razón. Algo huele a podrido en este secuestro.

—Hermanita, esta tía es más bruja que tú —le suelto al contestarme al móvil—. Me ha mentido en toda la cara. Me ha dicho que su hija se parece a su hermana, algo que sé que no es verdad.

—¿Cómo estás tan segura? ¿La has visto alguna vez?

—No, ni lo haré nunca —confirmo—. Cuando su marido Magnus comenzó a trabajar en el colegio, le contó a Taylor que eran hijos únicos y que sus padres habían fallecido años atrás, que estaban solos.

—Amanda, eres la mejor, algo esconden y tienes que averiguar qué es.

—¡Ni lo sueñes! No voy a volver más, esa mujer me pone los pelos de punta y no seré yo quien averigüe el porqué. Te juro que

da miedo.

Durante minutos, Cora me lanza indirectas sobre lo maravillosa hermana que soy, lo buena tía que soy para su hija santificándome como si fuese el arcángel San Gabriel a las puertas del mismísimo cielo. Sé su método de extorsión y manipulación sobre mí cuando quiere conseguir algo.

—Te odio, eres insufrible, pero por más que me queje, tienes razón. Aun así te odio porque me conoces muy bien y sabes que no lo dejaré pasar, por mucho que diga. Ya quedó demostrado en el pasado que me gusta meter las narices donde no me llaman —recuerdo protestando.

—Nos vemos en unos días, cuida de Emma y Nora. Te quiero, hermanita.

Yo también la quiero, más que a mi propia vida. Estar veinte años sin ella me dolió más que todo el sufrimiento que el monstruo que me secuestró me hizo padecer.

CAPÍTULO 8
Cora Miller
Aeropuerto JFK
Nueva York

Media hora después de que mi avión aterrizara en el aeropuerto JFK, aún espero con impaciencia las nuevas instrucciones, sentada en el banco frente a la puerta principal. Diviso la marea humana que me rodea y suspiro con cierta incomodidad; odio volver a Nueva York. He seguido a pies juntillas las indicaciones que se adjuntaban con el billete, cortesía de Liam Cohen. Son muy precisas; en ellas me advierte que si las rompo, no hay vuelta atrás.

Con un vuelo de tres horas, que mi espalda sufre con calambres intermitentes en el coxis, lo que menos me apetece es perder el tiempo siendo objeto de la broma pesada de algún gracioso.

Aunque he leído la noticia en un periódico en el aeropuerto, sigo sorprendida sin poder asimilar lo sucedido. No me creo que Liam, ese hombre pacífico y desesperado por encontrar a su hija, que movió cielo y tierra, haya sido capaz de matar a sangre fría al que, según él, era el asesino de su mujer y su hija, el alcalde de Canandaigua, Benjamin Rookwood.

Recuerdo el caso. El primero al que me enfrenté en mi recién estrenado puesto de investigadora y redactora de la sección de sucesos. Quizás por eso siento esa conexión con él y de ahí mi empeño en ayudarle. O tal vez sea que, en realidad, echo de menos volver a sentirme útil.

En esa época, Liam Cohen era un abogado prominente en un prestigioso bufete de Nueva York. Su vida, aparentemente tranquila y serena, transcurría entre los juzgados, su despacho y la defensa

de clientes, algunos de dudosa legalidad… Al caer la noche, su escaso tiempo lo dedicaba a su esposa y su recién nacida hija, Laia.

Charlotte Baumann era una reputada genetista mundial y el ojo derecho de la empresa puntera en la modificación del genoma humano, XY Genomics Institute. Su proyecto de investigación llevaba más de una década sobre el tintero a la espera de que la FDA lo aprobase. El suero milagroso, según se descubrió después de su muerte, era capaz de modificar y desarrollar los hemisferios del cerebro en los bebés cuando todavía estaban dentro del vientre materno. Lo que esto provocaba era que los niños naciesen con unas destrezas, tanto a nivel intelectual como creativas, fuera de lo común.

La polémica moral del proyecto no estuvo exenta de denuncias por parte de asociaciones en contra de tal aberrante investigación. Algunos la acusaron a ella y a los laboratorios de creerse Mengele, el atroz oficial alemán, médico y criminal de guerra, que durante la Segunda Guerra Mundial realizó experimentos mortales con prisioneros judíos en el campo de concentración de Auschwitz, un hecho que seguía muy presente a pesar de haber pasado ochenta años.

Conocido como el Ángel de la Muerte, seleccionaba y ejecutaba a sus víctimas en las cámaras de gas que los nazis tenían repartidas por toda Alemania. ¿Qué llevó a Charlotte a probar el suero con ella misma y con su hija? Nunca se supo. Tal vez solo quería demostrar que su investigación no era la locura de un asesino del holocausto, sino un milagro de la ciencia.

Tan concentrada estoy en mis pensamientos que, sin darme cuenta, un chaval de poco más de doce años se acerca a mí y me ofrece un sobre en blanco. Intento preguntarle quién se lo ha entregado, pero sale corriendo sin poder terminar de hablar. Miro alrededor y Nueva York sigue girando tal cual lo dejé antes de perderme en mis ensoñaciones. La gente va cargada con sus maletas en dirección a coger un avión, al hogar o al encuentro de unos abrazos de bienvenida. O quizás a refugiarse en una casa vacía donde el único consuelo y abrigo es una mascota que espera ansiosa los mimos de su amo.

Abro el sobre algo desconcertada, dentro hay una llave y una nota con nuevas instrucciones para proseguir mi viaje hasta Canandaigua, que son de lo más enigmáticas.

«Por su seguridad y ante el devenir de los acontecimientos, dispuse para usted este pequeño rodeo hasta mí. Le ruego que no me lo tenga en cuenta y prosiga su camino hasta mi encuentro, le aseguro que merecerá la pena. Las llaves que acompañan al sobre son de un Toyota Corolla de color azul que, si alza la cabeza, verá aparcado frente a usted. Por favor, todo está preparado para su llegada, diríjase primero al hotel y allí un agente del departamento del *sheriff* de Canandaigua la traerá hasta mi humilde morada».

Será cabrón, seis horas de coche, y encima con cachondeo. ¿Humilde morada? ¿Por mi seguridad? ¿Un pequeño rodeo? ¿Qué significa tal charlatanería inexplicable? Me levanto mosqueada, cansada y con un profundo enfado. En qué estaría pensando para volver a meterme de lleno en la cueva de un dragón a punto de devorarme y abrasarme viva. Son las diez de la mañana, si me doy prisa, puedo estar en Canandaigua a media tarde.

El coche, con una ligera capa de polvo, imagino que a causa de llevar días o semanas estacionado en el mismo lugar, es una invitación a mi vida pasada, a la que solía correr a ciegas sin importarme el riesgo porque no tenía nada que perder. Sin embargo, ahora es distinto, mi marido y mi hija me esperan en casa, no quiero perderme su infancia, verla crecer, por eso jamás pondré en peligro mi familia, y menos después de recuperar a mi hermana y a Nora.

Entro dentro, resguardándome del frío otoñal que a esta hora comienza a ser intenso, ansiando que mis huesos vuelvan a entrar en calor y la calefacción apacigüe los escalofríos que sufro desde el día anterior. Coloco el asiento, no sin antes descubrir bajo él un sobre marrón de tal grosor que convierte mis esperanzas de regresar pronto a casa en una mera ilusión. Dentro se halla una carpeta con la investigación que Liam Cohen ha recabado en diez años sobre Benjamin Rookwood. Fotografías, informes policiales, transcripciones del juicio, documentación del proyecto… Cientos de papeles que van a ocuparme un tiempo demasiado largo, despidiéndome de ver a mi hija a corto plazo.

Espero que este viaje merezca la pena. Que el asesinato de Benjamin haya valido para algo más allá que hacer sentir bien a Liam. Algo me dice que así es, que por fin, después de tantos años perdidos, voy a desentrañar el misterio que rodea las muertes de Charlotte y Laia Cohen.

Capítulo 9
Sheriff Castillo
Casa de la familia Parker
Magnolia Lake

Los periodistas se aglutinan en la entrada de la vivienda de la familia Parker. Son como abejas alrededor de la reina y en este caso la reina es la noticia de la que todo el país se hace eco desde ayer. Cámaras y micrófonos se alzan sobre la multitud, cada reportero deseando conseguir la mejor toma, la declaración más reveladora. El murmullo constante de preguntas y comentarios llena el aire, creando una cacofonía de voces que se entremezclan con los destellos de los *flashes* de las cámaras.

—¡*Sheriff* Castillo! ¿Se sabe algo más del secuestro de Victoria?

—¿Han pedido rescate a la familia?

—¿Creen que puede haber otro asesino en serie como el del año pasado merodeando por el pueblo?

Las preguntas maliciosas prosiguen a pesar de que ni mi ayudante Oliver Delgado ni yo nos pronunciamos al respecto. Atravesamos la marea humana de reporteros y curiosos que se agolpan contra la puerta del jardín, no sin algún que otro golpe y empujón cuando pasamos corriendo. Delgado me comunica los avances antes de entrar en la casa a media tarde. Hasta el momento, la información disponible es escasa. La niña lleva secuestrada treinta y siete horas y no tenemos ningún progreso significativo que nos permita identificar al autor de los hechos.

La madre sufrió un colapso al borde de la histeria al encontrar la habitación vacía y con sangre suficiente para imaginar que la pequeña estaba muerta, lo que la llevó a estar ingresada en el hospital hasta esta misma mañana. Mientras tanto, el interrogatorio

al padre no nos aclaró gran cosa y lo único certero de esta historia macabra es que Victoria necesita su medicación con urgencia. Lo demás habrá que investigarlo.

La muestra de sangre de las paredes y del suelo está en el laboratorio a la espera de que determinen si se trata de la sangre de Victoria y arroje algo de luz. Por las fotografías que el forense Palmer me ha enseñado, se diría que Victoria está muerta, pero sin un cuerpo… Una niña tan pequeña no puede sobrevivir con tan poca sangre, pero ¿por qué se la llevarían entonces si ya estaba muerta? En la primera inspección, mi ayudante Oliver Delgado y la agente Sue Sullivan descubrieron que la alarma de la casa se desconectó a las 2:56 horas de la madrugada desde dentro, lo que me hace sospechar que, o bien el secuestrador conocía la clave, o lo dejaron entrar. Según ha informado el padre, solo falta un objeto de la habitación de su hija. Un peluche que le regaló un par de meses antes y con el que acostumbraba a dormir. Victoria es una niña superdotada, pero en algunos aspectos sigue comportándose como cualquier pequeña de cinco años.

Escucho el mensaje que mi cuñada me ha enviado. No me agrada ir a un interrogatorio sabiendo de antemano que me van a mentir, pero agradezco que la alcahueta de mi esposa creyera que allí se estaba cociendo algo y que era mejor enterarme cuanto antes de que quizás no fueran a contarme toda la verdad. Y si lo combino con lo que Delgado me acaba de revelar acerca de la alarma, mis sospechas hacia los padres aumentan por minutos.

A pesar de la algarabía que está en la calle y que entra como un clamor indolente, sin ninguna empatía hacía unos padres afligidos, el matrimonio me espera en el salón, aparentemente tranquilo. La primera impresión que percibo es angustia en los ojos llorosos de Aria y recelo en el semblante serio y preocupado de su marido Magnus. Tal vez sea más producto de una discusión entre ellos que por la desaparición de Victoria.

Lo segundo de lo que me doy cuenta es de que han desaparecido las fotografías del mueble que separa el salón de la cocina. El mismo que minutos antes Amanda se ha encargado de describirme en su mensaje. En su lugar, un buda inmenso oculta la

gran mentira que encubre el matrimonio, y quizás el que parece que va a ser el caso más mediático de este año y con el que la prensa se va a cebar sin pudor ninguno. ¿La ha quitado Aria ante las preguntas astutas de Amanda sobre la pequeña? O, por el contrario, ¿es porque no soporta ver a su hija?

Después de que me cuenten lo sucedido la madrugada del día anterior y comprobar mentalmente que no han modificado ni una coma de su testimonio, lanzo mi primera pregunta a Aria, que se encuentra emocionada ante la situación.

—¿Vieron algo sospechoso los días previos al secuestro? ¿Algún extraño rondando la casa o que se acercase a hablar con Victoria?

Los dos se miran de reojo y responden al unísono un rotundo no. ¿Tienen estudiadas las respuestas o me están contando la verdad?

—Aria, cuénteme un día normal de su hija. Siendo una niña con un cociente intelectual tan alto, no será fácil mantenerla entretenida.

—Mi hija… —comienza a hablar carraspeando—, mi hija es una niña de lo más normal, aunque le cueste creerlo. Va a la escuela donde trabaja Magnus, le gusta leer, los animales, pasar tiempo en la librería de Aurora, es muy responsable e intuitiva. Si ella hubiese visto algo anormal, nos lo habría dicho enseguida, no se imagina lo observadora que es.

—¿Seguro? No lo tengo tan claro. Por lo que me ha contado mi ayudante, Victoria es muy independiente y hace dos meses ya estuvo desaparecida unas horas.

—Fue un malentendido sin importancia —responde Magnus con un ligero temblor en la voz.

Su inquietud, sin lugar a duda, se refleja en un tic muy común en los sospechosos interrogados por la policía. En su caso, no puede dejar de frotarse las manos con la pernera del pantalón en un intento inútil de secar el sudor.

—Yo no diría que encontrarla a la salida del pueblo caminando sola por la carretera sea algo sin importancia. ¿Qué sucedió para que se escapara?

—El día anterior tuvimos una discusión —revela Magnus, afectado al recordar aquel día—. De aquí a un tiempo la relación

entre nosotros dos es un vaivén y eso afecta a nuestra hija. Por muy lista que sea, hay cosas que todavía no llega a comprender.

—¿Podrían concretar un poco más? No quiero encontrarme a terceras personas en el trastero durante la investigación.

—No tiene ningún derecho a acusarnos de provocar la desaparición de nuestra hija intentando que declaremos algo que es mentira. —Aria estalla en un griterío, dolida por mi acusación de infidelidad, provocando una reacción desproporcionada, quizás dada por la situación que está viviendo, o porque en el pasado ya tuvo que sufrir alguna de ellas y mi pregunta le trae malos recuerdos.

—No estoy aquí para cuestionar su vida marital, mi cometido es encontrar a Victoria.

—Discutimos porque mi marido está empeñado en que Victoria asista a un colegio para niños con su mismo nivel intelectual.

—Y parece que a usted no le hace mucha gracia.

—No, me niego, no quiero tener a mi hija interna en una escuela elitista a cientos de *millas* de aquí.

—Eres egoísta, Victoria no es una niña normal. En un colegio así podría desarrollar todo su potencial. Se aburre en clase, *sheriff* —añade—, no presta atención, lo que le enseñan ya lo sabe y aun así mi mujer se niega.

—La niña no va a ir, cuanto antes se te meta en la cabeza, mejor. Ni tú ni nadie me va a separar de ella. —De soslayo mira a su marido, en ella refleja la ira y la rabia que le profiere por querer que su hija se marche lejos.

—Pues ahora mismo no está aquí, no sabemos dónde se encuentra. Si se hubiera ido el mes pasado a ese colegio, hoy estaría a salvo —le echa en cara Magnus a su mujer con desdén.

El ataque gratuito entre ellos, acusándose mutuamente, no ayudará a traer de vuelta a Victoria y me complica la investigación ya de por sí difícil.

—Basta, esta discusión no ayuda a encontrarla. ¿Saben si durante las horas que estuvo desaparecida habló con algún desconocido?

—Creemos que no, salió de casa a escondidas mientras yo preparaba la cena. Suponía que estaba en su habitación haciendo

los deberes. Cuando subí a las seis, no la encontré, la busqué por el jardín y al ver que no conseguía dar con ella, avisé a Magnus. Salimos con el coche a buscarla cuando regresó del gimnasio.

—¿Por qué no nos avisó?

—Esa mañana Victoria había visto los papeles de ingreso del colegio. Nos acusó de no quererla y que por eso la mandábamos a un internado.

—¿Discutieron delante de ella?

—Presenció una de las tantas discusiones que tenemos por ese tema. Cuando regresó del colegio, se encerró en su habitación. Estaba disgustada y no me dirigió la palabra durante el camino de vuelta a casa.

La cara de Magnus refleja el dolor de ese momento. La creciente culpa por sentirse juzgado y no ser un buen padre y no proteger a su hija.

—Sabíamos dónde podía haber ido —prosigue Aria—. La librería que hay a las afueras, la que está frente al bosque. Le gusta ir allí y sentarse en el jardín a leer. Su dueña es muy amable y siempre le guarda los libros que mi hija le pide.

—Señor Parker, ¿dónde estaba usted cuando desapareció?

—¿Me está acusando de algo? —pregunta ofendido.

Con un movimiento inseguro, se recoloca las gafas en un intento de que no note sus nervios.

—Conteste, mi trabajo es preguntar, así que no se ande con rodeos.

—En el gimnasio, suelo ir a entrenar por las tardes cuando dejo a Victoria en casa después del colegio. Llevaba media hora cuando Aria me llamó histérica, llorando, y me dijo que no encontraba a Vicky.

—¿Cómo es su día a día? ¿Clases extraescolares? ¿Alguna amiga o amigo con el que estudie al salir del colegio? ¿Quizás un vecino?

—Su día es normal, ya se lo he dicho, no tiene más clases que las del colegio. Después de hacer los deberes, unos días salimos a patinar, al parque, a la librería. Otros tenemos cita con su médico o, si el libro que está leyendo es muy interesante, se niega a salir de

casa y se recluye en su habitación —responde cansada de contestar a mis preguntas.

Ahora entiendo lo que Amanda me ha contado sobre Aria, lo que comentan las madres del colegio: es fría y distante, incluso con su marido. No sé si a causa del secuestro o por las discusiones ocasionadas con su educación, que parecen estar muy presentes en la relación.

—Suele juntarse con Ian, el hijo pequeño de Clarissa y Simón Patel. Viven al final de la calle y los dos van a la misma clase —confirma el marido.

—Hablaré con ellos, quizás hayan visto algo en los días previos al secuestro.

—Ian es su mejor amigo… —añade Aria temblándole la voz y estallando en un gemido agudo.

—Hay un detalle que me tiene desconcertado. Verán, la alarma fue desconectada a medianoche, en concreto a las 2:56 de la madrugada. Me dan una explicación convincente o tengo que pensar que alguno de los dos, o los dos, están detrás del secuestro de su hija.

—¿Cómo se atreve a pensar…?

—Señor Parker, yo no me atrevo, sigo las pistas e investigo, y, por favor, siéntese y conteste. ¿Quién de los dos desconectó la alarma? Y será mejor que no mientan. Estoy esperando la llamada de la empresa de seguridad para que me diga cuál de las llaves electrónicas se usó para apagar la alarma.

—Sus sospechas son nauseabundas —escupe Aria—. No podemos responder algo que no sabemos. Creo que es mejor llamar a un abogado.

—Está en su derecho, pero tarde o temprano, hablarán.

—Le puedo asegurar que no hemos tenido nada que ver con el secuestro de nuestra hija.

—En vez de acusarnos a nosotros, encuéntrela. Victoria necesita medicación urgente. Su vida, más allá de lo que el secuestrador le pueda hacer, está en peligro. Si no la encuentra pronto, morirá.

—¿Victoria tiene llaves de la casa o de la alarma?

—Sí, hace unos meses nos las pidió. Quería reivindicar su eterna lucha porque no la tratásemos como a una niña pequeña. A sus cinco años, tiene la mente de una persona adulta y como tal nos exige que la tratemos. Aria pensó que quizás darle ese pequeño capricho la mantendría apaciguada durante un tiempo. Sin embargo, ceder a esa petición provocó que se sintiese con poder sobre nosotros. Al haber ganado esa batalla, era difícil negarle nada.

—Si recuerdan algo más, llámenme enseguida, lo que sea, un coche que no sea del barrio, un desconocido a la salida del colegio, cualquier cosa que les parezca fuera de lugar en su rutina diaria.

—Encuentre a mi hija, por favor —suplica Aria entre lágrimas—. Está enferma.

Es la primera vez en toda la conversación en que pienso que no miente, que de verdad no sabe dónde se encuentra su hija y está desesperada por hallarla.

—Una cosa más —digo mientras me dirijo a la puerta—, ¿qué libro se estaba leyendo en el momento del secuestro?

—¿Importa eso? —pregunta el padre, resignado.

—*La ladrona de libros* —contesta su mujer—. No estábamos de acuerdo en que leyera esa clase de lectura. Sin embargo, a ella le entusiasma la Segunda Guerra Mundial. Lo trajo a casa hace una semana, le pregunté de dónde lo había sacado y me contó que el padre de Ian se lo había prestado al ver el interés que tenía en él.

—¿Saben si todavía sigue en su habitación?

—Ni idea, pero ahí debería estar.

—Llámenme con cualquier cosa.

Afuera, Delgado sigue haciendo guardia a la espera de que la agente Sullivan lo releve en el siguiente turno.

—Delgado, hazme un favor. Sube a la habitación de Victoria y busca un libro. Se titula *La ladrona de libros*. Si lo encuentras, tráemelo. Revuelve la casa si hace falta, pero quiero esa maldita novela hoy en comisaría.

—Descuide, *sheriff*.

Capítulo 10
Cora Miller
Oficina del sheriff
Canandaigua

Después de seis horas con el culo pegado al asiento, por fin llego a mi destino. Se nota la brusca bajada de temperatura. El coche marca diez grados, ocho menos que en Nueva York. Lejos ha quedado el ruido, la aglomeración de la gente corriendo de un sitio a otro, los pitidos, los gritos, los taxis amarillos y los inmensos rascacielos alzándose imponentes sobre la ciudad. No echo de menos ese trajín de ir corriendo de un sitio a otro. Me gusta mi vida tranquila en Magnolia Lake. El aire que se respira, el olor a bosque mojado cuando llueve, me da la paz que necesito. Las hojas de los árboles, al teñirse de diferentes tonalidades rojas, naranjas y amarillas en otoño, me hacen saber que ya queda poco para acabar el año. Pero quizás lo que más me agrada sea la comunidad que hemos creado después de lo ocurrido el año pasado. Sin proponérnoslo, nos ha unido y nos ha convertido en familia, claro, siempre y cuando no ande suelto un asesino dispuesto a matarnos.

Canandaigua es una localidad apacible y tranquila. Tiene esa belleza atemporal típica de los lugares donde el dinero no falta. El pueblo se encuentra en el extremo más al norte del lago que lleva su mismo nombre. Con una extensión de 15,5 *millas* de largo y 1,5 *millas* de ancho, es el cuarto lago más grande del Estado de Nueva York. Es un paraíso para los amantes del aire libre que disfrutan de las rutas de senderismo entre frondosos bosques, serenas praderas y vistas al lago que te quitan el aliento. Además, como curiosidad y atracción para los amantes de la opulencia y la época victoriana, pueden retroceder en el tiempo visitando una de las mansiones más

antiguas de la zona, con una historia tan fascinante como enigmática.

La mansión Granger se alza majestuosa a pesar de los años. Construida a principios del siglo XIX, sirvió como hogar para el director general de Correos bajo el mandato de los presidentes Jefferson y Madison, asesinado con un martillo en la calle principal del pueblo.

El hotel donde espero a que mi «niñera» me recoja está enfrente de dicha mansión. Desde el vestíbulo puedo divisar la larga cola de turistas que esperan entrar a visitarla. Algunos incluso van ataviados con ropa de la época adecuada para tan gloriosa cita.

¿Qué cara se les habrá quedado a las familias ilustres de solera rancia y viejuna al ver que Benjamin Rookwood, su popular alcalde, ha muerto a tiros seis meses después de subir al poder? Sobre todo a aquellos que se hayan gastado un dineral subvencionando la campaña.

Un joven policía aparca frente a mí y, con una media sonrisa pícara y amable, se presenta con un aire altivo y jocoso como el chófer del señor Cohen.

La oficina del *sheriff* se encuentra en la calle principal del pueblo, justo al otro lado de la nueva sucursal de Correos. Durante el camino, me cuenta que su nombre es Tony, y que él y su compañero fueron los primeros agentes que acudieron a la llamada de socorro de la gente. Lo que encontraron fue a un Liam tranquilo y sosegado, arrodillado después de haber disparado a las puertas de la alcaldía.

—Cuando llegamos, nada se podía hacer por la víctima, se ensañó con él a base de bien. Tenía varios disparos, uno de ellos le había reventado la cabeza.

—A veces, la justicia llega tarde, pero de una manera u otra llega y no puedes escapar por mucho tiempo que pase.

—Señora Miller, ¿verdad? —me pregunta el agente Tony, algo contrariado por mis divagaciones morales.

—Esa misma, toda dispuesta a ayudar.

—Cuando lo arrestamos, se negó a hablar, incluso a llamar a un abogado. Lo único que pidió fue que la trajésemos hasta aquí, que solo declararía ante usted. Parece un buen hombre. He leído su caso

y yo no sé qué hubiese hecho en sus circunstancias si me encuentro con esa sabandija.

—Es un buen hombre, eso se lo puedo asegurar. Haré todo lo que esté en mis manos para que no vaya a la cárcel, y, por favor, solo Cora, no soy tan mayor —digo riendo.

Aparcamos el coche junto a dos todoterrenos oficiales que hay en la entrada. Alzo la vista y con solo una ojeada rápida quedo maravillada, en comparación con la oficina de Magnolia Lake, es inmensa.

El edificio cuenta con cuatro plantas; los calabozos donde se encuentra Liam en esos momentos están en el piso inferior. En la planta que queda a pie de calle, una joven policía se dedica a escuchar a los primeros ciudadanos que llegan, haciendo una criba para que los agentes los atiendan dependiendo de lo que necesiten. En el segundo piso están las salas de interrogatorios, el despacho del sargento, el del detective de homicidios y, al final del pasillo, el del *sheriff*. De la planta superior, Tony no dice nada y yo prefiero no preguntar por cortesía.

Durante el viaje, ya me ha informado de que el detective Grossman será el encargado que lleve el caso, y me espera en su despacho para hablar conmigo antes de que baje a los calabozos. También me comunica que el *sheriff* Buford Barsanti se encuentra en una conferencia en Los Ángeles y no volverá hasta dentro de unos días.

El detective Grossman me parece un hueso duro de roer nada más verle. Me estrecha la mano con hostilidad y no me sorprende, puesto que yo soy el enemigo. Una periodista que me inmiscuyo en su caso para defender a un asesino, el cual se niega a soltar prenda a excepción de conmigo. Noto ese resquemor en su mirada. No soy bienvenida en su territorio, pero asimismo, soy su única esperanza de que el acusado hable.

—No me gusta su presencia, de hecho, me molesta —expresa golpeando la mesa con el puño—. Los periodistas no traéis nada bueno. Sois como rapiñas detrás de la noticia, todo vale para sacar una exclusiva.

—Hace un año que no soy periodista, si eso le tranquiliza —respondo con calma, pero deseando soltarle un sopapo que le arranque el bigote de cuajo—. No pretendo meterme en su trabajo, ni quitarle ningún mérito. Estoy aquí para resolver el pasado de Liam Cohen, no para que salga impune de su delito.

—Se va a pudrir en la cárcel, de eso que no le quepa la menor duda —grita—. Mañana pasará a disposición judicial y derechito a su nueva casa.

Me reta con la mirada. Deja claro que para él no merece la pena gastar recursos policiales en una investigación donde el acusado ya está sentenciado de antemano.

—Hay muy buenos abogados que estarán deseando representar al señor Cohen y demostrar que su víctima era un animal sin escrúpulos que se merecía hasta la última bala, y ahora, si me disculpa, creo que hay un viejo amigo que lleva mucho tiempo esperándome.

Me doy media vuelta y, guiñándole un ojo a Tony, le sigo hasta la planta baja, donde encuentro a Liam sentado en el suelo.

—Se ha buscado un nuevo enemigo. No conoce la mala leche que se gasta Grossman.

Agradezco la advertencia del agente Tony, aunque, con sinceridad, me importa un bledo, y así se lo hago saber.

—A estas alturas de mi vida, me importa una mierda lo que un detective opine de mí.

—Espero que le haga entrar en razón y permita que mi padre le ayude. Es un abogado duro, le aseguro que si su amigo quiere librarse de esto —dice señalando la celda—, él es la única persona que puede hacerlo.

—Menuda la que has liado, si querías llamar mi atención, lo has conseguido —digo colocando las manos en la cintura—. Dime que tienes pruebas de que ese cabrón se merecía morir, porque arriba el detective que lleva tu caso está que echa humo.

Liam se pasa la lengua por los labios y, con una mirada astuta de ave rapaz, me suelta:

—Te puedo asegurar que se merecía hasta la última bala. Espero no haber estropeado tu luna de miel. —Acepto su disculpa a cambio

de un abrazo.

—Tranquilo, Lucas tuvo que regresar. Han secuestrado a una niña, así que está ocupado. Liam, tenemos poco tiempo, mañana te llevarán ante el juez e ingresarás en prisión, ya sabes lo que significa eso…

—Que estaré incomunicado las próximas dos semanas. Solo la visita del abogado que no tengo.

—Creo que su padre estará encantado de representarte, es tu mejor opción si quieres librarte de prisión.

—Lo único que deseo es que encuentres a Laia.

—Si está viva, lo haré. Ahora hazme caso —afirmo señalando a Tony—, su padre podrá visitarte para preparar el juicio y, si necesito comunicarme contigo, te hará llegar mis mensajes, así que ya tienes abogado. Ahora cuéntame todo lo que has averiguado sobre el maldito Rookwood…

Capítulo 11
Sheriff Castillo
Casa de la familia Miller
Magnolia Lake

No existe nada más cálido y reconfortante en este mundo que llegar a casa, poder abrazar a tu hija y estrecharla con todas tus fuerzas. Saber que está a salvo y que nada malo le ha sucedido en tu ausencia empequeñece la inevitable ansiedad al imaginar que algo horrible le va a ocurrir cuando no estás.

El día ha sido demasiado largo. El viaje en avión, el interrogatorio a los Parker, tener a mi cuñada husmeando, los periodistas, mi mujer vete a saber dónde… Necesito llegar a casa y sentir la seguridad que me da mi familia.

Intento no involucrarme emocionalmente, pero no he podido dejar de pensar en Victoria durante el día, y al caer la noche, imagino el miedo que estará soportando a tan corta edad y el peso del mundo se me hace demasiado cuesta arriba.

Me recuerda la herida que sigue abierta, incrustada en el alma de las personas que más quiero; el horror que sentimos con el secuestro de Amanda es algo difícil de superar.

Después de llamar a todas las farmacias en un radio de veinte *millas* por si habían sufrido un robo reciente de insulina o de agujas, la respuesta negativa ha sido demoledora.

El hospital, otro tanto de lo mismo sin una orden judicial de antemano. Lo que más me preocupa es que la hayan sustraído de la enfermería, de la que hasta ahora no hay presentada denuncia alguna. Me inquieta que el ladrón esté compinchado con el secuestrador y que lo encubra, o lo que es peor, que no la mediquen y que la vida se le escape por mi culpa, por dar palos de ciego.

—¿En qué piensas?

Mi cuñada Amanda me conoce demasiado bien. Desde que he entrado en casa, tanto ella como Nora no han dejado de observarme. Sutilmente, han esperado a que me tranquilice, viendo mi rostro tan desangelado que parece que la vida me ha abandonado.

Saben lo que pasa por mi mente, el miedo agudizado que me paraliza y me encierra en mis propios pensamientos. Y a juzgar por los llantos de mi hija, a la que estoy aprisionando en un abrazo interminable, queda patente que mi mayor temor es perderla a ella. La pobre reclama su espacio, intentando separarse de mí sin ningún éxito.

—Tendrán que matarme antes de que le hagan daño a Emma, y soy bastante fuerte. Tu hija está a salvo conmigo.

Maddy parece segura de sí misma, aunque en realidad sé que miente. Nada está bien, la conozco para saber que de algún modo se siente amenazada y eso es un secreto que le quema por dentro y que se niega a compartir con nosotros.

—Gracias, Maddy. Me preocupa que dejen morir a la pequeña, que no lleguemos a tiempo. Pero no quiero hablar de ello —digo sacudiéndome el miedo—. ¿Alguna de las dos sabe algo de mi esposa? Porque llevo un buen rato llamándola al móvil y no me lo coge.

—Hablé con ella antes de que llegaras, y adivina… ¿Ves ese montón de papeles? —Amanda señala la montaña de documentos que están desplegados sobre la mesa del salón, y por el tono rabioso empleado, presiento que su entusiasmo original comienza a decaer —. Eso es lo que la tiene tan ocupada. Me los ha mandado por *email*. La muy descarada pretende que, además de cuidar de vuestra hija, la ayude con su investigación.

—¡Esa es mi chica!

—Claro, encima tú dale alas. No sé qué locura tiene en la cabeza tu mujer.

—Por lo visto, la misma que tú —mascullé ante el asombro de mi cuñada que se percató de que estaba al corriente de su visita a casa de los Parker.

—Benjamin Rookwood era una alimaña —soltó haciéndose la sorda—, una sanguijuela de la peor calaña. Ahí está la investigación que Liam hizo sobre él después de que lo declarasen inocente en el juicio. Pretende que Cora encuentre a su hija.

Nora me arrebata a Emma de los brazos. Es increíble cómo esta anciana ha resurgido desde que se mudó a nuestra casa. Cada día es un regalo. Solo espero que viva lo suficiente para que mi hija la recuerde durante toda su vida.

—Creo que ha llegado la hora de que esta muñeca consentida se vaya a dormir. Tenéis mucho trabajo. Hay dos niñas que necesitan vuestra ayuda.

Nora, con ese comentario ingenuo, hábilmente siembra la semilla de la duda en la mente de Amanda, que no titubea a la hora de sentarse y comenzar a leer. Sonrío con amargura al recordar que, veinte años atrás, el querer saber más de la cuenta propició su propio secuestro.

—Siento haberme inmiscuido en tu investigación. Ya sabes que no puedo decirle que no a mi hermana.

Amanda se disculpa. La noto avergonzada, pero al mismo tiempo sé que no se arrepiente de nada, que disfruta con todo esto. Se sonroja con picardía y agacha la cabeza, prosiguiendo con la lectura.

—Esa familia esconde algo y te agradezco vuestro empeño en averiguarlo, pero hazme un favor y no lo vuelvas —digo enfadado.

Tras acostar a Emma en su cuna, Nora se sienta al lado de Amanda y comienza a leer los papeles que esta le va pasando. Prefiero mantenerme al margen y preparar algo de cenar mientras las escucho debatir el caso.

—Nora, ¿de veras crees que Laia sigue con vida?, ¿que no murió con su madre?

—Ese juicio fue turbio desde el principio. Fue la primera investigación que Cora hizo para el periódico, de ahí que Liam haya acudido a ella. En esos papeles está la verdad, solo tenemos que encontrar un hilo del que tirar, y seis ojos ven más que dos.

Nos miramos en silencio los tres. Amanda suspira; yo no sé nada sobre ese caso más allá de lo que Cora me contó ayer, pero

presiento que algo en esa historia la romperá por dentro y que me tocará a mí recoger los pedazos de su destrozado corazón.

—¿Qué ocurre? Esta casa nunca anda en silencio —musita Taylor, que ha entrado sin que nos enteráramos ninguno de los tres, absortos en nuestros pensamientos—. Tienes mala cara, *sheriff*. Oliver me ha dado esto para ti, estaba en la puerta.

Taylor me entrega el libro de Victoria, *La ladrona de libros,* de Markus Zusak, una novela humana, preciosa y emocionante que describe las peripecias de una niña adoptada en la Alemania nazi, desde el comienzo hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. No creo que sea una lectura muy apropiada para una niña tan pequeña, pero sus padres ya me han advertido de que sus gustos literarios son, por así decirlo, algo peculiares. A simple vista no veo nada extraño en él, pero a veces lo importante se mantiene oculto delante de nuestras narices, y a mí me parece que Victoria tiene cierta maestría en encubrir cosas.

—Taylor, tengo la sensación de que los padres me esconden información sobre el secuestro. No sé muy bien si por miedo a que se descubra algo que no quieren que se sepa de ellos y que los podría llevar a la cárcel, o porque conocen al secuestrador y saben por qué su hija no se encuentra durmiendo en su cama esta noche. En cualquier caso, hay algo que no me cuadra del todo.

—Yo no los conozco demasiado. Con Magnus tengo más contacto, al trabajar juntos, pero puedo preguntar por el colegio, entre los profesores y los padres de los alumnos, si te parece.

—No quiero levantar sospechas, aunque me vendría bien que me echaras una mano.

—¡Claro! —festeja Taylor, victorioso por incluirlo en mi investigación—. Las chicas pueden ayudar a Cora, y yo a ti.

—Gracias. Necesito pensar con claridad. Victoria es una niña muy inteligente y presiento que el secuestro no ha sido casual, prefiero ir con cautela. ¿En qué estaría pensando Victoria para escoger esta clase de lectura?

Cojo el libro y ojeo las páginas, las paso una a una, le doy la vuelta y lo vuelvo a mirar confiado en encontrar un mensaje oculto

que me lleve hasta los secuestradores. Bufo por lo absurdo de mis teorías al ver que no es más que un libro como cualquier otro.

—Nadie sabe lo que puede pasar por una mente tan prodigiosa ni por qué le llamó la atención.

—Lo sé, me parece que necesito descansar. Te agradecería que hablaras con tus compañeros sin armar mucho revuelo.

Taylor se encoge de hombros y prosigue con lo suyo. Algo me chirría y de momento no tengo claro lo que es. Escucho a Amanda leer parte del dosier que Cora le ha enviado mientras subo las escaleras. Sonrío satisfecho de que mi cuñada y mi mujer tengan otra vez la misma complicidad que cuando eran niñas, «las hermanas Miller juntas de nuevo» solían decir entre carcajadas. Si hace un año me hubiesen contado que mi vida iba a cambiar tanto, me habría echado a llorar de felicidad sin creérmelo.

Escribo un mensaje a Cora, escueto y directo, pero que deja claros mis sentimientos y lo que la echo de menos: «Te quiero».



Día 3

Miércoles, 23 de octubre de 2024



Infierno

Capítulo 12

Victoria Parker

La casa roja
En algún lugar cercano a Magnolia Lake

«El infierno está vacío,
los demonios están todos aquí».
William Shakespeare

La casa roja se encuentra en un inquietante silencio después de que a primera hora de la mañana uno de los captores perdiese los estribos y estallase con una cólera desmedida. Escuchando a través de la puerta, Victoria dedujo que eran tres hombres los que la tenían secuestrada. No procedían de Estados Unidos, sino de Europa del Este, en concreto de Belgrado, y el que parecía llevar el cotarro de los tres trataba de ponerse en contacto con su jefe en vano. La puerta se abría desde que la tenían retenida a las siete en punto de la mañana. En la bandeja del desayuno, además de un vaso de leche, galletas y un bol de cereales, hoy alcanza a ver también un estuche con insulina, agujas y un paquete de toallitas desinfectantes. Victoria mira desafiante a su secuestrador. Le gustaría tirárselo a la cara, o mejor aún, clavarle en el ojo una de esas agujas. Sin embargo, contiene su rabia inicial y le da las gracias casi sin mover los labios. No entra en sus planes mostrarse débil, pero su cuerpo le avisa de que cada minuto que pasa necesita medicación con urgencia, y si quiere averiguar el porqué está allí, debe mantenerse con vida.

—Así me gusta, dócil y sumisa. La próxima vez que me vuelvas a mirar creyéndote superior a mí, te arranco de un guantazo esa cara de sabelotodo que tienes.

Y no miente, nada desea más que terminar con el maldito trabajo que tanto dolor de cabeza le produce. Lleva dos días preguntándose

dónde coño se ha metido su jefe. Si se acaba el plazo y no da señales de vida, matará a la niña.

Piensa que alguna compensación debe cobrarse, ya que cada hora que ve pasar en el reloj es un presagio de mala suerte, presintiendo que el dinero prometido no va a estar nunca en su cuenta, la vida de la niña será igual de satisfactoria para calmar su rabia.

El jefe les advirtió que tuviesen cuidado, que era lista y que al menor descuido pondrían sus vidas en peligro. No ha conseguido escapar de su país natal para que un pequeño demonio destroce su nueva vida. «Cinco días y estará muerta», piensa mientras agarra la botella de vodka y da otro trago.

Al contrario de lo que ellos imaginan, Victoria atesora toda la información que sus secuestradores, sin darse cuenta, le proporcionan. Aunque no escucha bien a través de la puerta, sí consigue entender las palabras que se filtran gracias a lo aprendido en los meses anteriores.

Sabe que son tres hombres y que se turnan para llevarle la comida. En cuarenta y ocho horas ya tiene un esquema en su cabeza de la rutina diaria; quién da las órdenes, con quién debe mostrarse vulnerable para salpicar de dudas su mente pobre e ingenua, qué comen y beben, hasta cuándo van al baño. Asimismo, tiene una ligera sospecha de quién puede ser el hombre que ha organizado su secuestro, lo que no logra entender todavía es por qué está desaparecido.

De él conoce su rostro, su cuerpo, su forma de andar, sus arrugas y hasta la cicatriz que cruza su brazo derecho. Recuerda el sutil gesto que hace de apretar los dientes cuando está cerca de ella. La mirada que le prodiga, entre maravillado y al mismo tiempo con cierto espanto y temor. No sabe su nombre, ni dónde vive, pero sí una ligera sospecha sobre su procedencia. Y de lo que no tiene la menor duda es que su secuestrador, no puede ser otro más que el hombre que lleva siguiéndola meses.

Capítulo 13
Cora Miller
Tribunal Estatal del estado de Nueva York
Canandaigua

El cielo se abre como un diluvio en la pequeña ciudad de Canandaigua. La tormenta desata su furia mientras corro por la *27 North Main Street,* saltando charcos, esquivando gente e intentando que no me atropellen. Llego empapada al Tribunal y de muy mala leche. A juzgar por la cara de Robert Ann Harrington, el abogado de Liam, parece que a él le acaba de caer un rayo. Liam espera en el pasillo a ser llamado a declarar ante el juez. Al verme llegar, me abraza y Robert, con un gesto de derrota, me aparta a un lado para hablar de lo que lo tiene tan turbado.

—¿Qué ocurre?

—La cosa no puede ir peor. Se trata del juez que va a llevar el caso.

—¿Lo conoces? —pregunto preocupada.

Robert está alterado, se atusa el pelo con la mano y se aclara la voz en un intento de controlarse. No lo conozco, pero por su semblante me parece que lo que ha ocurrido le ha dejado con la moral por los suelos.

—Es el mismo juez que absolvió a Benjamin en el juicio de Nueva York.

—¡Eso es imposible! ¿Puede procesar al mismo detenido dos veces? Creí que estaba prohibido, Robert. Pellízcame si esto es un sueño, por favor.

—Siento decirte que sí, si no es por el mismo delito. Ya puedes tener un as bajo la manga, porque esto no me gusta nada.

—Solicitaremos un cambio de juzgado, otro magistrado, lo que sea —propongo.

—Lo hice anoche, al enterarme, y lo han denegado.

—¡Maldita sea! ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Investigar, Cora. Lo de hoy es solo una formalidad, lo mandará a Rikers hasta que esté constituido el jurado. Tenemos algo de tiempo todavía.

—Hay que sacarlo de la cárcel cuanto antes, no me fío de que le hagan daño allí dentro —susurro antes de acercarme a Liam que me mira inquieto.

Está preparado, sabe lo que ha hecho y lo afronta con toda la dignidad que puede. La que no está preparada soy yo. Ahora mismo parece que un camión me acaba de arrollar.

—Tenemos que entrar, el fiscal ya está dentro. Hablamos luego.

Entran en la sala y mi mundo se viene abajo. Me siento a esperar con un café bien cargado y la carpeta de la investigación de Liam, dispuesta a repasar hasta la última palabra. Rememoro la conversación que tuvimos ayer sobre Benjamin y en ese instante cierto regusto a bilis me sube hasta la garganta.

—Tenía ese don de gustar. Era embaucador y tramposo. Manipuló al jurado a su antojo para que lo absolviesen. Se le dio bien hacerles creer que él era una víctima más de Charlotte.

—No entiendo cómo mi mujer pudo ver algo en él. Ella odiaba esas actitudes tan arrogantes. Valoraba la humildad y el sentimiento de empatía. Era valiente y algo tozuda, pero un ser excepcional. Ayudaba a todo el mundo siempre que podía.

¿Qué sucedió para que una mujer inteligente, astuta, con una personalidad y valores tan marcados, y con un bebé de pocos meses, decidiese abandonar a su marido y marcharse con un hombre al que había conocido solo un año atrás? Esa es la gran pregunta. Quizás el gran misterio era saber qué clase de relación había entre los dos y si eran amantes.

—¿Crees que perdió la cabeza al inocularse el suero en el que estaba trabajando?, ¿que algo pudo salir mal?

—Benjamin llegó a los laboratorios cuando ella se encontraba embarazada de dos meses. Charlotte buscaba la perfección dentro del campo de la genética en bebés. Quería ir un paso más allá. No se conformaba con que los padres pudiesen elegir a la carta el color de los ojos o del cabello. Buscaba crear bebés extraordinarios. Esa era la investigación que mi mujer llevaba desarrollando desde que comenzó su segundo año en la universidad. Cuando se graduó, le pusieron en bandeja todos los medios disponibles en el laboratorio para que desarrollase el suero.

—La controversia que levantó entre los grupos más conservadores de Estados Unidos fue voraz. Se le echaron al cuello aun estando muerta.

—El suero siempre estuvo por encima de todo. Era la culminación de su carrera.

—¿Alguien que me ayude dentro de los laboratorios?

Amit Al-Masrit me dijo; él que fue su asistente durante los últimos siete años del proyecto. De origen hebreo y nacionalidad israelí, llegó a los laboratorios insuflando un aire de cordura a una Charlotte que vivía obsesionada con alcanzar lo imposible. El primer año juntos fue insufrible, no escondía su aversión ante alguien impuesto por orden directa del director del instituto. Con el tiempo y con mucha paciencia, Amit se ganó su confianza. Demostró que no solo era un buen genetista, sino que juntos podían desarrollar un suero capaz de cambiar la humanidad para siempre.

—Hasta donde yo sé, Amit sigue trabajando en el instituto. No tengo ni idea de en qué anda metido en estos momentos, porque el proyecto de mi mujer se canceló.

—Recuerdo que los laboratorios intentaron salvar el culo ante la FDA.

—Cuando salió a la luz que se lo había inoculado a sí misma sin aprobación, fue una carrera despiadada con el único propósito de inculparla. Se lavaron las manos y declararon que ellos no eran

conscientes de lo que se investigaba. Estaba muerta, así que no podía defenderse. Para entonces, Benjamin había desaparecido también. A Amit, por consejo mío, le sugerí que se mantuviera al margen y no se pusiera en contra de sus jefes, que mintiera a la FDA.

—Querías tener un confidente dentro. Su desvinculación de los hechos a cambio de que en un momento dado te ayudase a desenmascarar a Benjamin.

—Ve a hablar con él. Conocía ese maldito proyecto como la palma de su mano. Quizás tú tengas otra perspectiva diferente a la mía, no tan ecuánime respecto a mi mujer.

Tras tres horas interminables en el pasillo del juzgado, Liam Cohen pasa a mi lado, abatido y esposado. Tiene la mirada perdida, sin embargo, no es miedo de ir a la cárcel lo que transmite, sino de que yo coja mi maleta, vuelva a mi vida tranquila y me olvide de él. Soy la única esperanza que tiene para encontrar a su hija, si es que sigue viva, como él atestigua convencido. Tengo ciertas dudas al respecto, aunque es verdad que albergo la esperanza de que Benjamin Rookwood no llegara por casualidad a XY Genomics Institute.

—Robert, mantenme informada, regreso a Nueva York.

—Ten cuidado, hay muchos más intereses de lo que nos imaginamos.

Lo observo contrariada marcharse, pero ansiosa por volver a una investigación que me ha tenido intrigada diez años. Ahora sé que mi primera parada será el laboratorio donde se desarrolló el suero.

—¡Señorita Miller! ¿Sería tan amable de seguirme un momento? —escucho a mi espalda.

Es el juez Ackermann que me anima a entrar dentro, acompañando su solicitud con un gesto del brazo. Desde luego, no presagia nada bueno…

—¡Vaya lío que montó el año pasado en Magnolia Lake! —exclama riendo como una hiena.

Ha envejecido, ahora debe rondar los sesenta años. Su cabello canoso y con entradas, delata el paso del tiempo. Tras la voz

rimbombante esconde arrogancia y desdén. Es hábil y astuto, similar a una comadreja agazapada lista para lanzarse al cuello de su presa. Se aproxima pegando su cuerpo corpulento e imponente, me observa, quizás espera que su metro noventa me intimide. Comienza a reírse al ver que no me amedrento y contesto con la misma impertinencia que él mismo transmite.

—Si por lío se refiere a sacar a la luz una red de pederastas, coger a dos asesinos y salvar a mi hermana secuestrada durante veinte años, sí, creo que la lie bien gorda —enumeré.

—¿Sabe por qué la he hecho entrar? Se lo voy a explicar para que no tenga ninguna duda de ello —dice con firmeza, elevando la voz—. Liam Cohen es un asesino, no merece la pena perder tiempo con él. El juicio solo es un mero trámite para que sea declarado culpable. Lo que no le voy a consentir es que vaya removiendo la mierda para salvar su cuello. Espero haber sido lo bastante claro.

—Gracias por el consejo. Ahora permítame darle uno yo: sería lamentable que empañara su carrera considerando que no le quedar muchos años aquí, y todo por ser amigo de una persona tan cuestionable como Benjamin Rookwood.

Me mira con sorpresa. La lividez de su cara delata que no está acostumbrado a que nadie le cuestione ni una palabra. Preso de sus impulsos, le suda la frente y aprieta el puño, quizás intentando contener la ira para no acabar golpeándome.

—¿Me está amenazando? —pregunta.

—Tómeselo como quiera. Pero yo que usted, elegiría mejor mis amistades. Y otra cosita más, por si acaso no le ha quedado claro, usted será el juez, pero la sentencia la decidirá un jurado popular. Así que guárdese sus amenazas de pacotilla, porque conmigo le aseguro que no tiene nada que hacer.

Me marcho de allí con una expresión de victoria. No sé cómo me las apaño para lograr estas amistades tan intensas, pero de lo que sí estoy segura es de que es una alimaña y que sus amenazas solo me han animado a meterme a fondo en la investigación. No ando equivocada, Canandaigua está podrida y llena de mierda y necesita un buen saneamiento. Con el ego subido, me adentro en la lluvia sin que me importe lo más mínimo mojarme.

Capítulo 14

Sheriff Castillo
Casa de la familia Patel
Magnolia Lake

Una intensa cefalea me tiene aletargado. Las sienes me palpitan gracias a mi mujer, mi preocupación es porque, como siempre, no le importa el peligro que supone que un juez te amenace para no destapar la suciedad que con tanta habilidad tiene escondida bajo la alfombra. Otra cosa es el libro de Victoria. Anoche comencé a leerlo. Quiero entender por qué una niña de cinco años esta tan interesada en esa historia, que para mí roza un dolor indescriptible. Además, sigo esperando la llamada de la empresa de seguridad, reunirme con mis agentes y que me pongan al día de los interrogatorios a los vecinos, conseguir la orden judicial para el hospital, que se niegan a dar información sobre quién de su equipo podría haber robado la insulina necesaria para Victoria. Sin olvidar que todavía espero los resultados del laboratorio, que me confirme si la sangre de la habitación es de la niña o no.

Cada minuto me angustio más pensando en que no la estén medicando y que cuando la encontremos solo sea un cadáver, a lo que hay que sumarle la tropa de reporteros acampados frente a la casa de los Parker y en nuestra oficina día y noche, acosándonos a preguntas a mí y a mis agentes. Por lo pronto, mi siguiente visita es a los padres de Ian, el mejor amigo de Victoria. Aparco el coche en la entrada mientras me sacudo de la cabeza todas las preguntas que me martirizan y para las que aún no hay respuestas. Simon Patel está en el jardín lijando una mesa de madera, cuando me acerco a él para saludarlo.

—¡Buenos días!

Al escucharme, se gira, desenchufa la lijadora y se ajusta la prótesis ortopédica al muñón de la rodilla.

—¡*Sheriff* Castillo! Cuánto tiempo sin verle por aquí. Enhorabuena por la boda. ¿En qué puedo ayudarle?

Simon Patel es el padre de Ian, el amigo de Victoria; con él pasaba las tardes tras el colegio, tanto en una casa como en otra. Es el manitas del pueblo. A pesar de solo tener una pierna a causa de un accidente, igual te arregla una tubería que te cambia una ventana. En su tiempo libre, que es más bien escaso, ayuda de voluntario en el albergue que dirige mi amiga Ruth y por ella sé que es una de esas personas íntegras en las que se puede confiar y que intenta hacer el bien en este pueblo.

—Venía a hablarte de Victoria. Sus padres me han comentado que tu hijo pequeño y ella son muy amigos.

—Sí, pobre niña. Clarissa y yo estamos desolados y al mismo tiempo preocupados por si vuelve a suceder. Ian y Victoria son inseparables desde que se conocieron en el colegio. Es una niña adorable y muy adulta para su edad.

—¿Sabías que tiene una alta capacidad intelectual?

—Sí, por supuesto. Sus padres nunca lo han ocultado y ella tampoco. Aunque a veces creo que solo quiere que la traten con normalidad. Por eso le gusta venir, con Ian se siente liberada de tanta presión. Aquí puede ser lo que ella quiera. Esta mañana le contamos a mi hijo lo sucedido y no ha querido ir al colegio. Le ha afectado mucho.

—Lo entiendo, es difícil explicar a un niño que su mejor amiga ha sido secuestrada, y, además, añade el temor de que pueda volver a suceder. Quería preguntarte sobre el libro que le prestaste a Victoria…

—No sé de qué me estás hablando —contesta Simon extrañado —. Alguno hay por casa, pero nada que le pueda interesar.

—Su madre me contó que la semana pasada la niña le dijo que tú le habías prestado un ejemplar de *La ladrona de libros*, dado el interés que mostraba en él.

—Pues te aseguro que es imposible. La semana pasada Victoria no vino a casa. Ian se aburrió como una ostra. Vicky le dijo que no

podían verse porque estaba su abuelo de visita. A mí me extrañó, hasta donde yo sé, sus padres son huérfanos. Pero bueno, ya sabes que a veces las familias no se llevan bien y es mejor decir que no se tienen a tener que dar explicaciones.

—Sí, a veces es mejor así.

¿Adónde iba Victoria cuando se suponía que estaba en casa con Ian? ¿Y por qué sus padres la dejaban salir sola aunque la vivienda estuviese a tan poca distancia? Es peligroso que una niña tan pequeña ande cerca de la carretera, y más después del accidente que hubo hace dos años, donde murieron tres personas de una misma familia cuando un conductor ebrio invadió la acera. Aún hoy algunos vecinos llevan flores al lugar del accidente en señal de duelo.

—Siento no serte de mucha ayuda. Ve a hablar con Aurora. Una vez al mes, sus padres la llevan a su librería, y la felicidad que trae cuando regresa es indescriptible.

—Mi cuñada Amanda de pequeña era igual que ella. Aman los libros.

—Lo que sí te puedo confirmar es que tenía mucho interés en todo lo referente a la Segunda Guerra Mundial y al tema nazi. Llevaba varios meses haciendo preguntas. Era una obsesión enfermiza, tal que me sugirió si podía acompañarla al Centro de Veteranos de Washington.

—¿Y fuisteis?

—Ni lo consideré. Los supervivientes que deben quedar vivos serían niños en aquella época y no creo que recuerden demasiado. Militares que sirvieron pocos hay ya.

¿Por qué ocultaba a sus padres su interés en ir al Centro de Veteranos? ¿Hasta tal punto era la confianza que tenía depositada en Simon que prefirió pedírselo a él?

—No te molesto más, muchas gracias.

—Lo que necesites, aquí estoy.

—Si te acuerdas de algo… Un coche merodeando, algún extraño que hablase con ella, lo que sea, llámame, por favor.

—¿Ya se sabe si la sangre encontrada es de Victoria? —pregunta.

—Todavía no, Simon.

Me despido con más interrogantes de los que tenía al llegar. ¿Por qué mentiría Victoria a sus padres? ¿Adónde iba y con quién cuando decía que pasaba la tarde con Ian en su casa? ¿De dónde había salido ese supuesto abuelo que, según la niña, estaba de visita? ¿Y a santo de qué esa obsesión con los nazis? De camino a la librería, la empresa de seguridad me confirma que la llave que desactivó la alarma era la de la niña. Me pregunto si lo hizo para dejar entrar a su secuestrador, o si tal vez lo conocía. Comienzo a pensar que la pequeña sabe más de lo que los padres creen y busca fuera de casa las respuestas que ellos no le dan.

Atravieso el cementerio y paso frente a la casa donde una vez vivió y murió Vera Moore, aunque su vida acabó mucho antes de que su cuerpo fuera asesinado y enterrado en su propio jardín.

—Delgado, ¿dónde estás?

Noto ausente a Oliver y con cierto titubeo al contestar. Está preocupado por la boda, aunque para el caso, me da que no va a ocurrir. No puedo negar que alguna discusión en las últimas semanas he presenciado entre los dos y presiento que en esa pareja algo no está bien. Extraño porque, aunque parece cansado y distraído, goza de muy buen humor desde días atrás. No quiero pensar mal, pero si ha conocido a alguien, el asunto tendrá más sentido y dos más dos volverán a ser cuatro.

—Estoy en el hospital, he hablado con tres médicos y con el jefe de enfermería. Al parecer, no falta ningún medicamento, confía en su gente y se niega a hacer un inventario de la farmacia.

—Voy a llamar al juez para que agilice la orden de registro. Espera allí a que te la lleven, no quiero que te muevas de la puerta bajo ningún concepto, ¿estamos?

—Como una estatua, jefe, puede estar tranquilo.

Por un segundo me hace sonreír al imaginarlo cuadrándose al responderme, siempre tan correcto. Oliver Delgado es mi ayudante, a pesar de no ser el más veterano, puesto que es el más joven de los cuatro agentes que trabajan conmigo, se ganó a pulso el ascenso.

Confío en él tanto como para poner mi vida en sus manos. Aunque no está en su mejor momento, tengo la certeza de que él

averiguará quién es la persona que robó la insulina del hospital y que no se detendrá ante nada ni nadie.

Antes de ir a hablar con Aurora, retrocedo mis pasos hasta el cementerio a llevar unas flores a la tumba de Vera. Cora me ha contado que Amanda suele ir a diario dando un paseo con Emma. Dejo mi ramo junto a otros dos que descansan a los pies de la lápida. Tengo claro que uno es de ella y el otro de Jimmy, el jefe de bomberos.

No es fácil olvidar el pasado y seguir adelante, por mucho que Jimmy intente meterse en la cama de más de una mujer del pueblo sin importarle si está casada o no. Vera Moore, aun muerta, sigue siendo su talón de Aquiles. Siempre tenemos a alguien que nos da miedo romper porque está hecho de cristal.

Capítulo 15
Victoria Parker
La casa roja
En algún lugar cerca de Magnolia Lake

Aleksander Gideon se pasea por la casa de lado a lado, parece un gato erizado a punto de clavar las uñas a su víctima. Su genio está a la altura del mar enrabietado durante una tormenta de nivel 5. Henchido de furia y con una apremiante desesperación en el cuerpo, se sienta balanceándose en un taburete, agarrado a su fiel amiga, una botella de *whisky* de la que no se separa. Borracho y sudoroso, no deja de quejarse de su mala suerte.

El golpe en la puerta, en la que ha hecho un agujero, solo puede mitigar hasta cierto punto la rabia que contiene dentro. Se siente liberado por una fracción de segundo, aunque poco le durará si sigue sin saber nada de su jefe. Si no necesitara el maldito dinero, otro gallo cantaría y no se habría metido en esos asuntos. Él no secuestra. Él ejecuta sin remordimientos y sin un ápice de compasión. Sus víctimas no conocen su piedad, ni mucho menos el perdón.

Pero las órdenes del jefe son inquebrantables. A la niña, ni tocarla. Recuerda su advertencia y, por su pronunciación grave y amenazante, tiene claro que no miente. Vio reflejado en sus ojos el mismo demonio que sus víctimas ven en él cuando las asesina.

«Si encuentro un solo rasguño en el cuerpo de Victoria, os quemaré vivos dentro de la casa», les avisó sin pestañear.

Gideon, al que apodan en su tierra natal La bestia de Belgrado, hoy es una sombra errante en un país que odia con toda su alma. Llegó huyendo del suyo para no ser ejecutado por crímenes de guerra. No entendían que el enemigo debía ser aniquilado, que no

importaba si era mujer, niño u hombre; todos merecían morir. Él, que lideraba uno de los escuadrones de la muerte, reducido a una mera niñera. Su jefe pagará cara tal ofensa con su vida, pero no antes de tener el dinero a buen recaudo. Después, nada le impedirá hacer lo que mejor se le da, matar.

La niña, mientras tanto, retiene en su mente lo que sucede a su alrededor como si de un diario se tratase. A las siete en punto, Mor Ivanov le lleva el desayuno y se asegura de que su nivel de azúcar sea el adecuado.

Durante ese pequeño detalle tan insignificante, Victoria va descubriendo que Ivanov era militar en la guerra de Kosovo. Su hija, al igual que su mujer, fue asesinada con una brutalidad desmedida durante la contienda. La pequeña de solo ocho años se llevó la peor parte. Violada y torturada por las milicias albanokosovares, hicieron de ese hombre pacífico y honesto un asesino sin piedad. No siendo bastante con tanta crueldad, la desmembraron atada a un tanque en cada extremo de su cuerpo y lo poco que quedó se convirtió en símbolo para advertir al pueblo de lo que sucedería si no se unían a ellos.

Su mirada contiene odio, rabia y un dolor irreparable, pero también piedad y benevolencia hacia ella, quizás porque le recuerda a su pequeña. Victoria no duda de que en esos minutos a solas con él puede manipularlo para que la charla vespertina dure más de lo normal y así remover dentro de él el corazón que sabe que aún le queda.

Durante la mañana los espía y oye las conversaciones de los secuestradores, necesita saber por qué está encerrada. Otras veces, en el silencio encuentra su pasatiempo favorito para matar las horas, observa por la ventana enrejada, se imagina cuánta gente vivirá cerca, cuáles serán sus trabajos, si vivirán solos o tendrán una familia esperando, pero sobre todo lo que más le interesa es en cuál de las casas lejanas se encuentra el perro que escucha ladrar por las mañanas.

Aunque en algo tan inocente como escudriñar, descubre que la casa más cercana está a unos trescientos metros y que el hombre que vive en ella se marcha a las 8:41 y regresa a las 18:25, ni un

minuto más ni uno menos, preciso como un reloj suizo al marcar las horas. Por la falta de visitas, debe de vivir solo, siendo su única compañía el perro que no deja de molestar hasta que escucha el coche que trae a su amo de vuelta.

Las demás viviendas cercanas son cuatro en total, por lo que la vista le alcanza por el único orificio que queda libre de la ventana. No ha conseguido ver a sus dueños o es que quizás están tan abandonadas como en la que la tienen secuestrada. Por lo poco que observa, no parece ser un barrio con demasiada vida, aunque sí ha contado cinco coches que circulan por la carretera con un horario similar al de su vecino más cercano, así que tan solitario no debe de ser, piensa concentrada.

Al mediodía, el encargado de traerle la comida es un segundo hombre del que no conoce el nombre, ni tan siquiera su voz o su cara, puesto que siempre entra en la habitación con una máscara de cuero. El único rasgo distintivo que puede ver de él es un viejo tatuaje en el brazo de un ángel negro desplegando sus alas junto a la bandera serbia.

A Gideon le toca la cena y la tercera comprobación de su salud. Siempre va tan borracho que no se sostiene en pie y necesita de ayuda para poder sujetar la bandeja con la comida, y eso a pesar de sus dos metros y posiblemente ciento cuarenta kilos embutidos en unos fornidos músculos que parecen imposibles de demoler. Victoria tiene la sospecha de que podría aprovechar esos instantes de embriaguez a su favor; al fin y al cabo, posee dos potentes armas con las que defenderse: su mente y lo que guarda dentro del peluche. Solo debe encontrar el momento exacto para debilitarlos, que desconfíen los unos de los otros y por último desatar el caos entre ellos.

Y tiene claro cuál será ese momento, pero no sin antes descubrir quién ha orquestado su secuestro y el porqué, y para eso necesita más tiempo. Más tiempo para saber por qué sus padres le mienten y le ocultan la verdad: quién es el inventor de sueños y qué tiene que ver con ella.

¿Acaso ese hombre es su verdadero padre? Pero sí lo es… ¿por qué sigue secuestrada?, ¿por qué desaparece? Si algo está claro es

que, si la intención inicial es pedir un rescate, sus padres no tienen el suficiente dinero para pagar por su vida. Por otra parte, hay que ser realista, ellos tampoco son sus progenitores.

Capítulo 16
Cora Miller
XY Genomics Institute
Nueva York

La noche comienza a caer cuando a última hora de la tarde llego a Nueva York. Después de mi encontronazo con el juez Ackermann, no estoy ni de buen humor ni con muchos ánimos. Amit Al-Masrit se encuentra en su despacho, esperándome. Respiro hondo, saco mi mejor sonrisa y entro como si fuese a comerme el mundo.

Lo primero que llama mi atención es su piel de color aceituna y su escasa estatura. A pesar de pasar demasiadas horas delante de un ordenador, probetas y máquinas de las que yo no tengo ni idea de para qué sirven, se aprecia un cuerpo atlético debajo del traje y la bata. Seguro que dedica más horas de gimnasio al día de las que yo en toda mi vida.

Su origen hebreo se refleja en la nariz grande y aguileña y en la profundidad de sus ojos oscuros que, aunque se esconde detrás de unas gafas de pasta negra, le dan un aire intelectual y cierta seriedad académica muy necesaria para apartar a las hienas del laboratorio.

A pesar de sobrepasar la cuarentena, mantiene intacta su cabellera rizada, rebelde y oscura, aunque salpicada por las primeras canas incipientes. La tez morena de su piel habla de su origen, de los días bajo el sol del desierto y de sus antepasados vagando por las dunas del cercano oriente.

La voz suave y aterciopelada, acompasada y rítmica, trasmite que Amit Al-Masrit es un interlocutor nato que se siente igual que un pez en el agua tanto dentro del laboratorio como delante de un consejo de la FDA. Muy probablemente defendiendo su proyecto o

engañándolos y haciéndoles creer que él no estaba al corriente de lo que se investigaba allí dentro respecto al suero.

—Me ha sorprendido su llamada, aunque no el desenlace de este cuento que parece no acabar nunca.

Me estrecha la mano con firmeza y cierto resquemor, es posible que, por hacerle regresar al pasado, a un episodio de su vida que preferiría olvidar.

—Quizás porque sigue habiendo un hombre que busca respuestas y los laboratorios se lavaron las manos cuando Charlotte se suicidó.

Amit se mantiene unos segundos en silencio, sopesando qué decir. No quiere poner en entredicho la mano que le da de comer, pero al mismo tiempo, sabe que el caso fue tan polémico porque si XY Genomics Institute hubiese declarado que estaba al corriente del proyecto, no se habrían librado del cierre inmediato de las instalaciones y la consiguiente denuncia por parte de la FDA.

—Es mucho más complejo de lo que piensa. No voy a mentir diciendo que los laboratorios no sabían lo que Charlotte pretendía, lo que no imaginaban era lo que estaba por llegar. Que se suicidase no entraba dentro de sus planes y que a raíz de esa investigación saliese a la luz su proyecto, menos todavía. Se puede hacer una idea del revuelo que originó todo aquello. Los inversores se escandalizaron. La opinión pública se lanzó a degüello contra nosotros. El dilema moral que suscitó fue imparable y estalló como una bomba entre el sector más conservador de los laboratorios, que no tenían ni idea del trabajo que estaban financiando.

—El enemigo en tu propia casa —afirmo suspicaz—. Pero ¿por qué el director lo mantuvo en secreto a buena parte del consejo? Tarde o temprano, si la FDA lo aprobaba, no iba a importar el escándalo, ni la opinión pública, el suero seguiría adelante. Los futuros padres, a cambio de una buena suma de dinero, podrían convertir a sus hijos en niños con altas capacidades intelectuales.

—Ya le digo que es todo más complejo de lo que piensa. No era solo que tus hijos pudieran ser superdotados, es que el suero potenciaba el hemisferio izquierdo por millones. Esos niños no iban a ser inteligentes, iban a ser ordenadores humanos. Imagínese ese

intelecto cayendo en manos de los gobiernos más dictatoriales, de terroristas, de militares. Eran bombas a punto de estallar, desesperados por encontrar al mejor postor que pagase por ellos. Por eso se mantenía todo muy en secreto a la espera de la aprobación de la FDA. El director quería tenerlo bien atado antes de proclamar a los cuatro vientos que la raza humana estaba a punto de evolucionar como especie.

—Cuando usted llegó… ¿en qué estado se encontraba Charlotte?

Liam me había confesado que durante los primeros años su mujer estaba entusiasmada, pero que después se desesperó y llegaba a casa disgustada por no avanzar con mayor rapidez. Se sentía frustrada de que los ensayos en ratones no dieran los resultados esperados y descargaba esa tensión con él.

—Creo que me odió, me vio como una amenaza. Estaba acostumbrada a dirigir el proyecto con ayudantes que en cierta medida no sabían lo que en realidad se investigaba, por lo menos, no el objetivo final.

—Eso es un poco contradictorio. Si quieres progresar, debes tener plena confianza en tu equipo —comento extrañada—. ¿A qué tanto misterio?

—Ella no confiaba en nadie, por eso su equipo estaba compuesto por estudiantes de segundo año o, con un poco de suerte, acababan de comenzar el tercero de carrera. Los traían engañados.

—Creían que sería el despegue de su carrera y se dieron de bruces con el poder de una gran corporación.

—Ellos tenían la esperanza de labrarse una reputación académica al trabajar con la mejor genetista del mundo. Sin embargo, lo único que consiguieron al firmar el contrato fue un acuerdo de confidencialidad. No podían hablar del proyecto y mucho menos divulgar datos de la investigación o publicar que ellos formaban parte de los laboratorios.

—Algo muy conveniente para mantener el secreto, si solo pretendías que te sacaran el trabajo más superfluo, sin demasiada implicación. Hasta que llegaste tú y la pusiste contra las cuerdas.

Amit Al-Masrit ocupó el puesto de ayudante a petición del director de los laboratorios, temeroso de que su genetista estrella no

avanzara por su falta de confianza y, por qué no decirlo, receloso por los millones invertidos en algo que no daba frutos.

—Durante los dos primeros años me trató a modo de un aprendiz molesto y sin estudios, a pesar de estar tan cualificado como ella.

—¿Cómo aguantó que lo tratasen así? —pregunto extrañada.

—Pasado ese tiempo comenzó a hablarme del suero con una energía desbordante. De verdad creía en él —dice sonriendo al recordar esos años—. Quería cambiar el mundo y su visión de ello era a través de los niños. Era una mujer extraordinaria, inteligente, aunque lo ocultaba. Si le soy sincero, no sé cómo su marido aguantaba. Había veces que podía estar hasta una semana sin aparecer por casa.

—Amit, después de que todo el escándalo se asentase, ¿los laboratorios siguieron con la investigación?

—No querían ni oír hablar de ello, se clausuró y se metió en un cajón bajo llave donde nadie pudiese volver a sacarlo. Al director lo despidieron y el único integrante del proyecto que siguió ligado al instituto fui yo.

—Sé que Benjamin Rookwood llegó en la fase final, cuéntame algo que no sepa. Necesito encontrar un motivo para sacar a Liam de la cárcel.

—Llegó al comienzo del embarazo de ella. Era genetista, al igual que nosotros, aunque sus métodos eran más bien arcaicos. No sé si me entiende, parecía que había desarrollado su trabajo en un laboratorio del siglo pasado.

—¿A Benjamin también lo trajo el director?

—En este caso no. Fue alguien del Consejo… Digamos que fue algo más que una sugerencia de alguien con mucho poder, pero no me pregunte porque no sé quién fue.

—¿Cuál fue su reacción?

—Lo aceptó de buen grado, de hecho, creo que disfrutaba de su compañía. Desde el comienzo hubo algo, por eso no me sorprendió cuando, a los seis meses de nacer Laia, abandonó a su marido y se marchó con él.

—No confiabas en él.

—Era un buen engatusador de serpientes. Siempre he creído que Charlotte se cegó por la conexión que parecía existir entre los dos.

—¿Piensas que se conocían de antes?

Amit no podía poner la mano en el fuego sobre ese tema, no obstante, estaba seguro era de que Benjamin no apareció por casualidad.

—Opino que la engañó con sus artimañas encantadoras. Hubo un momento en que llegué a pensar que, por muchas referencias que trajera, no era más que un estafador que tan solo buscaba el suero.

—¿Cuál era su valor económico?

—Estaba valorado en miles de millones, las únicas parejas que se podrían beneficiar del proyecto eran las que tenían una cuenta corriente abultada, las demás, ni en sueños. Con sinceridad, no sé si era viable o no, solo sé que Charlotte poseía los medios y el dinero de los laboratorios a su entera disposición.

—¿Qué proyecto tiene ahora entre manos? —inquiero con sutileza.

Estalla en una carcajada histérica y con la falsa modestia de quien sabe que es uno de los mejores en el campo de la genética, me contesta que si viola los acuerdos de confiabilidad, estaremos muertos los dos antes de salir del edificio.

—Recuerdo que Charlotte fue acusada de creerse Dios y que fue comparada tras su suicidio con el médico nazi Josef Mengele. Al fin y al cabo, sus experimentos no distaban mucho de lo que el Ángel de la Muerte pretendía hacerles a sus víctimas.

—No le voy a decir que estaba de acuerdo, y menos con lo que se hizo ella a sí misma, pero hablamos de trabajar junto a una eminencia y en los mejores laboratorios punteros de Estados Unidos. Si le soy sincero, por aquel entonces me daba igual el contenido, solo quería despuntar en mi carrera. Si quieres ser alguien en este trabajo, tienes que olvidarte del dilema moral y lo que piensen los demás.

—Por lo que veo —comento mirando su despacho y todos los premios que cuelgan de la pared—, usted lo consiguió.

Su amable sonrisa se evapora, dando paso a una invitación para no regresar jamás.

—Si no tiene más preguntas, tengo mucho trabajo.

—Descuide, estoy segura de que volveré. Soy una gran apasionada de la Segunda Guerra Mundial. Quizás por eso el caso me llamó enseguida la atención. Es oír la palabra nazi y mis oídos se despliegan, ya no puedo pensar en otra cosa. Sabe, cuanto más conozco el proyecto, más ganas tengo de descubrir la verdad.

Mi amenaza solo es una artimaña para ponerlo contra las cuerdas, y por supuesto, surte el efecto deseado. Si durante nuestra charla varias veces se ha secado el sudor con el brazo a pesar de que el aire acondicionado está al máximo, ahora es un tic en el ojo izquierdo, presente cada vez que nombro a Benjamin y que en estos momentos le dilata las pupilas como las de un gato.

¿Por qué la gente se empeña en mentirme? ¿Por qué la palabra nazi le ha hecho temblar nada más salir de mi boca? ¿Acaso el suero no dista tanto de los experimentos del doctor Mengele como pretenden hacer creer? ¿Y quién es el miembro del consejo que obligó al director a contratar a Benjamin? Son tantas las preguntas que aún no tienen respuesta, que por un momento me marcho de allí peor de lo que he llegado, pero con la fuerte convicción de que el experimento oculta mucho más de lo que en apariencia parece. Tengo claro quién va a ser mi siguiente visita, alguien dispuesto a abrirme las puertas del mismísimo infierno.

Capítulo 17
Amanda Miller
Casa de la familia Parker
Magnolia Lake

Cora tiene la delirante idea de que los dos sucesos están conectados porque, ¿qué probabilidades hay de que dos niñas desaparecidas tengan el EC por encima de la media? Según mi hermana, las casualidades no existen, y ante esa sospecha y a escondidas de mi cuñado, regreso otra vez cargada de comida para interrogar a los Parker. He dejado a Emma con Taylor a pesar de sus protestas porque, según él, me meto en su investigación y eso es intolerable. No sé qué me pasa con él, pero cada día se me hace más difícil estar a su lado y fingir que todo va bien.

La agente Sue Sullivan se encuentra apoyada en el muro exterior de la vivienda, al igual que el primer día estaba Delgado. Me mira con cara de circunstancia, sabe que tiene las de perder por mucho que sea policía. No la conozco demasiado bien, a pesar de que hemos pasado toda la etapa escolar juntas, pero claro, después de veinte años secuestrada, ¿a quién coño conozco? Sé por Lucas que es buena agente, dedicada y decidida. Está casada con Margot, la joven y atractiva chef de uno de los restaurantes más bonitos de Tomball; juntas tienen un hijo de dos años llamado Phineas.

—¿De vuelta a la carga? —pregunta incrédula.

—Solo traigo algo de comida, no pienses mal.

—Sé a qué has venido, ya me avisó Oliver de que volverías cual sirena al mar —responde. Se hace a un lado ante mi mirada de no haber roto nunca un plato—. Yo no quiero saber nada, ya te apañas tú con tu cuñado. Oye, Amanda —dice cogiéndome del brazo—, me gusta verte bien.

—Gracias, Sue —agradezco avergonzada.

La casa vuelve a estar en la más absoluta de las penumbras, en esta ocasión, es la oscuridad la que prevalece ante la luz que entra tímida entre las cortinas. Aria y Magnus están mudos, como si fuesen dos fantasmas esperando que alguien se dé cuenta de su existencia. Ando de puntillas, solo se oye el crujido del suelo. Aria se sobresalta por el sonido. Él, en cambio, se muestra indiferente, como si yo no existiera. Sigue concentrado, mira hacia un punto invisible más allá de la pared.

Pienso en cómo se tuvo que sentir mi hermana cuando yo desaparecí. La mirada perdida, los sobresaltos, la falta de noticias, la respiración agitada por la noche, los sudores, los gritos y llantos permanentes. Tomo aire y, sin decir nada, preparo la mesa para servir la cena.

—No sé cómo te vamos a agradecer todo esto —expresa Aria señalando la comida—. Siento mucho lo que te sucedió.

—No es ninguna molestia, es lo menos que puedo hacer. ¿Cómo va la investigación? —pregunto, intentando que la conversación no acabe centrada en mí.

—Lenta —responde Magnus, afectado—. Pero gracias por venir a preguntar.

—El único consuelo que tenemos es que el *sheriff* cree que si han robado insulina, pudo ser de la farmacia del hospital. Ha solicitado una orden al juez para que hagan un inventario, y si está en lo cierto, quiere decir que le están dando su medicación y no pretenden hacerle daño, ¿verdad?

—Sería buena señal, desde luego —murmuro pensativa.

En solo cuarenta y ocho horas, Aria es una muñeca rota. El pelo que lleva recogido en una coleta está sucio y enmarañado. Lleva la misma ropa que el día anterior, pero con alguna mancha oscura de comida y un sutil olor a sudor. Los ojos hundidos y ojerosos de no dormir y de las horas de llanto son un grito desesperado.

Mienten, eso lo tengo claro; aun así, el dolor es palpable en cada poro de su piel.

—¿Dónde os conocisteis?

—Fue en La Gran Manzana. Mi mujer trabajaba en una empresa de publicidad y yo era profesor en un colegio cercano.

—Una historia de amor forjada entre rascacielos.

—El destino quiso que acompañara a una amiga a ver la función de Navidad del colegio de su hijo y allí estaba Magnus vestido de Santa Claus —añade Aria con un sentimiento de profunda nostalgia. Una historia de amor que ahora parece de otra vida.

—Es una pena que no tengan familiares en los que apoyarse en estos momentos tan duros. Sé lo difícil que es no tener a unos progenitores guiándote y ayudándote.

—A veces traen más disgustos que alegrías —confiesa Aria ante la mirada inquisidora de su marido—. Por suerte, nosotros no tenemos ese problema.

—Sí, por desgracia, no se elige en qué familia nacer. Aria, la tuya era de Alemania, ¿verdad?

—Mis abuelos sí; mis padres, en cambio, nacieron en Estados Unidos. Cuando acabó la guerra, muchas familias emigraron buscando un futuro mejor fuera del estigma de Hitler.

—Y otras huyeron de los juicios de Núremberg. No todos los nazis pagaron por sus crímenes, muchos salieron indemnes.

Sé que acabo de sobrepasar la línea entre interrogar o acusar a alguien de que sus familiares son criminales de guerra. Sin embargo, me da igual. Si quiero averiguar algo más, tengo que hacer preguntas incómodas.

—Será mejor que te vayas. Agradecemos tu preocupación y la comida, pero estamos cansados y remover nuestro pasado no es algo que nos apetezca demasiado.

Magnus se levanta de la mesa soltando el tenedor de mala manera. Cogiéndome del brazo, me empuja hasta la entrada. Está desquiciado.

—No sé qué pretendes con tus preguntas sobre nuestras familias —susurra—, sería de gran ayuda que no volvieses más por aquí.

Veo la cólera reflejada en su rostro, la ira contenida, pero también el miedo a que descubra lo que no quieren que se sepa de su familia.

—Lo siento, no era mi intención hurgar en una vieja herida —me disculpo, sorprendida por su advertencia—. Deseo que todo salga bien y Victoria regrese pronto a casa.

—Vete y no vuelvas más —insiste.

Salgo de allí como alma que lleva el diablo, y con dos enemigos más.

Sue ya se ha marchado y es Oliver quien me espera fuera junto al agente Donovan, que acaba de comenzar su turno. Oliver me mira y levanta una ceja al verme cruzar la puerta como el que no quiere la cosa.

—Ni se te ocurra decir nada.

—Vaya, la visita ha sido rápida, hay que ver lo que te pareces a tu hermana —dice con un tono picajoso, con la única intención de pincharme.

—¡Calla! —protesto.

—¡Eh, que conste que te lo digo como un halago!

—Pues la próxima vez que mi querida hermana quiera inmiscuirse, que te llame a ti —sonrío. Cuánto tiempo ha pasado desde que un hombre no me hacía reír.

—Preferiría escucharte a ti al teléfono, o tomando un café —sugiere Oliver entre carcajadas.

—¡Me debes más que un café por burlarte de mí, agente Delgado!

—Déjate de formalidades. ¿Hace cuánto que nos conocemos?, ¿treinta años?

—Creo que un par más. Recuerdo que con tres ya me tiraste del pelo y me llamaste fea —exclamo divertida.

—Ya, bueno, entonces era un ignorante. Estás preciosa —confiesa.

—¿Me estás tirando los tejos agente Delgado? —pregunto en tono burlón.

—Llámame por mi nombre, Amanda.

—De acuerdo —asiento, rozando su brazo—. Creo que es mejor que me vaya, Oliver.

Cojo el camino de vuelta con el corazón a mil por hora. Pero qué narices me pasa que me dejo agasajar con sus cumplidos. No es el

momento ni el lugar para ponerse a cuestionar qué nos sucede, y menos con un asesino que me atosigaba con mensajes amenazantes.

¿Desde cuándo Oliver y yo hemos comenzado a tontear como dos quinceañeros? No me preocupa lo que me dice, a pesar de que los dos tenemos pareja, me inquieta más lo que yo siento cuando escucho su voz y me transporta a un momento de mi vida en el que era feliz con él. En esa época en la que Taylor todavía no existía y mi secuestro y la muerte de Vera quedaban tan alejados en el tiempo que no me hacían daño.

En realidad, el recuerdo de Vera siempre me acompaña, jamás se va de mi cabeza. Al igual que jamás olvidaré la cara del monstruo, lo que me hizo, su vida, nuestras vidas, su muerte, cómo lo asesiné.

Capítulo 18
Sheriff Castillo
Librería The Magic of Books
Magnolia Lake

A primera hora de la tarde llega el *email* que confirma lo que ya sospechaba. Y por muchas veces que lo releo, sigo sin entenderlo. Según sus padres, la niña se fue a dormir sobre las diez de la noche. Aria y Magnus hicieron lo propio a las once y media. A las 2:56 de la madrugada, Victoria bajó al primer piso y dejó pasar a su secuestrador desconectando la alarma. ¿Quizá intuía lo que iba a suceder? Definitivamente, la niña sabía que algo iba a pasar. Lo único que no tenía claro era cuándo iba a suceder. Tengo que resolver ciertas dudas, aunque la visita es más corta de lo esperado. Magnus se niega a hablar y Aria está enfadada porque no hemos encontrado a Victoria todavía.

—No sé qué pretende con esas preguntas, *sheriff* —me interrumpe Aria.

—Responda de una maldita vez. ¿Qué más falta en la casa? Estoy harto de que se nieguen a colaborar, si no contestan, los acabaré deteniendo.

—¡Una maldita pistola de clavos, *sheriff*! —chilla Magnus.

—Y hasta hoy no se habían dado cuenta, qué oportuno, y el peluche, ¿cómo era? —pregunto enfadado.

—No lo sé —contesta molesto el padre—, era normal, de esos con cremallera detrás. Bastante grande.

—¿Fue usted quien lo compró o lo eligió Victoria?

—¿Qué importancia tiene eso? —pregunta Aria—. Lo hizo mi marido. Días antes habían ido juntos a la juguetería y Victoria se

había encaprichado de él. Era un gato de color rosa casi más grande que ella.

—Quizás su hija no lo escogió al azar. Tal vez Victoria lo eligió precisamente porque podía guardar detrás lo que tenía pensado llevarse.

—¿Me está diciendo que mi hija se estaba preparando para el secuestro? Pero ¿se puede saber qué coño quiere decir?

—Su hija desconectó la alarma, le robó una pistola de clavos. Llevaba una semana aprendiendo un nuevo idioma tan difícil como es el serbio, quizás porque sea el idioma que hablan sus secuestradores ¿De verdad creen que es casualidad o me van a decir que no llevaba meses organizando esto?

Los padres se quedan mudos ante mi acusación. El sonido del móvil retumba entre el silencio que se ha originado. Es Delgado, acaba de llegar la orden para el registro de la enfermería del hospital. Salgo de allí disgustado. No llego a entender todavía qué ocultan, pero si Victoria llevaba semanas preparándose para el secuestro, ellos organizaban la huida desde su nacimiento. Aparco el coche sin creer cómo está yendo el caso. Un golpe en el cristal del parabrisas me sobresalta. Aurora, la dueña de la librería The Magic of Books, está con los brazos cruzados viendo mi indecisión y mi disyuntiva a salir.

—*Sheriff*, imagino que viene a preguntarme sobre Victoria, se lo digo porque en media hora cierro y como veo que no se decide a entrar…

—Perdona, Aurora, tengo mucho jaleo en la cabeza. Este caso me tiene descolocado.

—Pasemos dentro a ver si puedo ayudarle en algo.

La sigo a través del camino serpenteante de piedras que llega hasta la entrada del local. La librería es exquisita y encantadora para los amantes de la literatura. La fachada de madera color azul y blanco te traslada a las típicas tiendas parisinas de mediados del siglo XX. En el interior, las paredes pintadas de un color turquesa sobresale por los lados de las estanterías blancas que llegan hasta el techo. Estas están repletas de cientos de libros de diversos géneros, cuentos y de una sección especial con primeras ediciones en uno de

los laterales. El suelo de madera en un tono claro le aporta la calidez suficiente para conferirle carácter al espacio. En el lado derecho se encuentra el mostrador, y en el izquierdo, junto a dos ventanales que muestran las últimas novedades, unas amplias butacas de color *beige* son el rincón favorito de lectura de los clientes que se sientan a ojear sus futuras adquisiciones. En el centro, dos mesas redondas están hasta arriba de libros, cuentos infantiles, promociones y algún que otro ejemplar de autores locales. Para cualquier amante de la literatura como Victoria, pasear entre tantas historias esperando ser leídas es el *summum* de la felicidad.

—Venía a preguntarte sobre el libro que se estaba leyendo Victoria en este momento…

—¡Ah, sí! Lo recogió la semana pasada. Solía venir con su madre una vez al mes y retirar la lista que me había encargado el mes anterior.

—Una lectora muy exigente por lo que veo.

—Ni se imagina —dice con cierta tristeza—. Siempre es el mismo proceso. El primer jueves de cada mes viene a recoger sus libros y me deja una lista con otros tres para el mes siguiente. Siempre novela negra; sus gustos no varían nunca.

—¿Cuáles fueron los de la última lista?

—Pues si no recuerdo mal, dos de una saga de John Verdon y *La cabaña* de Natasha Preston.

—¿Y en qué momento vino a recoger *La ladrona de libros*?

—Siento decirle que ese volumen no ha salido de aquí. Quizás sea de la biblioteca o un préstamo de algún profesor. El lunes me llamó y me dijo que vendría por la tarde a buscar un diccionario serbio. Jamás me había encargado algo tan atípico para su edad, porque raro no es, pero ¿serbio? No sé yo.

Otra incógnita más que añadir a una larga lista. ¿Qué demonios se le había pasado a Victoria por la cabeza para querer aprender el idioma serbio?

—La semana pasada llegó a casa entusiasmada con ese libro. Mintió sobre su procedencia y, por lo que sus padres me han contado, no se despegaba de él. ¿Conserva un registro de los libros que le ha encargado desde que se mudó aquí?

—Por supuesto, tiene su propia ficha de cliente.

—Una niña muy especial.

—Desde luego. Hay veces que a mitad de mes me ha enviado un correo y ha cambiado algún ejemplar por otro o ha añadido uno más. Al principio, se llevaba más sobre temas médicos y ensayos de la diabetes. Al cabo de unos meses, comenzó a encargarme novela negra y de misterio. Yo jamás hubiese dejado leer a mi hija de cinco años algo así, pero Victoria no es como los demás niños, en fin, que yo no voy a opinar sobre ello, encantada de que, siendo tan pequeña, le guste leer tanto.

—El día que se escapó de casa, vino hasta aquí. Este lugar la hace sentirse segura. ¿Le contó algo de lo que ocurría en casa? ¿Por qué se había enfadado con sus padres?

—Llegó disgustada. Siempre entra por la puerta dando saltos de alegría porque viene a recoger lectura nueva. No se imagina lo especial que es, e inteligente. Bueno, como le decía, venía enfadada, llegó alterada. Cogió un libro de la estantería y se sentó en uno de los sillones a leer. Yo la dejé hacer, no quería preguntarle. Sé por experiencia que es mejor darles espacio y no agobiarlos. Mis hijos se comportaban igual cuando eran pequeños y aprendí a dejarlos a su aire y esperar a que quisieran hablar conmigo.

—Vicky descubrió que su padre pretendía internarla en un colegio y no se lo tomó muy bien.

—Creo que había algo más —Aurora se muerde el labio, reviviendo ese recuerdo—. Ella no dijo nada; sin embargo, mi percepción era más bien que no solo estaba enfadada, sino que se sentía desilusionada y desengañada por lo que había descubierto. Pienso que no era porque su padre estuviera empeñado en internarla o por las discusiones que eso ocasionaba entre el matrimonio. Creo que había más. De todas maneras, poco me contó, igual que llegó, se marchó corriendo ante mis protestas de que no se fuese sola.

—¿En alguna ocasión más vio a Victoria de esa índole con sus padres?

—Bueno… No sé si es importante.

—Eso lo decidiré yo —dije viendo sus dudas a hablar.

—Hubo un día, hace unos seis meses, en que su madre aparcó fuera y ella entró a recoger el pedido. Aria se entretuvo hablando con otras madres del colegio, y Victoria se fue al jardín de la entrada con su bolsa. Estaba sentada en uno de los bancos ojeando los libros cuando un hombre se le acercó. Mantuvieron unos minutos de conversación en los cuales no les quité el ojo de encima…

—¿No se fiaba?

—Después de lo ocurrido con Amanda y Vera, no me fío de nadie, y menos de un desconocido. Aunque me dio la impresión de que no era la primera vez que se veían. No sé, fue raro. Me giré un segundo para cobrar y cuando volví a mirar, el hombre ya no estaba.

—¿Puede describirlo?

—Cincuenta y pico largos, traje de chaqueta impecable, delgado y alto, rubio con canas, no sabría decirle más; estaba un poco lejos.

—¿Alguna cicatriz o algo que le llamara la atención?

—No lo sé, creo que eso fue lo único en lo que me fijé; solo podía verle la mitad de la cara.

—Durante los meses anteriores, ¿tuvo la visita de algún desconocido en la tienda? Quizás los días en que solía acudir Victoria.

—Suelen venir bastantes turistas al lago y eso sin contar a los montañeros que vienen a escalar, cuando bajan al pueblo, se paran en la cafetería que hay aquí al lado y algunos curiosean por la librería. Los fines de semana esto es un hervidero de desconocidos, incluso de otros países.

—Y eso no es que me ayude demasiado. Si recuerda o ve algo extraño, llámeme enseguida.

—Descuide, salude a su familia de mi parte. Tienen una bonita conexión las mujeres de su vida.

—Muchas gracias, cualquier cosa…

—*Sheriff*, ¿cree que Victoria sigue viva? —pregunta, preocupada.

—No pierda la fe, a veces los milagros existen.



Capítulo 19

Victoria Parker

La casa roja
En algún lugar cercano a Magnolia Lake

«Vamos a ganar la guerra, por lo que
solo la raza aria se mantendrá».
Josef Mengele

—¡Cállate, maldito diablo renacuajo! —chilla Gideon, furioso.

—¡No me toques! ¡Estás borracho!

—¡Deja de moverte, tengo que pincharte! —protesta. Agarrándola del brazo, tira de ella y al oído la amenaza con matarla allí mismo si no se está quieta.

Los niveles de azúcar son altos. La máquina marca 380 y, como máximo, no debería pasar de 240. Aunque tiene que esperar para poder cenar, Victoria ha lanzado la comida por los aires justo después de pincharle las dosis de insulina rápida. Si no se alimenta, va a tener un gran problema, y ya conoce los efectos que una hipoglucemia causa en su cuerpo. La cría pretende desquiciarlo hasta llevarlo al límite y que cometa un error que le de ventaja a ella. Gideon, por su parte, la ha golpeado en el brazo, harto de las tonterías de una niña incontrolable.

Si en tres días su jefe no aparece, la matará sin temblarle el pulso. «En mala hora cogí el encargo», piensa. Si anoche lo hizo con la enfermera, con la cría no le costaría mucho más. No se fiaba de que la mujer lo delatase y que por culpa de esa zorra acabase en una prisión federal, por eso, lo mejor ha sido matarla.

Hacía dos semanas que el jefe le entregó una fotografía con un nombre y el bar donde, tras la jornada, la mujer iba todas las noches a tomarse algo. Era una chica solitaria y no muy agraciada, pero tanto le daba; para poder echar un polvo y quitarse la tensión acumulada le servía.

Le resultó gracioso acercarse e invitarla a una copa. Parecía sorprendida de que un hombre tan musculoso y guapo se fijara en ella. «Un compatriota tan lejos de Belgrado», le dijo. Lo que no podía ni imaginar es que lo que creía que era su noche de suerte se iba a convertir en una sentencia de muerte por parte de uno de los criminales de guerra más sanguinarios del mundo.

Victoria aprieta su peluche contra el pecho. Su mirada es arrogante, clavada en la puerta, esperando a que Mor Ivanov le lleve la cena.

—Si sigues con esta actitud —exclama Mor—, Gideon te hará daño. Créeme, él no es igual que yo.

El hombre entra y deja la bandeja encima de un viejo escritorio que hay al lado de la cama.

—¿Sirvió contigo en la guerra de Kosovo?

Mor la mira acongojado; no le gusta hablar de aquella época. Hace un esfuerzo por quitar de su mente las imágenes sangrientas que le sobrevienen. Se sienta en la cama junto a Victoria, que lo mira fascinada por entender qué ha provocado que esté allí.

—Era el general de mi escuadrón. Cuando mi mujer y mi hija murieron, me volví loco. Él me reclutó para cumplir con mi venganza.

—Háblame de tu hija —suplica mientras muerde un trozo de pan.

—Se llamaba Anastasia, como la hija del gran zar ruso Nicolás II. Era dulce, cariñosa y muy mala estudiante. Tenía ocho años cuando estalló la guerra. El país se convirtió en una batalla campal de diferentes etnias que intentaban sobrevivir y hacerse con el poder. Kosovo era un lugar inseguro para las personas que no queríamos vernos involucradas en tal genocidio. Nada volvió a ser como antes. Cuando la muerte entra en tu vida, es difícil mirar hacia otro lado.

—He estudiado la guerra de los Balcanes. Más de 130.000 personas murieron y hubo más de dos millones de desplazados de sus casas.

—¿Eso es lo que te cuentan en el colegio? Te aseguro que no es ni la mitad; fue una auténtica carnicería. No estoy orgulloso de lo que hice; debía vengar la muerte de mi familia, y Gideon era la única manera de hacerlo posible.

—Tuvo que ser horrible.

—No había cogido un arma en mi vida y aun así maté a centenares de personas. Lo que hice no lo voy a olvidar jamás. No hay redención para los asesinos como yo. Nunca borraré las imágenes de mi cabeza.

—¿Por eso estás aquí? Le debes un favor. —Ivanov se tapa la cara con las manos al escucharla. La niña posa las suyas sobre las de él que las tiene secas y agrietadas. Mor suspira, solo desea que todo salga bien.

—Le debo mi vida, niña, ahora estaría muerto si no llega a encontrarme —afirma reflexivo—, pero estos no son cuentos para una cría. Haz lo que Gideon te dice y saldrás ilesa de aquí, te lo prometo.

—Mor, sabes tan bien como yo que no me dejará irme con vida. Tu jefe ha desaparecido y sin él yo no valgo nada.

—Te preocupas demasiado, será mejor que te deje…

—¡Espera! —grita.

—¿Qué quieres, pequeña? —pregunta turbado.

—No le debes nada a ese salvaje. ¿Qué piensas, que cuando acabéis el trabajo, Gideon no va a mataros? Eres buena persona, lo sé, tienes que decidir si sigues tus propios ideales o dejas que sea otro quien te los marque.

—Sé lo que intentas, quieres separarnos y que desconfiemos los unos de los otros.

—Quiero conocerte —dijo la niña.

—El jefe nos previno. Nos dijo que eras muy astuta y que usarías tus tretas para dividirnos. Buenas noches, Victoria.

—¡Espera! ¿Mataste a los que asesinaron a tu familia?

Con voz queda, responde:

—No quedó ninguno. Y si te preguntas si yo hice lo mismo que ellos con mujeres y niños, jamás les puse un dedo encima.

—Yo no merezco morir, igual que no lo merecía tu hija. Tienes que ayudarme a escapar de aquí —implora Victoria entre sollozos.

—Descansa un rato, no lo pongas más difícil.

En la primera emboscada ha salido algo maltrecha, pero también ha sembrado la duda en Mor. Tiene la seguridad de que cuando esté

en la soledad de su cama, pensará en lo que le acaba de decir, y llegará a la conclusión de que salvarla es la única manera de salvarse a sí mismo.

Capítulo 20
Sheriff Castillo
Oficina del sheriff
Magnolia Lake

—¿Qué tal te ha ido en el hospital? —pregunto a Delgado, que acaba de entrar por la puerta.

—La orden llegó anoche, así que los he tenido toda la noche haciendo inventario. Que sepas que no somos bienvenidos en la unidad de enfermería —contesta con la cafetera en la mano, al tiempo que se sirve una taza.

—Vamos a sentarnos.

Me adelanto a colocar botellas de agua, tazas y diferentes panes y bollería por la mesa de mi despacho. Sue ya está dentro, tiene la espalda apoyada en la pared y los pies en la silla de al lado, al vernos entrar, los baja a disgusto.

—Sue, ¿os suena haber visto un diccionario serbio en el registro de la casa?

Los dos se miran extrañados, pero mientras Sue contesta que no, a Delgado se le ilumina la cara.

—Creo que puede estar conectado con lo que he descubierto.

—De acuerdo, vamos a esperar a Donovan y a McClanahan, están al llegar.

Sue se encoge de hombros y se acerca a la bandeja de bollería, después de mirar con detenimiento, se decanta por una magdalena de chocolate. Con la boca llena, y sonriente, se la ofrece a Delgado que, abre los ojos como platos y lo rechaza categóricamente.

—No, gracias, si sigo así, voy a tener que renovar el vestuario.

Sue se burla. A ella le da igual, por mucho que come, no parece afectar demasiado a su peso.

—Será que tienes miedo a no entrar en el traje de novio —bromea.

Delgado se encoge en la silla, lo último que le apetece es hablar del tema. Mira a Donovan entrar por la puerta y caer a plomo en la silla de al lado.

—Lo siento, jefe. El tráfico está fatal en la carretera.

McClanahan entra un minuto después y se lanza a por un bollo con mermelada de fresa en la parte de arriba sin ni siquiera saludar.

—Pues ya que estamos todos, después de cuatro días, vamos a ponernos al día. Delgado, cuéntanos lo del hospital.

—Tenías razón. Sacaron los medicamentos de la enfermería. Faltan dos cajas de agujas de cien unidades cada una, una de insulina rápida y otra de basal de la misma marca que la niña utiliza.

—¿Alguna idea de quién pudo robarlas? —pregunta Sue.

—Sospechas más bien. Hay una enfermera que lleva dos días sin ir a trabajar. Se llama Radmila Dimitrova.

—No me lo digas, ¿serbia? —pregunto pensativo.

—Exacto. Fue contratada para cubrir una baja. Tiene doble nacionalidad, serbia y estadounidense, y según sus compañeros, es bastante reservada. Dicen que no se relacionaba con nadie, pero que hacía bien su trabajo y no tienen ninguna queja de ella, hasta ahora, que ha desaparecido.

—Puede ser uno de los secuestradores, o quizás pareja de uno de ellos, aunque me parece que más bien se aprovecharon de que era nueva para engañarla y hacerse con los medicamentos.

—La compañera con la que más compartía turno me ha dicho que nunca hablaba de ninguna pareja o novio y que jamás fue nadie a recogerla al finalizar la jornada.

—Tenemos que hablar con ella de inmediato.

—Jefe —comienza a decir Donovan—, creo que he averiguado la hora exacta del secuestro.

Tamborileo los dedos en la mesa, mientras le doy el último sorbo al café.

—He hablado con todos los vecinos de las casas aledañas a la de los Parker, ninguno vio ni escuchó nada. Pero cuando ya creía que

no iba a conseguir una mierda, un poco de presión ha dado resultado.

Arrugo la boca, no quiero ni preguntar a qué presión se refiere.

—¿Se acuerda de Pía? La chica que robó hace unas semanas en el supermercado, pues vive enfrente. Nada más llegar, noté que algo escondía y solo hizo falta presionarla un poco para que hablara.

—¡Tiene catorce años! —exclamo enfadado.

—Tranquilo, jefe, que no nos va a denunciar. El caso es que esa noche en concreto su novio fue a verla a las dos de la mañana.

—¡Joder, con los críos de hoy en día! —protesta Sue.

—La cuestión es que mientras se metían mano, Pia escuchó un coche acercarse. Al pensar que era su padre que volvía del trabajo, entró en la casa corriendo y rompió un reloj que estaba en la entrada. Eran las tres en punto.

—¿Pudo ver el coche? —pregunto, animado.

—Ella no, pero su novio, con el que he hablado después, me ha dicho que una furgoneta negra aparcó frente a la casa de los Parker cuando se incorporaba a la carretera con el coche. Por desgracia, no se fijó en el conductor o si había alguien más.

—Por lo menos sabemos la hora exacta en que se produjo el secuestro —afirma McClanahan.

—Algo es algo. Sue, vete a la casa y vuelve a registrarla. Insiste a los padres si falta alguna cosa más. McClanahan, ve a hablar con el forense, necesitamos saber los resultados de la sangre. Donovan, quédate aquí y busca todas las furgonetas negras del condado, incluidas las de alquiler.

Todos abandonan la mesa, excepto Delgado, que se sirve otro café.

—Oliver, tú y yo nos vamos a casa de la enfermera. Voy a pedir una orden de registro.

—Jefe, ¿encontraremos a la niña con vida? —pregunta cuando está saliendo del despacho.

—Lo haremos, que no te quepa duda de ello. ¿Va todo bien con Miranda? —pregunto, cambiando de tema.

—No estamos en nuestro mejor momento.

—Paciencia, verás cómo una vez que os caséis, todo vuelve a la normalidad —digo dándole ánimos.

—Si te soy sincero, no estoy seguro de que la boda llegue a celebrarse.

Conozco a Oliver y Miranda desde que eran dos mocosos y se pasaban el día dando guerra en el colegio junto a Amanda. Si me llegan a decir entonces que ese adolescente peleón, escuálido y revoltoso iba a ser mi mano derecha, me hubiese echado a reír. Solo espero que este asunto de la boda y las rencillas con su novia no pasen factura a su trabajo. Cualquier distracción puede desembocar en la muerte de Victoria.

Capítulo 21

Cora Miller
The Journal World
Nueva York

The Journal World fue el periódico donde me inauguré como reportera. El primer año lo pasé a la sombra de un ordenador, ya que el redactor jefe no quería a novatas en la calle. En el segundo, a regañadientes, conseguí mi primer artículo en las páginas centrales y alguna que otra portada donde mi nombre casi ni se veía. Poco a poco, me fui haciendo un nombre a pesar de las broncas de mi jefe por meterme a investigar noticias que él no me había pedido. Iba a buscar trabajo en otro periódico donde tuviera más oportunidades de ascender a sucesos, cuando el dueño se deshizo del editor. Su lugar lo ocupó un redactor recién llegado de Europa y con ganas de darle un aire nuevo al deprimente y basto declive que sufría nuestro diario.

Mi ascenso a sucesos ocurrió al segundo mes de su llegada, impulsando mi carrera hasta convertirme en la reportera de moda de la Gran Manzana. Nueva York rendida a mis pies. Qué equivocada estaba entonces, cuando solo me importaba mi trabajo y ser la mejor, dejando de lado a la gente que quería y que me había apoyado en el momento más duro de mi vida.

Ahora, mi exjefe no me puede ni ver por haber abandonado el barco y dejarlo sin su periodista estrella a raíz de lo sucedido el año anterior.

Entre eso y mi marcha drástica, no hay más que añadir un poco de leña al fuego para que los rescoldos vuelvan a arder. Sigue echándome en cara que sin él no habría llegado a nada ni sería

nadie y que no me perdonará jamás haberle dejado con el culo al aire.

—¡Cora Miller! —oigo a mi espalda.

Llevaba tanto tiempo sin escuchar esa voz que tanto me acompañó en los momentos más dramáticos de mi vida, que al oírla, no pude evitar dibujar una sonrisa en mi cara.

—Sophie, ¡cómo te he echado de menos! —exclamo abrazando a mi antigua compañera de redacción.

Sophie Hall es el alma del periódico. Detrás de un cuerpo inmenso, que resalta con vestidos llamativos de flores y pendientes de frutas exóticas, se esconde una de las mejores cronistas con las que he tenido el privilegio de aprender los entresijos de una buena noticia. Me acogió igual que a una hija cuando llegué mi primer día, cual mocosa sin tener idea de nada. Entonces solo era una joven recién licenciada que aspiraba a dar las mejores noticias. Era una persona triste y desconfiada con la gente y, aunque nunca tuve intención de involucrarme demasiado con mis compañeros, Sophie era especial.

—Muchas gracias por tu ayuda, no quiero meterte en problemas con el ogro.

—Sigue siendo igual de gilipollas que antes, más si cabe, porque desde que te fuiste, no ha encontrado a ningún periodista que cubra las noticias como tú, bueno… y que lo aguante. La sección de sucesos está quemada, menos mal que en unos meses me jubilo. En cambio, veo que tú vuelves a la carga.

—Ni loca volvería a este mundillo, pero fue mi primer caso y quiero resolverlo.

—Te he preparado lo que me has pedido y alguna cosita más, un regalito de parte del equipo de investigación —revela con un guiño al entregarme en un *pen drive* toda la información, cortesía de mis antiguos compañeros.

—No sé cómo te lo voy a agradecer, estoy en deuda contigo, Sophie. Saluda al equipo de mi parte y dales las gracias.

—Estamos para lo que necesites. Ahora esconde eso —me dice —, rápido —susurra al escuchar los pasos inequívocos de mi antiguo jefe.

El ogro, como lo llamamos, se ha detenido detrás de mí. Puedo escuchar el chasquido que realiza con la lengua cuando se pone de mal humor, que es cada dos por tres.

—¡El ángel caído ha regresado! ¿Qué haces aquí? Creía que en nuestra última conversación te había dejado claro que no quería volver a verte nunca más.

—Eres igual de gilipollas que siempre, un engreído presuntuoso que se cree que le van a dar el Pulitzer. He venido a visitar a una amiga, pero ya me marcho —digo dándome media vuelta y dejándolo con la palabra en la boca.

Con la información que llevo dentro del bolso, salgo de allí feliz por abandonar esa vida, por haber decidido formar mi propia familia en el pueblo que me vio nacer y en la antigua casa de mis padres. Nueva York pertenece al pasado.

Suspiro al pensar en mi marido y en mi hija, añoro el calor de sus abrazos. Los echo de menos y eso me hace sentir culpable y vulnerable.

De vuelta al hotel, introduzco el *pen* en el portátil con la esperanza de encontrar algo que me dé una pista sobre el paradero de Laia Cohen. Dentro está mi investigación sobre su padre, Benjamin Rookwood y los laboratorios. Aunque la información es bastante escasa por culpa de mi jefe, ya que una vez que acabó el juicio, me prohibió seguir indagando. Asimismo, encuentro el registro de las propiedades de Benjamin, tanto de las que poseía entonces como de las de ahora. Un regalo por parte del equipo que no tiene precio.

En el año 2014 compró un ático en uno de los edificios más exclusivos de Manhattan, propiedad que mantiene hasta la fecha. Ese piso fue al que se mudó Charlotte con Laia cuando se separó de Liam. Ni en un millón de años me hubiese permitido los precios abusivos de vivir frente a Central Park, valorado en cerca de ocho millones de dólares, me pregunto de dónde ha sacado tanto dinero.

Su residencia hasta el día del asesinato es una gran mansión en Canandaigua con tres hectáreas de jardín donde miraba desde el olimpo a sus electores como si de un dios se tratase. Las fotografías no tienen desperdicio, tanto las del ático, tomadas en la época del

juicio, como las del exterior de la mansión, hechas hace escasas veinticuatro horas, gracias a un antiguo amante de Sophie que trabaja en el periódico local de Canandaigua. La casa es una fortaleza amurallada por una valla electrificada que rodea el jardín. Lo que más llama la atención son los dos guardias de seguridad armados de la entrada y otros tres que recorren el perímetro, a pesar de que su dueño ya está muerto.

¿A qué se debe tanta seguridad? ¿Tenía miedo de alguien? Desde luego, motivos para ello no le faltaban. Entre todos el amasijo de información superflua hay un dato que desconocía y que me estremece por su significado. Una propiedad a su nombre de la que se deshizo un mes después de acabar el juicio y que no entiendo cómo se me pudo haber pasado por alto. La vivienda en cuestión está a hora y media de la capital de Texas, Austin, concretamente en un pueblo llamado Fredericksburg, el mismo donde Charlotte vivió durante su niñez hasta que se marchó a la Universidad de Nueva York a iniciar su carrera de Medicina. Esa coincidencia me da escalofríos, y más al recordar lo que Amit Al-Masrit me ha dicho, que tenía la impresión de que se conocían de antes de coincidir en los laboratorios.

¿Quizás Rookwood era un antiguo amigo de sus padres? Debo contárselo a Liam cuanto antes y viajar hasta allí para intentar hablar con los padres de Charlotte y que me aclaren esta información que me quemaba por dentro. El caso de mi hermana y Vera me demostró que las casualidades no existen y que, si existen, siempre esconden algo.

Capítulo 22
Sheriff Castillo
Apartamento de Radmila Dimitrova
Magnolia Lake

—¡Radmila Dimitrova! ¡Abra!

Golpeo la puerta varias veces sin obtener respuesta. Delgado me lanza una mirada contrariado. Dos puertas más allá, un hombre anciano asoma la cabeza debido al alboroto y, al vernos, vuelve a esconderse dando un portazo mientras se queja del ruido.

—¡*Sheriff* Castillo! ¡Abra la puerta!

—Parece que no hay nadie —confirma Oliver encogiéndose de hombros—. ¿Traigo el ariete?

Delgado lo empuja contra la puerta con fuerza, la cual cede sin dificultad. En el interior, la luz vespertina se cuela por la única ventana del salón, revelando una fina capa de polvo sobre los muebles.

En ese momento, no sé por qué me acuerdo de mi mujer y su obsesión por la limpieza. Aunque últimamente, con la pequeña Emma, es imposible tener la casa ordenada. Está invadida por pañales, biberones, juguetes, un gran parque en uno de los laterales del salón y, por supuesto, baberos de dinosaurios, pijamas de unicornios y todo el elenco animal de una producción de Disney en forma de peluches.

—¿A qué apesta? —pregunta Delgado tapándose la nariz con el brazo.

—A muerto. No es la primera vez que lo huelo, por desgracia —indico mientras recuerdo al antiguo *sheriff* Logan fallecido el año pasado.

Nos adentramos en la casa despacio. El salón y la cocina, a pesar del olor penetrante que a Delgado le da náuseas, se encuentran ordenados y limpios. Si obviamos la peste a putrefacción en su fase inicial, nada hace presagiar que aquí haya un cadáver. Seguimos andando por el pasillo hasta dar con el baño. El agua de la bañera rebosa entremezclada con pequeñas salpicaduras de sangre. Las gotas esparcidas por el suelo llegan más allá del pasillo, hasta la última habitación.

—Sangre, esto no pinta bien.

Lo miro de reojo. Su cara ha perdido el color y está blanca como la pared. Una nueva arcada presagia que, si tiene que estar mucho más rato aquí, lo va a llenar todo de vómito.

—Sigamos —indico.

Encontramos a Radmila Dimitrova tumbada en la cama. El pie derecho le cuelga hacia un lado y el cuerpo está apoyado bocabajo sobre la almohada cubierta de sangre. Tiene un orificio de bala en la sien izquierda. Los ojos abiertos miran vacíos y sin vida, quizás preguntándose por qué debió morir en la plenitud de la vida.

El cuerpo se halla desnudo, solo lo cubre una toalla enrollada al cuello. La enfermera tiene dos cortes en la pierna derecha y varios moratones en brazos, cara y espalda. Antes de morir, su asesino se ensañó con ella a base de bien. Lo que no tengo claro es si murió estrangulada o por el disparo en la cabeza.

Delgado se apoya en la pared y se tapa la boca con la mano, aguantando las arcadas que le sobrevienen.

—¿Te encuentras mal?

—Perdona, es que si lo llego a saber, no hubiese comido nada. Ya me entiendes.

Arrugo la nariz imitándolo; el olor es insoportable.

—Ponte un poco de algodón en las fosas nasales; mitigará el tufo.

—Creo que ya es tarde, me sabe la boca a muerto —proclama a la vez que se aparta hacia un lado para vomitar.

—Llamaré al forense, sal fuera a tomar un poco el aire.

—Estoy bien, perdona.

—Ve a hablar con los vecinos mientras yo hago el registro.

Avergonzado y con la espalda encorvada se marcha. Palmer no se va a alegrar demasiado que le haya contaminado las pruebas.

Tras una hora revolviendo cajones y armarios, no descubro nada especial que me lleve hasta su asesino. El apartamento en sí está ordenado, no hay nada fuera de lugar, quizás lo más extraño sea la falta de un móvil o un ordenador.

—¡Menuda luna de miel! —exclama el forense Palmer haciendo su entrada triunfal. Parece que venga de tomar unas cervezas con los amigos.

Va vestido con chanclas, pantalones cortos y un polo de color rosa. A Delgado, que acaba de volver a entrar al verlo llegar, y a mí nos es imposible no reírnos. Su atuendo veraniego, a pesar de que la temperatura del exterior es de doce grados, me ha recordado que está acostumbrado al crudo frío de Alaska, lugar donde nació.

—Más bien deberías decir menuda boda. Espero que te hayas recuperado. La última vez que te vi, bailabas junto a una morena a lo *Dirty Dancing* con una botella de *whisky* en la mano.

—Había mucho que celebrar —dice entre risas—. Ahora, como siempre os digo, dejadme trabajar.

—La víctima se llama Radmila Dimitrova, enfermera del hospital. Creemos que pudo robar la insulina para el secuestrador de Victoria. Tiene un disparo en la sien y varios cortes y golpes. Me parece que dejó entrar a su asesino. La puerta no estaba forzada cuando hemos llegado.

—¡Vaya, vaya! —exclama—, a alguien le ha sentado mal el desayuno.

—Lo siento —vuelve a disculparse sonrojado.

—Marchaos, que sea la víctima quien hable.

—Delgado, yo voy a comprobar una cosa, te dejo al cargo.

Bajo la calle buscando los contenedores de basura y papeleras cercanas donde, con un poco de suerte, el asesino de Radmila puede haber tirado el arma o sus objetos personales. Tengo la certeza de que su verdugo es el secuestrador de Victoria.

Tras un par de horas de búsqueda intensa, no encuentro ninguna de sus pertenencias y decido pedir ayuda.

—Jimmy, ¿te pillo ocupado? —Jimmy es el jefe de bomberos y uno de mis mejores amigos desde la infancia.

—Depende, ¿qué necesitas?

—Aparte de un milagro, vuestra ayuda para buscar un arma.

Jimmy y cuatro bomberos más aparecen ante mí diez minutos después de pedirle ayuda, subidos en el camión y con las sirenas puestas.

—Buscamos un arma, el móvil de la víctima y un portátil, si es que lo hubo alguna vez. He mirado en los alrededores y no he encontrado nada. Quién sabe si en las alcantarillas tengamos más suerte.

—Chicos, ya habéis escuchado, no me dejéis en mal lugar.

Dos horas después de intensa búsqueda entre excrementos, basura y algún que otro animal, la radio de Jimmy zumba con un mensaje esperanzador.

—¡Lo tenemos, jefe!

Capítulo 23
Amanda Miller
Casa de la familia Miller
Magnolia Lake

Intento tranquilizarme y que Nora, que sigue revisando los papeles que nos ha mandado Cora, no note mi preocupación. En el bolso llevo escondida la nota que esta mañana encontré sobre la tumba. «Huelo tu miedo y tu sangre», ponía. Temo por mi vida, pero lo que me da más miedo es que Emma esté en medio cuando vengan de nuevo a por mí y sea el blanco de su ira.

—Mira esto, además de ser el mismo juez que absolvió a Benjamin hace diez años, también estaba en el consejo de los laboratorios donde trabajaba Charlotte —me dice Nora, entregándome un papel.

Lo leo con asombro, doy un grito y salto del sofá como un resorte. Mi sobrina, al verme, explota en una sonora carcajada.

—¿Cora lo sabe?

—No lo sé. Lo envió Sophie esta mañana mientras estabas en el cementerio.

—¡¿Tienes idea de lo que significa esto?! —digo entusiasmada y a la vez asustada recordando la nota.

—Que tenemos cogido por los huevos al puto juez y que le preveo una jubilación de lo más jodida, por cabrón.

—Bueno… Yo no sé si hubiese sido tan clara —vocifero ante la muestra de verborrea insultante de Nora.

—Esta noticia es una primicia. Hay que llamar al abogado y contárselo. Sophie me ha dicho que lleva todo el día intentando comunicarse con Cora y no le coge el teléfono. No quiero pensar mal; sin embargo, sabiendo esta información, comienzo a

preocuparme. Si esto sale a la luz, estará acabado y estoy segura de que hará todo lo posible para que Cora no lo publique.

—No te preocupes, Nora. Mi hermana sabe cuidarse sola. Se enfrentó a un asesino por mí y lo volverá a hacer sin despeinarse.

—No me entiendas mal, sé que es autosuficiente y que es dura como una roca, pero me preocupa que en esta ocasión, no esté Lucas con ella. Me parece que el suero es más de lo que quisieron hacer creer y que hay personas con mucho poder implicadas.

Un pitido en el móvil me sobresalta. Miro la pantalla y veo un nuevo mensaje de Sophie Hall. El corazón comienza a latir más rápido anticipando sus palabras. Horrorizada las leo y no doy crédito.

—¡Dios mío, esto cada vez se pone más interesante!

—¿Qué ocurre? ¿Quién es? Amanda, ¿qué sucede? Chiquilla, habla.

—En el juicio de Benjamin, una testigo declaró haber visto a Charlotte lanzarse por el puente con su hija en brazos. ¿Adivinas quién era esa mujer? La hermanastra de nuestro querido juez y una de las principales accionistas de los laboratorios.

—No entiendo cómo se pudo pasar por alto esa información. Estaba todo orquestado para hacer creer que la niña también había muerto. ¿Tan especial es ese suero? No puedo creer como se está complicando todo esto.

—Hay que llamar a Robert de inmediato. Este juicio está igual de amañado que el otro.

—No es lo único, mira, una copia de los pasaportes de Benjamin y Charlotte a su llegada a Estados Unidos en 1980 —me dice Nora— A la niña le cambiaron los apellidos por los del matrimonio que la adoptó, pero Benjamin conservó los suyos. Ella tenía cuatro años y él dieciocho. Vinieron desde Berlín en un barco carguero. Imagino que escondidos. ¿A qué tanto secretismo? ¿Quiénes eran?

—No lo sé. Tras la guerra, hubo muchos alemanes que emigraron y cruzaron el charco. Aunque después de treinta y cinco años, no sé. Quizás eran hermanos que, al quedarse huérfanos, vinieron aquí a vivir con sus familiares y a Benjamin, al ser mayor de edad, no le cambiaron los apellidos como a ella.

—Eso podría tener sentido si no fuese porque Charlotte pasó su niñez en un enorme rancho entre algodones, con un matrimonio alemán hasta arriba de dinero. Mientras Benjamin lo hizo en una antigua casa de aperos dentro del terreno, subsistiendo de la caridad, limpiando mierda de caballo y haciendo trabajos para pagar su manutención.

—Está claro que familia no eran; más bien parece que viajó para entregársela al matrimonio.

—¿Crees que pagaron dinero por ella? Aquí dice que comenzó a estudiar en la escuela primaria dos meses después de llegar al pueblo; para entonces, a ojos de todos, era su hija —añade Nora—. Han pasado muchos años, pero si los dos vinieron de Alemania juntos, algo debía unirlos.

—Eso es evidente, pero el qué. Cuando se marchó de casa para estudiar en la universidad, Benjamin encontró trabajo en una empresa farmacéutica cercana a la facultad. Al graduarse y mudarse a Nueva York a trabajar en el proyecto, Rookwood también lo hizo.

—Siempre estuvo cerca de ella.

—Y del suero… No te olvides ¿Y si fue el padre de Benjamin quien lo creó?

La idea que se forma en mi cabeza va más allá de los dos implicados, viaja desde aquí hasta el océano. Atraviesa el tiempo y acaba en el puerto de Bremen, donde comenzó su travesía cuarenta y cinco años atrás.

Y si… ¿Y si Charlotte y Victoria comparten un mismo ADN químicamente modificado por el suero?

Capítulo 24
Cora Miller
Fredericksburg
Virginia

—¡Hola, marido! Te noto cansado.

Su voz suena pesada al otro lado del teléfono. Salgo del coche para admirar el sol esconderse tras una de las montañas del pueblo que vio crecer a Charlotte. Apoyo el trasero contra el capó, dolorida después del viaje. Me parece que cuando regrese, voy a necesitar un buen masajista y una semana de relax sin más misterios que escoger el canal de televisión.

—¡Te echo de menos! Están siendo unos días bastante difíciles. Acabamos de encontrar el cadáver de la enfermera que robó la insulina del hospital.

—¿Otro callejón sin salida?

—Quizás no tanto.

Lucas me pone al día sobre los avances de su caso. Está convencido de que encontrará pruebas de que la enfermera ayudó a los secuestradores. Las horas corren en su contra y necesita ir despejando indicios y seguir las pocas pistas halladas si quiere salvar la vida de Victoria. Por mi parte, le cuento mi pequeña escapada hasta el corazón de Austin.

—¿Se puede saber qué haces en Austin?

—Fredericksburg, cariño. Voy a hablar con los padres de Charlotte y a averiguar por qué no salió a la luz en el juicio que quizás se conocían desde niños.

—Ten cuidado. Esta noche hablamos, tengo que dejarte.

—No hay mucha cobertura, cariño. Cuando regrese a Canandaigua te vuelvo a llamar. Te quiero, no lo olvides.

—Jamás. Te estaremos esperando.

Fredericksburg es una pequeña ciudad fundada en 1846 por el barón Otfried Hans von Meusebach. Buscando un lugar en donde pudieran vivir los inmigrantes alemanes que llegaban, encontró en estas pequeñas tierras los recursos para formar una comunidad con gran influencia alemana. Todavía se ve latente en los carteles de los comercios, en los nombres de las calles, e incluso en la entrada a la ciudad, la lengua germana de sus habitantes y esa herencia que los ha acompañado hasta hoy.

Frank y Rose Baumann viven en un rancho construido al más puro estilo tradicional texano, pero con cierto regusto a dinero manchado de sangre. Con más de cuatrocientos mil *acres* de hermoso paisaje, y rodeado por el río Rappahannock por el lado sur, la propiedad se alza majestuosa en la cima de una de las colinas más emblemáticas de la ciudad.

Una mujer uniformada con una bata blanca me abre la puerta e invita a entrar. Atravieso la entrada y el salón tras sus pasos. La mujer que rondará los cincuenta me hace esperar junto a una hermosa chimenea, que seguro que proporciona el suficiente calor las noches más frías de invierno.

A través de los ventanales que dan al jardín, un hermoso caballo negro está siendo cepillado por un joven jinete que lo acaricia y mima con delicadeza.

Frank Baumann me espera en un invernadero en la parte de detrás, junto a una taza de té todavía humeante. Sospecho, al ver al anciano sin su esposa, que esta ha fallecido.

—Demasiado habéis tardado en venir. Ni después de tanto tiempo sois capaces de dejar las cosas estar —refunfuña.

—Yo no soy periodista, señor Baumann. Soy una amiga de su yerno Liam y solo estoy buscando la verdad —digo para tranquilizarlo.

—La verdad tiene muchas caras, joven.

El hombre se mueve en la silla, incómodo; no se encuentra a gusto conmigo. Me siento a su lado, mientras la joven que me ha conducido hasta el jardín me trae un café recién hecho que agradezco. El día acontece largo y necesito descansar.

—¿De qué se conocían Benjamin y su hija? —pregunto movida por la curiosidad. Aunque en realidad es más una afirmación que una simple pregunta. No quiero perder el tiempo, necesito ir al grano y volver a Canandaigua cuanto antes.

—Mi hija está muerta y mi nieta también. Lo que ha hecho Liam tendrá que pagar por ello. Váyase —escupe las palabras al tiempo que la joven que me ha traído el café le acerca un móvil.

—Tiene una llamada —dice la chica, sumisa y asustada.

—Ahora no. Vete —brama con violencia contra ella.

—Liam ha hecho lo que tenía que hacer, amaba a su hija y no ha dejado de buscar a su nieta. Y usted, aparte de sentarse con los brazos cruzados, ¿qué ha hecho? Ocultarse detrás de esta mansión, del dinero, esperando que otro resuelva sus problemas.

Es irritante la soberbia que muestra. La rabia me consume al ver cómo un padre que ha perdido a su hija se queda al margen sin ayudar a que se esclarezca la verdad. Quizás siente lo mismo que yo cuando me marché del pueblo e intenté esconderme porque me era imposible afrontar la pérdida de mi hermana.

—No entiende nada, esto comenzó hace mucho tiempo, déjelo estar —suplica mirándome a los ojos.

—No puedo —confieso—. Si hay una posibilidad de que su nieta esté viva, tengo que encontrarla.

El hombre, que antaño debió de ser bastante atractivo, ahora solo es un octogenario débil y cansado que lo ha perdido todo. Aun detrás de las arrugas, la calvicie y el temblor de la mano derecha, se aprecia el autoritario carácter con el que seguro manejaba todos los ámbitos de su vida. Cada palabra que pronuncia parece más una amenaza que una invitación a quedarme allí.

—¿Crees que con la edad que tengo me importa una mierda lo que la gente piense de mí?

—Estoy segura de que no, pero no logro entender por qué protege al asesino de su hija y no intenta salvar a la persona que más la quería, al padre de su nieta.

—Espero que esté preparada —me advierte el octogenario—, le aseguro que lo que va a escuchar no va a ser agradable. Está a tiempo de no complicar más las cosas y seguir con su vida.

Asiento con la cabeza. Por fin voy a conocer la parte de la historia de Charlotte, esa que ocultó a Liam: el comienzo…



Pasado

Año 1976 a 1980



El Tercer Reich

Capítulo 25

Otto Gebhardt

2 de enero de 1976
Berlín

Me llamo Otto Gebhardt y, a pesar de que yo no llegué a vivir la Segunda Guerra Mundial, su recuerdo a través de mi padre me ha acompañado desde que tuve uso de razón. Aquel 1 de septiembre de 1939 en que Hitler invadió Polonia, él acababa de cumplir veinte años. Entonces su futuro era incierto, ya que se debatía entre acabar sus estudios de medicina o alcanzar el rango de oficial dentro de las SS y servir al Führer.

Mi abuelo trabajaba de ingeniero ferroviario para una empresa británica cuando la guerra estalló. Sus ideas políticas no casaban con las de su hijo; este último veía cómo su padre se ponía en evidencia al pertenecer a un grupo de la resistencia nazi que tenía la finalidad de derrocar a Hitler. Durante años fue un gran opositor a las prácticas del canciller, a su ansiada locura de seleccionar la raza aria por encima de las demás. Y eso provocaba más de una pelea entre los dos. A pesar de ello, con el tiempo comprendió que era mejor guardar silencio si tanto él como su familia querían seguir con vida.

Viendo el devenir de los acontecimientos e impotente al ver a mi padre alistarse en las Juventudes Hitlerianas con trece años, se encontró solo y asustado ante el temor de no poder controlarlo. Tenía miedo de que la ideología nazi que él tanto repudiaba acabara por engullir la mente de su pequeño hijo y lo adoctrinaran para convertirlo en un monstruo. Aun así, eligió unirse a lo que él denominaba «el eje del mal». Confió en que, ofreciendo sus servicios al Führer, mantendría a su hijo bajo su control y podría salvar vidas humanas a expensas de quitar otras.

Cuando intuyó con intensa claridad que la guerra iba a ser inminente y que, o estabas con el régimen o contra él, lo único que lo mantuvo con vida fue promulgar ciegamente lo que Hitler ponía de manifiesto en cada conferencia y mitin. Cuando subió al poder el

30 de enero de 1933, mi abuelo lo vivió como el fin de una era de estabilidad. Al principio no refrenó su ira contra las SS, la Gestapo o el régimen totalitario que sembraba y minaba cada pensamiento de la población, aboliendo las libertades de los que no eran como ellos. No obstante, con los años, agachó la cabeza cual perro fiel con la soga al cuello que su amo apretaba cada vez con más fuerza y que él, a escondidas, intentaba destruir. Sin esfuerzo, ascendió a teniente coronel de las SS y se convirtió en una pieza clave en el campo de concentración de Auschwitz, en concreto, dentro del pabellón 10, donde acataba las órdenes del doctor bacteriólogo Bruno Weber. Dicen que siempre hay un principio, y el de mi familia ocurrió cuando Josef Mengele se cruzó en el camino de mi padre. Porque todo tiene un comienzo, hasta para convertirte en un asesino.

El día en que las tropas alemanas entraron en territorio polaco e invadieron el país, mi padre se encontraba en la Universidad de Medicina de Berlín. El olor a sangre se percibía todavía a causa de la revuelta de la noche anterior que acabó a tiros entre judíos y soldados de las Waffen-*SS*. En silencio, ansiaba ser llamado a filas y la noticia de que la guerra daba comienzo lo llenó de regocijo. Llevaba semanas a las puertas de la capital y parecía que por fin el momento había llegado.

A mi padre no le importaban ni las detenciones diarias ni los registros en las casas y negocios, ni mucho menos que se fusilara a los judíos en medio de la calle y se dejasen los cuerpos apilados para que las ratas se los comieran. Tampoco que los encerrasen en guetos donde malvivían hasta ser llevados a los campos de concentración para ser gaseados. Él solo quería matar; lo demás tanto le daba, puesto que él tenía la sangre pura y era un hijo del Tercer Reich.

Ese 1 de septiembre, a las 4.40, los Stukas alemanes bombardearon la ciudad polaca de Wielun y más tarde la fortaleza de Westerplatte. En Berlín, los discursos de Hitler y del ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, se escuchaban desde el amanecer en la radio, al tiempo que se juntaban con los cánticos de las Juventudes Hitlerianas, que ondeaban las banderas nazis camino de la cancillería, orgullosos y henchidos de poder. Los gritos al Führer

de «¡*Heil* Hitler!» se mezclaban entre el tumulto de la gente que corría despavorida y vociferaba asustada su recelo a estar incluidos en las listas de las SS y acabar ejecutados por traidores.

Cuando Hitler llegó al poder en 1933, las esvásticas solo lucían en los cuarteles generales; con el tiempo, se extendieron a las fiestas oficiales y al cumpleaños del Führer. Era obligatorio en los negocios y balcones que se ondeara la bandera durante un mes en honor a su canciller. Vanagloriando su ser.

El país llevaba seis años ocultándose tras el símbolo de la esvástica negra sobre fondo rojo, pero eso solo fue el comienzo de una ideología que reclamaba poder. Los países cercanos veían con temor el imparable avance de Hitler y la ocupación de territorios vecinos. Stalin miraba con desconfianza a los nazis romper el pacto de no agresión entre Alemania y la Unión Soviética, conocido como el Pacto Ribbentrop-Mólotov, firmado el 23 de agosto de 1939, tan solo nueve días antes de comenzar la invasión.

Tras perder la guerra y que Adolf Hitler se suicidase, mi padre, Rudolf Gebhardt, prosiguió con los experimentos de eugenesia y limpieza racial que Josef Mengele había iniciado en el campo de concentración de Auschwitz. Intentaba por todos los medios seguir sus preceptos, oculto en un laboratorio que olía a muerte. Una vez sentí orgullo de que Josef llamase a mi padre «el hijo del coronel» y sus víctimas «el monstruo de Auschwitz»; hoy ese orgullo ha decaído y ha dado paso al odio más profundo.

Lo miro morderse el labio hasta hacerse sangre, colérico desde ayer porque la joven embarazada ha dado a luz a un niño muerto. No es el primero y tampoco será el último, aunque cada vez que ocurre, su agresividad la descarga conmigo. A él no le afecta que las madres mueran, puesto que si no lo hacen en el parto, él las mata después. Pero lo que sí le enerva hasta límites desorbitados es que los niños nazcan deformados o que les falte un miembro, que no sean perfectos. Entonces los cataloga como desechos humanos que hay que quemar. En las tres décadas que lleva aspirando a reproducir el suero de su mentor y mejorarlo para que dé el resultado óptimo, ha engañado a cientos de jóvenes embarazadas prometiendo que su bebé será el primero de una raza superior. Los

que dominarán el mundo y volverán a traer la gloria del Tercer Reich.

Capítulo 26
Otto Gebhardt
8 de enero de 1976
Berlín

Enero a traído consigo un aire gélido después de días de intensas tormentas que han dejado el jardín cubierto de un barrizal de lodo y agua. Estoy tiritando, aunque no debido al frío, sino a mi padre, que por primera vez en tres meses se ha dignado a salir del laboratorio y perder su tiempo desayunando conmigo y con mi madre; aunque hubiera preferido que siguiera en su habitual maratón de no dirigirnos la palabra. El olor a alcohol que rezuma su aliento no presagia nada bueno. Percibo el enfado que trae. Cuando está así, le gusta contarnos sus años en la guerra, y hoy no va a ser menos.

La historia la conocemos de sobra en casa; siempre es la misma. No presto atención cuando comienza a hablar; me la sé de memoria. Rememoro sus palabras como si fuera yo el protagonista de los acontecimientos que sucedieron aquel 1 de septiembre de 1939…

A pesar de que a mi alrededor el mundo se desmoronaba, seguí impasible, mirando a un punto fijo. Estaba sentado en el aula de la Universidad de Medicina de Berlín en el preciso instante en que Alemania declaraba la guerra a Polonia. No me afectaba ni la propaganda nazi que volaba por la ventana ni los libros que ardían en una pira a las puertas del campus. Tampoco el olor a quemado y el humo que se mezclaba entre la confusión y las protestas de la gente. La facultad era un fantasma congelado, polvoriento y diezmado desde hacía años. A estudiantes y profesores judíos,

comunistas, o que no exaltaran el régimen nazi, los expulsaron igual que si fueran ratas a los que había que seleccionar y aniquilar.

En cuestión de horas, la Gestapo golpeó la puerta de mi casa. No les incumbía de quién fuese hijo; mi futuro quedó marcado con sangre en el momento en que me alisté al partido nacionalsocialista alemán y Adolf Hitler se fijó en mí. El Führer necesitaba médicos simpatizantes con la causa y que ejecutasen los planes de su amigo Josef Mengele, y yo entraba dentro de esos planes que llevaban demasiado tiempo esperando a hacerse realidad.

Pasados unos meses de la contienda, a mi padre, envejecido y con signos de locura, lo ascendieron a coronel de uno de los batallones de las Waffen-SS gracias a mi buen hacer dentro del partido. Siempre estuve dispuesto a subir un escalafón en la lucha contra los judíos, romaníes o mestizos, presto a sacrificar mi vida por la del Führer.

La rabia inicial que mi padre promulgó cuando Hitler fue proclamado canciller acabó decayendo igual de rápido que una guillotina. A mitad de la guerra, se había convertido en un militar opresivo y radical que obedecía ciegamente cada palabra de su líder o, por lo menos, eso nos hizo creer hasta su último aliento. Al final, cuando la guerra daba signos de estar perdida, encontré pruebas de que salvó a judíos de ser gaseados o fusilados en Auschwitz.

En los juicios de Núremberg posteriores, se descubrió que había sido uno de los oficiales que, junto al general Heinrich Müller, asesinó a más de medio millón de personas en las cámaras de gas y exterminio del campo de concentración. Sin embargo, de igual modo, había conseguido salvar a más de dos millones de presos, hombres, mujeres y niños, que esperaban la muerte entre la miseria y el horror de ver morir a sus familiares. Junto a tres oficiales más, en la sombra dirigía una de las rutas de escape hacia Estados Unidos. Era un traidor, pensé cuando lo denuncié ante el doctor Mengele antes de que este escapara de Berlín. Tres días después de que Hitler se suicidase, lo poco que quedaba de las SS les descargaron ocho tiros a las puertas de mi casa.

Conocí a Josef por casualidad, un día de verano de 1942. Jamás nos habíamos visto, ni siquiera sabíamos uno del otro. Estábamos

destinados en diferentes batallones, pero los dos fuimos heridos al mismo tiempo y trasladados cerca de Rostov, y allí, entre amputaciones, sangre y delirios de grandeza, nos encontramos y nos aliamos en la lucha. Semanas después, con el doctor ya recuperado y destinado como jefe médico del campo de concentración de Auschwitz, yo hice el mismo camino un mes después para reunirme con él. Los dos estábamos predestinados a encontrarnos y salvar al mundo de la escoria judía.

Tras perder la guerra y el honor, y con el doctor huido, me oculté en un viejo granero de una familia afín al régimen a las afueras de Oranienburg; el mismo lugar donde se había construido uno de los primeros campos nazis. La noche en que escapé de las tropas soviéticas, lo único que llevé conmigo fueron los documentos que mi mentor me había encargado custodiar con mi propia vida.

—Si te van a coger, quémalos —dijo Josef mientras preparaba un saco con varias prendas.

—Me ocultaré hasta que regreses. Seguiremos con los experimentos a tu vuelta.

Josef me miró a sabiendas de que esa sería la última vez que me vería; me dejaba al cargo de su bien más preciado. Al capitán y médico solo le importaba que siguiera adelante con el suero y el proyecto cuando todo se calmase.

El Ángel de la Muerte escaparía esa misma noche. Primero lo hizo a pie, atravesando la Selva Negra hasta llegar a Baviera. Pasados unos meses oculto, cogería un tren de mercancías que lo llevaría a España. De allí a Génova, donde una red aliada estaba ayudando a sacar militares y cargos políticos hacia Latinoamérica. Países donde podrían ocultarse bajo una nueva identidad. Su intención era llegar a Brasil y establecerse entre la colonia alemana como uno más, pasar desapercibido mientras preparaba su regreso.

—Si no vuelvo, ya sabes lo que tienes que hacer. Eres mi mayor orgullo. Acaba lo que hemos comenzado.

Asentí con la cabeza, compungido por las circunstancias, guardé los papeles dentro de la chaqueta y, con un golpe de talón, levanté el brazo derecho pronunciando la consigna nazi que tantas veces

había escuchado en Auschwitz mientras despachaba niños a las cámaras de gas cuando ya no eran útiles.

Mi huida no fue tan larga como la de Mengele, ni tan digna. Pasé hambre y penurias para no ser detenido por las fuerzas soviéticas que liberaban al país de la opresión nazi. Me escondí en una granja los cinco años siguientes a la caída de Alemania. Durante ese tiempo seguí mis estudios médicos. Me especialicé en genética y adapté los conocimientos que aprendía al proyecto. Dos noches antes de regresar a la que iba a ser mi nueva vida, desposé a la adolescente hija del matrimonio que me había dado cobijo.

Nos establecimos a las afueras de Berlín, dividido por el muro y al amparo del sector americano. Nos mudamos a una casa discreta y lejos de ojos ajenos, con un gran sótano reconvertido en laboratorio donde podía proseguir con el experimento. Los primeros seis años pasamos desapercibidos para la gran mayoría de los vecinos. Una vez al mes, cogíamos el coche y nos acercábamos al mercado a por alimentos, salvando los pasos fronterizos sin llamar la atención. Encerrados entre cuatro paredes, vimos pasar los años, sin salir por miedo a ser asesinados por los cazadores de nazis que llevaban tiempo dándonos caza. Aunque sabía que en las casas aledañas a la nuestra había amigos que, en caso de necesitarlos, tenían órdenes de Mengele de ayudarnos en todo lo que precisáramos, jamás confiamos en nadie más que en nosotros mismos.

Completé los estudios, mientras que mi esposa, lo único parecido a una vida normal que tuvo fue intentar quedarse embarazada. Otto llegó diecisiete años después de que la guerra acabara, entre una madre envejecida, amargada y distante, y un padre viviendo un sueño pasado que me había avinagrado el carácter ante la necesidad de ser perfecto. Esa perfección estaba grabada en mi ADN, en mi voz dictatorial, en mis actos, en los golpes y en los gritos de mi mujer cuando la violaba. Mi hijo odiaba esa superioridad disfrazada de divinidad adquirida en los años en que era yo quien decidía si un ser humano merecía vivir o morir, me decía rabioso.

A mi madre se le ha enfriado el café, harta de escuchar a mi padre durante horas; yo, inmóvil como una estatua para no

enfadarlo más y que me golpee, no he podido aguantarme más y me he orinado encima. Antes de ordenar que bajara al laboratorio, ha sacudido la mesa y uno de los platos ha saltado por los aires, haciéndose añicos en el suelo. Me ha recordado que mi trabajo es supervisar a la nueva huésped que tenemos encerrada.

Los primeros años de mi vida, esas adolescentes eran mi única compañía. Iban y venían, nunca se quedaban. Mi padre me enseñó y moldeó a su imagen y semejanza. Su crueldad con ellas no es diferente a la que nos inflige a mí o a mi madre. Aunque su cometido es muy distinto al mío, es igual de humillante. Aparte de oír, ver y callar, debe mantener la boca cerrada, la casa limpia y no ir, bajo ningún concepto, al laboratorio.

A este se accede desde una trampilla escondida en el jardín, tras unos matorrales. Allí aterrizas en un túnel alumbrado con lámparas y sensores de movimiento que recorren el jardín y parte del de los vecinos hasta llegar a unas instalaciones donde mi padre lleva trabajando treinta años. No fue casualidad que se mudasen a las afueras de Múnich, ni tampoco a esta casa. El dueño de la propiedad no es otro que Josef Mengele. El mismo que en 1932 excavó con sus propias manos el túnel y diseñado el laboratorio para sus experimentos con humanos.

El sótano es escaso en metros, al contrario que en instrumental médico, que mi padre ha ido adquiriendo a lo largo de los años. Hay tres salas de diferentes dimensiones. Una en la parte central del mismo, donde los aparatos se apiñan alrededor de una camilla. Desde una ligada, utilizada para unir fragmentos de ADN, a infinidad de tubos de ensayo. Una de sus últimas adquisiciones ha sido una electroforesis en gel que separa la cadena genética consiguiendo así su análisis y purificación. Todo ello cohabita junto a un microscopio de última generación, diferentes cultivos de tejidos y sangre, incubadoras para los bebés, neveras, centrifugadoras y un termociclador. Entre otras cosas que he aprendido a usar, viendo morir desangradas a las pacientes.

El ambiente, lejos de ser húmedo por estar bajo tierra, es cálido y seco gracias al sistema de refrigeración y las puertas herméticas que se reparten cada pocos metros. La atmósfera se refresca con

doce renovaciones totales del aire al día. Desde la época en que Mengele lo construyó para formarse y realizar sus primeros ensayos clínicos siendo un chaval, ha llovido mucho. Ahora es un novedoso y moderno laboratorio diseñado para hacer realidad el sueño que albergaba Adolf Hitler desde que, por casualidad, uno de los médicos más inspiradores en el campo de la genética con bebés se cruzó en su vida, que no era otro que el Ángel de la Muerte.

Capítulo 27
Otto Gebhardt
10 de enero de 1976
Berlín

Elsa Bauer llegó al laboratorio hace cuatro meses. Ha estado viviendo en una de las salas anexas; un lugar oscuro y triste convertido en un gran dormitorio para las pacientes que esperan dar a luz. Su llegada fue diferente a la de las otras chicas. Elsa tiene algo especial que llamó mi atención desde el momento en que la vi cruzar la puerta. Intento que mi padre no descubra el sentimiento que Elsa ha conseguido penetrar en mí porque, si lo hace, la matará incluso antes de que se produzca el nacimiento del bebé. Tarde o temprano lo hará; todas mueren, y yo no tengo claro si estoy preparado para dejarla marchar, o lo que es peor, ser la mano ejecutora que acabe con su vida.

La anterior paciente, de la que no me acuerdo ni del nombre, falleció en el parto la semana pasada. Hubo complicaciones y se desangró durante el alumbramiento. Mi padre llevó el cuerpo al crematorio envuelto en la misma sábana empapada de sangre que envolvía a la joven en el quirófano. Junto a ella también transportaba al bebé, al que le faltaba un dedo de la mano izquierda. Sin darle la más mínima oportunidad, lo lanzó como un despojo, igual que a la madre, para que ardieran juntos. El crematorio está a las afueras del pueblo, aunque se llega a él a través de un laberinto de túneles que comienza en el jardín de nuestra casa.

Mi padre es un ser sin alma; su desprecio por el ser humano es incluso peor que el de un psicópata. Pero no es ningún loco o un asesino serial que necesita acabar con sus víctimas para poder

respirar o saciar su odio o venganza. Él no es uno de ellos, no entra dentro de esa definición temprana y nueva que parece que comienza a calar entre la psiquiatría gracias al perfilador del FBI Robert Ressler. Se creen que lo saben todo, les gusta meter en ese contexto a aquellas personas que asesinan más de una vez, suponen conocer la mente humana y su único cometido es domar a la bestia. Él es un creador. Es un visionario que ve más allá de la tela de araña originada por un sueño que se extiende desde hace tres décadas. Él vive con un propósito. Nada en esta existencia es casualidad; el universo conspiró a fin de que naciera en Berlín y estudiara medicina, con la finalidad de que diera su vida al proyecto, a Hitler, a Mengele, a la causa.

Mis primeros años crecí bajo el amparo de una madre asustada, angustiosa, represiva, encomiando el dictado de mi padre. Lo veía desaparecer durante días e incluso semanas, sin que se cuestionara los golpes que recibía cuando algo no iba bien o regresaba frustrado porque el proyecto del que yo no era consciente todavía no daba los resultados óptimos.

Cuando yo llegué al mundo, la Segunda Guerra Mundial hacía diecisiete años que había acabado; sin embargo, las banderas esvásticas seguían colgadas en el salón de casa como si fuesen el cuadro de un pintor famoso. Crecí mirando a diario la fotografía de un hombre al que no llegué a ver en mi vida, pero que sentía que era parte de mí y que conocía mejor que a mí mismo a través de las historias que mi padre me contaba.

La imagen en cuestión fue tomada en un mitin del canciller en Núremberg, en 1937. En ella, Adolf Hitler saludaba a las tropas, emocionado por el poder que estaba consiguiendo. Ante él desfilaban cientos de hombres, enorgulleciendo y exaltando la figura de un líder al que respetaban y obedecían sin cuestionar sus actos.

A su izquierda, levantado el brazo derecho, sonriendo a la gente, con pelo engominado y mirada de leopardo, se encontraba Joseph Goebbels, ministro de la Propaganda del Tercer Reich. Al otro lado, Heinrich Himmler, líder y creador de las SS, encargado de unificar y comandar todas las fuerzas policiales y armamentísticas del estado.

Detrás, Hermann Göring, fundador de la Gestapo, que más tarde su amigo Himmler dirigiría. A su lado y protegiendo a Hitler, Rudolf Hess, la mano derecha del Führer, y escondido entre todos ellos, sin faltar nunca a ninguna celebración, el antiguo chófer y guardaespaldas personal de Hitler, Josef Dietrich, o como le llamaban sus amistades, Sepp, comandante de las Waffen-*SS*.

Sé que el retrato lo hizo la actriz, cineasta, fotógrafa y amiga personal del Führer, Leni Riefenstahl, gran defensora del Tercer Reich y ávida propagandista del líder nazi. No conocí a ninguno, pero son parte de mí; todos están dentro de mi alma. Siempre que la observo, mis ojos se clavan en los de Josef Mengele, agazapado detrás de Hitler. Él es el único que mira a la cámara sin pudor, como un depredador a punto de saltar sobre su víctima.

No puedo dejar de pensar en él al ver a Elsa dormitando en el colchón; sus piernas, hinchadas debido al embarazo y al escaso ejercicio, están enrojecidas. En ocasiones, parece que su mirada suplica que la salve, confiando que sea yo quien la saque del horror en el que está sumida. Quiere creer que mi corazón no está podrido, que no la dejaré morir. Se engaña a sí misma, en lo más hondo de su ser sabe que mi lealtad, aunque a veces quiera escapar, es hacia el proyecto, a Mengele.

Escucho gritar a mi padre que hay otro bebé muerto, otra desilusión que pagará conmigo y que oscurece su alma llenándolo de rabia.

—Ya sabes cuál es el propósito de todo esto —dice escupiendo las palabras.

Lo miro suspicaz y asiento con la cabeza; hoy no es un buen día para llevarle la contraria.

—Las normas hay que cumplirlas, ¿te has olvidado, pequeño granuja?

—No, señor.

—Quiero escucharlas.

—Las normas dan seguridad. El control da seguridad. La libertad es un engaño, y el engaño, no da seguridad.

—Entonces, no vuelvas a cuidar lo que ya está muerto, estoy decepcionado contigo —grita antes de abofetearme—. Haz tu

trabajo de una puta vez o el siguiente en morir serás tú.

Aunque estoy acostumbrado a los golpes, la decepción en su voz me encoge el alma, arrugada como una servilleta tirada después de usarse. Sé las normas, las mías y las de ellas; es mi mantra diario, lo que nos mantiene con vida. Si me salto alguna, mi madre y yo recogemos la ira de mi padre por mi culpa.

Capítulo 28
Otto Gebhardt
25 de enero de 1976
Berlín

Anoche, mi padre, el gran Rudolf Gebhardt, me clavó un cuchillo en la mano. Mientras me curo la herida, y me limpio las lágrimas cargadas de impotencia con la manga del jersey, me viene a la mente el día en que me contó cómo había conocido a Heinrich Himmler en el campo de concentración de Auschwitz, en el frío mes de diciembre de 1943.

El campo de exterminio había sido construido por orden de Heinrich Himmler, y comandado por su amigo, el teniente coronel Rudolf Hess, en abril de 1940. Ubicado cerca de la ciudad polaca de Oświęcim, a tan solo sesenta kilómetros al oeste de Cracovia, había abierto sus puertas en el mes de junio a los primeros prisioneros. En su mayoría eran políticos polacos y judíos llegados en trenes desde diferentes ciudades ocupadas por Alemania.

Ese día, mi padre estaba junto a dos gemelos de cuatro años preparando una solución que iba a inyectar en los ojos a uno de ellos con el fin de que estos cambiasen de un marrón anodino a un azul ario; el color de la perfección. La puerta se abrió a su espalda y escuchó a Mengele silbar. Mi padre se giró al oír los taconazos que las botas de ese hombre que avanzaba hacia ellos golpeaban contra el suelo.

—¡Sieg Heil! Mi leal amigo, Himmler, se te echaba de menos.

Himmler lo abrazó sin ningún pudor; eran amigos, camaradas. Mi padre me contó que, detrás de las condecoraciones como jefe de las SS, lo primero que pensó de él fue que parecía un ratón de biblioteca. Aunque llevaba las ropas polvorientas y las botas sucias,

su presencia imponía respeto y miedo. Las gafas de montura redonda le proporcionaban tal cariz que, aunque pareciera amable e incluso gracioso, causaba terror con solo pronunciar una palabra.

—¿Cómo van esos experimentos? —preguntó, observando a los niños con desprecio.

—Te voy a presentar a mi joven ayudante. Himmler, este chico es mi mano derecha, Rudolf Gerhardt —dijo orgulloso señalándolo.

Mi padre lo saludó con rigidez y cierta timidez; había escuchado tanto hablar de él que le imponía igual o más respeto que todos los oficiales juntos que de tanto en tanto se pasaban a controlar los progresos. De cerca, su mirada penetrante le causó pánico y, a la vez, admiración. Cuando sus pieles se tocaron, se le erizó el vello con el solo roce de sus dedos.

—He oído hablar mucho de ti.

Mi padre se encogió de hombros, orgulloso y algo avergonzado, sin saber qué decir. Los gemelos, temerosos de aquel hombre, esperaban tumbados en la camilla, observando la escena, aterrados. Los niños encerrados en los barracones, al principio iban de buen grado al laboratorio de la mano del joven oficial que los iba a buscar. Después de que los gritos salieran de allí recorriendo el campo, se cubría en el ambiente un velo de miedo y terror hacia aquellas visitas de las que los niños nunca volvían.

—Hitler aguarda resultados. Debo regresar a Berlín de inmediato y abrigo la esperanza de que tengas noticias alentadoras para él sobre la solución final.

—Heini…

—Odio que me llames así, Josef, haz tu trabajo.

Himmler se recolocó las gafas. Se sacudió el uniforme y, con esa prepotencia lograda a golpe de ser un hombre clave en los planes de Alemania, agarró la jeringuilla sin ninguna destreza e inyectó el preparado en el ojo izquierdo de uno de los gemelos. El Führer confiaba en él; era el creador tanto de los campos de exterminio como del lado más pagano y ocultista del Tercer Reich. No quedaba nada de ese niño enclenque, enfermizo y mal estudiante al que su padre obligaba a espiar a sus compañeros de clase. Ahora tenía todo

el poder de una nación a sus pies, la cual tallaba a sus planes, vanagloriando cada una de sus decisiones.

—Antes de marcharme quiero ver las cámaras de gas en funcionamiento —decretó satisfecho.

—Claro que sí, amigo, acompáñame.

Mengele miró a mi padre, incómodo; no toleraba que nadie lo pusiera en evidencia dentro de sus instalaciones, y menos ante su aprendiz. Lo conocía demasiado bien para saber que aquel enfrentamiento de superioridad por parte de Himmler le iba a costar su poder. Si escondía algo, Josef lo descubriría y ese sería su fin.

Capítulo 29
Otto Gebhardt
15 de febrero de 1976
Berlín

Elsa tuvo las primeras contracciones de madrugada. Llevaba varios días con dolores en el vientre y el riñón que la mantenían en la cama. Me ofrecí a dormir con ella, por si se ponía de parto, que no estuviera sola. Era la esperanza del proyecto, la última adolescente que quedaba viva dentro del laboratorio.

Su llegada a las instalaciones rompió mi calma. Sin pretenderlo, sembró una semilla que jamás pensé que existiera, por lo menos no con ninguna de las chicas que habían pasado por aquí. Sacaba lo poco bueno que tenía dentro de mí. Tocó una parte de mi alma que intentaba esconder, enterrada entre polvo y sangre, olor a muerte y cenizas. Ella supo rozar con la punta de los dedos la parte humana que creía que no existía dentro de mí.

Llegó como tantas otras jóvenes, engañada sin saber que iba a morir, atraída por el dinero que necesitaba y porque su bebé iba a ser el comienzo de una nueva raza aria y ella sería la madre de uno de ellos. Un bebé que no podía mantener ni hacerse cargo después de que el padre de la criatura la abandonase y sus progenitores se negasen a que su hija de quince años destrozase su futuro por un niño. Elsa apareció como un fantasma, envuelta en un halo de miedo y sumisión. El ginecólogo de la Klinikum Dritter Orden (clínica del tercer orden) se encargaba de proporcionar a las chicas con las que a lo largo de treinta años, había experimentado.

La primera vez que Elsa pasó a mi lado y nuestros brazos se rozaron, sentí que algo se removía en mi interior. Jamás mis ojos presenciaron una criatura tan delicada en mi vida. Creí que era un

ángel. Su lividez era turbadora, sus mejillas rosadas a causa del llanto me enternecieron y tan solo quise secarlas y consolar entre mis brazos a esa alma perdida que llegaba a mi vida. Su aura reflejaba miedo, pero a mí me pareció un ser lleno de luz mientras recorría el pasillo hacia su habitación. Por una vez deseé no formar parte de un engranaje del que no podía escapar y cuidar de esa chica y su bebé.

Elsa sigue retorciéndose de dolor, las horas se hacen interminables a la espera de algún cambio. Acurrucada a mí, escucho su corazón latir vertiginoso ante lo desconocido. La abrazo para que entre en calor, acaricio su barriga y siento las patadas del bebé como un bandazo; por un instante, me estremezco al pensar que si fuese mío, qué diferente sería todo.

La humanidad y el cariño nunca han formado parte de mi vida, pero conocerla ha hecho que pueda ver un futuro más allá del proyecto. Tengo catorce años, y gran parte de ellos los he malgastado en despreciar a las mujeres de pura raza por un bien común; sin embargo, ahora mismo no soy capaz de imaginar mi vida sin Elsa.

El experimento que llevamos a cabo no es otro que el suero que el doctor Mengele comenzó en la década de los años treinta. Un sueño suscitado por crear lo increíble, lo asombroso, lo extraordinario.

Hitler apoyaba ciegamente a su amigo; de hecho, le proporcionó una guerra para que, mientras que él esclavizaba al mundo, el buen doctor pudiera seguir con su proyecto genético y dominar a la humanidad.

Todo comenzó mucho antes de que Elsa llegase, de que yo naciese, de que Hitler alcanzase el poder. Antes de la guerra, de que lo perdiéramos todo y tuviésemos que vivir encerrados en una fantasía que hasta ahora solo había traído dolor y frustración. Fue el sueño de un hombre que creyó que el mundo debía ser dominado por la inteligencia. Mengele no solo era un visionario, sino un arma creada por su propio intelecto.

Josef Mengele fue un niño criado a la sombra de un hombre codicioso y ávido de poder. Desde bien pequeño, ya despuntaban en

él su ambición y su agudeza desmedida. Nacido en una familia acomodada que creía firmemente que su hijo debía ser un líder y llevar a Alemania a lo más alto. Bajo la protección y supervisión de Otmar Von Verschuer, se especializó en genética en el Instituto de Biología Hereditaria y de Higiene Racial de la Universidad de Fráncfort. Allí estrechó lazos con el círculo económico y social tanto de su padre como del director del instituto, este último encargado de moldear cada creencia y fe del joven aspirante a genetista.

Mi vida no ha sido más que una consecuencia de los actos de unos hombres que nunca llegué a conocer y que jamás haré. Con toda probabilidad, Mengele estará muerto, al igual que los demás, pero su recuerdo, su energía, su sueño, viven dentro de mi padre y de mí. En lo que mi familia ve como una investigación, yo veo una posibilidad. En lo que él siente como esperanza y deseo de crear un mundo donde Alemania sea el eje de un nuevo orden, yo veo ambición y poder. Tal vez mis razones sean diferentes a las suyas, quizás mi futuro se diluye entre tantas posibilidades, pero lo único que sé con fiereza es que mi padre es un creador y yo soy el arquitecto de la solución final.

Capítulo 30
Otto Gebhardt
17 de febrero de 1976
Berlín

Los rayos dorados del sol penetran a través del denso bosque, creando sombras fantasmagóricas que danzan con las sinuosas ramas y el espeso follaje. Se ocultan para no perturbar los desgarradores gritos de los muertos, que todavía resuenan entre el viento, clamando vivir. En lo más alto observo los pequeños copos de nieve que reposan en la copa de los árboles sin ser conscientes de que en breve desaparecerán, tal como va a suceder con Elsa.

Desaparecer, dejar de existir, lo mismo que si jamás hubiese nacido. ¿Dependerá de mí que sea recordada? Al final será igual que un cuerpo etéreo que se convierte en polvo, sin corazón, sin espíritu. A veces me pregunto a dónde irá el alma de las personas que mueren, las que son asesinadas y que, por culpa de otras, su existencia deja de ser. Si dejan una huella ocupando un espacio en el universo, o, al contrario, se van sin más, al igual que llegaron.

Tumbado en la nieve, imagino cómo hubiese sido mi vida en otro lugar, en una época lejana y con una familia normal. No he conocido nada más, así que no puedo comparar, pero sé que hay un mundo esperándome, lejos del laboratorio y de la muerte.

Mientras me compadezco por culpa de una sensación extraña que se instaló hace unos días en mi pecho, observo el horror en la cara de Elsa, encogida por el dolor. Miro extasiado sus piernas abiertas, sus gritos que retumban en mi oído. Me agacho, la cabeza del bebé está a punto de salir. La sangre le resbala por las piernas mientras yace en la misma camilla que, una semana antes, había

sostenido otro cuerpo sin vida. Otra chica sin nombre. Otro bebé muerto.

Elsa me mira temerosa, sabe que una vez que das a luz, desapareces. Veo en su rostro que algo no va bien. Entre sollozos me suplica; presiente que va a morir. Mi padre se encarga de ese asunto una vez que han dado a luz, pero el olor a sangre goteando desde la camilla al suelo me advierte que Elsa se queda sin vida incluso antes de ver a su bebé por primera vez.

Trona en mi oído el grito desgarrador al empujar; le fallan las fuerzas para seguir. Su piel pálida por falta de sol y por una escasa alimentación se torna azulada. Escucho como se ahoga, mientras, agarrada a mi mano, da el último empujón. Entre tanto, mi padre saca al bebé y yo sujeto su cuerpo exhausto, al borde de la muerte.

Escucho un quejido, un llanto potente y fiero. El bebé ha nacido y está vivo. En esa milésima de segundo en que la vida llega alborotando el laboratorio, Elsa abandona la suya con tres palabras susurradas en mi oído: «Cuida de ella». Su mano cae inerte, soltando la mía; miro estremecido por el dolor su rostro; sus ojos ya sin vida solo contemplan el vacío. Mi padre sostiene al bebé, lo observa de arriba abajo y con voz gutural exclama:

—El bebé parece sano. A partir de ahora, tu único cometido será cuidar de ella.

—Pero, padre, yo no tengo ni idea de bebés —protesto.

—¿Crees que no sé lo que se cocía entre vosotros? No estoy ciego, mi hijo enamorado como un pelele. Lleva a la chica al crematorio —exige con coraje—, y no te olvides de que este bebé es tuyo.

Contemplo sobrecogido a la niña; tiene el diminuto cuerpo y el cabello manchados de sangre, aun así, se puede percibir que bajo la suciedad su pelo es de color rubio. Sus ojos azules sollozan entre lágrimas y algún que otro berrido. Le cojo los dedos de la mano y parece calmarse con el roce; pienso que cuidaré a esta niña hasta el día de mi muerte, por Elsa, por mí y por los que nunca llegamos a tener. En este preciso momento odio a mi padre por primera vez.

Envuelvo el cuerpo en la sábana y, con la camilla del quirófano, la llevo a través del pasillo. Quiero que su último viaje lo haga junto a

su hija. Su cuerpo aún desprende el suficiente calor como para que la pequeña esté tranquila y relajada. Parece saber que esos minutos serán los únicos que pasará junto a su madre y se duerme plácidamente entre los brazos sin vida de Elsa.

Durante el viaje de vuelta, no puedo apartar los ojos de ella, a pesar de tener el corazón dividido entre el dolor por la pérdida y la alegría de que por fin el suero parece haber hecho efecto y logrado un bebé sano y fuerte.

La niña duerme con un dedo metido en la boca sin reparar que su vida transcurrirá entre un laboratorio bajo tierra, pruebas médicas y dos hombres que lo único que buscan de ella es que lleve la raza aria con orgullo y que domine el mundo. Lo odio, lo odio por inyectar en mi cabeza su fanatismo e ideología.

—Debes ponerle un nombre —me dice al regresar del crematorio. No tiene culpa, ni remordimientos, para él son trozos de carne podrida.

—Puede esperar. Primero hay que lavarla y darle de comer.

Cojo al bebé en brazos y lo tapo con una manta raída que en otros tiempos era mía.

—No te encariñes demasiado. ¿Entiendes por qué está aquí y para lo que está predestinada?

Asiento con la cabeza sin responder. No sirve de nada oponer resistencia cuando el camino ya está marcado.

—No hagas que me arrepienta de mi decisión. Ya sabes cuál es tu trabajo.

Hace tan solo unas horas que mis ojos vislumbraron el sol; sin embargo, para mí han sido como días o semanas. El sol se oculta tras la montaña cuando alcanzo a poner un pie sobre el jardín con la niña en brazos. Los dos olemos a sangre y fluidos del parto. El cordón umbilical le cuelga, aún pinzado con unas tijeras. Cuando entro por la puerta, mi madre nos mira con anhelo. Es el primer bebé que sale del laboratorio y llevamos a nuestro hogar. Su impulso es cogerla en brazos, acunarla, darle todo el amor que oculta dentro de ella y que no puede sacar conmigo porque me parezco demasiado a lo que más odia. Se refrena enseguida; no debe

cogerle cariño, no está segura de que esa no sea la única vez que la verá.

Llevo al baño al bebé y con una toalla y agua caliente le limpio con suavidad el cuerpo y la cara. Le pongo un pañal y la visto con un pijama que antaño fue mío. Sentado en la mecedora que mi madre tenía en el salón, le doy el primer biberón. Observo complacido verla succionar la leche. Mi vida acaba de comenzar.

La niña parece sana a simple vista. Mi madre nos observa desde el quicio de la puerta, miedosa por lo que pueda suceder a partir de ahora, cómo nos va a cambiar. Por primera vez en años, la veo sonreír. Con estupor, observo un ligero movimiento de su mano derecha al inclinar una fotografía de Josef Mengele y tirar al fuego una de las banderas nazis que cubren parte de la pared con ira. No puedo evitar mirarla con rencor, no quiero ni entiendo el porqué de su acto y más sabiendo lo que pasaría si rompemos las reglas, aun así, refreno las ganas de matarla. Sus ojos revelan culpa, resignación, inquietud, pero también se acaba de quitar la venda que llevaba puesta durante más de tres décadas. Sé en ese mismo instante que mi madre odia a mi padre por encima de todas las cosas, que aquel médico con el que quería formar una familia y un matrimonio fuerte tan solo fue un sueño que le ha enquistado el alma. Su odio es a todo lo que representa él, a sus investigaciones, al pasado, a los nazis, a mí.

—Estás a tiempo de redimirte y olvidar esta…

—Calla, me mataría, lo sabes, nos mataría a los dos —interrumpo.

—No eres de su propiedad, eres su hijo, no uno de sus generales, ni ninguna de sus víctimas, no tienes que pagar su locura.

—Madre —digo, indolente, recomponiendo mi propia debilidad—, yo soy el corazón del proyecto. Anda, sube a mi habitación y baja otra bandera. Si no lo haces, seré yo quien te mate.

Veo su resignación al escucharme. Arrastrando los pies, se sume en su propia oscuridad y hace lo que le he pedido sin rechistar.

Capítulo 31
Otto Gebhardt
30 de marzo de 1976
Berlín

El espesor de la nieve que el mes pasado cubría el bosque desapareció al igual que llegó, en silencio. Ahora las ramas de los árboles comienzan a estar frondosas, anticipando el verano que se cierne sobre mí con una oscuridad incierta. La primavera ha traído consigo cierto equilibrio entre vivir en casa con mi madre, que prosigue su guerra interna contra mi padre, y las jornadas del laboratorio.

Nos hace llamar a mí y a la bebé cada tres días para ver los avances que, según él, son inexistentes. Comienza a perder la paciencia y a creer que ha hecho algo mal y lo paga conmigo.

La niña acaba de cumplir cuarenta y un días y yo comienzo a detectar que, lo que para mi padre es un tiempo perdido esperando a que crezca y desarrolle su potencial, para mí, en cambio, son momentos de conexión con un alma pura que me necesita cada segundo de su pequeña y escasa vida.

Sé que ella es especial, pero he intentado ocultar esa información a mi padre por el momento. No sé por qué lo hago, quizás mi propósito es protegerla de la bestia, que no sea tan solo un experimento del Tercer Reich.

Mientras tanto, mi madre se mantiene al margen de la niña, aunque a veces la sorprendo observándola; no puede esconder el anhelo que refulge en sus ojos brillosos cuando la escucha llorar y se contiene para no acunarla.

Ha perdido el miedo a los golpes, a las miradas inquisidoras, a los silencios acordados, a ser servicial, sumisa, a mí, a mi padre, a

que unos hombres que ya no están entre nosotros dirijan su vida. La admiración que sentía ha muerto, y con ella, toda la pleitesía que mostraba de recién casada.

Ahora se está convirtiendo en una mujer fuerte y decidida, cansada de una vida encerrada entre cuatro paredes. Ya no agacha la cabeza ante los golpes, la levanta y su mirada es puro fuego. No tiene miedo a nada.

La niña ha traído cierta alegría a un hogar roto, si bien parece que solo lo veo yo, o quizás sea que necesito creer que el proyecto ha dado resultado y que mi padre no se cansará y la matará como a los demás. También ha contagiado de una ligera libertad el corazón arrugado de rabia y dolor de mi madre, que ahora está dispuesta a morder la mano que le ha dado de comer todos estos años a cambio de volver a ser ella misma.

La nueva rutina se ha instalado en mi vida plácidamente, sobre todo los días que no tengo que ir al laboratorio. Mi padre la llama «el sujeto» a falta de un nombre que he sido incapaz de ponerle por ahora. Para mí es la niña, no sé si es porque creo que el no nombrarla me mantendrá alejado emocionalmente de ella. No decirlo en voz alta para separar mis emociones del proyecto, aunque la realidad sea un engaño y una artimaña de mi cabeza. Cada tres horas, la niña reclama el biberón con energía; siempre está hambrienta. Es vivaracha, risueña, alegre, de mirada dulce y sonrisa fácil; con ella la vida se ha vuelto más sencilla.

El bosque se ha convertido en nuestro rincón favorito en las horas en las que no estamos en el laboratorio. Allí nos ocultamos de mi pasado y del presente amenazante. La verdad es caprichosa según quien la mire, aunque intentamos que el dilema moral no nos afecte. Yo no soy un niño normal, si con ello te refieres a ser un adolescente que estudia y tiene amigos con los que divertirse. Lo más parecido que tengo a una amistad es la niña. Ella me ha enseñado el valor del amor, el mismo que yo tenía por su madre, a la que prometí que siempre cuidaría de su hija. Mi casa no es una cualquiera; es la del final del camino, la de la fachada negra de piedra, la del jardín que da al bosque, la que en su día también fue la de Mengele. Mi casa es la casa de los nazis.

Capítulo 32
Otto Gebhardt
16 de septiembre de 1976
Berlín

Dicen que la rabia desaparece cuando el amor llega a tu vida, que ese dolor que te apuñala el corazón y te lo desgarra se convierte en esperanza e ilusión.

Siento decir que mi corazón sigue tan sumido en ese sentimiento putrefacto como siempre. No merezco que un bebé tan inocente y a la vez tan inteligente me quiera. Aunque ya hayan pasado siete meses junto a ella y me tenga hipnotizado, también he descubierto que el dinero es poder y estos bebés pueden valer mucho si juego bien mis cartas en un futuro.

La niña pronunció su primera palabra con cuatro meses: mi nombre, no papá, no, mi nombre, Otto. Yo, la persona que la cuida y la mantiene a salvo, el que le ha enseñado a hablar, a caminar, a pensar.

Con seis meses, su vocabulario era igual al de un niño de tres años, su deducción comparable al de uno de cinco. Sus primeros pasos fueron con cuatro y su primer razonamiento matemático fue hace unos días y me dejó eclipsado.

Su mente está atrapada en el cuerpo de un bebé, pero su cerebro se expande cada minuto sin importar el tamaño que lo alberga. Es mágico.

Mi padre está maravillado con la criatura; ya no es «el sujeto», ahora se ha convertido en un ser casi inmortal al que adora con una veneración surrealista.

En cambio, mi madre ha modificado su opinión sobre ella a medida que va creciendo; la teme, la ve cual monstruo, algo artificial

que no debe vivir y que traerá a nuestra casa la desgracia, como si no lleváramos en ella toda la vida. Para mí es el futuro, el medio de escapar de aquí.

La niña nunca discute, no llora, se deja examinar por mi padre, acatando sus órdenes sin rechistar, sin protestar. No cuestiona nada de lo que le pide, pero sí ha aprendido a mentir y cada día se le da mejor.

Hace tres meses trajeron a otra chica. Está a punto de dar a luz. Para mí el infierno vuelve a comenzar y temo que el bebé salga sano, que mi padre me obligue a traerlo a casa y que rompa la conexión que tengo con la pequeña de Elsa, la niña sin nombre.

La joven que el doctor de la clínica trajo una noche de tormenta se llama Amalia. Es como todas, rubia, ojos azules y con el vientre abultado. El doctor nos contó que su madre había fallecido hacía unos meses y su padrastro se negaba a cuidar de ella y del niño. Sospecho que ese bebé es fruto de los abusos sexuales a los que él la sometía.

De la madre poco nos ha contado, tan solo que un día llegó Amalia a casa y se la encontró en un charco de sangre; se había cortado las venas. La noche en que cruzó la puerta del laboratorio estaba aterrada; se agarraba el vientre con la mano derecha mientras con la izquierda sujetaba una fotografía de su madre. Mi padre se la arrancó sin miramientos y la rompió. Aquel acto marcó el inicio de la que iba a ser su nueva vida. Aquí manda él y cuanto antes se diera cuenta, mejor.

La criatura se mantiene erguida, apoyada sobre un tronco centenario del bosque al cual acudimos cuando no tenemos que ir al laboratorio. Allí somos libres los dos; entre las sombras y la oscuridad, la niña puede ser ella misma. Se ha vuelto paciente, sabe que delante de él no debe exponer todo su potencial, solo una parte, que eso nos mantendrá juntos y en la casa.

El suero se creó para que el hemisferio izquierdo se desarrollara exponencialmente en los primeros meses de vida; lo que nunca imaginé es que formase un ser tan perfecto. En la pequeña se han ampliado los dos hemisferios por igual; su cerebro contiene el poder de expandirse hasta límites insospechados. Es la máquina más

perfecta que el ser humano ha creado hasta la fecha. Temo que llegue el momento en que yo no pueda enseñarle nada, que solo sea un estorbo para ella, y lo que más miedo me da es el día en que mi padre descubra lo que es en realidad y compruebe que lo que el suero ha inventado es el ordenador más potente del mundo.

Mientras eso ocurre, ella comienza a construir sus primeras frases. Al principio, su respuesta a todo lo que le pedía siempre era positiva; ahora es capaz de proclamar un no rotundo cuando no quiere hacer algo que simplemente no le apetece. Pero siempre es a mí a quien se enfrenta. A mi padre nunca le niega nada.

Hace dos tardes la dejó sola en la habitación de juegos, como la llama él. El lugar en cuestión no es más que una sala anexa al cuarto de las chicas; en ella hay diferentes pasatiempos infantiles diseñados para que los posibles sujetos desarrollen su potencial y al mismo tiempo que podamos observarlos a través de un cristal.

Ese día soltó a la niña en el suelo y a su alrededor un conjunto de juegos aparentemente insignificantes. El puzle de cien piezas que estaba medio oculto bajo un piano infantil lo terminó en 12 minutos y 5 segundos. Cuando lo acabó, lo empujó con un pie a un lado y sonrió mientras fijaba los ojos en el cristal por el que, mi padre y yo la mirábamos. Sabía lo que esa sonrisa significaba; no soy tonto, tenía claro que de todo el tiempo empleado en hacer el puzle, la mitad solo había sido una mera distracción para no destacar demasiado.

Siento miedo por los dos; si mi padre descubre que le he estado ocultando que la niña es mucho más inteligente de lo que parece, no dudará en acabar con mi vida sin miramientos.

Capítulo 33
Otto Gebhardt
31 de diciembre de 1976
Berlín

Esta noche el gran doctor nos ha agasajado con su presencia para celebrar con nosotros el último día del año. Después de que mi madre se marchase a dormir, harta de escuchar las batallas que nos cuenta cada Nochevieja, los dos nos hemos sentado junto al crepitar del fuego de la chimenea y una botella de *whisky* que hace que se le suelte la lengua más de lo habitual.

—Te voy a contar una historia que antes nunca he hecho —dice mientras rellena mi vaso y el suyo con el líquido amarillo que me da dolor de cabeza.

—¿Acaso queda alguna por contar? —pregunto asqueado por volver a escuchar otra de sus historias del pasado.

—No seas insolente.

Observo como su puño se cierra, se le marcan las venas, contiene la cólera hacia mí, por un segundo pienso que me golpeará, pero no es así. Me mira y acaricia mi cuello con sus manos grandes y secas. Mi cara de estupor cuando aprieta le hace soltar una carcajada sonora y aguda; sabe que tiene el poder de acabar con mi vida en cualquier momento.

—Tranquilo, enclenque, que no te voy a matar, todavía.

Me golpea el pecho con una palmada y con un chasquido de la lengua y una expresión maliciosa comienza a hablar:

Eran las Navidades de 1944 y la última visita que hacía Hermann Göring al campo de concentración de Auschwitz antes de que la guerra acabase unos meses después. Por aquel entonces, ostentaba

el grado de mariscal del Gran Reich alemán, un cargo especial creado para él y superior a todos los mariscales de campo en la Wehrmacht. Como resultado de tal distinción por parte de su amigo el Führer, se había convertido en el soldado nazi en ostentar el mayor rango hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. Este hecho supuso los celos de Hess, que nunca había visto con buenos ojos que Hitler, en caso de que a él le sucediese algo, confiase la nación a un militar que se dedicaba a viajar e inspeccionar que se cumpliesen a rajatabla las órdenes del canciller, pero que, sin embargo, no había estado en el frente jamás. Su llegada al campo no era del agrado de Mengele, que veía en él la decepción de Hitler por no ser capaz de reproducir el suero prometido diez años antes. A pesar de su cara amable y su risa contagiosa, lo solían llamar el Halcón. Detrás de su amabilidad escondía una crueldad desmesurada que comenzó durante su juventud a base de golpes e insultos por parte de un progenitor autoritario y alcohólico.

Lo vi cruzar el pasillo y presentí que ese día se acababa de convertir en una guerra campal, puesto que Mengele no accedía de buen grado a ninguna orden de los generales y mariscales que de vez en cuando se dejaban ver por el laboratorio. Siguió con su trabajo ignorando el hecho de que una bomba estaba a punto de explotar en sus narices. Mengele no levantó la vista de sus papeles ni cuando lo tuvo delante; nadie le daba órdenes, ni tan siquiera el mismísimo Hitler.

—¡Sieg Heil! —proclamó levantando el brazo—. Veo que no te alegras mucho de verme, doctor.

—No me malinterpretes —contestó Josef, molesto—, pero estoy muy ocupado para aguantar tus gilipolleces.

—Las gilipolleces de Hitler, puesto que mi visita es parte de los planes del Führer.

—¿Qué quieres? —preguntó Mengele, resoplando y apartando los papeles a un lado de malas maneras. Desde donde yo estaba podía notar su enfado.

—Resultados, eso es lo que queremos, y a la vista está que, de momento, no hay nada digno de mención.

Mengele se quitó las gafas y las dejó encima de la mesa, dando un golpe en ella con el puño.

—Estoy cansado de que vengáis aquí exigiendo, pidiendo, esperando que los milagros aparezcan de la nada. Este es mi proyecto —dijo el doctor alzando la voz—. ¿Dónde estaba Hitler cuando comencé los experimentos siendo niño?

—No olvides que el Tercer Reich no es indulgente. Recuerda que esta guerra es un regalo del Führer para ti.

Mengele alzó el brazo y golpeó una pizarra que estaba detrás de Göring. En ese momento, yo acababa de seccionar una pierna a un adolescente con la única intención de contabilizar el tiempo que tardaba en desangrarse.

Göring miró con un mohín en la cara el reloj que sostenía en la mano. La sangre manaba a borbotones del chico, formando un gran charco en el suelo. El olor metálico era repugnante. Hermann hizo un amago de salir de la habitación, pero Mengele lo retuvo agarrándolo del brazo.

—Esto es lo que hacemos. Quizás un paseo por las instalaciones te haga callar la boca de una vez.

Doce minutos tardó en morir el preso, que no era mucho más mayor que yo. Mengele se mostró complacido y, con un gesto con la cabeza, me invitó a unirme a ellos.

—Rudolf, haz el favor de acompañarnos. Creo que nuestro amigo —dijo, señalando al chico muerto, entre risas— ya no necesita tu ayuda.

Salimos siguiendo el pasillo central hasta llegar a unas habitaciones con cerrojos, allí se podían observar a los pacientes que permanecían atrapados a través de un ventanuco sucio y enmohecido. En la primera había dos niños idénticos, de no más de seis años, inmovilizados a una silla, igual que animales. En uno se apreciaba la ceguera a causa de las quemaduras de lejía. El fin, según explicaba Mengele a Göring, era el de cambiar el color de los ojos marrones a azules.

El niño ciego mantenía la compostura, recto como un palo; su semblante era serio y, a pesar de que no se podía ver la expresión de sus ojos, rezumaba odio y ganas de matar. Al escuchar la voz de

Mengele, se agitó de tal manera que cayó con la silla hacia un lado. Era rabia por confiar en que el doctor era buena persona y que si hacía lo que le pedía, saldría de allí y no volverían a tratarlo como a escoria. El otro gemelo intentó tranquilizarlo susurrándole un mantra que no dejaba de repetir incansable. Era el Yizkor, una oración judía en memoria de los difuntos, ya nos habíamos acostumbrado a escucharla cuando se llevaban a los presos a las cámaras o al bosque para fusilarlos y tirarlos en una fosa común.

En la siguiente sala, una mujer embarazada estaba tumbada en una cama. La semana anterior había sido gaseada con gas mostaza con el propósito de ver cuánto tiempo tardaban en curarse las heridas producidas por dicho gas. Mengele la mantenía con vida, esperaba con impaciencia el nacimiento del bebé y comprobar si nacía con malformaciones transmitidas por las heridas de la madre. Recorrimos el pasillo con el único sonido del repiqueteo de las botas del mariscal. Mengele le fue detallando a Göring cada investigación y su propósito: la limpieza racial, los experimentos con gemelos, los embarazos y el suero en el cual los niños nacidos serían la nueva estirpe nazi.

Le explicó que cuando una joven embarazada sana llegaba a Auschwitz, se la confinaba en un complejo con más mujeres en su mismo estado. En ellas se probaba la solución en su cuarto mes de embarazo, con la esperanza de que los bebés que nacieran tuvieran unas características muy especiales. Críos rubios, de ojos azules y el cerebro desarrollado al máximo.

De momento, de las más de cien mujeres a las que se les había inoculado las dosis, ninguna estaba viva o dado a luz un niño sano. O morían en el parto o, después de parir, se las llevaban a las cámaras de gas junto a los bebés que nacían deformados y que no servían ni para experimentar.

Göring aplaudió igual que un niño pequeño al final de la visita. Estaba entusiasmado con los avances que Josef había conseguido. Todavía quedaba un largo camino, pero mujeres embarazadas nunca faltaban. A pesar de estar complacido, no dejaba de pensar que el final se acercaba agonizante ahogando cualquier esperanza de

dominar el mundo y así se lo hizo saber al doctor, para que se preparase ante la inminente derrota.

Hitler le había confesado al amanecer, entre gritos y alaridos de desesperación, que Rudolf Hess había escapado de Berlín esa misma madrugada. Viajaba camino de Gran Bretaña con la intención de negociar la rendición de Alemania ante sus enemigos. Tenía que preservar el sueño de Mengele, el poder; había que salvar el Tercer Reich.

—La ilusión sigue ahí, hijo mío —me dice con los ojos inyectados en sangre—. Yo soy la esperanza de un sueño inacabado. El mundo descubrirá que nuestra sangre es la única que debe prevalecer.

Alzando el vaso de *whisky* con la mano izquierda y con el brazo derecho bien alto y recto, brinda por Mengele, su ferviente mentor y amigo. Yo lo miro con indiferencia mientras arroja el vaso a la chimenea.

Capítulo 34
Otto Gebhardt
12 de junio de 1977
Berlín

La niña aún no tiene nombre; ronda en mi cabeza, pero no me atrevo a pronunciarlo siquiera. La verdad es que no quiero que salga de la boca de mi padre. Ella se pasea correteando, ajena a todo, por los pasillos del laboratorio. A pesar de tener una genética perfecta y encumbrar los deseos de mi progenitor al máximo nivel, no deja de ser una niña de año y medio. Su fluidez al hablar es apabullante; la agilidad con la que resuelve un problema matemático en segundos o aprende un nuevo idioma es aterradora, y eso es una milésima parte de lo que deja ver; la magnitud de su complejo cerebro solo me la muestra a mí.

Como el día en que le puse un tablero de ajedrez delante. No era uno cualquiera; mi padre se lo había robado a una familia judía a la que gaseó en el campo de concentración. El tablero de marfil era exquisito; la niña lo miró extrañada al principio, se rascó la frente y puso cara de asombro al ver las figuras talladas en piedras preciosas. Divertida, las cogió y las acarició despacio, embelesada. Estrechó entre sus dedos diminutos la reina, la olió y, sin ningún cuidado, se la llevó a la boca y la mordió. La observé estupefacto por la situación; no sabía qué pretendía hacer.

—Tengo hambre —me dijo al soltar la pieza.

—Acabas de desayunar. Te voy a enseñar a jugar, ¿te apetece?

Se encogió de hombros e hizo una mueca mostrando sus pequeños dientes perfectos. Con paciencia, le enseñé los movimientos de cada una de las piezas mientras escuchaba atenta mi explicación.

—La luz contra la oscuridad —dije señalando el tablero.

—Yo seré las negras. Te dejo ventaja —contestó resuelta.

Abrí la jugada poniendo mi peón en F3 y ella adelantó el suyo en F5. Se carcajeó y comenzó a dar palmadas cuando cometí el error de subestimarla y abrir la diagonal de mi rey en G4, lo que ella aprovechó para darme jaque mate con su reina. En dos minutos y cuatro segundos se alzó con la victoria en su primera partida.

—Ha sido divertido verte intentar ganarme —festejó entre risas.

—Te he menospreciado.

—Estás tonto si creías que podrías conmigo. Este movimiento se debería de llamar el jaque al loco —musitó jocosa.

En ese instante me di cuenta de que no hay nada que se le resista, es imparable y su cerebro es como un miniordenador donde conserva la información que aprende a diario. Es resolutiva, tiene imaginación y creatividad para salir airosa de cualquier situación. Muy a mi pesar y aunque me cueste creerlo, la niña es sobrehumana.

Esta mañana mi padre ha amanecido más irritable de lo normal. Me ha pedido que no salga en un tiempo de casa, que no vaya al bosque con la niña. Anoche lo escuché discutir con mi madre; por lo visto, ha divisado a varios hombres desconocidos rondar cerca de la casa y, aunque han pasado treinta y dos años de la guerra, aún hay gente buscando nazis para llevarlos ante la justicia. Sabemos que esta casa es segura, que nunca figuró entre las propiedades de Mengele y que llegar hasta aquí a través del registro, que es un caos desde la guerra, es complicado.

Cuando Josef la adquirió con el propósito de construir el laboratorio para sus experimentos, tuvo la genialidad de inscribirla a nombre de Annika Melois, una combinación de nombres entre los que figuran su niñera Anni Bauer, su hermano Karl, su apellido Mengele y su hermana Alois. Los dueños de las casas cercanas son personas afines al régimen, han dedicado estos años a mantener nuestra identidad oculta a todo aquel desconocido que se ha acercado al pueblo a investigar y que ha muerto en extrañas circunstancias.

Anoche, la niña me preguntó si yo era su padre. Intuía que tarde o temprano tendría curiosidad, aunque siempre confié en que, al ser tan inteligente, no le haría falta saber la verdad, que ella sola lo deduciría sin tener que enfrentarme al dilema de mentirle.

—¿Por qué quieres saberlo? —Me miró molesta por contestar con una pregunta a la suya; lo odiaba.

—¿Vas a mentir? —recalcó.

—No, no lo soy, no sé quién es tu padre. Solo sé que tu madre se llamaba Elsa y que murió el día en que tú naciste.

—Bien —respondió mientras regresaba a la lectura del libro que sostenía en las manos. No tenía claro si entendía lo que leía, pero a tan solo unas páginas del final, no creo que la física cuántica fuese ya un problema para ella—. ¿Tienes una foto? —preguntó sin mirarme.

—Quizás pueda encontrar algo, dame unos días.

Siguió como si no le importase lo más mínimo mi respuesta, con la cabeza hundida en el libro. Durante las siguientes horas, no me miró ni me habló; el único sonido que rompía el mutismo era el pasar de las páginas lentamente. Por primera vez estaba incómodo junto a ella. Sentí que saber la verdad iba a separarnos y que ya no iba a fingir que aprendía algo de mí, que a partir de ahora su indiferencia por no ser como ella iba a golpearme en la boca del estómago con crueldad.

Capítulo 35
Otto Gebhardt
21 de noviembre de 1977
Berlín

Agarro a la niña entre mis brazos. La abrazo sin ningún pudor; escucho sus latidos dentro de su pecho, su respiración pausada al acariciar su pelo. Ella duerme plácidamente mientras a mí me caen lágrimas ante el pavor de perderla. La cama es pequeña, aun así, esta noche me niego a dormir separado de ella. Tengo el miedo metido en el cuerpo desde que una llamada inesperada ha alterado nuestro día a día. Treinta y dos años sin saber nada de él, ni una carta, ni un mensaje que nos hiciera creer que seguía vivo ni dónde podría estar.

Yo estaba sentado en la silla de la cocina desayunando junto a la niña. Bromeábamos cuando se oyó una melodía que paralizó hasta el aire. Era el teléfono que no habíamos escuchado en treinta años y que ahora comenzaba a sonar burlándose de nosotros. Mi madre nos miró sobresaltada al tiempo que yo di un respingón en la silla y tiré la leche. Era la primera vez que se escuchaba tal sonido. La vi dar un traspié al llegar a él. Le temblaban las piernas y la mano con la que levantó el auricular; como pudo, se lo acercó al oído y al escuchar las palabras de su interlocutor, lo dejó caer al suelo aterrorizada.

—Llama a tu padre —dijo con voz temblorosa.

Su tez se tornó más blanca de lo habitual. Por un momento pensé que se iba a desmayar allí mismo. Miró a la niña y pude ver el pánico reflejado en sus ojos azules. No podía ser otra persona más que él. Salió corriendo, tapándose la cara con las manos; escuché su llanto y el portazo de la puerta de su habitación, miré a la niña asustado, nadie me separaría de ella.

—¡No te muevas de aquí! —La pequeña se puso de pie y, con las manos en la espalda, comenzó a balancearse adelante y atrás. Sabía lo que estaba tramando—. Ni se te ocurra —le advertí.

Corrí por el jardín hasta la trampilla, tropecé por los pasillos tirando al suelo un carrito lleno de material ginecológico. Llegué sin respiración a la sala central. Frené en seco al ver que mi padre no estaba solo. Reconocía a una de las jóvenes: tensión, latidos del corazón, análisis de sangre; rutina semanal lo llamaba él.

—¿Qué haces aquí? Sabes que no me gusta que vengas sin mi permiso.

Levantó la voz de tal manera que la chica se encogió más de lo que estaba, asustada por los gritos. Abrió los ojos y, aterrada, se agarró el vientre, temerosa de que descargara la rabia con ella. Su despotismo se hacía más fehaciente cada día. Miré a la joven que se ocultaba con una sábana y sentí pena por la muchacha porque los dos teníamos el mismo miedo.

—Tienes una llamada, creo que es él… —dije, temeroso de su reacción.

Dejó caer el instrumental médico y, con una sonrisa reveladora, me apartó de un empujón que me tiró al suelo. Salí tras él con la respiración entrecortada. Entró en la casa dando un portazo en mis narices. Cuando entré, sostenía el teléfono con la mano llena de sudor. Tras aclararse la garganta, respondió. La conversación no duró más de un minuto, pero fue más que suficiente para saber que quien estaba al otro lado de la línea era Josef Mengele y que seguía tan vivo como el día en que mi padre se despidió de él en Berlín. Durante la breve conversación, no dejó de observar a la pequeña que estaba de pie junto a él. Me temí lo peor, y no me equivocaba. Al colgar estalló en una carcajada resonante, cogió a la niña en brazos y la besuqueó ante mi cara de asombro. En ese momento la odié y me dejé llevar por la envidia, por los besos que a mí nunca me había dado.

—Tenemos mucho que preparar —dijo mirándome después de no haberlo hecho en días—, muy pronto los dos os marcharéis de aquí.

Luego de que volviese a su quehacer, me di cuenta de que en mi ausencia la niña había cogido el teléfono para hablar con el hombre,

aprovechando que mi madre salió corriendo despavorida. Interrogó a la única persona que le podía contar quién era en realidad y cuál era su propósito. Necesitaba respuestas y por fin tenía quien se las diese.

Ahora que sabía que, de momento, no me iban a separar de ella, mi miedo se cernió sobre mí ante la posibilidad de tener que llevar a la niña a los brazos de él y no volver a verla jamás. No podía dejar de cumplir la promesa que le hice a Elsa y estaba dispuesto a mantenerla hasta el día de mi muerte, sin importarme a quién me tuviera que enfrentar o arrastrar en mi camino. Aunque yo no tenía ni idea de lo que en aquel momento se derrumbaba sobre mí, eso lo descubrí meses después, cuando casi había olvidado el asunto.

Capítulo 36
Otto Gebhardt
10 de marzo de 1978
Berlín

A partir de entonces, las llamadas se han sucedido a un ritmo vertiginoso. Cada viernes, a las nueve en punto, suena el teléfono. La niña al principio rehuía la conversación, pero después de unas semanas, comenzó a insistir, deseosa de poder hablar con él, y él, ansioso de ese minuto para conocer más sobre ella.

Escuchaba a la pequeña responder tímida a las preguntas que el doctor le hacía a través del auricular. Ahora, en cambio, habla sin ningún reparo; entre risas le cuenta lo que está aprendiendo durante la semana, qué libros ha leído o qué ha comido. Por ella, Mengele sabe que la pequeña habla tres idiomas, el alemán, el inglés y el español. También que está maravillada con la ciencia y en especial con el campo genético y que es capaz de ganar a cualquier maestro de ajedrez si lo tuviese delante.

Nosotros, gracias a la niña, hemos descubierto que Mengele vive en Brasil, que su nombre ahora es Wolfgang Gerhard y que hace casi dos años que se encuentra enfermo. La similitud de nuestros apellidos no me pasa desapercibida, alimentando mi miedo de que ese hombre ha movido los hilos de mi vida desde antes de nacer.

En cambio, los martes, a las cinco, la llamada que recibimos es para mi padre. Al parecer, es el contacto que se va a hacer cargo de mí y de la pequeña cuando salgamos de Berlín. No sé su nombre, ni tan siquiera quién es; lo único que mi padre me ha contado es que vive en Estados Unidos y que, cuando todo esté preparado, tanto yo como la niña nos reuniremos con él y su mujer.

Las llamadas al principio me sacaban de la monotonía; era una forma diferente de sobrellevar los días y conocer detalles desconocidos de la vida pasada de mi padre y de la nueva que estaba por llegar.

Ahora las odio porque rompen mi vínculo con ella, percibo su independencia de mí y siento náuseas de pensar que acabe convirtiéndose en un arma para todo aquel que no piense como nosotros. Si seguimos con vida es porque no hablamos con nadie fuera de nuestro entorno, no viajamos a ningún lugar. La red es inquebrantable, como lo fue la que sacó al doctor de Berlín la noche en que Alemania perdió la guerra.

Mi padre se niega a darme más detalles sobre nuestro viaje, ni dónde viviremos ni quiénes son el matrimonio que hará pasar por su hija a mi pequeña amiga. Sé que es alguien de la máxima confianza de Josef y que todo ha sido preparado él.

Hace dos noches escuché a mi padre decir a mi madre que en cuanto cumpla dieciocho años y los visados y pasaportes estén preparados, partiremos en un barco de mercancías desde Bremen hasta Nueva York. Viajaremos ocultos en el camarote del capitán, y aunque no sé la distancia y el tiempo que nos llevará llegar, intuyo que pasaremos semanas en alta mar.

Mi madre vive sumida en lo que para ella es el fin de décadas de humillación, de desilusión y de guardar silencio. Desde que se enteró de que me iba a marchar con la niña, me mira como si quisiera atesorar mi recuerdo en su retina, sabiendo que jamás volverá a verme. Aunque soy un monstruo, al igual que mi padre, no dejo de ser su hijo, y sé que, en cuanto me marche, pondrá fin a su existencia. Lo odia a él y a todo lo que representa; prefiere estar muerta que tener que pasar un solo instante de su vida junto a él.

Capítulo 37
Otto Gebhardt
16 de septiembre de 1978
Berlín

Al pasar las semanas, voy notando lo unida que está la niña al doctor Muerte. La conexión que parece haber entre ellos, a pesar de no conocerse, de que solo los une una línea telefónica que atraviesa el océano, es indestructible. Tengo celos de perderla, miedo a no poder cumplir mi promesa aun sabiendo que voy a huir con ella a Estados Unidos, rabia por no enseñarle más y tristeza porque está entregada al proyecto tanto o más que mi padre.

A sus dos años y medio, habla con fluidez tres idiomas y comienza a interesarse por un cuarto. Su comprensión léxica es igual a la de una persona adulta y su aprendizaje, como el del mejor académico de la universidad más exquisita. A veces me quedo paralizado al escucharla hablar de temas científicos que yo no le he enseñado y me da miedo su interés en aprender todo lo relacionado con la genética y el suero. Ya no acata las órdenes ni deja que le digan lo que tiene que hacer; se ha vuelto un ser diminuto que solo atiende a razones si es Mengele quien se las dicta. Él marca todas sus decisiones y aprendizaje; en él ha visto el padre que necesita o que siempre quiso tener, y aunque dudo que lleguen a conocerse, puesto que el doctor está muy enfermo y a miles de kilómetros de aquí, es en él en quien deposita toda su confianza.

Anoche, sumido en la rabia, arranqué una bandera nazi y le prendí fuego. Cuando la niña descubrió lo que hacía, se dirigió hacia mí escandalizada, pero yo seguí sentado en el jardín viéndola arder. Ella, sin temor ni arrepentimiento, me escupió a la cara. Su voz se

volvió tosca e irritante cuando me dijo que a quien deberían quemar era a los traidores.

Estoy deseando escapar de aquí, pasar un tiempo a solas con ella, volver a conectar lejos de los hombres que están marcando su destino. Esta mañana su mirada ha sido feroz; todavía no me ha perdonado haber quemado la bandera. Hasta ahora creía firmemente en el proyecto, en que hacíamos el bien, en que nosotros éramos los buenos y que estábamos reparando el daño que el mundo nos hizo.

Creía esa realidad, la ideología, las esperanzas del proyecto, el adoctrinamiento de mi padre. Ahora comienzo a estar harto de que el pasado controle mi futuro, de tener que sacrificarme por la causa, de ser parte de ella desde que nací, de que mi madre haya malgastado su vida entre cuatro paredes por haberse casado con un nazi.

Al regresar a mi habitación, he visto una caja encima de mi cama. Era negra con ribetes dorados y un gran lazo de color rojo.

He mirado hacia los lados buscando una explicación de quién me había dejado ese regalo malicioso, porque no me cabe duda de que es un regalo envenenado. Tiro de uno de los extremos del lazo y lo desato; con la mano temblando, levanto la tapa y un grito de sorpresa al ver lo que contiene ha recorrido la casa. En el interior, oculta bajo una tela de satén rojo hay una cruz con una esvástica grabada en el centro. La conocía muy bien porque la había visto miles de veces en el uniforme de Josef Mengele.

Era una cruz de hierro de primera clase, una de las condecoraciones que el doctor lucía orgulloso en su uniforme en la foto que llevaba treinta años en el salón. No sabía si la caja había llegado desde Brasil y era un mensaje de Josef para mí o, en cambio, era de la niña, que me recordaba que mi existencia era destinada a un plan superior y que mi vida no estaba por encima de ello.

Durante la cena, el goteo del grifo de la cocina nos acompaña en cada bocado. Bajo una sospecha que me aturde, la niña me mira de reojo con una media sonrisa astuta. Mi madre, en cambio, prefiere estar sentada en la silla contemplando el plato. Yo intento comer

entre ese ambiente áspero, pero lo único que consigo es salir corriendo y vomitar en mitad del pasillo camino del baño.

Cuando regreso, mi madre ya se ha retirado y la niña me espera sentada en el sofá junto al calor de la chimenea. Las lluvias de los días anteriores me han dejado un helor que no consigo quitarme de los huesos. Con la palma de la mano golpea el asiento vacío que está a su lado y, con un escalofrío, me acerco a ella.

Me da miedo lo que me pueda decir. Sigo el movimiento de la palma de su mano, golpear una y otra vez. El corazón me salta del pecho al ver sus pupilas dilatadas como las de un gato. Se acerca y con una risa diabólica me habla:

—¿Te ha gustado el regalo? —pregunta socarrona.

Hago un movimiento con la cabeza, debatiéndome entre la sorpresa de que sea de ella y la indignación por dejarme avasallar por una mocosa.

Me mira y tuerce la boca, al mirar sus ojos creo ver que se humedecen, de pronto los clava en mí y su gesto se vuelve grotesco.

—Llegó esta mañana, directa de su dueño a petición mía. Creo que te hacía falta recordar cuál es tu trabajo y para quién lo haces.

—¿Acaso piensas que él es mejor que mi padre? No eres más que un experimento con el que llevan tres décadas.

—Sí, soy un experimento, pero soy el único ejemplar, algo así como un unicornio. Y no te equivoques, él es mejor que tú y que todos nosotros. Sin él, yo no existiría.

Ladeo la cabeza enfadado, la miro con odio y, por primera vez en mi vida, deseo que se marche lejos y que desaparezca. Pero tengo una promesa que cumplir, y de momento, eso es lo único que puede sacarme de esta maldita casa.

Capítulo 38
Otto Gebhardt
7 de febrero de 1979
Berlín

Noto enseguida que algo malo sucede. No es habitual que tengamos una llamada un miércoles. Mi madre y yo nos miramos de reojo; nos da miedo contestar. Es la niña la que, ante nuestra indecisión, descuelga. Escucha atenta, sin mover un solo músculo de la cara, lo que desde la otra parte del mundo su interlocutor le dice. Con paso resuelto, se acerca a mí después de colgar y me ordena que comencemos a preparar nuestro viaje. Josef Mengele está muerto. La tarde anterior, una apoplejía mientras disfrutaba de un baño en el océano fue la causante. La huida da comienzo.

Después de semanas en las que solo lo veíamos cuando tenía que hablar con su enlace de Estados Unidos, mi padre opta por quedarse unas horas en casa, a pesar de la incomodidad de mi madre. Ante la noticia inesperada, su nerviosismo se agudiza y su semblante, de por sí reservado y austero, se vuelve más tosco; la muerte de Josef, por lo menos a él, le ha destrozado.

Hace varias llamadas y antes de la cena, un desconocido toca nuestra puerta. Oculto bajo el amparo de la oscuridad de la noche, al igual que yo, que me oculto en lo alto de la escalera, trato de escuchar lo que dicen.

—El plan está en marcha. Debes preparar los documentos para los dos —confirma al desconocido.

La persona que está frente a mi padre es un anciano de avanzada edad. Pienso que difícilmente nos puede socorrer si casi no se sostiene en pie sin la ayuda de un bastón. Me llama la atención lo descuidada que lleva la ropa: unos pantalones de pana agujereados

y un jersey lleno de pelusa, en comparación con la bufanda a rayas, que tiene aspecto de nueva, me parece extraño.

Me fijo en que, al quitársela, se le ve una cicatriz en la garganta en forma de cruz. Pienso si será alguno de los oficiales nazis destinados en Auschwitz o uno de los hombres de la red de Mengele que nos mantienen a salvo.

—Tenéis que esperar un poco. Hay ratas rondando el pueblo desde hace meses. Si nos encuentran o sospechan de nosotros, acabaremos encerrados en una cárcel sin llave que nos saque de allí.

—No podemos esperar. Mengele ha muerto. Todo ha comenzado.

—Y por eso mismo no hay que tener prisa. Lo importante es sacar a la niña de aquí y ponerla a salvo junto a tu hijo. ¿Qué crees que pasará si los encuentran? Debemos tener cuidado si queremos que esta misión salga bien —argumenta el anciano, quitándose el gorro de lana y dejándolo en una silla encima de la bufanda.

—Esperaré tus indicaciones. ¿Has hablado con el capitán?

—Sabe lo que hay en juego y su compromiso con la causa es irrefutable, puedes estar tranquilo. Ahora mismo está en la otra parte del mundo; cuando regrese, lo pondré al día.

—Muy bien, seguiremos como hasta ahora. Prepara los documentos de la niña.

—¿Y ya sabes su nombre o todavía sigue tu hijo esquivando el problema?

—Maldito crío mío, desde que la niña nació, parece otra persona —escucho a mi padre quejarse.

—Si no tengo un nombre en unas semanas, seré yo quien resuelva la cuestión. Todas nuestras esperanzas están depositadas en ellos, no nos defraudes —inquiere el viejo, poniendo en entredicho mi falta de lealtad.

Mi padre menea la cabeza; se siente avergonzado de que un anciano lo ponga en su sitio por mi culpa. Se despide del hombre con un saludo nazi y no deja de observarlo a través de la ventana hasta que se aleja de nuestra casa.

—Sé que estás ahí agazapado. Más te vale bajar.

Abochornado, desciendo los escalones. Me mira con desprecio al tenerme delante; soy una decepción para él. Cegado por ese

sentimiento, me agarra del cuello y aprieta mientras me empuja contra el muro de piedra.

Dejo de respirar. Pese a ello, no muestra indulgencia. Se siente importante, exultante de ejercer su poder sobre mí. Cuando ve que estoy a punto de desmayarme, me suelta. Caigo al suelo intentando coger aire entre toses.

—Ya lo has escuchado, quiero un maldito nombre que poner en los papeles. Ese era tu trabajo y llevas tres años de retraso. No eres más que un inútil, una vergüenza para todos los que sobrevivimos a la guerra.

Qué sabrá él de sobrevivir, eso habría que preguntárselo a sus víctimas, pienso mientras sigo arrodillado. Aprovecha que estoy en el suelo para darme un puñetazo en la cara tan fuerte que me parte el labio y veo volar uno de mis dientes. No me duele, estoy acostumbrado a los golpes, pero su odio hacia mí es como un puñal que se clava una y otra vez dentro. Lo quiero matar y ser libre; sin embargo, hundo la cara y contesto servicial.

—Sí, señor —digo escupiendo sangre.

—Ahora tú eres nuestra única esperanza en el continente. No hagas que me arrepienta de mi decisión.

Se marcha al igual que llegó, irradiando un aura de prepotencia innata en él. Sus golpes y amenazas ya no surten efecto en mí; he dejado de tener miedo, solo quiero ser libre y mi libertad está a unos meses de distancia.

La niña, que lo ha observado todo desde la cocina, me mira indiferente, se acerca y, con voz aterciopelada, me dice que deje de comportarme como un crío pequeño. Me seco la sangre del labio con una vieja toalla. Ella se sienta frente a la chimenea con un nuevo libro en su regazo y me ignora. Aunque la idea no acaba de convencerme, meto la mano en la chaqueta y saco una antigua fotografía que le entrego.

—Esta es tu madre, se llamaba Elsa Bauer —digo emocionado al ver el parecido que tiene la niña con ella.

La coge y la mira inconmovible, sin ningún sentimiento. La observa, murmura algo que no entiendo entre dientes y acto seguido la arruga y la echa al fuego de la chimenea.

—Ella solo me parió. Muy pronto tendré otros padres entregados al proyecto. —Horrorizado ante la persona en la que se está convirtiendo, la maldigo—. No seas ridículo, ¿creías que una vieja fotografía me iba a conmover? —Intento apagar el fuego y salvar la única imagen que tengo de Elsa, en vano, ya que arde y solo quedan cenizas—. Compórtate como se espera de ti. Esto es solo el principio. El mundo se rendirá a nuestros pies.

—¿De qué estás hablando? —pregunto angustioso.

—Del Cuarto Reich —dice abriendo los ojos de par en par.

Con una carcajada, se marcha a su habitación. Las palabras se quedan en el aire resonando. El Cuarto Reich significa el regreso de los nazis. La niña es un monstruo al que difícilmente podré controlar si no nos vamos de esta casa.

Capítulo 39
Otto Gebhardt
22 de noviembre de 1979
Berlín

El año ha acaecido sin demasiados sobresaltos para nuestra extraña familia. Las ratas, después de meses acechando, se cansaron y desaparecieron, trayendo algo de paz a la casa.

La niña aprendió dos idiomas más y demostró un talento innato para la medicina y en especial en el campo en el que mi padre y yo trabajábamos: la genética.

En los meses de verano comencé a percibir un apremiante deterioro en mi padre. Después de un resfriado que parecía que no se curaba nunca, comenzó a toser escupiendo esputos. Al principio, la tos solo era nocturna, con el tiempo, se hizo una incansable melodía durante horas. Adelgazó, dejó de comer y se volvió más obsesivo e intolerante que antes.

A principios de mes desapareció tres días para ultimar nuestra huida. El carguero que debe llevarnos hasta Estados Unidos ha atracado en el puerto de Bremen.

Su capitán, un alemán que espera que su labor por la causa le dé algún beneficio, trajo un mensaje desde el otro lado del océano para mi padre.

Todo está preparado a falta de nuestra nueva documentación. A final de año seré libre. A final de año dejaré esta casa y olvidaré que existió.

En el desayuno, mi padre se sentó a mi lado, lo noté cansado y por su cara me di cuenta de que su compañía no presagiaba nada bueno, ya que sus muestras de cariño son un arma envenenada que acaba en golpes o amenazas.

—Ve con la niña al laboratorio. Necesito hacerle unas pruebas y confirmar que todo está bien.

—Enseguida vamos —dije, obedeciendo.

Bajamos después de que la niña acabase su rutina matutina. En cualquier casa normal, seguro que estarían viendo dibujos animados a estas horas mientras los padres intentan que se beban la leche, o corren porque llegan tarde al colegio.

En la nuestra, la rutina es algo diferente. La niña se acerca a un pequeño altar que ha hecho en el lado derecho del salón. Bajo dos banderas nazis, enciende una vela delante de la fotografía de Mengele. Su admiración y devoción hacia él han crecido desde su muerte. Los rezos son silenciosos, no se escucha ni un susurro, al contrario que el saludo nazi cuando termina, que resuena en mi cabeza fustigante.

Tras sacarle sangre y acabar las pruebas, mi padre me lleva a un rincón de la sala y me cuenta que cuando lleguemos a Estados Unidos, yo no viviré con la familia que ha adoptado a la niña. Que deberé hacerlo cerca por si me necesita, pero no con ella. Me advierte que, si en algún momento la familia no sigue el plan establecido, no dude en matarlos.

También me cuenta que tendré un nuevo nombre para que no me relacionen con él y con nuestro pasado nazi. A pesar de los años transcurridos, todavía hay gente buscándonos para apresarnos y llevarnos ante la justicia.

—Tu nombre en cuanto salgas de esta casa será Benjamin Rookwood. Tu pasado no existe, yo no existo, ni este laboratorio.

—De acuerdo —exclamo pensando en mi nuevo nombre.

—Escúchame, estoy enfermo y me muero. Tú deberás seguir con el proyecto hasta que la niña sea adulta.

Me da una palmada en la espalda a la vez que un ataque de tos lo deja sin aliento. Se muere, mi padre se muere. No siento alivio ni pena, puesto que en breve me marcharé y mi madre, con el tiempo, también podrá liberarse de él.

—Te entregaré el proyecto al igual que hizo Mengele conmigo —dice, cogiendo aliento—. Debes dárselo a la familia. Ellos cuidarán de la niña, ¿lo entiendes?

—Sí —proclamo—, seguiremos con el proyecto. La muerte no es el fin.

—Confío en que así sea. Allí encontrarás aliados, oficiales nazis que esperan el regreso del Reich. Los niños son el futuro. Imagina semejante inteligencia ocupando cargos políticos de relevancia. La presidencia de los Estados Unidos a nuestros pies. Llevaremos la ideología nazi más allá de Europa. Por fin seremos invencibles.

Otro ataque de tos lo hace vomitar. Al limpiarse con un pañuelo la boca, veo que la tiene manchada de sangre. Hago amago de ayudarle, pero recuerdo todas las veces que me ha golpeado, insultado y menospreciado y me cruzo de brazos esperando a que se recupere.

—¿Tienes el nombre? —balbucea entre escupitajos.

—Creo que sí —respondo.

—¿Y bien? No tengo todo el día.

La niña me mira. Está inquieta, aunque intenta ocultarlo. Lleva casi cuatro años esperando. Trago saliva para quitarme el picor de la garganta; por primera vez voy a decir en voz alta su nombre. Me observa expectante, al igual que mi padre. Respiro y lo suelto con tranquilidad:

—Se llama Charlotte —anuncio.

Miro de reojo su reacción; ha cogido un libro y tiene la cabeza agachada en un intento de hacer como si no le importa. Aun así, no puede reprimir una pequeña sonrisa que no pasa inadvertida para mí.

Capítulo 40

Benjamin Rookwood
16 de enero de 1980
Nueva York

Charlotte me coge la mano al bajar del barco. Cuatro semanas de travesía, ocultos en el camarote del capitán, nos tiene el cuerpo dolorido y la mente embotijada. Salíamos a cubierta cuando estábamos en alta mar, y al anochecer, para que nadie nos viese, aunque insuficiente para calmar a una cría de cuatro años por muy inteligente que es. La oscuridad del mar era nuestro momento íntimo, de conexión, el instante en que éramos libres. El viaje nos ha unido de nuevo. Charlotte vuelve a ser la niña dulce que siempre ha sido conmigo, gracias a estar fuera del influjo de mi padre y del de Mengele. Firmamos un pacto de sangre una de las noches en que atravesábamos el denso mar, en el que la espuma golpeaba el casco y el aire frío nos calaba los huesos. Juntos hasta el final, esa fue nuestra promesa. Yo llevaba otra, cargando mi mochila, y la iba a cumplir pasara lo que pasara.

Esperamos a que el sol desaparezca en la lejanía para pisar tierra firme. Nos sentimos mareados e impresionados al ver la ciudad de Nueva York, más allá del horizonte lleno de rascacielos luminosos. Escondidos de las miradas ajenas de turistas o trabajadores portuarios nos adentramos en un pequeño túnel que llega hasta la calle, donde un coche nos espera. Lo divisé desde el puente de mando del buque en cuanto llegamos. Ha estado todo el día aparcado en un lateral de la verja que da al exterior. En su interior hay un hombre de mediana edad, que al verlo me da un vuelco el corazón. Recibe a Charlotte entre abrazos y besos. A mí tan solo me

mira y con un gesto nada halagüeño, me invita a entrar dentro del vehículo.

El viaje hasta Austin es áspero y agrio para mí. Desde el primer instante, el hombre demuestra que solo le importa la niña, que yo soy un obstáculo dentro del pacto. Mi presencia no es bienvenida en su familia, ni mucho menos de su agrado.

Al igual que mi padre la noche en que huyó, llevo en la chaqueta el experimento oculto. Aprieto contra mi pecho los papeles que él me legó un mes atrás. Aunque juré que los entregaría al hombre que ahora conduce el coche, sé que jamás cumpliré esa promesa ni me desharé de ellos. Su muerte quizás ya es un hecho y los experimentos han llegado a su fin por el momento. Charlotte es la única niña viva que en su ADN porta el milagro del Tercer Reich.

Cansados después de casi dos días de viaje en el que paramos a dormir en un hotel de carretera, proseguimos el último tramo, cambiando el paisaje de asfalto y edificios a uno más tosco y cálido. La temperatura es más agradable que en Nueva York; hace frío, pero la nieve va desapareciendo, al igual que las *millas* que nos separan de nuestro nuevo hogar.

El sol luce en el horizonte durante el resto del viaje. A última hora de la tarde, Charlotte y yo vemos en un letrero de bienvenida que nuestro destino es Fredericksburg.

Sonreímos al unir las manos, fortaleciendo el pacto que vamos a mantener en silencio. Atravesamos el pueblo hasta adentrarnos en un camino de tierra. El coche levanta una polvareda al paso, dificultando ver la inmensidad del terreno y de la casa que está al final del sendero.

Nos esperan como el que ansía el regreso del hijo pródigo. En este caso es Charlotte la hija que tanto tiempo llevan soñando y en la que depositarán sus ilusiones y anhelos.

El hombre se baja del coche y nos invita a entrar dentro de la mansión. Nunca he visto una casa tan majestuosa, ni mucho menos unos terrenos donde los caballos corran a su aire.

Dentro, una mujer que rondará los cuarenta se acerca a Charlotte y le dice que se llama Ingrid y será su nueva mamá. De aspecto nórdico y con un acento alemán bien marcado, nos ordena

que a partir de ahora solo hablemos inglés y que no volvamos a utilizar nuestra lengua nativa. Mientras Ingrid acompaña a Charlotte hasta su nueva habitación, el hombre, del que todavía no sé su nombre, me mira y me sujeta impidiendo que acompañe a la pequeña.

—Como puedes ver, la casa es muy grande. Sin embargo, tu sitio no está aquí dentro.

Su falta de emociones al hablarme cala en lo más hondo de mi pecho. No puedo separarme de Charlotte.

—Como petición por parte de mi padre, seré benevolente y vivirás dentro del terreno en una cabaña de aperos que he habilitado para ti.

—Gracias, señor —respondo iracundo.

—No creas que va a ser gratis, trabajarás en el rancho a cambio de comida. Mi padre fue muy claro al respecto, debes proseguir tus estudios en genética, esas fueron sus órdenes.

—No me ha dicho su nombre y no acato órdenes de desconocidos.

—Me llamo Rolf Bauman, y a mi padre quizás lo conozcas mejor que yo, puesto que tan solo lo he visto dos veces en mi vida. Pero ahora no es momento de hablar, acompáñame, te enseñaré donde vivirás.

Asiento sin entender nada. Atravesamos un pequeño bosque detrás de la casa. Oculta entre los árboles, una diminuta cabaña de madera con una ventana será mi nuevo hogar.

—Espero que sea de tu agrado. Descansa esta noche. Mañana hablaremos de tus obligaciones, tanto de los estudios como del trabajo. Bienvenido a Fredericksburg.

Abro la puerta y no me disgusta demasiado lo que veo. Aunque es pequeña en comparación con mi casa en Múnich, es para mí solo. No me importa tener que trabajar en el rancho a cambio de poder estar cerca de Charlotte y proseguir mis estudios. Me meto en la cama tiritando; la cabaña no posee calefacción, y aunque no hace tanto frío como en Alemania, la desazón en el estómago me tiene helado. La sonrisa del hombre al marcharse es inequívoca. La he visto tantas veces que sé de inmediato quién es su padre y quién es

mi dueño a partir de ahora. Por fin entiendo por qué Charlotte está aquí y por qué yo debo seguir mis estudios.

Capítulo 41
Cora Miller
La casa del nazi
Fredericksburg

—Fue usted quien manejo la vida de Charlotte.

—Yo no tuve la culpa de lo que pasó —niega el anciano con un ligero cabeceo.

—Sabía quién era ella, estaba detrás de todo.

—Eso creía al principio, pero siempre fue Benjamín, o más bien Otto Gerhardt. Su ambición consumió a mi hija.

—¿Por eso la asesinó y secuestró a su nieta?

—Él no mató a Charlotte con sus propias manos, pero por su culpa entró en una espiral de depresión de la que no pudo salir. Mi hija era buena persona, aunque te cueste creerlo.

—Lo sé, aunque la manipulasteis hasta que no pudo más.

—¡No! No lo entiendes. Cuando llegaron aquí, los dos habían firmado un pacto del que me enteré muchos años después. Para entonces, mi relación con Charlotte era inexistente. Lo que ella quería crear nada tenía que ver con el proyecto inicial. Se desvinculó de su pasado como si jamás hubiese existido. Nosotros éramos los malos, y Benjamín…, su única pretensión era lucrarse con los niños que naciesen a raíz del proyecto.

—Del suero de un maldito asesino nazi —grito enfadada.

—Todo tiene un fin. En esta vida nada sale gratis y el precio a pagar fue la muerte de millones de personas. Pero qué importa ya, no queda nadie vivo y el proyecto está tan enterrado como mi hija.

—¿Benjamín prosiguió sus estudios en genética cuando se mudó aquí?

—Por supuesto, aunque no tenía ningún título que lo acreditase. Su investigación era excelente. Su padre era un genio que le enseñó lo que necesitaba para proseguir. Fue él quien convenció e insistió en que Charlotte acabara lo que había comenzado sesenta años antes. Cuando mi hija llegó a esta casa, era una devota nazi, adoraba a mi padre. Con el tiempo, su forma de ver la vida cambió, nos odió.

—De que se extraña, su vida está ligada a la muerte de millones de personas.

—Había un chico en el pueblo, se llamaba Jonás, era judío, y a través de él conoció la otra parte de la historia. Se enamoró perdidamente. Yo veía cómo cada día se alejaba más de mí e hice lo que tenía que hacer. —Escucho espantada el asesinato del joven judío; quiero levantarme, salir de aquí corriendo y no volver jamás —. Intenté por todos los medios que entrara en razón, hacerle ver lo que estaba en juego; lo único que conseguí fue que se fuese a la universidad y no regresase jamás. No volví a verla nunca.

—Pero siguió con el proyecto, solo que no para los nazis…

—Eché mano de contactos para que la contratasen en los laboratorios. La quería tener vigilada, bajo mi protección; además, mucho más tarde me enteré que el proyecto marchaba sobre ruedas, estaba a un paso de que la FDA lo aprobase. Se había casado e iba a ser madre. Era perfecto hasta que, con la llegada de Benjamín casi al final, se desbarató todo. No era yo la mano que movía los hilos. Que mi hija abandonase a su marido no fue porque tuviese nada romántico con ese cabrón, sino porque el pacto entre ellos consistía en que entregaría el primer bebé creado por el suero a Benjamín, y por desgracia, esa fue mi nieta Laia.

—Laia sigue viva en algún lugar y lo demostraré.

—Quizás sea mejor que esté muerta. Con los años, me he dado cuenta de que esto no fue más que una locura y que esa pequeña será un engendro de la naturaleza como lo fue mi hija. El Tercer Reich está muerto.

El hombre se encoge en la silla, haciéndose más pequeño. Su lucha es ya inútil. Los oficiales, generales y alemanes simpatizantes con el régimen que escaparon están muertos o son ancianos sin

ningún poder. Con un movimiento tembloroso, acerca una manta y se tapa las piernas.

—Llevo un rato preguntándome quién es en realidad. Alguien tan importante como para que Josef Mengele confiase en usted y le dejase adoptar a Charlotte. Y tan solo hay una respuesta posible.

Durante la historia que me acaba de contar, la cadena se cierra alrededor de un hombre que lleva muerto más de cuarenta años: Josef Mengele, oficial y médico de las SS. Genocida en masa durante el tiempo que estuvo en Auschwitz. Padre de la genética actual para unos, un asesino para otros. Una guerra hecha a su medida. Un regalo de Hitler a su amigo con el propósito de que experimentase con humanos con el fin de crear una raza aria perfecta. Una mujer con un cerebro sobrehumano, su suicidio, su hija, que, al igual que ella, poseía su misma alteración, por fin veía la conexión. ¿Cuántos bebés habría más creados por Benjamin Rookwood? ¿Quién era en realidad este hombre en el que Mengele confió su bien más preciado?

—Su padre era Josef Mengele. Es su hijo Rolf. Solo a usted le podía confiar la niña y entregar el proyecto de su vida.

—Mi padre no fue un genocida ni un asesino. Él fue el médico que rompió los moldes, su investigación sobre el mapa genético fue el que dio comienzo a futuros descubrimientos. Sin sus experimentos, no se habría avanzado tanto y seguiríamos en pañales. A veces hay que hacer cosas malas en pos de la humanidad.

—Intente creerse sus propias palabras, pero no engaña a nadie, por mucho que se repita que matar a once millones de personas por un bien mayor estaba justificado. Crear una raza aria no era lo que había que hacer. Me dais asco, solo sois escoria que sigue creyendo que Hitler era un ser divino —digo escupiendo mis últimas palabras antes de levantarme.

Me marcho de la casa nazi llena de ira y rabia hacia ese viejo que, cuando lo vi sentado al llegar, me pareció inofensivo. Su padre era la cara visible de la Segunda Guerra Mundial. El hombre detrás del horror, el que disfrutaba experimentando con niños. El hombre al que sus víctimas apodaron el Ángel de la Muerte.

Acelero el coche con los ojos humedecidos, impotente ante tanta barbarie. Nunca entendí cómo el mundo pudo permitir tal genocidio, cómo los gobiernos miraron hacia otro lado hasta que tuvieron la guerra en sus puertas. En qué nos convierte eso, ¿en cómplices? Me cuesta creer que no vieran la locura de Hitler ni lo que hacía, que no ayudasen a la población judía hasta que ya fue demasiado tarde y lo perdieron todo. No lo solo perdieron sus casas, sus objetos personales y su dignidad, también sus familias, su futuro. Cuantas vidas sesgadas por el odio.

Paro el coche en un lado de la carretera, grito hasta desgañitarme invadida por el dolor, solo puedo esconder la cabeza en el volante y llorar hasta que ya no quedan lágrimas que me consuelen. Necesito salir de este maldito pueblo cuanto antes y llamar a Lucas, porque no me cabe la menor duda de que nuestros casos están unidos y de que Victoria es uno de los niños de Benjamin Rookwood.

Capítulo 42
Sheriff Castillo
Apartamento de Radmila Dimitrova
Magnolia Lake

—Lo tenemos, *sheriff* —oigo decir a Jimmy por segunda vez en segundos.

Lo veo acercarse, escucho sus gritos, aunque no le hago caso. Estoy sumido en mis pensamientos y no entiendo lo que me dice hasta que lo tengo delante zarandeándome.

—¡*Sheriff*! ¿Me estás escuchando?

—Perdona, no consigo quitarme de la cabeza a Victoria, a mi hija, a Cora.

Jimmy arquea una ceja mientras mueve la bolsa con la mano derecha y, con un gesto cómplice, me da ánimos.

—Demasiadas mujeres en tu vida. Bueno, a lo que vamos, esto estaba dentro de una de las alcantarillas de la calle principal. Tu asesino se molestó en tirarlo, pero no lo suficientemente lejos como para no dar con ello.

—Quizás pensó que en este pueblo no sabemos enfrentarnos a un asesino. Nos infravaloró y eso juega a nuestro favor.

—¡Aficionado! —exclama Jimmy al entregarme la bolsa con la punta de los dedos.

Dentro se encuentra el teléfono móvil de la víctima y una libreta pequeña de color azul, empapada de orines y putrefacción de la alcantarilla. El olor a agua estancada y suciedad me levanta el estómago. El móvil está apagado, así que de momento tendré que esperar a que el laboratorio criminalístico haga su magia. Delgado se acerca susurrando lo que lleva anotado en su bloc de notas, del que no se separa nunca.

—Jefe, tengo algo. Una de las vecinas lleva varios días observando cómo nuestra víctima salía más de lo normal. Por lo visto es algo cotilla…

—Sabes que no me gusta que hables así de la gente, pero en este caso nos viene de perlas.

Se rasca la cabeza, avergonzado, se concentra y suspira antes de seguir:

—Hace dos días cruzó varias palabras con ella. La interrogó para ser más concretos, aunque le costó que hablara, consiguió que le contara que había conocido a un compatriota y que había tenido varias citas con él.

—Bien hecho. Ya que te gustan tanto las libretitas, revisa esta y encuentra qué secretos esconde.

Le entrego la bolsa de pruebas y, a pesar de que está cerrada, la peste que sale a ponzoña tira para atrás a Delgado.

—¡Está mojada! ¡Joder, qué asco! —protesta.

—No seas tiquismiquis —le riño.

—¡Coño! ¡Huele a mierda, jefe!

Jimmy no puede evitar reírse, le da una palmada en la espalda y le grita:

—¡Ánimo, chaval!

—Lleva esto al laboratorio. No tengo que decirte que lo quiero todo para ayer.

—Claro, jefe —contesta Delgado. Coge la bolsa y enfila la calle, cabizbajo. Algo no anda bien con él. No está centrado en el caso. Me parece que Miranda ocupa sus pensamientos la mayor parte del tiempo, y eso, ahora mismo, es un problema. Se me encoge el alma al verle montar en el coche con cara apesadumbrada.

—Hay que ver lo bien aleccionado que tienes al muchacho, todo por el *sheriff*.

—¿De qué coño estás hablando, Jimmy?

—Pues… que ahí está, respondiendo como un lobo, cuando su novia lo ha plantado a punto de pasar por el altar. Y ahí va, hecho un campeón.

—¿Miranda ha dejado a Delgado?

—Exacto. Para ser el *sheriff,* no te enteras de lo que se cuece en tu casa —apunta Jimmy, mordiéndose el labio.

—Eres un puto necio, Jimmy. Espero que tú no hayas tenido nada que ver. Conociéndote, poco me extraña ya.

—Tranquilo, amigo. Por lo visto, los enamorados no se ponen de acuerdo con la boda y Miranda se siente agobiada.

—Y tú lo sabes porque te has encargado de ir a consolarla —digo apretando los dientes.

—Lo intenté, no creas que no —añade con sorna al tiempo que arruga el ceño—. Pero Miranda me conoce demasiado bien y me mandó a la mierda en un santiamén.

—Hablaré con él, y, por favor, no digas nada. No quiero que todo el pueblo se entere y se desconcentre más teniendo que aguantar a la gente.

—*Sheriff* Castillo, el salvador de Magnolia Lake. ¿No te cansas de ser tan bueno?

—Déjate de gilipolleces. ¿No tienes un fuego que apagar? ¿Un gatito que rescatar?

Jimmy es de las pocas personas en el pueblo que consigue sacarme de mis casillas con sus comentarios morbosos. Conociéndole, no me extrañaría que él fuese el motivo de la ruptura de la pareja.

—¡Jefe! ¡Qué digo yo que tendrá que venirse conmigo en el camión! —exclama, jocoso—. Delgado se ha llevado el coche.

—Arranca y no quiero escucharte ni una palabra más.

—Cómo se nota que Cora está en Nueva York, tienes la testosterona por las nubes —masculla entre dientes.

—Arranca el puto camión, o te juro que pasas esta noche en el calabozo.

Con un ademán socarrón, se sube y, puesto que ya me ha picado lo suficiente, decide que poner la sirena a todo trapo quizás me calme.

—En serio, Jimmy. Recuérdame que ya no eres bienvenido en mi casa.

—Que te lo has creído. Cora me adora y tu hija más todavía. Soy irresistible para las mujeres de tu vida.

Y es cierto, Emma lo adora. Se le ilumina la cara cada vez que lo ve. Hay algo especial entre ellos y yo me siento orgulloso de que Jimmy la proteja como si de su hija se tratase. Desde luego que, a pesar de ser un picajoso y un mujeriego, no pude haber elegido un padrino mejor para mi pequeña.

—Arranca de una puta vez, Jimmy —insisto, enervado.

Capítulo 43

Amanda Miller
Casa de la familia Parker
Magnolia Lake

Las imágenes se alborotan en mi cabeza, me atormentan al recordar el pasado. Es como un baile en el que se miden las fuerzas entre el bien y el mal. El mal ya lo conozco y sé distinguirlo, por desgracia.

Reconozco el horror y el miedo, la falta de aliento que te oprime el pecho y sientes arder. Los gritos que nunca cesan, el roce brusco de la persona a la que temes, los golpes, las pesadillas; nada de todo eso es ajeno a mí. En cambio, el bien para mí solo es un momento efímero que dura unos instantes.

Nora es de esa clase de personas buenas que salvó mi vida. Me ha insistido en que fuera a hablar con Aria. Abrigo cierta reticencia después de que me echasen la última vez, pero como tengo poco o nada que perder, aquí estoy, tocando a la puerta, ansiosa por descubrir sus secretos y ese mal que envuelve la casa.

Rechino los dientes al meter la mano en el bolsillo del abrigo y rozar el papel que esta mañana me esperaba en el cementerio. Lo guardaré con los otros, en la caja de zapatos que una vez escondió otros secretos. En esta ocasión, echo de menos que Oliver no esté haciendo guardia; en su lugar está la agente Sue Sullivan, a la que saludo antes de tocar a la puerta tímidamente.

—¿No te cansas de meter las narices donde no te llaman? —pregunta Aria cuando me ve a través de la ventana.

—Si gracias a eso salvo a tu hija estoy segura que me lo agradecerás.

—Eres una mosquita muerta que se dedica a inmiscuirse y a preguntar lo que no debe. Me tienes harta, vete a tu casa y déjanos

en paz. ¿No te quedó claro el otro día? Vuelve a la perfecta vida que te has creado y olvídate de nosotros.

—Victoria descubrió que era una niña adoptada, ¿verdad? —suelto a bocajarro mientras pongo un pie entre la puerta y el marco para que no la cierre.

—¡No sé de qué hablas! ¡Vete, Amanda! —grita fuera de sus cabales.

—No lo puedes ocultar más. ¿Quién es Victoria?

Mil teorías dan vueltas en mi cabeza y ninguna acaba bien. Pero sé que la clave está en cómo llegó Victoria a la familia Parker, porque algo me dice que Aria no ha estado embarazada en su vida.

Visiblemente enfadada, me deja pasar. La sigo, callada, esperando que se sienta con fuerzas para contarme la verdad. Se derrumba en uno de los taburetes de la cocina y me ofrece una copa de vino mientras nos sentamos a jugar a que soy su amiga y confidente. Porque quizás lo único que precisa es de alguien con quien confesarse sin ser juzgada.

—Puedes beber, no te voy a envenenar. Necesitarás algo más fuerte que un café para entender lo que está pasando.

—¿Quieres que llame a mi cuñado? Quizás sea mejor que él esté presente —propongo antes de comenzar a hablar.

Echo un vistazo alrededor, espero encontrar a su marido, aunque parece que estamos solas otra vez. ¿Qué estará haciendo Magnus para abandonar a su mujer en estos momentos?

El aire está viciado dentro de la casa. Huele a tabaco y a alcohol, quizás debido a las cuatro botellas de vino vacías que hay encima de la encimera con varias copas sucias y a un cenicero hasta arriba de colillas. Aria sigue mi mirada y, abochornada, las echa al cubo de la basura con gesto resignado.

Percibo un ligero olor a sudor agrío en la misma ropa que llevaba primer día que vine, ahora más manchada y sucia.

Aunque siento empatía por ella, no puedo eludir que es sospechosa y que esconde secretos demoledores para su hija. Me pregunto dónde se encuentra Magnus y por qué no está apoyándola en estos difíciles momentos.

Aria se muerde las uñas, tiene padrastros en carne viva alrededor, los nervios la dominan. Intento tranquilizarla rozando su mano, pero la aparta asustada. Sus ojos se llenan de lágrimas y no puedo evitar pensar en mi hermana, en que tuvo que sentir algo parecido cuando me secuestraron. Se recompone bebiendo una copa de vino de un trago. Yo no digo nada, se llena otra y comienza a hablar, esta vez más relajada. Parece que su único bálsamo para calmarse es sumergirse en alcohol. No la culpo; a veces es mejor cerrar los ojos ante la tragedia que enfrentarse a ella.

—Prefiero que estemos solas, si no te importa —responde a mi propuesta—. No sé si sería capaz de contarle todo esto al *sheriff* en persona. Mi marido ha salido y tenemos algo de tiempo. Sé que me voy a arrepentir y que lo que te voy a decir será nuestro fin, pero si eso salva a Victoria, merecerá la pena.

—Sabes que en cuanto salga de aquí ya nada será igual para vosotros.

—Lo sé, estaremos preparados, solo necesito algo de tiempo, que mi marido asuma que no hay otra salida.

Inclino la cabeza dando mi consentimiento. Aria se sienta frente a mí, bebe un sorbo de su copa de nuevo y, con voz temblorosa, comienza a hablar:

—Todo empezó hace mucho tiempo, cuando yo era una niña y mi padre el hijo de un oficial nazi del bloque 10 del campo de concentración de Auschwitz. Mi madre murió al poco de yo nacer y crecí con un padre autoritario y salvaje. Tenía que ser la mejor en todo; la más rubia, la estudiante más brillante, la niña con los ojos más azules. Fíjate hasta qué punto era un ferviente defensor de Hitler, que mi nombre se lo debo a la raza que tanto defendía, según él, el linaje que dominaría el mundo.

—Tuvo que ser difícil crecer en ese entorno —dibujo un rictus amargo al comprender lo duro que sería vivir una niñez así.

—Ni te imaginas, siempre intentando meterme su ideología, su fervor al régimen. Cuando cumplí la mayoría de edad, me marché a la universidad y puse tierra de por medio. Jamás he vuelto a hablar con él. Mi vida comenzó en ese momento; podía ser yo misma sin el estigma de mi abuelo y mi padre. Conocí a Magnus, nos casamos y

fuimos felices, el problema llegó cuando quisimos ser padres, ahí todo se torció.

Cojo su mano temblorosa y seco las lágrimas que le resbalan por las mejillas, pálidas y sin vida. Me doy cuenta que bajo ese aspecto frío, también se esconde una alma rota.

—Tuve cuatro abortos, dos inseminaciones y el peor de los pronósticos que una mujer que quiere ser madre desea escuchar. En esa misma clínica, la doctora que me trató me habló de un hombre que podría tener un bebé en unos meses a cambio de una fuerte suma de dinero. Sé que lo que hicimos estuvo mal —prosigue tapándose la cara—, que pagamos por un secuestro, pero yo no quería admitir mi derrota ante la posibilidad de ser madre.

—¿Y Magnus qué opinaba sobre ello?

—Magnus se opuso, me dijo que era aberrante. Caí en una depresión, no quería escuchar sus argumentos. Me hundí y me convertí en un ser despreciable, al final accedió para no perderme.

—¿Piensas que ese hombre es el que ha secuestrado a Victoria?

—Sin dudarlo. Después de que me entregara a la niña, tuvimos que huir, ¿quién se iba a creer que era mi hija si ni siquiera había estado embarazada? Solo puso una condición, que jamás le contáramos a ella que era adoptada. Ese hombre es un demonio; lo mueve el dinero nada más.

—¿Sabes de dónde saca a los bebés? —pregunto, angustiada.

—Tengo una ligera sospecha —confiesa rascándose la cara—, creo que secuestra a las madres, las mata y les roba sus hijos, que luego vende al mejor postor. Yo fui partícipe de ello; alguien murió porque yo quería ser madre, sino la de tantas jóvenes inocentes.

Aria se estremece entre sentimientos de culpabilidad. Siento compasión por ella, por cómo el hecho de querer tener un hijo ha destruido tantas vidas.

—¿Sabes su nombre?

—No. —Niega con la cabeza—. Se hace llamar El inventor de sueños. Se jactaba de ser el creador de lo que las mujeres más desean y no pueden tener.

—Ser madres —respondo con el estómago revuelto y a punto de vomitar.

—Hace unos meses estuvo aquí en el pueblo, atosigándonos, espiándonos, quería más dinero. Es poderoso y, si no consigue lo que quiere, nos matará y entregará a Victoria a otra pareja.

—¿Y a qué estáis esperando para pagar? —pregunto.

—No se ha puesto en contacto con nosotros, no sabemos dónde puede estar, o dónde tiene a Victoria ni con quién —confiesa.

—Y la doctora que te habló de él, ¿qué sabes de esa mujer?

—Poco, se llama Dominique Brown, intentamos contactar con la clínica, pero ha cerrado y, al parecer, a ella se la ha tragado la tierra.

Dominique Brown, ¿dónde he leído ese nombre? Me despido de Aria agradecida porque me haya contado la verdad. Confesar lo que hizo la ha destrozado hasta dejarla como una muñeca de trapo. De camino a casa, rezo por Victoria, para que siga con vida y Lucas la encuentre pronto.



Capítulo 44

Victoria Parker

La casa roja
En algún lugar cerca de Magnolia Lake

«Las inteligencias poco capaces
se interesan en lo extraordinario,
las inteligencias poderosas,
en las cosas ordinarias».
Víctor Hugo

Hace tres noches escuché a Gideon regresar cerca de las tres de la madrugada. A través del hueco de la ventana que queda libre de tablones, lo vi bajar del coche. Por cómo andaba, tuve la certeza que siguió bebiendo y que ni se dio cuenta de que llevaba la ropa manchada de sangre.

¿A quién habría matado esa noche? Porque no me cabía duda de que alguien estaba muerto por su culpa. Entró en la casa dando un portazo y armando algarabía con sus gritos e insultos hacia Mor. Fue la primera vez que sentí miedo de que en ese momento de euforia, después de haber asesinado, y con los efectos del alcohol embriagando su cabeza, dejase escapar la rabia que me tiene y quisiera ejecutar las amenazas que me arrojaba a diario.

Me arrodillé detrás de la puerta, para escuchar las palabras que vociferaba a Mor, que por lo que entendí, dormía en el sofá.

Hablan en su lengua natal cuando no quieren que yo me entere. Lo que ellos no saben es que llevo estudiando su idioma semanas y que su complejidad ya no es un misterio.

Mor lo acusaba de que dejarse ver con esas manchas de sangre no era la mejor forma de mantenerse oculto y pasar desapercibido. Gideon soltó una carcajada, y por el ruido, me pareció que le había lanzado un vaso o una botella.

—No estás en posición de quejarte y de ser tan inmiscuido. Al final, tu vida va a valer menos que la de ella si sigues así.

—Estás borracho, lo mejor que puedes hacer es irte a dormir la mona. No creo que montar un espectáculo resuelva nuestro problema —escuché decir a Mor.

—¿Nuestro problema? Lo dices como si supieras algo que yo no sé.

Oí el tintineo de los cubitos de hielo caer en un vaso y a Mor golpear la mesa.

—Sí, Gideon, nuestro problema. Por Dios, deja ya de beber —gritó—, el jefe no coge el teléfono, no nos va a pagar y, por lo tanto, ya no tiene ningún sentido seguir reteniendo a la niña.

—Estate callado, o acabarás muerto tú también, recuerda que sigues vivo gracias a mí. Si en dos días no sé nada de él, el pequeño demonio morirá, no hay más que discutir.

—Conmigo no cuentes para otra de tus atrocidades, se nos está yendo de las manos. Estamos en paz, he pagado mi deuda contigo. Después de esto, no quiero saber nada más de ti y tus negocios, maldigo el día en que me crucé contigo.

Escuché el ruido de una puerta cerrarse y a Mor lamentarse andando en círculos de la cocina al salón y ahí se acabó la discusión.

De eso habían pasado dos días y si quiero escapar con vida, necesito un plan y Mor tiene que ser mi aliado. Me quedan menos de setenta y dos horas para descubrir por qué estoy secuestrada y salvarme de una muerte certera.

Aprieto el peluche contra mi pecho; dentro escondo lo único que puede sacarme de este lío. Me pregunto dónde estarán mis padres, si habrán avisado a la policía de mi desaparición o, en cambio, habrán huido y nadie me está buscando, si piensan abandonarme a mi suerte para que no se descubra lo que hicieron.

Todo comenzó aquel día en la escuela con un simple trozo de papel y todo acabará en esta casa cuando descubra quién es en realidad El inventor de sueños.

Capítulo 45
Cora Miller
Isla Rikers
Nueva York

La oscuridad envuelve cada rincón de la habitación. El aire es denso, casi irrespirable al abrir los ojos. Mi corazón late con fuerza, como si quisiera saltar del pecho y marcharse lejos de la pesadilla que me ha tenido atrapada en un sudor pegajoso gran parte de la noche.

Las imágenes revolotean sin descanso, aferrándose a mi piel, que sigue húmeda y con el miedo latente. La bandera de la Alemania nazi se fusiona con las caras de Hitler y de Joseph Mengele, quien, ataviado con una bata de médico, se acerca a mí e intenta matarme.

En el sueño estaba en una especie de laboratorio antiguo, notaba el frío a través del hierro metálico de una camilla a la que estaba atada con cuerdas y semidesnuda. Gritaba, pero nadie me escuchaba, solo oía las risas del médico nazi. Me encontraba embarazada, no de Emma, era otro embarazo, él se acercaba y con un bisturí, me abría el vientre y sacaba al bebé mientras sonaba una melodía de fondo que resultó ser mi despertador. Al abrir los ojos me quedé sin respiración.

El primer pensamiento que tengo es para Laia. Estoy segura de que sigue con vida, y si el suero ha funcionado con ella igual de bien que con Charlotte, Benjamin no iba a renunciar a perderla. No me cabe la menor duda de que la ha mantenido oculta estos años en algún sitio; lo que no tengo claro todavía es si su abuelo sabe dónde.

Aparco el coche en un hueco que queda libre en el lateral de la prisión. Robert Ann Harrington ha organizado un encuentro con Liam para que podamos hablar unos minutos. No quiero ni imaginar los

favores y el dinero que habrá tenido que pagar para que esta reunión se produzca, dado que el juez Ackerman ha denegado las visitas antes del juicio y pretende silenciarnos y que no se descubra su pequeño fraude judicial.

Después de pasar el control, dos guardias armados me acompañan hasta una sala amplia con una mesa y dos sillas en el centro.

Liam me aguarda sentado en una de ellas; lleva las manos y los pies con grilletes. Me parte el alma verlo así. No sé de qué manera voy a ser capaz de ayudarlo a salir de aquí y que no lo condenen por asesinato, ya que lo único que lo salvaría sería encontrar a Laia con vida.

Me saluda con una mueca de resignación, aunque entreveo una ligera esperanza de que mi visita traiga buenas noticias y alivie un poco su dolor. A pesar de que solo han pasado dos días, es indudable la desmejora a nivel físico y mental.

Va ataviado con el característico mono color naranja, que incrementa la lividez de su rostro y las arrugas marcadas debajo de los ojos. En la mejilla izquierda resalta un moratón incipiente; me estremezco al pensar que no salga de aquí con vida. El guardia penitenciario nos hace una señal de que nada de contacto físico y nos advierte con voz grave que aprovechemos bien los quince minutos que el alcaide nos ha concedido.

—¿Cómo te encuentras? —pregunto con tristeza.

—He tenido días mejores, pero no se está mal. Cuando eres un asesino, la gente te respeta —responde con ironía señalando el pómulo.

—Robert dice que en breve irás a juicio. El juez tiene prisa por condenarte, quiere acabar con este asunto lo más rápido posible.

—No es eso lo que me importa, ¿has podido averiguar algo de Laia? —pregunta, esperanzado, rozando mi mano.

—He estado en Fredericksburg. Bonito lugar, por cierto, aunque desluce un poco gracias a tu suegro.

—Vaya, lo has conocido. Se me olvidó decirte que llevaras una estaca antes de reunirte con él. Es como los vampiros, te chupa la sangre hasta matarte.

Liam se revuelve incómodo en la silla. Tira con fuerza de uno de los grilletes ante la atenta mirada del funcionario, que, armado hasta los dientes, protesta dando un golpe en la puerta.

—¿Y qué te ha contado ese viejo inútil?

—Cosas interesantes, Liam.

Le informo del pacto que tenían Benjamin y Charlotte y del que, creo que gracias a él, su hija Laia sigue con vida. La huida desde Berlín hasta Fredericksburg. La adopción de su mujer por un matrimonio vinculado al nazismo y los primeros años de su vida en aquel pueblo encantador, pero que albergaba parte de la sociedad alemana del Tercer Reich.

Lo que más le impacta, aunque no le sorprende, puesto que siempre ha sido un tema del cual su mujer se negaba a hablar, era su nacimiento en un laboratorio a manos de un médico nazi. De ahí la conexión entre ella y Benjamin, ya que el joven que le había proporcionado los cuidados necesarios no era otro que el hijo del doctor, Benjamin Rookwood, o como en realidad se llamaba, Otto Gerhardt.

—No lo entiendo, Cora. ¿Me estás diciendo que mi mujer fue la primera niña gestada por ese suero? ¿Que el mismísimo Mengele fue su creador?

Liam se tapa la cara con las manos, sobrecogido por el cambio de los acontecimientos.

—Ahora lo más importante es encontrar a tu hija. Tiene que estar oculta en algún sitio seguro bajo el control de tu suegro.

Con lamento, me confiesa lo que ocurrió horas antes de venir al mundo su hija, que, unido a lo que yo le he dicho, parece que parte de los secretos que no entendía de su mujer comenzaban a encajar.

—El día que se puso de parto todavía seguíamos discutiendo que nombre ponerle. Íbamos camino al hospital cuando Charlotte me obligó a parar en una de las joyerías del centro de Manhattan.

—Si Lucas se hubiese detenido en cualquier sitio camino del hospital el día en que nació Emma, hoy en día esa niña no tendría padre. ¿Por qué parasteis? —pregunto intrigada.

—Me obligó a esperar en el coche. Diez minutos después, salió tan tranquila a pesar de las contracciones. En la mano llevaba una

caja de color rosa. Dentro había una medalla de Santa Eulalia. «Nuestra hija se llamará Laia», me dijo.

—Es un bonito nombre —exclamo sonriendo.

—Yo no entendía nada, así que asentí y arranqué el coche hacia el hospital. Cuarenta minutos después, Laia descansaba en los brazos de su madre y con la medalla en el cuello.

—¿Tu mujer era religiosa?

—No, que yo supiese. Mi hija nació el mismo día de la festividad de la santa, el 12 de febrero. Me contó que cuando era solo una adolescente, había sido perseguida y que tuvo que huir por proclamar el cristianismo como su fe, que a pesar de ello, nunca la perdió, y cuenta la leyenda que en su lucha siempre tuvo la compañía de ángeles que la cuidaban.

—Bonita historia —digo, conmovida.

—Mi hija nació con una marca de nacimiento en la parte superior del antebrazo derecho. Parecen dos alas de ángeles desplegadas.

—Vaya, pues qué casualidad.

—No hay nada casual, créeme. No sé cómo mi mujer lo sabía, pero estoy seguro de que ella también tenía esa misma marca debajo de su tatuaje.

Uno de los agentes penitenciarios me toca el hombro con el arma.

—Han pasado los quince minutos. Es hora de volver a la celda.

—Ten mucho cuidado, Liam. La encontraré aunque sea lo último que haga —le juro con voz queda, a pesar de que no estoy segura de poder cumplirlo.

Se marcha arrastrando los pies y custodiado por dos guardias que lo agarran de los brazos y se lo llevan por el pasillo que llega al módulo central de la cárcel. Un dolor en el pecho me sacude al ver como su vida cambió en el momento en que conoció a Charlotte. ¿Habría sido diferente de no haberla conocido? Con seguridad que sí, pero en ese caso, jamás nos habríamos conocido.

Capítulo 46
Sheriff Castillo
Club Shade Morgan
Magnolia Lake

Me levanto por enésima vez a rellenar la taza del café, no dejo de darle vueltas al caso. Tengo la certeza de que alguien ayudó a Victoria y que su nombre vaga entre la marea de pensamientos intrusivos sin poder ponerle cara. Delgado entra en el despacho y se deja caer en una de las sillas como si fuese una ficha de dominó. Imagino que no duerme bien a raíz de lo que Jimmy me contó sobre cómo marchaba la relación con su novia, Miranda Warren. A pesar de ello, no tengo ninguna queja del trabajo que está realizando con la investigación. Se sirve un café después de soltar las fotografías que ha enviado el equipo de criminalística del teléfono móvil de Radmila.

—¿Has dormido esta noche, Oli? —pregunto preocupado.

Oli es el diminutivo con el que su familia y amigos le conocemos. La amistad se remonta a cuando éramos jóvenes, jugábamos en la cancha al baloncesto y nos emborrachábamos en el parque. Dos años después de la desaparición de Amanda, con la que compartía clase, se marchó a la universidad asqueado de vivir en el pueblo. Cuando regresó, frustrado porque la carrera no había sido lo que él esperaba, comenzó a salir con Miranda y a dar tumbos por diferentes trabajos. Siempre creí que entre mi cuñada y él ocurrió algo que nunca llegó a cuajar, no sé si por timidez o porque el secuestro de Amanda lo hizo imposible. Cinco años después decidió hacer las pruebas de ingreso como agente y entró a formar parte del equipo del fallecido *sheriff* Logan. Es intuitivo, trabajador, leal y educado. Es de esa clase de personas que prefiere observar callado

antes de hablar. Ha demostrado su valía con creces, lo que le ha llevado a que hoy día sea mi ayudante y la persona en la que deposito mi vida.

—Tengo las conversaciones eliminadas del teléfono—me dice sin responder a mi pregunta—. La vecina tenía razón y se veía con alguien con el que tuvo una cita la noche del asesinato.

—¿Y sabemos a quién pertenece ese número?

—Por desgracia no, es de prepago. Pero han encontrado varias fotografías almacenadas. Míralas tú mismo —añade al esparcirlas encima de la mesa—, se hicieron en el club Shade Morgan.

—Ya veo, y por la cantidad que hay, parece que lo frecuentaba bastante. ¿Has encontrado algo en la basura?

—Lo más significativo, un test de embarazo con resultado negativo y un pósit recordando la hora de la cita.

—Buen trabajo. Mientras yo voy al club, tú ve a hablar con el forense Palmer a ver qué te cuenta.

—Por cierto —prosigue—, Donovan me ha dicho que lo de la furgoneta es inútil. No hay denuncia de ningún robo en todo el condado y mucho menos ninguna en propiedad o alquilada por alguien de nacionalidad serbia o de Europa del Este.

—Está bien, seguiremos buscando. Buen trabajo, no sé qué haría sin tu ayuda.

Me mira azorado, es incuestionable su compromiso, pero me tiene preocupado y quiero demostrarle que estoy aquí para lo que necesite, que no solo soy el *sheriff*, que por encima de eso está nuestra amistad.

—¿Estás bien, Oliver? —Se detiene antes de abrir la puerta. Con una sonrisa, me miente y me promete que todo está perfecto. ¿Desde cuándo Oliver Delgado sabe mentir tan bien?

Llego al club antes de que abran al público. Morgan, la dueña, es una mujer de mediana edad quisquillosa y puntillosa con la manera de llevar su negocio, el cual regenta desde hace una década. Cuando repara en mí, con un manotazo al aire echa a la camarera con la que estaba discutiendo tras la barra.

—¡Buenos días, *sheriff*! ¿Qué te trae por aquí?

—Espero no pillarte en un mal momento.

—Tranquilo, no soy una jovencita ya y no se me da bien delegar, así que se me acumula el trabajo. Pero dime, no creo que hayas venido a tomarte una copa.

—Ya me gustaría. ¿Recuerdas a esta chica? —le pregunto al tenderle las cinco fotografías.

En todas ellas el fondo es la pared trasera de la barra. En cada una se puede ver a Radmila con diferente vestimenta, así que, por lo menos cinco veces había estado ahogando sus penas en alcohol por el cariz de su cara de tristeza.

—Siéntate, anda. Claro que sé quién es. ¿Le ha ocurrido algo? —me dice quitándose las gafas de pasta que se había puesto para ver las imágenes mejor.

—Lo siento, la encontramos ayer asesinada en su apartamento.

A Morgan se le escapa un grito ahogado y se tapa la cara aturdida por el impacto de mi confesión.

—¡Asesinada! —exclama sin creerlo—. Pobre chica, ahora que parecía que todo le iba bien.

Me revela que llevaba un año muy malo debido a una antigua pareja que la acosaba sin tregua, y que debido a un accidente de tráfico que dejó al hombre tetrapléjico, pudo volver a respirar, aunque el mal ya estaba hecho y la había vuelto insegura e irascible.

—¿Crees que pudo provocar ese accidente para deshacerse de él?

—Radmila no mataría ni a una mosca, fue mera casualidad, nada más.

—¿Sabes si tenía pareja ahora?

—Pareja no, estaba escarmentada como para confiar en alguien. Picoteaba aquí y allá cuando le apetecía, de hecho acababa de conocer a un hombre. El lunes vino después del trabajo, me reveló que había tenido un mal día tras la muerte de uno de sus pacientes más queridos. Se conocieron esa noche, creo que la pilló con la guardia bajada el muy cabrón…

—¿Solía venir a menudo? —interrumpo.

—Sí, era habitual, unas tres o cuatro noches por semana.

—¿Qué ocurrió esa noche?

—Estaba a punto de marcharse cuando llegó ese hombre. Era apuesto, encantador y con un porte atlético y musculoso. Se sentó en la barra a su lado y le entró invitándola a una copa. Ella dudó un segundo, no quería líos, pero él comenzó a hablar y al final accedió al ver que era serbio al igual que ella. Se rieron de la suerte y la casualidad de encontrarse dos compatriotas en el mismo bar y, enseguida Radmila se relajó.

—¿Te contó algo de él? ¿Su nombre? ¿Dónde trabajaba o vivía?

—Solo que habían vuelto a quedar para cenar la noche del martes, ya no volví a verla ni hablé con ella. A mí no me gustó. Esa clase de hombres no son trigo limpio, intentan conquistar a una mujer mostrando lo que ellas quieren ver. Desde el principio, me dio mala espina y parece que no me equivocaba. ¿Por qué me callé?

—No es tu culpa. ¿Por qué no se lo dijiste?

—Era mi opinión y no quería molestarla con tonterías. Pensé que, aunque fuese un romance pasajero, le vendría bien volver a sentirse halagada y atractiva. Ojalá le hubiera dicho algo, está muerta por mi culpa.

—La única persona culpable es la que la mató, así que no te hagas mala sangre. ¿Podrías pasarte por la oficina para ayudarnos con un retrato robot?

—Tengo algo mejor, *sheriff*. —Mete la mano izquierda en el bolsillo del pantalón y saca el móvil. Después de unos segundos trasteando, me enseña una fotografía que hizo sin que él se percatase.

—Envíamela, Morgan.

—Jefe Castillo, siempre es un placer verle.

—Morgan, seguimos en contacto.

En la imagen se puede ver al hombre sentado con una copa en la mano. A su lado se distingue la melena morena y la cara borrosa de Radmila, da la impresión de estar alegre y confiada. En cambio, él parece borracho; tiene los ojos rojos, vidriosos y soñolientos mientras la mira suspicaz. Una cicatriz antigua le cruza la mejilla derecha dándole un aire rudo.

Me despido y regreso a la oficina con la esperanza de que ese hombre esté fichado. Algo en él me resulta familiar, aunque juraría

que no lo he visto en mi vida.

Capítulo 47
Cora Miller
Bufete Clayton, Chesworth, Harrington
Canandaigua

Llego al despacho con resaca emocional después de mi viaje a Fredericksburg, el hecho de tener que contárselo a Liam no ha ayudado a encajarlo mejor, si acaso, todavía peor.

A punto de entrar en el Bufete de abogados donde Robert es uno de los socios y reunirme con él, comienza a sonar el móvil. Es Sophie Hall. Al llegar al hotel anoche vi varias llamadas suyas, pero mi mente no estaba para enfrentarse a nada más que el calor de una cama.

—¿Cómo estás, Sophie? Estoy un poco ocupada ahora mismo.

—Será solo un momento. Ayer te llamé un montón de veces, ¿dónde te metiste?

—Lo siento, no tuve muy buen día. ¿Qué ocurre?

Escucho sobrecogida la información que ha averiguado; cuando cuelgo, creo que el corazón me ha dejado de latir. Entro en la oficina, agitada. Robert está de pie dando vueltas alrededor de la mesa. Tiene la cara rígida, las pocas horas que duerme preparando el juicio y deseando conseguir pruebas para que declaren a Liam inocente a pesar de haber cometido un asesinato en primer grado, le está pasando factura.

—¿Cómo va la defensa?

Mantengo la esperanza de ver libre a Liam y que la impresión que me ha dejado en el cuerpo la visita a Rikers solo sea un mal recuerdo.

—No te he hecho venir por eso. Será mejor que te sientes —dice acercándome una silla—. Esta mañana han encontrado muerto al

padre de Charlotte. Se ha suicidado de un disparo en la cabeza.

—¡Vaya! No te voy a decir que me duela, porque mentiría; en realidad, era un cabrón, y su padre un asesino. —Siento como la cólera me sube por el estómago hasta la garganta y la bilis agria me da arcadas.

—Imagino que, al saber que iba a salir a la luz quién era en realidad, ha decidido volarse los sesos.

—No siento pena por alguien así, y más después de escuchar a Sophie contarme más cosas que ha averiguado sobre él. Ese viejo, que parecía tan delicado y frágil cuando lo vi por primera vez, nada tenía que ver con la realidad.

—¿Algo que pueda valerme para el juicio?

—Ya lo creo, Robert. Sophie me acaba de contar que nuestro suicida y el juez Ackermann se conocían desde hace más de treinta años. Al parecer, le gustaba veranear en Fredericksburg y codearse con gente influyente y con grandes fortunas.

—Un dinero manchado de sangre inocente —recalca Robert.

—Exacto, pasta nazi a espuertas. No solo montó la campaña para la elección del juez hace quince años en Nueva York, sino que sobornó con más de cincuenta millones de dólares al gobernador de Canandaigua para que saliese elegido Benjamin Rookwood como alcalde.

—Creo que va a tener una jubilación anticipada si no quiere que toda esta información le reviente en la cara.

—Hay más… ¿Qué te parece un testigo falso, un juicio amañado y un suero nazi? —Abro el bolso y le entrego la investigación sobre Benjamin Rookwood y el proyecto—. Sé que te pido mucho, Robert, pero haz todo lo que sea posible para sacar a Liam de la cárcel. Yo, mientras tanto, voy a regresar a Fredericksburg. Tengo el presentimiento de que me olvidé algo muy importante allí.

—El juicio será el mes que viene; date prisa en encontrar a esa niña, su testimonio podría equilibrar la balanza a nuestro favor.

Una idea me ronda desde que me marché de la casa del terror, una sospecha, más bien, que no consigo sacarme de la cabeza. ¿Es posible que Rolf Mengele organizara el secuestro de su nieta Laia después de la muerte de su hija?

Capítulo 48

Amanda Miller
Casa de la familia Miller
Magnolia Lake

Los impulsos son respuestas neurológicas automáticas, motivadas por la necesidad de satisfacer un deseo interior. La teoría sostiene que son energías internas, cual fuerzas invisibles dentro de nosotros que nos llevan a actuar de determinadas maneras. Anoche noté ese impulso eléctrico recorrer cada centímetro de mi piel. Sentí el pecho en llamas, las mariposas en el estómago revolotear. Fue un instante, pero más que suficiente para dejarme llevar por él y arrastrarme en una aborigen de locura al besar a Oliver Delgado.

Su respuesta fue cálida, húmeda y ligeramente tosca. Al separarnos, cuando todavía estábamos en una nube entre la sorpresa y el deseo a partes iguales, me agarró del brazo y nos fundimos en una locura desbordada de pasión que acabó en su cama. Esta mañana, entre susurros y risas, hemos recordado lo sucedido, lo mismo que dos niños que han hecho algo prohibido y se sienten eufóricos porque comparten un secreto que nadie más sabe. Nos acabábamos de separar de uno de esos besos robados que no podíamos ni queríamos evitar cuando nos ha sorprendido Taylor entrando por la puerta de la cocina. Disimulé dándome media vuelta y me puse a fregar los platos, dejando a Oliver aturdido por la sorpresa. No sé si Taylor ha notado algo, pero dormir a su lado ha sido una de las cosas más difíciles que he hecho en mucho tiempo. Tendría que sentirme culpable por engañarle, después de haber soportado mis días de silencio y estallidos emocionales que este año me han hecho vivir un calvario, pero no lo siento. Besar a Oliver y

hacer el amor con él ha sido como regresar al hogar familiar y sentarte junto a la chimenea con tus seres queridos.

La nostalgia es mala consejera, sobre todo si sientes añoranza de la primera vez que sus labios me rozaron, recién cumplidos los trece. Mucho ha llovido desde entonces y mucho más nos ha separado. La muerte de Vera, mi enamoramiento absurdo de Taylor y mi cabezonería de que tenía que ser el primero con el que probar el sexo. Mi secuestro sin duda tampoco ayudó, aunque cada una de esas vivencias me han llevado a estar delante de Oli y sentir el fogonazo que me hizo volver a revivir el pasado. Los malditos impulsos que creía que ya no me afectaban.

Al margen de todo este drama amoroso personal, hay que añadir lo que Aria me contó sobre la adopción de Victoria. Me pidió veinticuatro horas para poner su vida en orden antes de lanzarlos a las garras del *sheriff*. Nora cree que cometo un error y que ese tiempo puede ser determinante para la vida de la niña. Aunque soy una loca enamorada y díscola, siempre cumplo mis promesas, y esta no va a ser menos. El matrimonio tiene hasta la noche; pasadas las nueve, mi cuñado sabrá la verdad sobre ellos.

Observo a Taylor, está bromeando con Lucas, sin un ápice de sospecha por lo ocurrido, sonriente me acaricia la mejilla al marcharse al trabajo. Nora observa de reojo la escena sin pronunciar palabra, mientras Oliver, que ha venido a recoger a Lucas, sale despavorido detrás de él. Yo no sé qué decir y prefiero esperar el momento en que alguna inapropiada palabra salga de su boca, acusándome de infiel.

Hoy se ha levantado refunfuñando y con cara de pocos amigos; quería dejar claro que estaba en contra de mi opinión. Sin embargo, lo que más temo por su mirada acusadora, es que observara el beso de despedida que anoche me dio Oliver cuando me dejó en casa. Sin embargo, si así lo piensa, por lo pronto decide que lo mejor es hablar del caso. Quizás solo está en mi imaginación y no ha descubierto nada y estoy calentándome la cabeza para nada.

—¿Has hablado con Cora? —me pregunta, intentando suavizar el ambiente.

—Ni había amanecido, estaba a punto de coger el coche de vuelta a Fredericksburg. ¿Te encuentras bien, Nora?

La noto más cansada de lo habitual, los movimientos al prepararse el té son pausados y errantes, y su mirada hacia mí, de disgusto.

—Estoy bien, niña. Es solo que el secuestro de Victoria me trae malos recuerdos.

—Lo siento, Nora, sé que esto es difícil para ti. Pero la van a encontrar, estate tranquila.

—¿Por qué Cora va a regresar a Fredericksburg? Creía que ya había hablado con el padre de Charlotte.

Le explico el suicidio del anciano y que mi hermana está convencida de que Laia no anda demasiado lejos de allí y que quizás ha estado oculta en esa casa todo el tiempo. A Nora le parece descabellada la idea, para mí, en cambio, se acerca bastante a lo que yo sufrí.

¿Acaso alguien en el pueblo sospechaba lo que el director del instituto y su hijo hacían? Nadie imaginó qué clase de demente se escondía bajo la máscara de un hombre culto, atractivo, amable y educado. Ni siquiera Vera, que llevaba a su hijo, sospechó el monstruo que ocultaba hasta que fue demasiado tarde. Así que ese viejo chiflado haya mantenido secuestrada a su nieta entra dentro de las posibilidades de un psicópata de manual.

Termino el café escudriñando los papeles del caso desperdigados sobre la mesa. Nora mantiene un silencio sepulcral; se bebe el té con la cabeza hundida y sin mirarme en ningún momento. Yo hago lo propio y por poco me atraganto con las tostadas al pensar que está enfadada conmigo y que soy responsable de ello.

Se levanta y lleva la taza al fregadero; su apariencia es tan frágil. Me siento mal por ocultarle no solo lo de Oliver, sino las amenazas que han vuelto y que no sé cómo voy a afrontar. El ruido del agua amortigua el estropicio que origina la taza al caer de las manos de Nora al suelo. Me sobresalto y me quedo paralizada cuando se gira y su mirada delatora me paraliza. Mis sospechas se hacen realidad.

—Me vas a contar por qué Oliver te besó anoche en el porche de casa o vas a seguir disimulando que no ha ocurrido nada entre

vosotros.

No sé qué decir ante su acusación, no sé si es porque tengo demasiada tensión acumulada en el cuerpo, o por verla tan disgustada conmigo, que rompo a llorar y me abalanzo sobre sus brazos buscando el cobijo de una madre. Nora me consuela dando por zanjada la conversación, quizás esperando encontrar otro momento más adecuado en el que yo esté preparada para hablar. Me insta a que vaya a dar un paseo con Emma y piense en cómo voy a solucionar el embrollo en el que me he metido.

Capítulo 49

Sheriff Castillo
Casa de la familia Patel
Magnolia Lake

La fotografía hace saltar las alarmas desde Magnolia Lake hasta la mismísima oficina central de la Interpol en Lyon, y eso antes del almuerzo. El hombre apuesto que enamoró a Radmila no es otro que el general Aleksander Gideon, conocido como La bestia de Belgrado. La llamada a las oficinas en Washington explicándoles el caso me hace dar más vueltas que una peonza. Después de dos horas hablando con diferentes departamentos, la sección encargada de la busca y captura de fugitivos peligrosos accede a que les envíe la fotografía. Tras la pertinente comprobación que demuestra que estoy en lo cierto, consigo que el oficial al cargo me mande por correo los nombres de los militares que sirvieron en el escuadrón de Aleksander y que buscan por crímenes de guerra.

Reúno a mi equipo compuesto por mi ayudante Oliver Delgado, la agente Sue Sullivan, Eric Donovan y la reciente incorporación, Jon McClanahan. A mi pesar, los necesito a todos y con ello dejar la casa Parker sin nadie que la vigile. Once hombres sirvieron en el escuadrón de la muerte. Tres de ellos murieron en la guerra y otros dos fallecieron después. De los seis que quedan, dos están cumpliendo condena en una cárcel de alta seguridad de Bélgica y los otros cuatro restantes son los que siguen en busca y captura.

El más peligroso y al que se le atribuyen más de cinco mil muertes es el general Aleksander Gideon. Su segundo al mando, Dragan Milosevic, no se queda atrás por su salvajismo y limpieza racial. Mor Ivanov, en cambio, era un buen hombre que se había visto inmenso en la guerra tras ser ejecutada su familia. Por último,

el joven comandante Oric Mladic, que, enajenado por la muerte de su hermana Ana a manos de las milicias, asesinó sin escrúpulos tanto a niños como a mujeres indefensas por el simple hecho de ser kosovares.

Les entrego las copias de las cuatro fotografías y envío a la agente Sullivan y a McClanahan a las poblaciones cercanas de Tomball y Pinerhurst, al sureste de Magnolia. A Donovan y a Delgado los mando al sur, a Panorama Village y a Santa Aurora. Yo decido quedarme en el pueblo; los padres de Victoria me han citado con urgencia a las cinco de la tarde en su casa. Presiento que nada bueno va a salir de esa reunión.

—Nos volveremos a juntar aquí a las nueve de la noche. Ya sé que estáis cansados y que lleváis muchas horas sin dormir, pero necesito un último esfuerzo, pensar en Victoria, su vida pende de un hilo.

La agente Sullivan corrobora mis palabras con un bostezo profundo.

—Lo siento, jefe —se disculpa.

—Preguntad en los bares de carretera, moteles, inmobiliarias por si han alquilado una casa. Buscad barrios donde haya viviendas abandonadas. Revolved hasta el último escondrijo y regresad aquí con algo.

Los cuatro se marchan con los ánimos encendidos y convencidos porque por fin hay pistas fiables para encontrar a Victoria. Yo decido que antes de ir a casa de los Parker voy a hacer una segunda visita a Simon Patel.

La puerta está abierta cuando llego y a él lo encuentro sentado en un sillón con una botella de vino en una mano y un cuchillo en la otra. Lo animo a que lo suelte y no se haga daño. Aunque su cuerpo está aquí, su mente se encuentra en un lugar donde se castiga por lo que hizo. Su mirada no irradia sorpresa al verme; me esperaba. El hombre cabal de hace unos días ha dado paso a una persona hundida y desesperada.

—¿Y tu mujer y los niños?

—Tranquilo, no les he hecho nada, están con su madre. ¿Cómo lo has sabido?

—Victoria es muy inteligente, pero no deja de tener cinco años. Necesitaba a alguien en quien confiar y que la ayudara con su plan.

—Cuando me lo contó, intenté convencerla de que debía decírselo a sus padres, que era una locura; se negó, me dijo que no podía confiar en ellos, que su adopción había sido un engaño.

—¿Quién ha organizado el secuestro?

Simon comienza a lloriquear como un niño pequeño; está fuera de sí, se siente culpable y sabe que, si al final Victoria muere, la culpa recaerá en él.

—Ella sospechaba de un hombre con el que se había cruzado varias veces. Lo llamaba El inventor de sueños. Puso la casa patas arriba buscando pistas; pocos escondites le quedaban ya cuando, hace unos meses, encontró los papeles de su adopción en una caja de zapatos dentro del respiradero del baño. Había fotografías de ese hombre, con fechas apuntadas en la parte trasera y notas escritas con esa frase. También un resguardo de un cheque por dos millones de dólares, imagino que como pago por ella.

—Te acusaré de cómplice de secuestro si le ocurre algo. Esto es demencial —grito.

—Eso pensé yo cuando me lo contó, pero no lo es, ella quería conocer la verdad y sabía que sus padres iban a mentir, o lo que era peor, desaparecer, y con ello la posibilidad de descubrir qué había ocurrido en realidad.

—Por eso se dejó secuestrar, y tú la ayudaste. Entraste después en la casa y pusiste la sangre.

—Quería despistarte y ralentizar la investigación. A mí no me parecía bien, que conste. Ella necesitaba tiempo para averiguar quién era ese hombre y encontrar a su verdadera familia.

—Dos de tus cerdos murieron el mes pasado, ahora ya sabemos por qué —musito.

—Extraje demasiada y se quedaron sin sangre.

—¿Y qué ha ocurrido para que estés en el salón de tu casa con un cuchillo y borracho?

—Lo he visto en la televisión, muerto. El hombre, el de las fotografías, está muerto.

—¿De qué coño estás hablando?

—Benjamin Rookwood, *sheriff*, es la persona que entregó la niña a los Parker y lo han asesinado.

Capítulo 50
Cora Miller
La casa del nazi
Fredericksburg

Regreso hecha una fiera a la casa del nazi; ese apodo le viene que ni pintado dado quién era su dueño. Esta vez, no me da la bienvenida la enfermera de la vez anterior. En su lugar, un hombre que se presenta como su abogado me insiste en que me largue de allí cagando leches. Ante mis protestas y amenazas con hacer público el pasado de su cliente, me deja entrar; prefiere soportar mis preguntas a que su nombre se vea involucrado junto al de un nazi en todos los periódicos del país.

—¿Dónde está?

—No sé de qué me habla.

—No se haga el tonto, estoy buscando a la enfermera que cuidaba al viejo. Sabe dónde puedo encontrarla y no me voy a ir sin averiguarlo.

—Aunque lo supiese, no se lo diría. No acostumbro a dar información privada de los empleados de mis clientes y menos a gentuza periodística.

Con premura, me agarra del brazo y me empuja contra la puerta, echándome de la casa.

—Esto no va a acabar aquí, encontraré a la niña y no escatimaré en llevarme a quien haga falta por delante, incluidos abogados que prestan sus servicios al régimen nazi.

Grito con todas mis fuerzas, consumida por la rabia que siento. Regreso por el camino de piedra, enfurecida. El móvil no ha dejado de vibrar durante la discusión, sé que es Lucas, pero ahora no puedo

distraerme hablando con él. Estoy a punto de entrar en el coche cuando escucho a alguien llamarme.

—¡Señorita! ¡Aquí! —Miro hacia los lados y escondida tras un matorral aledaño a la mansión, una mujer me hace señas para que me acerque hasta ella.

—¡Rápido!, ¡no quiero que me vean hablar con usted!

La mujer rondará los sesenta años; con pelo canoso y cuerpo entrado en carnes, le da cierto aire bonachón. Lleva un delantal manchado de harina y pegotes de una masa indeterminada. Parece la típica abuelita que espera a su nieto un domingo por la tarde con una gran tarta casera humeante.

—¿Trabaja en la mansión? —pregunto con un halo de esperanza en mi voz.

—La mujer que busca se llama Dominique Brown y es doctora. Se marchó a las pocas horas de irse usted. La vi salir cargada con maletas.

—¿Sabe dónde puedo encontrarla? Es urgente que hable con ella.

—Siempre que ha tenido problemas, se ha refugiado en casa de su hermano. Viven en un pueblo al sur de Nueva York.

—¿A qué se refiere con problemas? —pregunto.

—Perdió la licencia hace unos años. Su marido trabajaba en los laboratorios con Charlotte. Estaba en el consejo y dirigían su propia clínica de fertilidad los dos. Algo salió mal con un bebé y los padres denunciaron. La inhabilitaron de por vida a ella y a él lo echaron de los laboratorios. Se suicidó días después.

—¿Cuándo llegó aquí ella?

—Al mes de morir Charlotte entró a trabajar como cuidadora de su madre, aunque no es que la ayudara demasiado.

—Al mes… —Las piezas comienzan a encajar—. ¿Vino con un bebé? —pregunto con voz trémula.

—No que yo sepa, señorita. Ella vivía en la casa de invitados que está en la parte de atrás de la mansión. No se relacionaba con nosotros, nos miraba por encima del hombro, como si fuésemos inferiores por no tener una carrera y estar limpiando mierda.

—Lo siento, odio esa clase de personas que se creen superiores. ¿Sabe dónde puedo encontrarla?

—Como ya le he dicho, no andará muy lejos de casa de su hermano. Si no fuese por él, estaría en la cárcel. Vive en Canandaigua.

—¿Quién es su hermano? —Me temo que la respuesta ya la sé, por mucho que quiera negar la evidencia. Todo ha sido un gran complot para hacerse con la hija de Charlotte y Liam.

—El juez Harry Ackermann; son hermanastros, la segunda mujer de su padre tenía una niña del anterior matrimonio.

Escuchar el nombre de los labios de la mujer es una explosión en mi cabeza que me deja mareada y casi a punto de vomitar. Dominique Brown fue la testigo falsa que declaró en el juicio de Benjamin Rookwood, un juicio presidido por el juez Harry Ackermann, que por aquel entonces ejercía su cargo en la ciudad de Nueva York.

Capítulo 51
Sheriff Castillo
Oficina del sheriff
Magnolia Lake

Aria y Magnus Parker se encuentran detenidos en el calabozo de la planta baja tras la declaración jurada confesando lo que hicieron para adoptar a Victoria.

Sue y McClanahan son los últimos en llegar y, por sus ánimos, sospecho que vienen con noticias jugosas y alentadoras. Sue se sienta al lado de Delgado, preparada para gastar la poca energía que le queda en pincharle.

Observo disgustado mientras se sientan los cinco alrededor de la mesa de mi despacho, donde he repartido refrescos, botellas de agua y varias *pizzas* del restaurante de mi cuñado. Es lo menos que puedo hacer después de que lleven días sin descanso y toda la jornada recorriendo los pueblos de alrededor.

—Antes de que me contéis lo que habéis averiguado, os informo de que los padres de Victoria están en los calabozos, detenidos. Esta tarde han declarado que pagaron dos millones de dólares a un hombre por adoptar a la niña.

—¡Dos millones! —exclama Donovan—. ¿Quién tiene tanta pasta para comprar un bebé?

—Siempre hay malnacidos que hacen lo necesario por conseguir lo que quieren —se lamenta Sue.

—Por lo que han dicho, no saben nada de los verdaderos padres de Victoria, pero creen que el hombre los asesinó para poder robar a la niña.

—Tráfico de niños, lo que nos faltaba ya en este pueblo —berrea McClanahan golpeando la mesa.

Comienzan a hablar y gritar entre ellos armando una algarabía innecesaria; se lamentan de que haya personas que, al no poder tener hijos, lleguen a esos extremos inmorales para ser padres. Sue es la más afectada con diferencia; no logra contener las lágrimas. Madre de un niño de tres años, me imagino lo que se le está pasando por la cabeza en estos momentos, al igual que me ocurrió a mí cuando me lo contaron y pensé que si un depravado secuestrase a Emma y la vendiera como si fuera una transacción cualquiera, lo buscaría hasta meterle un tiro en la cabeza.

—¡Silencio! ¡Silenciooo! —grito alargando la última sílaba—. ¡Callaos de una puta vez! Delgado, Donovan, ¿qué habéis encontrado?

—No hemos tenido suerte, jefe —responde Oliver con una mueca de disgusto. Donovan coge un trozo de *pizza* y, con la boca llena, confirma lo mismo.

—Hemos recorrido cada centímetro de los dos pueblos y nadie ha visto nada, ni a Victoria ni a los secuestradores.

—Está bien, buen trabajo de todos modos. Sue, ¿qué me contáis vosotros?

—No queríamos interrumpir, pero hemos encontrado el premio gordo —declara McClanahan con orgullo por ser el portador de buenas noticias.

—*Sheriff*, en uno de los bares de Tomball recuerdan haber visto a finales de la semana pasada a Aleksander Gideon. Uno de los camareros nos ha contado que suele ir a media tarde y que antes de las ocho se larga, la mayoría de las veces borracho como una cuba, aunque desde el miércoles no ha aparecido por allí.

—¿Estáis seguros de que es él?

—Cristalino como el agua. No les gustaba que fuese porque siempre la liaba; la última vez se dio de puñetazos con dos chicos. Luego no lo han vuelto a ver.

—Montaremos un operativo, mientras tanto, id a descansar. Mañana os quiero a todos en las calles de Tomball.

—*Sheriff*, el dueño de la única inmobiliaria que hay en el pueblo cree haberlo reconocido, recuerda que concertó una cita con uno de sus empleados hará dos semanas. Intentará ponerse en contacto

con él, aunque parece que va a ser complicado, se casó hace unos días y está de vacaciones.

—¿No te dijo qué era lo que buscaba?

—Rebuscó por los cajones de la mesa, pero no encontró nada, y la contraseña de su ordenador no se la sabe. Cree que buscaba una casa a las afueras, aunque no está seguro.

El cansancio de mis agentes es palpable al verlos desperezarse, tenemos que encontrar pronto a Victoria, porque las fuerzas se agotan y eso la pone en peligro.

—Mañana regresad los dos y que os señale en un mapa las urbanizaciones que estén alejadas, abandonadas o desahuciadas. Estoy seguro de que tienen a Victoria en alguna de esas casas. Id a dormir y mañana será otro día. Reunión a las ocho en punto.

El equipo se marcha decaído, y más de uno bostezando, después de no dejar ni un rastro de comida. Yo regreso a casa dando un paseo y poniendo en orden cómo vamos a afrontar el rescate de Victoria. Vuelvo a llamar a Cora, y comienzo a inquietarme, ya que otra vez me salta el buzón de voz. ¿Dónde se ha metido esta mujer?



Capítulo 52

Victoria Parker

La casa roja
En algún lugar cerca de Magnolia Lake

«Primero tienes que aprender
las reglas del juego,
y después jugar mejor que nadie».
Albert Einstein

Victoria está al corriente de todo lo que necesita antes de emprender la huida. Gracias a Mor, que se ha apiadado de la niña y la noche anterior le confesó lo que quería saber sobre su secuestrador. Después de que se durmiera Aleksander, fue a visitarla, antes del amanecer. Le contó que la persona que había organizado su secuestro se llamaba Benjamin Rookwood, y que, por desgracia, un hombre lo había asesinado hacía unos días, no conocía todos los detalles, pero había aprovechado las borracheras de Gideon para sonsacarle información. Lo que había descubierto le horrorizó, y así se lo hizo saber; su rapto siendo un bebé, los dos millones de dólares pagados por sus padres, la adopción falsa… Y un largo etcétera que la niña escuchó sin mostrar el más mínimo signo de debilidad.

Según sus indagaciones, el tal Rookwood había estado enzarzado en un juicio por la muerte de una mujer y su hija y por la creación de un suero que para él era una aberración.

No podía obviar lo que sospechaba, que la pequeña podía ser uno de los experimentos con los que Rookwood se estaba haciendo millonario. A Victoria no le sorprendió lo más mínimo; de hecho, a Mor le pareció que la niña ya lo intuía.

Este le prometió que la iba a ayudar a escapar y que no se preocupase por él, que, al fin y al cabo, no podía vivir debido a que lo atormentaban los fantasmas del pasado.

Victoria se compadeció de él, en realidad, le caía bien y entendía su sufrimiento. Sin tenerlas todas consigo, prefirió callar lo que ocultaba dentro del peluche y convencerlo para dejar que ella trazara un plan. Lo único que debía hacer él era deshacerse de Aleksander.

Del tercer hombre ya lo haría ella en el momento adecuado.

Mor dudó unos segundos antes de aceptar el trato, aunque no podía hacer otra cosa si quería que la pequeña viviese. Le suplicó que no le contase nada, ya que si conocía el plan, estaba seguro de que Aleksander lo descubriría. Era hábil para esas cosas, olía el miedo en sus víctimas y se alimentaba de él antes de acabar con ellas. Notaría que le ocultaba algo con la primera palabra que saliese de su boca y pondría en peligro la vida de la niña. Bastante esfuerzo tenía que hacer ya para que no se diese cuenta de que estaba compinchado con Victoria.

Salió de la habitación receloso mientras murmuraba el nombre de su mujer e hija sin cesar. Se le daba fatal mentir, y de solo pensar que Aleksander descubriera que iba a dejarla escapar, un estremecimiento se apoderó de su cuerpo ya contraído por el miedo.

Al atardecer, Aleksander se encuentra más tenso de lo habitual, y el alcohol no le ayuda a pensar con claridad. Se jacta de que ha asesinado a una mujer unos días antes y que prefiere matar a la niña antes que dejarla libre. Visiblemente enfadado por la muerte de Benjamin, coge el arma que guarda en la mochila y la carga. Está cansado de esperar; es mejor acabar cuanto antes el trabajo. Sin pensárselo, abre la puerta de la habitación de Victoria, la mira arrodillada bajo el ventanal, alza la mano y apunta con el revólver a su cabeza.

Capítulo 53
Cora Miller
Casa familiar del juez Ackermann
Canandaigua

La majestuosa mansión de estilo neoclásico, con sus imponentes columnas blancas y techos altos, se alza elegante en medio de una alfombra de césped perfectamente cuidado.

El aroma de las flores recién regadas se mezcla con el fresco aire del amanecer, creando una atmósfera de serenidad y paz que es engañosa. Rosales en plena floración delinean los senderos de piedra que serpentean por el jardín, guiando a sus invitados hacia rincones encantadores con bancos de madera y estatuas de mármol.

En la parte trasera, un estanque de agua cristalina refleja el verdor de los árboles circundantes, mientras una fuente central aporta un suave murmullo al ambiente. Más allá del jardín, el bosque se extiende en una densa masa de árboles centenarios, sus sombras refrescantes invitan a pasear y explorar los senderos ocultos entre la vegetación exuberante.

La propiedad del juez Ackerman es verdaderamente un refugio de tranquilidad en medio de la naturaleza, perfecta para ocultar a una niña secuestrada.

Me aproximo convencida de encontrar a Laia allí, escondida en un cuarto oscuro, esperando ser rescatada de su abuelo y de un juez corrupto.

El timbre suena con una melodía clásica ascendente y armónica, sin ser demasiado estrepitosa. Una mujer ataviada con un vestido negro abre con cara de circunstancia dado las horas que son.

Cuando pregunto por el juez, me mira con disgusto y me sugiere que me marche y vuelva en otro momento. Mis gritos ponen la casa

en alerta, mis preguntas sobre Dominique y mis amenazas surten el efecto que pretendo, sacar de quicio al juez Ackerman.

Escucho su voz grave y profunda antes de verlo bajar las escaleras, con impaciencia ordena a la mujer que nos deje solos. Me coge del brazo y me arrastra fuera, una vez allí me arrincona contra un seto de la entrada. Su cara refleja un odio visceral hacia mí, rabia por haber llegado tan lejos y miedo a que su vida de lujo y poder se tambalee hasta derrumbarse.

—Creí que le había dejado claro que no es bienvenida, y mucho menos en mi casa, ¿quién se ha creído que es para venir aquí y molestarme? Si no se va, acabará igual de mal que su amigo.

—Donde yo acabe no importa, para esta tarde ni su dinero ni el poder que cree tener podrá impedir que vaya a la cárcel. —Mi amenaza paraliza su risa impetuosa y cargada de connotaciones mordaces.

Enrojece lleno de cólera que se hace evidente cuando su mano agarra mi cuello y aprieta en un intento de superioridad que ya no existe.

De un empujón, lo aparto, y al caer se golpea la espalda contra un árbol cayendo al suelo. En realidad, solo es un hombre acabado que intenta mantenerse en pie al ver caer su imperio. No quiero imaginar la de injusticias y muertes que a lo largo de los años habrá ocasionado por llegar a conseguir influencia y privilegios.

—¿Dónde están su hermana y la niña?

—Dónde no podrá encontrarlas. —El juez escupe cada palabra mostrando la arrogancia petulante con la que lleva años induciendo miedo en sus víctimas.

—Ahora mismo, la Corte de Apelación de Nueva York está decidiendo si anular el juicio donde declaró inocente a Benjamin Rookwood ante la infinidad de pruebas que han salido a la luz. Ya sabe lo que significa eso, el escándalo que se originará, la gente de este pueblo va a ser tan letal al igual que su salida de los juzgados camino de la cárcel.

—¡Hija de puta! ¡La mataré! ¡Juro que la mataré!

Lo dejo con la palabra en la boca, tragándose sus amenazas, mi cometido ya está hecho. Regreso caminando y con una ligera

expresión de satisfacción hasta llegar a la comisaria, donde me esperan el agente Tony, el detective Grossman y el recién llegado *sheriff* Buford Barsanti, al que han puesto al día antes incluso de llegar a las oficinas.

—¿Habrá picado? —pregunta Grossman.

—Creo que tiene miedo de que encuentre a la niña, querrá sacarla cuanto antes de aquí y llevarla a un lugar seguro.

—Espero que la treta de la Corte de Apelación lo haya impresionado, Cora —agrega Tony.

Estoy intranquila por Laia, necesito que esto salga bien y se reúna con su padre. Grossman se coloca los cascos a la espera de que el juez haga una llamada; esta madrugada han pinchado su teléfono y hay un equipo preparado para seguirlo si decide salir en busca de su hermana y la niña.

—Muchas gracias por confiar en mí, *sheriff* Barsanti. Le agradezco que haya puesto todos los medios para encontrar a Laia.

—En este pueblo somos muchos los que pensamos que Ackerman es un corrupto y que el nuevo alcalde no se quedaba atrás.

Un pitido me hace temblar, nos avisa de que Ackerman está realizando una llamada. Después de escucharla, el detective Grossman pone a todo su equipo en marcha. Han localizado a Dominique Brown.

Capítulo 54
Sheriff Castillo
En busca de Victoria
Tomball

Las últimas pruebas que esperábamos del laboratorio de criminalística llegan unas detrás de otras. Delgado y yo nos hemos dirigido a Tomball antes del amanecer. Oliver está eufórico porque el dueño de la inmobiliaria consiguió hablar con su empleado y nos ha dado una dirección a las afueras del pueblo. Sue y McClanahan están haciendo guardia a la entrada del bar donde Aleksander solía ir por las tardes, y Donovan se ha quedado custodiando al matrimonio Parker en los calabozos.

—No parece que haya ninguna casa abandonada, jefe.

—Ya me he dado cuenta, están un poco viejas, pero ninguna deshabitada.

—Creo que esto es otro callejón sin salida —protesta.

—Vamos a volver a la inmobiliaria, seguro que ya está abierta.

—¿Un café? No he dormido mucho.

—¿Miranda? —pregunto incómodo. No es mi intención molestarle, pero me doy cuenta de que algo le preocupa y que no se atreve a contármelo.

—No exactamente, es algo complicado y no estoy seguro de que ahora sea el mejor momento para decírselo.

Le doy una palmada en la espalda y le tranquilizo, cuando acabe todo, necesitaremos sentarnos a tomarnos un buen café y que se desahogue sin presiones.

Después de mucho pensar, el dueño de la inmobiliaria nos habla de una urbanización a las afueras con muy mala fama debido a

varias muertes sin resolver, pero que tiene varias propiedades deshabitadas a causa del estado insalubre.

Son cerca de las dos de la tarde cuando aparcamos el coche en la entrada del complejo, este se extiende por cuatro calles paralelas entre ellas. Están separadas por una carretera principal que las atraviesa, dejando dos hileras de casas a cada lado. Damos un paseo sin llamar demasiado la atención, en la gran mayoría se escuchan gritos de niños o ladridos de perros al pasar por delante.

—No parece que vayamos a encontrarla aquí.

—Sigamos hasta el final —ordeno impaciente.

Descartamos las dos primeras calles del lado sur después de registrar la única casa que está vacía. Mientras nos dirigimos al lado norte, llamo a la agente Sullivan y nos confirma que, de momento, todo está tranquilo por el club. Tras cuatro horas, regresamos convencidos de que algo se nos ha pasado por alto.

Llegando a casa, me vibra el móvil, al cogerlo, las palabras atropelladas de Cora retumban en mi oído.

—Quieres tranquilizarte, porfavor.

—¿Por qué todos os empeñáis en decirme que me tranquilice? ¿Ha escuchado lo que te he dicho?

—¡Benjamin Rookwood! —exclamo azorado.

—Ahora mismo se dirigen a detener al juez y a su hermana. Si sale a la luz, va a poner en peligro la vida de Victoria.

—Eso me temía, si los secuestradores saben que su jefe ha muerto, no dudarán en acabar con ella. No puedo creer que un suero de hace ochenta años haya desencadenado esta aberración —digo procesando la nueva información.

—Yo tampoco, cariño. Volveré en unos días, ten cuidado, no te hagas el héroe.

—Ni tú una heroína, quiero a mi mujer de vuelta en casa, sana y a salvo. Emma y yo te echamos de menos —digo antes de colgar.

¿Cómo es posible que un experimento de la Segunda Guerra Mundial sea el responsable de la desaparición de dos niñas, y que en pleno siglo XXI, todavía haya gente que se deje llevar por esas ideologías xenófobas?

Capítulo 55
Amanda Miller
Casa de la familia Miller
Magnolia Lake

«Nada hay que desee más que rajarte el cuello y verte morir». Así de estimulante comienza la nota que hoy, como las veces anteriores, está sobre la tumba de Vera.

«Otra advertencia para la colección», pienso al dejarla junto a las otras, esparcidas por el suelo. Me meto en la cama y comienzo a llorar.

¿Qué haría Vera en mi lugar? Ella se enfrentó a su asesino hasta el final. Intentó proteger mi vida, pero yo no sé si seré capaz de hacer lo mismo.

Cora regresará en unas horas y tengo tantas cosas que contarle. Oliver, las amenazas, Taylor… Con Taylor no sé qué voy a hacer. Me da pena, él estuvo ahí después del secuestro, nunca me echó en cara que metiera a su padre en la cárcel y destapara lo que le hacía a Vera.

Siempre se ha portado bien conmigo. Es dulce y cariñoso, pero ya no siento nada por él. Creo que intenté seguir con mi vida regresando al mismo momento en que la dejé con dieciséis años, pero yo he cambiado, ya no soy esa cría. Ahora soy una mujer distinta, hermana, tía, cuñada, y mi corazón creo que nunca perteneció a Taylor; solo hice lo que mi mejor amiga esperaba de mí.

Escucho a Nora trajinar abajo. Desde que sabe lo mío con Oliver, no he podido mirarla a la cara. La vergüenza me tiene suspendida en una noria a miles de metros del suelo y a punto de caer sin ningún salvavidas que pueda salvarme.

Me tapo hasta el cuello, tengo frío a pesar de que la casa está caliente. Me compadezco de mí misma, ¿ya no soy la mujer que aguantó secuestrada veinte años y que fue capaz de matar al monstruo? No entiendo por qué ahora no puedo hacer frente a un nuevo demente, con otra cara, pero la misma piel.

—¿Vas a seguir rehuyéndome? —escucho decir a Nora, apoyada en la puerta.

—No quiero hablar —respondo.

—Si te has creído que metiéndote en la cama vas a solucionar tus problemas con Taylor, siento decirte que estás muy equivocada, señorita.

—No es eso —susurro, hundiéndome más entre las mantas y los cojines que hay sobre la cama.

Nora se acerca y al pisar algo en el suelo se agacha y ve los papeles. Me sorprendo, no me acordaba que seguían ahí. Coge uno y lo lee extrañada, no hago nada por evitarlo, me ha descubierto, así que, ya basta de mentiras.

Uno a uno los veo caer, me mira con los ojos abiertos, está angustiada al entender su significado, se sienta en la cama y, temblando, me coge la mano. Siento la piel fría sobre mí, pero al mismo tiempo la calidez de una de las personas que más han creído en mí, que más me ha apoyado en el último año. Para mí es el pilar que une mi vida con el resto del mundo; sin ella estaría perdida.

Tengo los ojos humedecidos, porque ya no hay vuelta atrás, mi secreto se ha descubierto.

—¿Qué es esto? —pregunta con los ojos centelleantes.

—Ese es el problema, Nora. El demonio ha vuelto.

Se tumba a mi lado y me abraza, me consuela igual que hacía mi madre cuando era pequeña y me caía con la bici y llegaba a casa llena de morados y heridas.

«Vas a morir».

«El final está cerca».

«Arruinaste mi vida y yo haré lo mismo con la tuya».

Me hundo en su pecho y lloro hasta que las lágrimas se agotan y mi respiración se acompasa a la suya.

—¿Desde cuándo? —pregunta.

—Nora, no quiero hablar, de verdad…

—Pues no te queda más remedio, no me iré de aquí si no me cuentas antes que ocurre.

—Desde hace unos meses, al principio parecía algo inocente, pero ahora, ya ves que de inocente no tiene nada.

—¿Lo sabe alguien? —me dice mientras me besa y me seca la cara.

—Nadie, y así debe seguir.

—¿Ni siquiera Oliver?

—No, ni siquiera Oliver.

—¿Ves las heridas que cruzan tu cuerpo? —me dice acariciando una pequeña muesca que tengo en la barriga a causa de una cuchillada—. Es la victoria de la guerra que libraste contra el mal, te ha hecho la mujer fuerte y decidida que eres hoy.

—No estoy preparada para morir, quiero vivir.

—Sé que te persiguen los fantasmas y que es difícil superar algo así.

—Estoy furiosa y muerta de miedo.

—Perfecto, pues coge esa furia y métesela por el culo a ese cabrón. Pero no te quedes esperando el final, eres una luchadora, tu vida acaba de comenzar.

—No quiero volver a tener que mirar por encima del hombro pensando que alguien me sigue y me quiere matar.

—Todos juntos podremos con la persona que te amenaza, estoy tan orgullosa de ti, mi niña, no lo olvides nunca.

—Déjame dormir y no olvides mantener la boca cerrada.

—Me pides demasiado, niña.

—Lo haré cuando esté preparada.

Nora protesta, aunque no le hago caso, es mi decisión y, por el momento, este será nuestro secreto. Nadie debe saber que él ha vuelto.



Capítulo 56

Victoria Parker

La casa roja
En algún lugar cerca de Magnolia Lake

«No hay barrera, cerradura ni cerrojo que
puedas imponer a la libertad de mi mente».
Virginia Woolf

Victoria está preparada para el final. En su mano derecha esconde la pistola de clavos que robó a su padre. No sabe si se descontrolará la situación y necesitará ayuda extra. Su pretensión no es matar a nadie, pero si su fuga no sale como ha planeado, no dudará en utilizarla.

Después del susto de anoche, cuando Aleksander entró en la habitación y disparó a la ventana entre risotadas, parece que la casa ha vuelto a un reposo aparente, pero es mentira, tan solo es la calma que precede a la tormenta. Y la tormenta está a punto de desatarse.

Mor Ivanov entra para comprobar su azúcar y con una afirmación con la cabeza le indica a Victoria que el plan está en marcha. No pueden esperar más, después de lo sucedido anoche, está claro que Aleksander desea matarla. Lo que este no sabe es que la niña es más lista que el hambre y que su café matutino lleva algo más que café.

Victoria está preparada para salir de allí con vida, la otra opción ni la contempla. Sin la ayuda de su amigo Simon, nada de todo esto hubiese sido posible. Cuando tres meses antes le contó lo que iba a suceder, puso el grito en el cielo, ella intentó tranquilizarlo y suplicó por su ayuda, a lo que él accedió a regañadientes a pesar del temor. La sangre que colocó en su habitación, las pastillas para dormir… Cada uno de esos objetos tenían un fin y sin Simon nada hubiese sido posible.

Aleksander se siente mareado, piensa que es por la resaca que lleva acumulándose varios días en su organismo. Al intentar andar, cae desplomado en el sofá y ahí sabe que el café que se acaba de tomar lleva algo más que azúcar. Como puede se levanta y da unos pasos vacilantes, se golpea con los muebles hasta llegar a la habitación donde guarda el arma.

«Los va a matar a todos», piensa. En vano, puesto que antes de dar el tercer paso se da de bruces contra el suelo.

Mor lo observa desde la cocina, se encuentra en un estado deplorable, al borde de la histeria, esperando a que se desmaye, gracias a las pastillas que Victoria le ha dado. Cuando lo ve desplomarse, se acerca despacio, comprueba con la punta del pie que no se mueve y, sin dilación, entre jadeos levanta el cuerpo hasta la cama. Una vez allí, le ata las manos y los pies con bridas y cierra la puerta. La primera parte está hecha.

El otro hombre se acaba de despertar cuando él sale de la habitación de Aleksander. Lo mira contrariado y sigue sus pasos hasta la cocina. ¿Qué estaría haciendo allí? A Aleksander no le gusta que entren en su territorio.

—¿Una nueva borrachera? —pregunta.

—Ya sabes, lo de siempre. Lo he encontrado en el suelo, será mejor que lo dejemos dormir un rato.

El titubeo de su voz le hace sospechar ligeramente, pero prefiere no decir nada y seguir preparándose el desayuno.

Mor suda, está impaciente, no consigue calmarse. Victoria todavía no está a salvo, si Dragan nota que algo pasa y se pone en alerta, irá a por ella y después lo matará a él.

—Cuatro horas y esta mierda habrá acabado.

Mor menea la cabeza, la angustia le sube hasta la garganta. Dragan es uno de los monstruos con el alma más retorcida que ha visto en su vida. Es una pena que no haya pastillas suficientes para los dos. Además, si no se da prisa, corre el riesgo de que Gideon se despierte y todo el plan se vaya a la mierda.

—Deberías ir tú a llevarle el desayuno, hoy no me encuentro del todo bien.

Dragan clava los ojos en los de Mor, sospecha de él y por su bien espera que no pretenda salvar a la niña. Sabe que se ha encariñado con ella, y eso al final solo trae problemas.

—¿No le quieres llevar su último desayuno? —pregunta sarcástico. Su carcajada retumba en la cabeza de Mor, que está paralizado por el miedo—. Serás tú quien se lo lleve, o te pego un tiro aquí mismo —dice apuntando con el arma a la cabeza de Mor.

Este obedece, aturdido porque todo comienza a torcerse y no está saliendo según lo acordado. Coge la bandeja y se dirige a la habitación. Introduce la llave y al abrir la puerta se da cuenta de que algo no va bien. Victoria yace inmóvil en el suelo. Está convulsionando…

Capítulo 57
Cora Miller
Hospital FF Thompson
Canandaigua

Llego al Hospital FF Thompson en compañía del agente Tony. Se ha quedado conmigo esperando los resultados de la detención del juez Ackerman y su hermanastra Dominique. La llamada del *sheriff* Barsanti fue repentina. En ella nos pedía que fuéramos cuanto antes.

—¿La han encontrado? —grito al llegar.

Estoy temblando. El *sheriff* me abraza intentando tranquilizarme. Lo interrogo con la mirada tratando de descubrir si Laia está viva o muerta.

—Hemos encontrado a una niña, pero no estaremos seguros de que sea Laia Cohen hasta que no le hagamos las pruebas de ADN.

—¿Se encuentra bien? ¿Puedo verla?

—No quiere hablar. Parece que le viene de familia —dice Grossman bromeando para calmar la tensión.

Percibo la cálida mano de Tony en la espalda, dándome ánimos, puesto que al fin todo ha acabado. El *sheriff* me acompaña por un pasillo estrecho, o por lo menos a mí me parece que las paredes me van a engullir, hasta una habitación donde hay a una niña tumbada en la cama. Una enfermera le está sacando sangre. La chica parece tranquila, obedece sin rechistar lo que la mujer le indica. Me estremezco al mirarla. ¿Y si después de tanto tiempo por fin he encontrado a Laia?

Toco a la puerta y entro conmovida, casi a punto de llorar. La niña posa sus ojos en mí mientras la enfermera recoge sus cosas y se marcha cerrando la puerta tras de sí. Me acerco aun sin tener idea de lo que voy a decir.

—Hola, mi nombre es Cora Miller. ¿Cómo te llamas?

La niña se pierde observando el cielo que se ve a través de la ventana. Me siento en la cama, despacio, poso mi mano sobre la suya para que vea que no voy a hacerle daño. Sus pequeños dedos se aferran a los míos y ahí sé que tiene miedo.

—¿Sabes cómo te llamas? ¿Quién es tu familia?

Tiene la mirada brillantes e intuyo cierto temor a hablar. Le digo que puede estar tranquila y que está a salvo, que nadie va a hacerle daño.

—Él me llamaba… —se aclara la voz bebiendo del vaso de agua que tiene en una mesa a su derecha— Gerdy. Pero sé que no es mi verdadero nombre y que él tampoco es mi padre.

—Hay muchas cosas que no conoces. —Las palabras se me quiebran en la boca, si de verdad es ella, es todo tan injusto, diez años secuestrada lejos de su padre.

—¿Tú sabes quién soy? —me dice clavando la vista en la ventana.

Está anocheciendo y el cielo se ha cubierto de nubes en tonos rosados. La temperatura de la habitación es cálida y confortable. Gerdy, o Laia, o cómo se llame, se hace un ovillo entre la manta y la almohada. Suelta mi mano y se tapa hasta el cuello. Antes de eso, me he fijado que tiene las uñas mordidas y que no deja de rascarse la cabeza, quizás producto de la ansiedad por todo lo sucedido. Su pregunta se ha quedado flotando en el aire sin saber qué responder o si soy yo la más indicada para contestar.

—Mi padre está muerto, ¿verdad?

—Si te refieres a Benjamin, sí. Pero él no es tu padre. Es algo complicado y estoy segura de que el *sheriff* contestará a todas tus preguntas.

—Preferiría que lo hicieras tú.

Observo sus ojos y me recuerdan a los de mi hermana. A pesar de que su mirada transmite tristeza, también hay esperanza y algo de locura. ¿Pero no tienen los superdotados una parte de locura en sus razonamientos?

—¿Me dejas ver tu brazo? Quizás pueda responder algunas de tus preguntas si compruebo algo antes.

Mi propuesta no la pilla por sorpresa, al contrario, sonríe enseñando una dentadura perfecta. Saca los brazos de debajo de la manta y la dobla ajustándola a la altura de la cintura. Tiene la cara sonrosada debido al calor.

—¿También quieres comprobar lo lista que soy? Anda, hazme una pregunta.

La manera en que lo dice, burlándose de mí, me hace estallar en una carcajada.

—¡Por qué no! Vamos a ver qué talentos tienes… Veamos, la raíz cuadrada de 1057 —propongo.

Frunce la frente y, sin perder la sonrisa, un segundo después contesta haciéndose la interesante. Esta niña comienza a caerme bien.

—Vaya, qué fácil, pensé que me lo ibas a poner más difícil. La respuesta es 32,51.

Con rapidez, lo compruebo en el móvil, y, en efecto, tiene razón.

—¿Cuántos idiomas hablas? —pregunto hechizada por lo resuelta y vivaracha que es cuando coge confianza. Parece que se ha olvidado de donde está y de verdad disfruta de mi compañía.

—Solo te dije una pregunta, pero como parece que sabes quién soy, te contestaré, hablo ocho idiomas.

La miro asombrada. La joven estira el brazo derecho y me lo ofrece. Está sudando, ¿tendrá la marca en forma de ángel? ¿O será otro de los niños creados por Benjamin?

La mano me tiembla, con cuidado, subo la manga del camisón que el hospital le ha dado, con cierta timidez, como si estuviera desnudando su alma. Abro los ojos, expectante, me zumban los oídos, de pronto, el corazón se me para y dejo de respirar…

Capítulo 58
Sheriff Castillo
A escasos metros de la casa roja
Tomball

Mientras me pongo el chaleco antibalas pienso en cómo pueden cambiar las cosas en un segundo. Hace una hora que McClanahan abría la puerta del despacho atropelladamente, colorado y sudoroso, sin entender lo que me quería decir. Con un temblor en la mano, me entregó un papel con una dirección anotada. Abrí los ojos y lo miré estupefacto, la calle estaba a escasos doscientos metros de donde estuvimos ayer Delgado y yo.

Mientras Donovan coge su arma y Oliver se guarda un cargador en el bolsillo del pantalón, Sue espera atenta con un revólver en cada mano, preparada para entrar en la casa. Sonrío a McClanahan y lo empujo cómplice, es la primera vez que se ve envuelto en un secuestro.

—Escuchadme, lo importante es salvar a Victoria, no quiero héroes a los que visitar en el cementerio, ¿os ha quedado claro? —pregunto.

—El hombre que ha llamado esta mañana nos ha dicho que la casa lleva abandonada años, pero que de una semana a aquí ha visto movimiento —explica McClanahan—. Pensando que era un asunto de chavales que iban a drogarse, anoche, cuando regresó del trabajo, detuvo el automóvil delante y una bala atravesó el cristal del parabrisas.

—Se ha tomado su tiempo para avisarnos —protesta Sue mientras se ajusta una de las armas a su pierna izquierda.

—El pobre hombre todavía tenía el miedo en el cuerpo esta mañana —confiesa McClanahan.

—La Interpol viene de camino, pero no podemos esperar más, si Victoria se encuentra dentro, hay que sacarla ya. En estos momentos, Palmer está dando una rueda de prensa para despistar al enjambre de periodistas, ya sabemos la que se puede liar si aparecen por aquí justo ahora.

Nos acercamos por la parte delantera, el silencio no presagia nada bueno, rumio que tal vez Victoria ya está muerta y los tres hombres, a estas horas, fuera del país. Cora me diría que soy un negativo y que solo piense en que todo va a salir bien, pero mi único pensamiento es para Emma, en que lo que más deseo ahora mismo es correr y abrazarla.

Donovan me golpea la espalda señalando el agujero de bala que hay en una ventana tapiada con tablones y Delgado la furgoneta negra que está aparcada en la parte trasera. Respiro hondo, hago un gesto a Delgado, que, con todas sus fuerzas, tira la puerta abajo. Sue entra detrás de mí, escucho su respiración agitada en la nuca. Hay un olor penetrante, que no llega a ser nauseabundo. Donovan se para en seco cogiendo aire. McClanahan le golpea con el arma en el hombro para que siga andando.

El primer cuerpo se encuentra entre el salón y la habitación que debe ser desde donde se hizo el disparo y la bala atravesó la ventana. El hombre está muerto, tiene dos clavos perforándole la sien y un cuchillo hundido en el cuello. A pesar de la sangre coagulada de la cara y que le falta un ojo, es sin duda Dragan Milosevic. Atravesamos la cocina y en el pasillo encontramos el segundo cuerpo. Tiene un disparo en la frente. Miro de reojo a Delgado cuando escuchamos los gemidos de alguien en otra de las habitaciones del fondo. Sue salta por encima del cuerpo de Mor Ivanov y se lanza hacia la puerta de donde provienen los quejidos. Al abrirla, nos quedamos de piedra…

—¡Joder con la niña! —exclama Sue al ver a Victoria sentada en una silla y a un hombre atado en la cama que no deja de forcejear.

—Mira que os ha costado encontrarme —suelta la pequeña al vernos entrar.

El hombre es Aleksander Gideon, uno de los genocidas más temidos por la Interpol. Miro a Victoria buscando una explicación

que no tiene cabida en mi mente.

—¿Nos podemos ir ya? Tengo hambre —dice la niña triunfante.

Mientras llega la Interpol, Victoria nos explica cómo han acabado muertos dos de los secuestradores y el otro inmovilizado. Se lamenta de no haber podido salvar la vida de Mor, al que había cogido cariño. Nos cuenta que se interpuso entre la bala y ella, cuando Dragan, herido de muerte tras dispararle con la pistola de clavos, descargó su pistola, intentando acabar con su vida. Lo que me hace preguntarme si fue Victoria quién clavó el cuchillo en el cuello de Dragan.

Capítulo 59
Victoria Parker
La noche del secuestro
Magnolia Lake

El día del secuestro amaneció como otro cualquiera, con bruma espesa a primera hora del alba, temperatura cálida a media tarde y una ligera lluvia al anochecer. Era domingo y Victoria presentía que la fecha estaba a punto de llegar. Por la mañana había visto la misma furgoneta negra que llevaba observando días atrás dando vueltas por la carretera frente a su casa. Después de comer, salió al jardín y se sentó en una de las sillas. Estaba aparcada en la puerta del garaje del vecino de enfrente. Observó sin importarle que la vieran; pasados unos minutos, el conductor arrancó y con una apremiante huida se marchó estrepitosamente.

Tan segura estaba de que no iba a despertar al día siguiente en su habitación, que si hubiese apostado toda su colección de libros, no los habría perdido. Por lo menos, ya sabía el vehículo con el que iba a ser secuestrada. Pensó en dejar una pista escondida por si se torcía el plan, pero después de sopesarlo, creyó que necesitaba tiempo y, si el *sheriff* era más espabilado de lo normal, iban a encontrarla demasiado rápido.

Antes de la cena, percibió miradas cargadas de miedo en sus padres; quizás ella no era la única que había visto la furgoneta rondando la casa. ¿Cuántas cosas le ocultaban? Enfadada por tantos secretos, se marchó a su habitación tras dar vueltas a la comida en el plato de un lado a otro, con el consiguiente enfado de su madre, que se enojaba cuando se comportaba así. En realidad, Victoria disfrutaba sacándola de quicio. No los odiaba, pero sus mentiras habían abierto una brecha entre ellos difícil de superar. Eran heridas

que no iban a sanar nunca. Así que tras su numerito, cogió el libro y con el ego subido se marchó con la cabeza alta. No podía estar perdiendo el tiempo en tonterías.

Una vez en su dormitorio, comprobó por última vez el contenido que escondía dentro de su peluche. Se miró la glucosa con el aparato conectado al sensor y se metió en la cama a esperar. Intentó dormir, pero tenía un agujero en el estómago, no por no cenar, sino porque los nervios la mantenían inquieta.

Más tarde, después de oír a sus padres recorrer el pasillo hasta su habitación, escuchar la insistencia de su madre al gritar que apagara la luz y se durmiera, a su padre quejarse por ser tan pesada y el portazo de la puerta, se quedó dormida sin querer. Se despertó sin saber el rato que había pasado, sobresaltada miró el reloj del escritorio. Marcaba las 2:53. No podía esperar más. Era hora de actuar.

Con cautela bajó a hurtadillas las escaleras. Sin hacer el menor ruido desconectó la alarma y volvió a subir con el corazón golpeando sus pequeñas costillas. Se metió en la cama y dos minutos después escuchó el ruido de un frenazo en la calle. Pensó en Simon y en si lo tendría todo preparado.

Eran las 2:59 de la madrugada y su secuestrador acababa de entrar en la casa. Victoria agarró el peluche y lo apretó contra su pecho, cerró los ojos y se hizo la dormida. Tenía miedo, pero se repetía mentalmente que era fuerte y que a pesar de ser solo una niña, tenía una mente prodigiosa. Notó una pequeña gota de sudor caerle por la frente, apretó más los ojos y en ese momento la puerta se abrió.

Aleksander Gideon entró de puntillas, vio a la niña encogida y con cuidado la destapó. Tenía agarrado un peluche. «Puta manía de los críos con estas bolas de pelo», pensó. Sacó un pañuelo y lo apretó contra la boca de la niña. En segundos, Victoria se desmayó, soltando el muñeco en el suelo. Aleksander la cogió en brazos y cuando ya estaba en la puerta, se volvió a por el peluche. Creyó que era mejor tenerla entretenida que no dando por saco todo el día. Bajó las escaleras y cuando salió a la calle, Dragan y Mor lo esperaban con la puerta trasera del furgón abierta. Había sido pan

comido, rápido y limpio. Aunque cierto detalle que no llegaba a entender no se le iba de la cabeza. ¿Por qué la alarma estaba desconectada? Cabeceó intentando sacudirse el malestar que todo este asunto le estaba dando. En mala hora había aceptado tratos con el alemán.

Mientras la furgoneta recorría a toda velocidad la calle, huyendo del lugar, Simon Patel observaba la escena con el alma encogida. Él también pensó que en mala hora había aceptado el plan de Victoria. Tras verlos rodear la curva, entró en la casa rezando para no encontrarse con Aria y Magnus. Subió las escaleras y, con lágrimas en los ojos, comenzó a esparcir la sangre por las paredes. Confiaba en despistar al *sheriff* y que, por lo menos haber desangrado a dos de sus cerdos el mes pasado, hubiese valido la pena. Estaba seguro de que se iba a arrepentir, pero qué otra cosa podía hacer…

De vuelta a su casa, solo pudo pensar en Victoria, en que él era cómplice de su secuestro y en cómo iba a poder salir de este lío si el *sheriff* lo descubría. Se enjuagó las lágrimas con el borde del jersey y se tumbó en la cama. Miró a su mujer con gesto contrariado; ni se había enterado, aunque era improbable porque, antes de irse, disolvió varias pastillas para dormir en su cena, las mismas que días atrás le entregó a Victoria.

No pudo pegar ojo en toda la noche, esperando escuchar las sirenas de la policía en cualquier momento. Tuvo una pesadilla en la que lo sacaban de la cama y lo llevaban a prisión sin juicio ni nada; esa se intercaló con otra en la que Victoria estaba muerta. Se despertó empapado en sudor y aterrado. Con un intenso dolor de cabeza se levantó a prepararse un café. Eran las 7:38 cuando la taza se estrelló contra el suelo; de fondo, el sonido de las sirenas retumbaba cada segundo que pasaba más agudo. Se acercaban a casa de Victoria. El mal ya estaba hecho y él era cómplice.

Mientras eso ocurría, Liam Cohen aparcaba su coche cerca del Ayuntamiento y se preparaba para asesinar a Benjamin Rookwood, o como Victoria lo conocía: El inventor de sueños. Amanda Miller lloraba encerrada en el baño, intentaba olvidar las amenazas que le llegaban en forma de notas al cementerio donde reposaban los restos de su amiga, Vera Moore. Nora suspiraba con el corazón en

un puño porque era la tercera vez que escuchaba a Amanda llorar y no sabía qué le ocurría. Y en la otra parte de Estados Unidos, Cora Miller y Lucas Castillo disfrutaban de una resaca descomunal y de una luna de miel que estaba a punto de despeñarse por un precipicio.

Capítulo 60
Cora Miller
Magnolia Lake
Seis meses después

Abril es uno de mis meses favoritos del año. El bosque despierta del letargo invernal, mientras el aroma de las flores regresa en una explosión de colores. Los animales emergen de sus fríos escondrijos para iniciar el ciclo de reproducción. La vida renace después de que el crudo invierno dé paso a días más largos y a una primavera floreciente.

Los sucesos acontecidos en octubre trajeron consigo nuevas esperanzas por vivir, inesperados sueños que cumplir e ilusiones renovadas a personas que creían haber perdido el rumbo de sus vidas y que pensaban que el final había llegado y que nada se podía cambiar.

—¿Y me dejarás cuidar de tu hija? —pregunta.

—Por supuesto, cariño —confirmo a Laia, que acaricia la mano de Emma mientras su padre la mira embelesado.

El juicio conmovió a la gente de a pie, hubo huelgas, movilizaciones, protestas, hasta tal magnitud que el jurado absolvió a Liam del cargo de asesinato en primer grado. La jueza, benevolente ante el sufrimiento de Liam y la consiguiente aparición de Laia y su crucial testimonio, dispuso que durante los próximos diez años estuviera en libertad condicional bajo la supervisión del *sheriff* del condado.

No puedo evitar mirar de reojo la camiseta de manga corta que lleva Laia y que deja entrever la marca en forma de alas de ángel; una marca que su madre también llevaba. Me conmueve ver a Liam con su hija. La vida, después de todo, puede ser maravillosa.

—Me alegra teneros en el pueblo —susurro.

—Gracias a ti. No sé cómo te voy a agradecer lo que has hecho por nosotros. Te debo mi vida, Cora.

—Ya has sufrido bastante, necesitáis paz y os juro que aquí la vais a encontrar. Además, vas a ser mi vecino.

—No hay nada que desee más, gracias de nuevo —añade abrazándome—. Ayer hice una entrevista de trabajo, tu cuñado necesita ayuda en el restaurante y, por lo visto, no le importa mi pasado.

Acaricio el pelo de Laia, que nos mira risueña. No ha olvidado su otra vida con Benjamin, de hecho hay veces que lo echa de menos, sobre todo cuando sueña con él. Liam le habló de su madre, respondiendo a todas las dudas que tenía respecto al suero, Benjamin Rookwood y su abuelo. Es increíble cómo los niños pueden sobreponerse a las adversidades, en su caso, a diez años de mentiras.

Por su parte, Victoria, después de protagonizar un secuestro de película y salir airosa de él cual heroína, la Interpol pudo encontrar a sus abuelos maternos, con los que vive en Boston en un ambiente familiar donde se respira amor y comprensión y no la juzgan por ser diferente.

—Cora, espero que no te importe, ayer cogí el libro de Victoria. Le gusta jugar, os dejó el nombre de su secuestrador entre las páginas del libro en un juego tan simple como la tinta invisible —nos dice Laia resuelta—. ¡Vamos a jugar al parque! —grita tirando de mi hija.

Liam se encoge de hombros y comienza a andar detrás de ellas. Atrás queda el mono naranja de la cárcel, Benjamin Rookwood y su descabellado suero nazi.

—Pues al parque se ha dicho —digo complacida, sonriendo al pensar en Victoria.

Ver la alegría de Laia jugando con Emma y a Liam disfrutar de ello, a pesar de llevar un grillete electrónico en el tobillo, es una buena manera de comenzar nuestro siguiente capítulo.

A lo lejos diviso a Lucas corriendo hacia nosotros con la cara desencajada. ¿En serio? ¿Qué está pasando?

—Cora… —exclama cogiendo aliento, apoyando las manos sobre las rodillas y encogiéndose—. ¿Dónde está Amanda?

—Se quedó en casa con Nora —contesto al tiempo que Lucas me entrega una serie de notas que no comprendo hasta leerlas varias veces—. ¿Qué significa esto? ¿De dónde las has sacado?

—En casa no está. He ido a dejarle el portátil en su habitación y encima de la cama había una caja abierta…

—Hay cientos —interrumpo, preocupada—. ¿Cuánto tiempo lleva ocultándonos esto?

Niega con la cabeza. Lo abrazo mientras Liam trae a las niñas del tobogán al ver que algo ocurre. No entiendo nada, ¿por qué Amanda se ha callado algo tan importante y no confía en nosotros? En este momento quiero tenerla delante para darle un guantazo, pero estoy tan asustada de perderla otra vez, que me siento en el banco hecha un ovillo, muerta de miedo.

—Hay más, Cora. Un excursionista ha encontrado un cuerpo flotando en el lago.

Con el corazón encogido por la desazón, de no saber lo que pasa, lo miro fijamente pidiendo una explicación. Esto no puede estar ocurriendo, me digo a mí misma; es una pesadilla y en cualquier momento voy a despertar. Sí, tan solo puede ser una pesadilla. Amanda está bien, la vida no puede ser tan cruel como para quitármela ahora.

—Es Miranda Warren. He llamado a Delgado y tiene el móvil apagado. McClanahan y Donovan van hacia allí ahora. Sue está con Palmer en el lago.

—¿Realmente piensas que Oliver podría haberle hecho daño? —digo con incredulidad—. Es una locura.

—Claro que no, pero no podemos descartar nada, ahora mismo hasta que hablemos con él y recabemos las pruebas es el principal sospechoso.

Niego con la cabeza, incapaz de comprender lo sucedido. ¿Cómo es posible que todo se haya torcido en segundos? Hace apenas unos minutos, el mundo parecía ordenado y predecible, pero ahora ha cambiado. La sensación de desesperación se mezcla con una

punzada de miedo, solo puedo sacudir la cabeza, tratando de procesar las palabras que acabo de escuchar.

—Lucas, es imposible que Delgado haya hecho daño a Miranda o a mi hermana.

—No… no lo sé.

—Escúchame, conoces a Oliver, es imposible. Se quieren, son felices, sabes que no mataría ni una mosca.

Lucas me abraza, besa a su hija y nos deja a Liam y a mí tan helados como dos témpanos de hielo. No me cabe duda de que, desde ahora, voy a odio el mes de abril y lo peor, es que acaba de empezar.

Capítulo 61
Campeonato de Ajedrez de Estados Unidos
Nueva York
Año 1996

Entró corriendo, chocándose con un chico que casi tira al suelo; llegaba tarde, para variar, a uno de los momentos más importantes de la vida de su amigo. Charlotte Baumann miró la grada y encontró un sitio donde podía ver la partida y a sus jugadores bastante cerca. Era la final del campeonato entre el estadounidense de origen japonés Natsu Nakamura, número 57 del ranking mundial, y su oponente, el judío Ezra Goldberg, en el puesto 100. El último era uno de sus mejores amigos en la universidad y un gran ajedrecista, aunque algo inseguro de sí mismo, y eso le hacía cometer errores absurdos.

Él no conocía su pasado nazi; tal vez la hubiese repudiado o incluso matado por ello si lo descubría. Pero a ella no le importaba su anterior vida; vivía el presente, liberada de la opresión de su padre y lejos del Tercer Reich. De hecho, se enorgullecía de que la gran mayoría de sus amigos fuesen judíos, nietos de familias rotas donde faltaban miembros asesinados en las cámaras de gas o supervivientes que habían padecido lo inimaginable. Quería compensar el mal hecho, ayudarlos y protegerlos de la escoria nazi que se escondía con otras identidades en puestos militares, políticos, universitarios, como si no hubiesen hecho nada. Libres de culpa, saboreando la vida que los once millones de personas asesinadas no podían vivir.

Se enfadaba, sentía rabia y odiaba cuando se dejaba llevar por esos sentimientos. Se fijó en que, en el centro del recinto, la mesa ya estaba preparada para que la ocupasen los jugadores en breves

minutos. Buscó con la mirada a Ezra, que se encontraba en un lateral de la grada junto a su maestro. Lo notó turbado, su cuerpo estaba tenso a pesar de que le había enseñado técnicas de relajación y otras más agresivas para ganar a su contrincante. Con un pequeño gesto de barbilla, el chico le confirmó que estaba preparado y que iba a arrasar. Ella le sonrió y levantó los pulgares, animada. Los jugadores se sentaron; faltaban segundos para hacer historia.

Charlotte volteó la cabeza, buscando esperanzada al único espectador que para ella existía. Su corazón galopaba cada vez que se cruzaba con él en el campus. Lo divisó tres filas más abajo entre varios miembros del club de ajedrez de la universidad. Liam Cohen se volvió buscándola también; a él le aburría ese juego, estaba allí por ella, algo que Charlotte no descubriría hasta después de casarse, en una de sus noches de confidencias en la cama.

Siempre hubo culpa en su alma que no pudo quitarse de encima, arrepentimiento por quién fue en su niñez. Charlotte quería que los niños dispusieran de una mente brillante como la suya y buscó incansable la manera de hacerlo. Quería que, después del horror y el genocidio, saliese algo bueno de las entrañas del Tercer Reich. Su infancia quedaba atrás, aun así, no dejó de tener sentimientos encontrados por ese niño que cuidó de ella cuando era un bebé, que le enseñó su primera palabra y la ayudó a tener una niñez más o menos normal. Jamás olvidó, ni siquiera en los momentos previos a su muerte, que su mayor debilidad no eran su marido ni su hija, sino Benjamin Rookwood, el hijo del doctor nazi. Para cuando descubrió eso, ya estaba a punto de saltar desde un puente, impotente por ver cómo su pequeña dormía, ajena a la muerte de su madre y a la pistola con la que la apuntaba Dominique Brown. Pero eso, era el futuro que aún estaba por llegar.

Su presente, era perderse en los ojos de Liam. La partida quedó en un segundo plano y los cientos de personas que miraban absortos a los ajedrecistas dejaron de existir. Charlotte se puso de pie aplaudiendo al ver a la gente de alrededor gritar eufóricos agitando las manos. Se sintió culpable por no estar pendiente de Ezra, por volver a abandonarse en sus pensamientos, y no saber si

había ganado o no. Cuando volvió a mirar a Liam, este ya no estaba, se había desvanecido entre el gentío que saltaba a la grada. Aquella noche fue la primera de muchas que vivieron juntos y que recordarían con especial cariño durante su matrimonio.

Tres minutos duró la partida, los espectadores jaleaban victoriosos al ganador, mientras su rival, encolerizado, se negaba a aceptar la derrota de una manera tan trivial. Contra todo pronóstico, Ezra Goldberg se alzaba con la victoria en cuatro movimientos perfectos a los que la prensa, días después, bautizaría como el «jaque mate al tonto».

Agradecimientos

A veces es más díficil no olvidarte a nadie al dar las gracias que escribir el propio libro en sí. Desde luego, mi mayor agradecimiento es a los lectores que disfrutaron con Vera Moore y han esperado pacientes el segundo.

Durante este proceso de creación han sido muchas las personas que me han acompañado y me han aconsejado lecturas, series y documentales sobre la Segunda Guerra Mundial, para poder coger ideas para este libro. A todas ellas, muchas gracias de corazón.

Gracias a la persona que me acompaña a diario sin poner trabas en mis horarios y mis días encerrada en casa para poder dedicarme a lo que más me gusta. Por ponerlo todo tan fácil.

Por supuesto, no podía faltar mi lector cero, Jose Daniel Rodríguez Alija, siempre dispuesto a echarme una mano en cualquier cosa que se me ocurre. Por contestar a mi infinidad de mensajes sin mirar hora ni día. Gracias Dani, no sé que haría sin tí en este mundo de locos. Y sobre todo por ponerme en contacto con Sonia Martínez Gimeno.

Ay, Sonia, cuántas veces te he cambiado el texto y en cada nueva corrección te encontrabas palabras o frases que en la anterior no estaban. Que paciencia has tenido conmigo. Muchas gracias por tu correción y por ayudarme en todo el proceso. Eres un ángel caido del cielo.

Por último, a mi club de lectura y a la libreria ulises en Benidorm, siempre dispuestos a ofrecer mi novela para que la conozcan más lectores. Es increible el trato que dan sus dueñas Paqui y Pilar, siempre lo digo, cada vez que voy es como estar en casa. Gracias por confíar en mí para dirigir vuestro club de lectura, cada día más lectores y más ameno.

Ahora sí, lo más importante, dar las gracias a todos los lectores que habeís leido mi primera novela y ahora acabaís de terminar El inventor de sueños. Da muchisima ilusión recibir un mensaje vuestro, que me escribáis y me contéis que os ha parecido. Así que, no dudeís en hacerlo. Os espero muy pronto con una tercera entrega de Los crímenes de Magnolia Lake, el pueblo más caótico al norte de Virginia.

Si os ha gustado alguna de mis novelas, seguidme en Instagram y compartir vuestras reseñas en Amazon y con más lectores.

Seguiremos jugando a este juego de matar...

Acerca del autor

LEIA MORLAN

Detrás del seudónimo de Leia Morlan se esconde una escritora alicantina, amante de la novela negra y de los animales a partes iguales. Soñadora de juntar palabras para crear historias donde el mal es el eje central de sus novelas. El secreto de Vera Moore , su primera novela publicada en 2024, inicia una saga noir ambientada en el idílico pueblo de Magnolia Lake en Estados Unidos.

Bajo la premisa de personajes con una carga emocional cegados de dolor y rabia, nos dirige por una narración desgarradora escrita en diferentes épocas. Una novela que no ha dejado indiferente a los lectores que han tenido la ocasión de descubrir que a veces nada es lo que parece, y menos en un pueblo donde el pasado y los secretos están a punto de estallar.

El Inventor de Sueños es su segunda novela y la continuación de una saga familiar donde la muerte y el mal se unen, y con lo que su autora se siente como pez en el agua, creando historias humanas, pero al mismo tiempo cargadas de maldad. El mal nunca descansa, siempre está al acecho, nadie puede escapar de él. Con esta nueva novela, la autora se rinde ante la Segunda Guerra Mundial, los inicios de los experimentos realizados por Josef Mengele en el campo de concentración de Auschwitz y la ideología nazi. En ella se entrelazan el pasado más oscuro y el presente más aterrador. Dos niñas secuestradas y un asesinato que llevarán a nuestros protagonistas, Cora Miller y el sheriff Castillo, a viajar al pasado de la Alemania nazi y a enfrentarse a un suero cruel y devastador para poder resolver los dos casos en el presente.

Si queréis conocer un poquito más sobre esta autora revelación, os invito a que la sigáis en Instagram @leiamorlan y descubráis sus próximos eventos, ferias y presentaciones… Y no dudéis en escribirle y contarle que os han parecido sus novelas y ayudar a difundir sus libros por redes.

Los crímenes de Magnolia Lake

¿Qué puede suceder en un pueblo tan idílico y perfecto como Magnolia Lake?

El secreto de Vera Moore es la primera novela que da comienzo a esta saga noir. Un thriller humano, aterrador y perverso.

Un asesino en serie despiado pondrá contra las cuerdas al sheriff Castillo y a la periodista Cora Miller, principales protagonistas de los crímenes de Magnolia Lake.

EL SECRETO DE VERA MOORE

¿QUÉ HARÍAS PARA SALVAR A TU HERMANA?

¿QUIÉN MATÓ A VERA MOORE?
Una lluviosa noche de verano de 2002, Amanda Miller y Vera Moore, desaparecen sin dejar rastro. Veinte años después encuentran los huesos de Vera brutalmente asesinada. ¿Dónde está Amanda? ¿Pudo su mejor amiga acabar con ella? ¿Qué secretos escondía Vera que la llevó a la muerte?

En el recóndito pueblo de Magnolia Lake un asesino despiadado se oculta entre sus habitantes dispuesto a matar a quien haga falta para no ser descubierto. El sheriff Castillo y la periodista Cora Miller, investigarán el caso para reconstruir que sucedió aquella noche y encontrar a su hermana Amanda. A través de los diarios de las dos adolescentes el lector irá descubriendo que ocurrió aquel triste verano. Una historia conmovedora en el que el mal habita en el corazón de un pueblo oculto en el bosque y donde los secretos y mentiras están a punto de estallar.